

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH

# LA CAZADORA DE ALMAS

Traducción de José Amícola



Eduulp

novela

**LA CAZADORA DE ALMAS**  
(1886)

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH



von Sacher-Masoch, Leopold  
La cazadora de almas / Leopold von Sacher-Masoch.  
- 1a ed. - La Plata : EDULP, 2025.  
Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online  
Traducción de: José Amícola.  
ISBN 978-631-6568-49-6

1. Novelas. 2. Literatura. I. Amícola, José, trad. II. Título.  
CDD A860

LA CAZADORA DE ALMAS  
(1886)

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH

TÍTULO ORIGINAL: DIE SEELENFÄNGERIN  
TRADUCCIÓN DE JOSÉ AMÍCOLA  
PRIMERA TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)  
48 Nº 551-599 4º Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina  
+54 221 644-7150  
edulp.editorial@gmail.com  
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-49-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723  
© 2025 - Edulp  
Impreso en Argentina

# Indice

<b>Libro primero.....</b>	<b>6</b>
1. La profecía.....	7
2. La madre y la hija.....	15
3. Dragomira.....	22
4. La misión.....	29
5. El fuego fatuo.....	36
6. La vestal.....	44
7. Anita.....	51
8. La taberna roja.....	59
9. El Conde Soltyk.....	67
10. El lobo.....	74
11. Ángel o demonio.....	82
12. La flecha del amor.....	90
13. La Hermana de Caridad.....	98
14. Un amor joven.....	106
15. La medicación de los Borgia.....	114
16. La salvación de otra alma.....	122
17. Un bello sueño.....	130
18. Se marchitan las rosas.....	139
19. En la red .....	147
20. Juego pastoril.....	155
21. Efecto de lejanía.....	163
22. La mirada del tigre.....	171
23. ¿Hacia dónde?.....	179
24. La confesión.....	186
25. La Venus de Hielo.....	193
26. Intriga enmascarada.....	200

<b>Libro segundo.....</b>	<b>208</b>
1. El cielo y el infierno.....	209
2. El camino al paraíso.....	216
3. Naipes vivientes.....	224
4. En el laberinto del amor.....	233
5. El Purgatorio.....	241
6. Se levanta el velo.....	249
7. Un nuevo paso hacia la meta.....	257
8. Desde el Más Allá.....	265
9. Quitándose las máscaras.....	273
10. Nuevos descubrimientos.....	281
11. La cacería humana.....	289
12. Con la soga al cuello.....	295
13. Una red de mentiras.....	304
14. La confabulación.....	312
15. La jugada perdida.....	320
16. La diosa de la venganza.....	328
17. Corazones de piedra.....	338
18. La cazadora de almas.....	346
19. La fuga.....	355
20. Sueño de amor.....	363
21. Salvados.....	371
22. Los sufrimientos de los condenados.....	380
23. La última carta.....	389
24. La víctima .....	398
25. En la cruz.....	407
26. Ante el juez eterno.....	417

# Libro primero

# 1. La profecía

*“Todo se halla claro ante mi espíritu,  
Así como ha de ser”.*

ESQUILO

Resonó un grito, tan salvaje y desesperado como el de un tigre herido, resquebrajando el silencio y la paz de un atardecer de verano. Los caballos se detuvieron sin que el cochero tirara de las riendas, y, mientras el hombre se santificaba, se irguió de su asiento dentro de la ligera calesa un joven Oficial, que miró excitado en la dirección hacia donde se había oído ese sonido mortal.

–¿Qué fue eso?

–Alguien que ha gritado pidiendo auxilio, según parece –contestó el cochero, que era corpulento y daba la impresión de estar bien alimentado.

–¿Dónde?

–Si no me equivoco, vino del lado del agua.

El Oficial saltó de la calesa y con rapidez atravesó los montículos hasta la espesura de los arbustos en dirección al río. Se oyó de nuevo un pedido de socorro; fue el último, porque se percibió como ahogado, angustioso y desesperado. Luego el agua hizo un raro ruido sibilante, como si cayera en su centro una piedra.

“¿No se estará ahogando alguien?”, pensó el Oficial, mientras desfundaba su revólver y, sin perder un instante, se lanzaba entre los

saucos y los juncos hacia la orilla. En el claroscuro que había seguido al crepúsculo, el río brillaba opaco, mientras sus ondas se agitaban plumizas entre las suaves barrancas de las orillas. Sin embargo, nada parecía sospechoso, ni siquiera en el borde ni en el murmullo del agua ni tampoco en el foso, que estaba enfrente cubierto de vegetación.

Nuestro héroe se preparaba ya a rehacer su camino, cuando en la orilla opuesta avizó una vestimenta blanca; allí se distinguía una figura, a la que luego se agregó una segunda.

–¿Quién está ahí? –gritó. Pero no hubo respuesta–. ¡Deténganse!

La vestidura blanca se alejó con un aleteo, mientras los arbustos cobraban vida a su paso.

–¡Deténganse, o de lo contrario dispararé! –gritó otra vez el Oficial, y, cuando esas figuras anónimas se daban a la fuga, disparó dos veces con su revólver en esa dirección. El fogonazo y el ruido sonaron festivos en la espesura del bosque, pero acto seguido se hizo el silencio y no quedaron vestigios de la extraña aparición. El Oficial volvió de mal humor hacia su carruaje.

–¿No los ha pescado, Señor Teniente? –preguntó el cochero.

–Por desgracia llegué tarde. Los vagabundos escaparon.

–¿Serían vagabundos? –dijo el cochero–. Por estos lados ocurren cosas raras.

–¿Qué cosas?

El cochero miró hacia los costados con aprehensión. –Es mejor no hablar de eso. Mejor suba Usted, Señor Zefim, pues su señora madre lo espera y se está haciendo tarde.

El joven Oficial subió de un salto a la calesa. El vehículo prosiguió su camino por riscos y pedregales, cruzó charcos salpicando a diestra y siniestra, se metió en hondonadas que lo inclinaban casi hasta hacer que se desplomara.

Después de una larga ausencia, Zefim Yadevski regresaba a su terruño. Hasta ese momento había residido en Moscú y San Petersburgo; inclusive le había tocado estar un tiempo en un cuartel del Cáucaso. Sin embargo, apenas había pisado el sacrosanto suelo de la antigua ciudad

de Kiev, una vez sede del Zar, había tomado enseguida su licencia para no perder tiempo y visitar a su madre que poseía una finca en esta región.

El sol ya se había puesto detrás de un bosquecillo lejano, iluminando con un tono rojizo las copas. Los prados, las colinas, los setos, los valles y las granjas se abrían a la vista detrás del velo gris pero semitransparente del ocaso. Por encima, los patos salvajes cruzaban el cielo, mientras la vegetación apretada que rodeaba los prados se coronaba con luces estelares y fuegos fatuos que se reflejaban en los ojos de los lobos que se aprestaban a salir en busca de sus presas.

En raudo viaje llegaron a atravesar un pantano en el que se encontraba un puente descalabrado y luego pasaron por un bosquecillo de hayas desde donde se podía ver la aldea de Koniatonó. Mientras cruzaban por el caserío, se elevaba aquí y allá el humo azulado que se expandía de las chimeneas, y más atrás se abría un camino entre las casas de tiznados techos de paja. Un olor particular pesaba sobre las chozas más bajas, que se difundía por sobre los cercos y desde los jardines. A través de las puertas abiertas se veían arder los fuegos de los hogares, mientras los perros ladraban enloquecidos. Al borde de los aljibes se reunían unas muchachas descalzas y con largas trenzas, llenando cántaros de madera.

Entretanto había oscurecido completamente. Zefim se incorporó un poco con el ánimo de descubrir la silueta de la casa paterna. Y, en efecto, allí se entreveía su techo entre altos álamos. En una ventanita brillaba una luz. El corazón del joven Oficial se llenó de ternura y bienestar. En un momento más, el viejo perro de caza ciego de su padre (quien hacía tiempo había fallecido) ya lo saludaría moviendo alegremente la cola. El portón se abrió enseguida y la calesa entró en el patio. El hijo pródigo estaba de nuevo en casa.

Bajando los peldaños hacia él, se aproximó su madre, siempre delicada, y cuando él ya la abrazaba, ella se detuvo a mirarlo y tocarlo para comprobar que fuera realmente su hijo, ese hijo que tanto había añorado. Ella le hizo la señal de la cruz sobre la frente y, luego, lo besó.

–¡Ah! ¡Estuviste demasiado tiempo afuera! ¡Y qué alto y fuerte se te ve! ¡Y qué bien te sienta el uniforme! ¡Dios sea loado que no te mataran en el Cáucaso! –balbuceó la vieja señora.

La Señora Yadevska introdujo a su hijo en la casa, y, aunque allí había un completo regimiento de antiguos servidores que se apretujaban para ver y saludar al joven amo, no otra habría de servirlo que su madre. Ella guardó su gorro y su daga, para después alcanzarle la cena. También fue ella la que escanciaba su copa con el fogoso vino húngaro, mientras se ubicaba junto a la ventana entre flores y jaulas de los pájaros, mirándolo en todo momento, complacida, callada y feliz.

Zefim era un tipo de persona capaz de alegrar a una madre con su vista; era de mediana estatura, delgado, con unos músculos de acero. Poseía, además, un rostro noble y bello, que aparecía rodeado por una barba rubia bien cortada. En ese rostro brillaban unos ojos grandes y celestes, quizás soñadores, que le daban el aspecto de una varonía amable.

– ¿Cuánto tiempo permanecerás? –fue la primera pregunta.

–Dos semanas, madrecita, pero Kiev queda cerca. Volveré pronto.

–¿Para Navidad?

–Antes. Y tan a menudo como pueda.

Zefim dio un vistazo a su alrededor y una ternura inusitada lo embargó. Todo estaba tal cual lo había dejado en la adolescencia. Allí estaban en el mismo lugar los altos aparadores, las mesas y las sillas. El sofá estaba todavía recubierto con la misma tela; el antiguo reloj marcaba puntual el tiempo con el mismo tic-tac. Sobre la inmensa estufa descansaba la misma Diana de yeso con su arco y flechas; sobre la cómoda se ubicaban siempre los frascos con las conservas de frutas que de niño le habían encantado.

–¿Qué ha sido de Dragomira? –preguntó él de golpe.

La Señora Yadevska se encogió de hombros.

–Espero que no haya tomado un mal camino.

–Según se mire. Se han tornado muy piadosas, ella y su madre. No vas a reconocer para nada a tu antigua compañera de juegos. Se dice que solo se dedican a salmodiar y rezar.

–Quiero ir a verla, hoy mismo.

–¿Por qué tanta prisa?

–No sé. Me regocija pensar en verla de nuevo. ¿No jugábamos con ella a que sería mi esposa, cuando hacíamos una choza en el jardín?

–Por mí puedes ir cuando quieras, pero te adelanto que no encontrarás aquello que imaginas.

–¿Cuánto hay hasta Boyary? ¿Un cuarto de hora?

–Sí. Más o menos un cuarto de hora.

Zefim se levantó, tomó su gorro, cargó su escopeta, que colgaba de una percha, se la puso al hombro, y, despidiéndose de su madre, salió al aire libre.

El camino llevaba a través de los campos ya cosechados y por los prados donde los pastores habían encendido fuegos, alrededor de los que se reunían, mientras sus caballos pastaban con cepos en las patas. La luna en forma de hoz se hamacaba sobre el bosque. De rato en rato se superponía el sonido de los cencerros de los caballos sobre los tonos melancólicos de las flautas pastoriles y el murmullo del río lejano.

Cuando Zefim se acercaba al patio principal de Boyary, su corazón empezó a latir con más fuerza. La imagen de su amiga de la infancia se le hizo más vívida, y se le aparecía según él la había conocido de niño.

Ya se hallaba frente al portón y allí resonó su llamado. El ladrido de un perro fue la única respuesta, pero enseguida se hizo de nuevo el silencio. Los sombríos plátanos susurraban de modo extraño. Tanto la casa como el patio estaban a oscuras. No había ni la menor señal de humo de la chimenea, y tampoco había ventanas iluminadas.

Zefim golpeó una segunda vez. Por fin se oyó un ruido de pasos, pero eran suaves y apagados.

–¿Quién está golpeando?

–¿Está en casa la Señora Malúтина?

–No.

–¿Y su hija?

–Tampoco.

Zefim se encogió de hombros y emprendió el regreso, esta vez atravesando el bosque. La luz plateada de la luna en cuarto creciente le señalaba el camino entre los troncos renegridos, los árboles caídos y la tupida maleza. En un momento dado un haz de luz roja iluminó su sendero y de los caparazones de avellanos y de los setos de zarzamoras saltaron chispas hacia lo alto del firmamento en la calma nocturna. Zefim giró su cabeza hacia la izquierda y así pudo descubrir no lejos de sí un fuego claramente inusitado. En ese momento se oyó un silbido y figuras oscuras surgieron a ambos lados. Zefim levantó su escopeta: –¿Quién anda por ahí?

–¡Somos gitanos, Señor! –respondió una voz con humildad, y en ese momento un hirsuto muchachote de piel oscura se recortó de la oscuridad, inclinándose respetuosamente ante él.

Zefim se acercó al fuego y allí descubrió el modo fantástico en que habían acampado los gitanos. Había tenderetes rodeados por carromatos, mientras cerca pastaban los caballos. Sobre mantas descansaban hombres morenos; algunos otros estaban ocupados en despellejar una oveja, que sin duda era robada. Una madre bien joven acunaba a su pequeño vástago, mientras un grupo de niños desnudos correteaba de un lado al otro. Entretanto otras mujeres se ocupaban de las ollas que hervían sobre el fuego. Los perros, por otro lado, terminaban de cerrar el cuadro, mostrando hostilidad con sus ladridos.

Mientras Zefim no dejaba de maravillarse por la escena, se acercó, cabalgando sobre un oso manso, una bella joven de ojos fogosos y cabellos renegridos que ondeaban al viento. Era imposible no ver que lucía miembros esbeltos y una piel de ébano. La gitana se distinguía también por su vestido rojo sobre el que se ceñía una corta piel de oveja. Ella saludó a Zefim con un dejo de orgullo que no carecía, al mismo tiempo, de un toque de burla. Esta figura fantástica parecía ser la reina de la banda.

–¿Qué buscas entre nosotros, bello forastero? –dijo la gitana, mientras se apeaba de su hirsuta cabalgadura–. Si me ofreces algo, te

leeré el futuro, pues yo puedo ver no solo todo el pasado, sino también lo que vendrá.

Zefim le alcanzó riendo una moneda de plata. Ella agarró el regalo, lo guardó entre sus pechos y luego tomó la mano del Oficial.

–Felicidad, mucha felicidad. –murmuró la gitana, moviendo la cabeza–. Pero todo se ve muy lejano. Te esperan ahora grandes peligros, pues caerán en tu camino colosales obstáculos. Los sobrepasarás, si eres astuto, fiel y valiente. Dos mujeres aparecerán en tu itinerario; a ambas has de amar y ambas te darán su corazón. Sin embargo, una de las dos representará un peligro y será una amenaza constante para tu vida. Y si no eres cuidadoso, ella te traerá la muerte. Con todo, has de saber que sobre ti vuela un ángel guardián, quien te indicará el camino de la salvación.

–¿Qué más ves?

–Lo demás está entre tinieblas, se ve confuso; pero la línea de la vida en la palma izquierda está cruzada. ¡Cuidate!

En ese preciso momento se oyó un lamento como de un espíritu que cruzara las copas de los árboles.

–¿Qué fue eso?

–Cierra tus oídos y tus ojos. No es bueno estar cerca cuando atraviesan el espacio.

–¿De quiénes estás hablando?

–¿No llegan a tus oídos los salmos de expiación? Se trata de peregrinos piadosos que pertenecen a esa secta llamada Donadores Celestiales. Pero el aire huele a sangre. ¡Ten cuidado!

Zefim dejó a la gitana y con aire apresurado se dirigió a la espesura del bosque que daba hacia el río, cuya superficie brillaba por entre los troncos oscuros. Desde allá resonaban golpes de remos, mientras en esa clara noche de luna se elevaba lentamente por el aire una impresión extraña de tristeza y melancolía. Ahora podía verse una enorme barca, en la que estaban sentadas parejas de hombres y mujeres. Todos mantenían las cabezas gachas y se golpeaban el pecho con el puño. Sobre la popa se distinguía una antorcha que daba una luz mor-

tecina y de modo acompasado dejaba caer unas gotas de brea en el agua, mientras su llama roja iluminaba una alta cruz de madera que se erguía en el medio de la embarcación. Justo en ese momento –Zefim creía estar soñando– el Redentor que colgaba en la cruz abrió los ojos agónicos y de sus heridas goteó cálida sangre sobre los penitentes.

## 2. La madre y la hija

*“El mundo es un espejo, desde el que  
A cada uno mira su propio rostro”.*

THACKERAY

Al día siguiente Zefim repitió su visita a Boyary. Para ello había elegido la hora del mediodía. Tampoco esta vez se le franqueó la entrada. Otra vez, después de su insistente llamado, se hizo perceptible la misma voz lastimosa del atardecer anterior. Así pudo saber Zefim que las propietarias estaban nuevamente ausentes.

–Ábrame, de todos modos. –insistió Zefim.

–No se me permite que deje entrar a nadie.

–Eso lo vamos a ver.

Zefim se lanzó por sobre el murete, saltando hasta el suelo del otro lado. En el centro del patio de la granja se hallaba una viejecita en traje aldeano que lo miró con aire asustado.

–¿O sea que Usted es un ladrón? –le lanzó a la cara.

–Soy un Oficial del Zar, como puedes ver. –contestó Zefim. –Y además un viejo amigo de la Señora Malútina. ¿Está ella en la casa?

La vieja se encogió de hombros. Zefim ya no le prestó más atención, sino que empezó a subir por los enmohecidos peldaños de piedra que llevaban al interior. Sobre el umbral salió a su encuentro una figura alta y majestuosa.

–¿La Señora Malútina?

–Soy yo.

–¿No me reconoce? Soy Zefim Yadevski.

Una sonrisa leve vivificó por un momento los habituales rasgos hoscos de la dueña de Boyary. –¡Bienvenido! –dijo entonces la señora, extendiendo su mano, que el Oficial se apresuró a besar con efusión–. Dragomira se alegrará de verlo. Ha cambiado Usted una enormidad, pero para bien.

–Las apariencias engañan –contestó Zefim, mientras la Señora Malúтина lo hacía pasar a la sala–. Creo que sigo siendo siempre el mismo niño travieso que saqueaba sus manzanos y sus mazorcas de maíz.

El cuarto donde ambos habían tomado asiento exhalaba un olor muy particular, que recordaba tanto a una iglesia como a una herboristería. Entretanto la temperatura semejaba la de una cripta; probablemente hacía rato que nadie había abierto las ventanas. Los muebles y candelabros se hallaban cubiertos con fundas, como si la casa atravesara una profunda penitencia. Era evidente que aquí no se recibían huéspedes. También el aspecto de la Señora Malúтина delataba la misma incoherencia. En ella se trataba, por un lado, de una mujer de gran garbo y de gran belleza, que contaba no más de cuarenta y cinco años, pero, por otro lado, esa edad la desdecían sus cabellos blancos. Su rostro severo pero tenuemente rosado en el que brillaban sus ojos oscuros hablaba de un íntimo frescor que la asemejaba más a una diestra amazona en vestido galante de la época de Catalina la Grande, que a esa anciana que anunciaban sus canas.

En ese momento se abrió la puerta e hizo su aparición una muchacha de gran porte, cuya prestancia era extraordinaria y, al mismo tiempo, parecía poseer un encanto frío y calculador.

–¡Dragomira!

–¿Es realmente Usted?

Y con la misma sonrisa de su madre, le estrechó la mano; luego se sentó junto a la ventana y posó la mirada hacia afuera, como si él ya no le interesara. Esto le dio a Zefim la oportunidad de observarla. Durante su ausencia, Dragomira se había transformado y alcanzado la

flor de la edad. Ahora era una muchacha esbelta y su figura mostraba una elástica energía y una presencia principesca, que, a causa de su gris atuendo monástico, provocaba una ligera extrañeza. Sus cabellos de un rubio dorado estaban muy alisados en las sienes y se tensaban recogidos en un simple rodete sobre una nuca de un blanco marmóreo. Allí no había lugar para una cinta ni para una flor; tampoco en ella era visible ninguna alhaja.

–Por lo que se ve, viven Ustedes en la más completa soledad.

–Así es –dijo la madre.

–¿Pero Dragomira se encuentra cómoda en este páramo?

–Yo pienso como mi madre –dijo la muchacha a modo de respuesta, mientras fijaba sus fríos ojos azules sobre Zefim.

–Sabemos cómo es la vida de los Oficiales –se apresuró a responder la madre–. Para Ustedes, que nadan en el brillante torbellino del gran mundo, nuestro modo de vida ha de parecerles no solo extraño, sino también ridículo. Sin embargo, nosotras somos aquí felices. El mundo está colmado de maldad, hay que luchar demasiado contra ella para combatir la tentación; en ese desierto poblado de seres, donde miles de brazos se tienden hacia uno y donde las voces de las sirenas cantan canciones de seducción, es casi imposible no sucumbir.

–¡Oh! Le aseguro que la vida en Kiev es bella –insistió Zefim.

–¿Reside Usted ahora en Kiev? –preguntó de golpe Dragomira, quien súbitamente prestó atención a lo que se decía.

–Así es.

–¿Y cuándo volverá para allá?

–En dos semanas, según creo.

Dragomira miró a su madre, luego hacia él y, finalmente, dirigió su vista hacia el suelo. Era evidente que estaba enfrascada en un pensamiento que no era superficial, sino que la embargaba completamente. Sus rasgos continuaron adustos y como congelados, pero por sus cejas cruzó un espasmo de energía y entre sus labios rosados asomaron un poco los dientes.

–¿Por qué ya no me tutea Usted? –dijo Zefim, en el momento en que se puso de pie para acercarse a su antigua compañera de infancia–. ¿Acaso me ha olvidado completamente? ¿Ha olvidado las travesuras que emprendíamos juntos? ¿Me he tornado un extraño para Usted?

–No. Pero es mejor así.

El tomó su mano entre las suyas, que le pareció fría y lisa como la de una serpiente, y ella la retiró con la rapidez de un reptil.

–¿Qué le he hecho, Dragomira? ¡Por favor, míreme!

–Yo ya no soy la misma.

–Por supuesto. Usted es la misma, para mí.

–Es lo que Usted cree –contestó ella, mirando al vacío.

Zefim se sintió en un estado de ánimo peculiar. En su corazón latía el viejo sentimiento de la infancia. Sus sentidos fueron de nuevo capturados por el encanto de una enigmática belleza, pero, al mismo tiempo, su cuerpo era recorrido por un estremecimiento ante la presencia de estas dos mujeres. La madre y la hija se presentaban a su espíritu no solo como extrañas, sino también siniestras.

En su siguiente visita, tuvo mejor suerte y encontró a Dragomira sola. Cuando atravesaba el patio buscando la entrada, la distinguió asomada a una ventana y en ese instante tuvo tiempo de percibir en ella un movimiento de impaciencia y burla.

–Ah, ya volvió –dijo ella, en un tono entre ofendido e indiferente.

–Bueno, no pierdo tan rápido la energía. ¿Qué sería de mí como soldado? –le contestó Zefim.

–Estoy sola y, por lo tanto, no puedo franquearle la entrada.

–¿Sola? Tanto mejor. Y en cuanto a las severas fórmulas de la etiqueta, le adelanto que no me conmueven.

–Entonces, entre –dijo ella, después de dudarle un poco.

Zefim se adelantó por el corredor en el que se enseñoreaba un enorme crucifijo rodeado de lamparillas encendidas, mientras de allí se expandía el olor a incienso. Dragomira se erguía ante el umbral de su habitación y, al acercarse Zefim, le tendió la mano.

–En realidad, me comporté como una niña. ¿Qué habría de temer ante Usted?

–Ahora hay sensatez en sus palabras. Y, dado que ya dio un paso, me apresuro yo a dar el segundo, pidiéndole que me trate como lo hacía de pequeña, cuando jugábamos, como un pacto entre ambos, a que era mi esposa en la choza hecha con las espigas doradas.

–De acuerdo. Lo cumpliré, siempre que prometa no cortearme.

–Doy mi palabra –dijo Zefim–, pero lo que no puedo prometer, Dragomira, es acallar mi corazón, pues se expresa con demasiada fuerza. Piense en los versos de Pushkin:

“Con renovada fuerza arde y late mi corazón,  
Pues no amarte es imposible.”

–No puedo prohibirte sentir lo que sientes por mí –dijo en un tono calmo la joven, – pero tampoco puedo corresponder a tus sentimientos; yo nunca amaré a nadie, ni perteneceré a ningún hombre.

–¿Querrás acaso casarte con Dios?

–Es un mayor servicio ganar la lucha en el mundo y no detrás de los muros de un convento, donde no existe la tentación.

–Creo que me tratas con desconfianza solo porque soy un soldado.

–De ninguna manera. La guerra es beneficiosa, porque mucha gente logra con ella ganar el paraíso, ya sea por grandes sufrimientos, ya sea por la muerte en el campo de batalla.

Zefim la miró azorado; la muchacha se había sentado junto a la reja que cerraba la ventana, plegando las palmas sobre su regazo, en señal de recato. En ese momento se le apareció como una prisionera en esa habitación de paredes blancas, cuyos únicos enseres era una cama con dosel, un armario y una mesa con dos sillas. En la pared había una imagen de Tierra Santa, rodeada por unas flores marchitas, de donde colgaba un látigo. ¿Qué sentido tenía allí el látigo? ¿Acaso esa niña antaño tan despreocupada y amable se había entregado a una conducta de privaciones que llegaban hasta la demencial religiosidad de autoflagelarse? Cada vez más, Zefim sentía que se hallaba ante un agobiante enigma.

En otra oportunidad Zefim encontró a Dragomira sola en el jardín; vestía un sencillo atuendo blanco, que le deparaba mayor gracia. Ella, sorprendida de repente, se asustó al verlo allí y reaccionó enrojeciendo levemente. Era la primera vez que se mostraba en ella un signo vital, algo como un sentimiento humano.

–¿Te soy tan desagradable, como para que, al verme, te sobresaltes?

–¿Qué cosas se te ocurren? No existe nada que me produzca temor. ¿Y por qué habría de temerte justamente a ti? Yo me muestro bondadosa contigo, en la medida de mis posibilidades y dentro de lo que me está permitido; además sé que no tengo por qué inquietarme en lo que respecta a tu persona. Más bien serías tú el que tendrías que evitarme a mí.

–Tienes razón.

–Oh, no en el sentido que crees.

–¿En cuál, entonces?

Dragomira arrancó una rama del rosal y apretó las espinas más potentes contra su piel blanca, y lo hizo de tal modo que se formaron en su brazo unas líneas rojas que comenzaron a manar gotas de sangre caliente que caían en tierra.

–¿Qué haces?

–Lo que me alivia –fue su respuesta.

–¿Te gusta martirizarte?

–Como a todos los que buscan la paz celestial y desprecian la tierra.

–¿Crees que Dios te eligió para el martirio? Más bien pienso que fue para ofrecer bienaventuranza y para el disfrute de la vida.

–Así habla el hombre, cuyos sentidos están atrapados en el sofocante vapor de la tierra; la mujer, en cambio, es más pura y más sabia que él, y, por eso, también más libre de pecado.

–Si tú eres un ángel –dijo Zefim, con una sonrisa que produjo desconcierto en su interlocutora–, entonces serás mi ángel, conduciéndome a esas alturas en la que moras.

–No me pidas eso. El camino hacia ahí es difícil y tortuoso. –Al decir esto, Dragomira fijaba sus grandes ojos sobre Zefim, mostrando

conmiseración y tal vez súplica, por primera vez. Luego su cuerpo fue recorrido por un escalofrío, pero tomando ella su mano, dijo--: Ahora vete, me están buscando.

Le hizo una señal de despedida y corrió hacia la casa. Mientras su figura esbelta se deslizaba entre los canteros de grosellas y árboles frutales, surgió en el portón del jardín otra silueta, lúgubre y amenazante. Se trataba de un hombre de bello porte que trasuntaba energía. El nuevo personaje debía de tener unos cuarenta años; mostraba una rubia cabellera y rubia barba. Esa extraña figura vestía un largo atuendo con amplios pliegues a modo de capa. De sus rasgos podía deducirse una fría y despiadada conciencia que implicaba un poder enorme y sin límites. Zefim, completamente anonadado, se preguntaba si esa aparición sería la de un sacerdote o de un demonio.

### 3. Dragomira

*“Un dolor inconmensurable  
Está adherido a la vida”.*

MAHABARATA

Sucedió en los primeros días de septiembre. Los territorios de la Pequeña Rusia<sup>1</sup> se iluminaban con una abundancia como si todo cayera bajo la bendición divina. El cielo se mostraba, como una gema enorme, sin nubes, mientras el aire con briznas de oro y lleno de aromas engalanaba el ambiente. Así también, el sol cubría cercanías y distancias bajo su manto chispeante. Las hojas se teñían de otoño y el césped se coloreaba de amarillo opaco. También los árboles cargados de frutos inclinaban profundamente sus ramas hacia la tierra, derramando sus deliciosas bendiciones alrededor. En los jardines, como un bordado de las regiones septentrionales, eclosionaba el esplendor de margaritas y dalias, mientras que sobre los cercos asomaban los rostros morenos de los girasoles. Entre los rastrojos se deslizaban los rebaños de corderos y el cielo se veía surcado de grullas y cigüeñas.

En las aldeas, que respiraban paz, circulaba el olor del tomillo y el ajeno. También se podía percibir, traído por la brisa, el rebatir rítmico

---

<sup>1</sup> Denominación popular de la región que en la actualidad corresponde mayormente a Ucrania, pero que estuvo durante mucho tiempo bajo el dominio de los Zares y en litigio con otros países. (Nota del traductor)

de la trilladora en las parvas, mientras en cada taberna que se hallaba en medio del camino, resonaba el sonido de los violines, acompañado de alegres cánticos.

Con la escopeta al hombro Zefim había salido acompañado de su perro de aguas inglés y así se puso a disparar sobre las gallinetas que tanto satisfacen a los cazadores, porque sobrevuelan como fuegos fatuos. Una vez que hubo llenado su morral de la cacería, se tendió en el medio de un alto pastizal junto a la orilla del río, prestando atención al lenguaje antiguo y enigmático de los elementos, al susurro de los juncos y de los árboles, al tono melancólico del fluir del agua y a esa especie de revelación que le traía el aire. Ante él veía los copos de espuma que formaban las olas que danzaban a sus pies rompiendo en chispas de luz; a la distancia podía distinguirse, de vez en cuando, el llamado lastimero de un cuerno de caza. De pronto, sin embargo, se oyeron golpes de remos, y vio aproximarse sobre una pequeña barca a Dragomira, vestida con una túnica blanca, como un hada que saliera de un irisado jardín maravilloso, arrastrando a su paso algas, lirios acuáticos y nenúfares, como se encuentran en las orillas de los estanques. Cuando Zefim la descubrió, ella se sorprendió, pero enseguida se detuvo y le tendió la mano desde la barca.

–¿Cazabas?

–Sí. Pero estaba desperdiciando algo de pólvora –contestó Zefim–, y ahora me había tendido sobre el suelo, pensando en ti. ¿Quieres ponerme bajo tu protección, mi ángel bienhechor?

–¿Por qué no? Pero debes saber que no soy ningún ángel.

Ella atrató más cerca de la orilla; Zefim saltó a la barca y se hizo cargo de los remos, después de desprenderse de la escopeta y atar el perro a sus pies.

–¿Qué bello puede ser el mundo! –dijo él, mientras remontaban lentamente el río–. La naturaleza es una gran catedral donde caben todas nuestras plegarias y a cada uno invita a rezar en ella.

–Así puede parecerte. A primera vista es esa la impresión, pues la tierra se nos presenta como un altar grande y hermoso, de la que

emanan solamente suaves perfumes en dirección al cielo; sin embargo, si miramos con más atención, descubriremos enseguida que nuestros propios pensamientos y nuestras sensaciones son fantasías que tejemos haciéndolos encajar en la naturaleza. En realidad, este mundo en su totalidad es solo una enorme piedra sacrificial, sobre la que las criaturas sufren y sangran para mayor gloria de Dios.

–Es una visión terrible de las cosas.

–También yo, Zefim, me sentí una vez gozosa de la vida cuando miraba hacia el futuro, veía ante mí una región maravillosa y dorada; sin embargo, un buen día, descubrí que había estado ciega y, cuando quitaron los velos que cubrían mis ojos, entonces me embargó una profunda compasión. Una sensación de tenue grisalla se posesionó de mí, como si el sol se hubiera ocultado, como si la tierra se hubiera congelado en un hielo eterno y se hubiera sepultado a mi corazón bajo esa capa. Tú eres feliz, puedes disfrutar; para mí, en cambio, alegría y esperanza son cosas del pasado. Ya no puede volver a pensar en el valor de la vida, pues sé que la existencia solo es una forma de expiación, un resonante purgatorio, de ninguna manera una felicidad, sino más bien una tortura.

–A lo que parece tus ideas tienen su origen en las creencias de la India. Han venido hasta nosotros con las caravanas que llegaron hasta el corazón de Rusia y encuentran eco en una forma cambiada en las sectas que dividen a la iglesia rusa –dijo Zefim, mostrando un asombro creciente–. ¿Acaso perteneces, al fin y al cabo, a alguna?

–No. ¿Cómo se te ocurre? –exclamó Dragomira, tratando de sonreír–. ¡Es increíble las cosas que asocias conmigo! No hace falta más que abrir los ojos para comprender lo que acabo de explicarte.

Entretanto habían llegado a destino y emprendieron el camino a pie por los prados y arboledas. De golpe fueron a dar contra un montículo de hormigas que se levantaba como una fortaleza. De allí salían largas filas de esos insectos negros y diminutos, formando un sendero estrecho por donde también trajinaban otras trabajadoras cargadas de huevos.

–Observa esta pequeña maravilla –dijo Zefim, haciendo detener a su bella acompañante–. ¡Qué sabia y bondadosa la organización de esta sofisticada república liliputiense! Ella surge de pronto ante nosotros en la realidad como si proviniera del mundo fabuloso de los cuentos de hadas. ¿No crees que estas aplicadas y astutas criaturas son felices?

–No. Ellas tienen amos y esclavos, justamente como nosotros. Y, además, solo pueden vivir en tanto matan y torturan a otros. Mira este caracol aquí que se está retorciendo bajo horribles contorsiones; fueron tus republicanas las que lo asesinaron. Bueno, todavía no; vive aún. Y vivo lo han de despedazar. Y en cuanto a esa lastimera felicidad de que hablaste, una pisada humana puede acabar con ella.

Dragomira, con presteza, dio un paso ni airado ni tampoco mostrando una conducta febril de endiablada crueldad, para pisar el hormigueante montículo y, así, enterró de golpe todo un Estado y miles de sus habitantes quedaron destrozados bajo su peso. Zefim bajó la cabeza y se quedó callado. Ambos siguieron caminando, pero tampoco ella retomó la conversación.

A poco de andar, atravesaron un bosquecillo tupido y allí se toparon con un nido de petirrojos, ubicado en el hueco de un árbol.

–¡Qué bonito! ¿No es cierto? –dijo ella–. Es idílico, pero mira con atención cómo este delicado animalito que vuelve ahora volando a su nido para alimentar a su cría trae algo en el pico. ¿De qué se trata? Es seguramente un insecto que se retuerce bajo su fuerza. ¿Crees que el insecto lo pasará bien?

Siguieron caminando juntos y apenas habían hecho unos pasos, descubrieron un ave de presa que bajando prestamente apresó al pobre despreocupado petirrojo, alzándolo entre sus garras. Dragomira señaló al azor, sin hacer ningún comentario; pero Zefim levantó su escopeta y disparó. Cuando se disipó el humo, se vio que el ave agonizante extendía sus alas, batiéndolas sobre el suelo, mientras junto a ella se debatía en convulsiones el petirrojo.

–¿Y tú...? –dijo Dragomira, riendo de modo atroz– ¿...qué es lo que has llevado a cabo, como señor y cumbre de la Creación? ¡Has

realizado la matanza igual que los otros! Lo que se yergue ante nosotros es en todas partes tormento, derramamiento de sangre, muerte y aniquilación.

Entretanto llegaron a Boyary sin pronunciar una palabra más. Una vez ante el portón Zefim se despidió en un estado de ánimo desastroso. En el camino hacia la finca de su madre, en medio de los velos de niebla del crepúsculo, su mente estaba llena de pensamientos, como murciélagos que lo atenazaran de modo oscuro y sin sosiego.

Cuando a la tarde siguiente, impulsado por un mágico poder, se presentó en la granja de la Señora Malútina, encontró por primera vez el portal de par en par abierto. En la explanada de entrada se veía un carruaje, cubierto con una manta, al que estaban enganchados tres caballos magros. Un judío en *kaftán* negro estaba sentado al sol, sobre el banco adosado al cuarto donde se hornea el pan, contando dinero de modo diligente con sus dedos huesudos.

Mientras tanto, Zefim se deslizó a los costados del edificio y espió a través de las ventanas de la sala. No fue menor su asombro, al ver a Dragomira mirándose a un espejo y, además, se extrañó de hallarla vestida como una joven sultana en todo el brillo de su belleza. Un panel de seda celeste rodeaba su figura principesca a modo de cola que apenas dejaba ver sus pequeños pies enfundados en unas babuchas rojas recamadas con hilos de oro. Portaba también una chaqueta de piel de porte ducal recubierta de terciopelo de un rojo profundo que dejaba ver los bordes de marta cibelina dorada que hacía más suaves las partes interiores. Esa chaqueta se ceñía de modo ajustado a su cuerpo de donde sobresalía un cuello adornado con perlas de ámbar amarillas, lo que se combinaba con brazaletes de oro que ostentaban sus brazos. Además de todo esto, sus cabellos de un intenso rubio dorado estaban trenzados y enlazados con enormes perlas que formaban una especie de diadema sobre su frente.

– ¡Ah, qué bella estás! –exclamó Zefim, desde el exterior de la ventana. Dragomira se sobresaltó y lanzó una furibunda mirada sobre el invasor, al tiempo que su rostro enrojecía, alternando ese color otra

vez con una intensa palidez. Él agregó–: Te estás poniendo tus mejores galas, pero no para mí.

–Simplemente me estoy probando estas cosas. Ya ves, allí afuera está esperando el sastre judío –Dragomira había recuperado su compostura–. Esto no tiene ninguna importancia.

–Aha. A pesar de eso, pienso que no te has hecho hacer esta costosa vestimenta para colgarla en el armario como alimento de las polillas.

–¡Qué curioso eres!

–Solamente estoy asombrado, Dragomira. Este lujo y abundancia están en profunda contradicción con la máscara de santa que te has colocado.

–Te estoy mostrando mi verdadero rostro –contestó ella, con una sonrisa dolorosa.

–Con esa imagen, sin embargo, no parece concordar el atuendo de tirana y conquistadora.

–También sobre las víctimas se colocan adornos. Y la sacerdotisa no deja de revestirse con pompa real, cuando blande el puñal –dijo Dragomira, con la mayor naturalidad del mundo.

–¿Y quién eres tú en esa duplicidad?

–Quizás yo sea tanto la una como la otra.

–Para mí tú eres solo la amada sublime de mis sueños juveniles, la mujer más bella en cuyas venas fluye la cálida sangre; y tus rivales son las estatuas de mármol griegas o las pinturas de los ideales femeninos de Tiziano o Veronese.

Impulsado por una apasionada excitación repentina, el joven Oficial saltó por la ventana para entrar al salón, rodeó a Dragomira con sus brazos y la besó.

Resultó extraño que ella no mostrara aprehensión ni se burlara de él. Ni siquiera hizo el gesto de apartarlo. Solamente desarmó su ímpetu con una mirada imperturbable y gélida. Enseguida dijo, con la mayor serenidad y suavidad en el tono: –Te advierto, Zefim, que debes mantenerte alejado de mí. No creo, en realidad, que me ames, pues un fuego que no se alimenta, ha de apagarse; pero, si realmente me quieres, tanto más tienes que apartarte de mí. Si yo lo decidiera,

tú habrías de pertenecerme. Eso lo sé yo mejor que tú, pues sé que podría malearte como cera tierna. Sin embargo, no quiero eso ahora.

–¿Por qué no lo decides ya? Tú has sido creada para mí, sin ninguna duda. Y, por eso, tienes que llegar a ser mi esposa –Dragomira sacudió la cabeza–. ¿Acaso amas a otro?

–No.

–¿Cómo podría entenderte, entonces?

–No trates de introducirte en la oscuridad de mi alma. Te lo repito: por tu bien, no te acerques a mí. Todavía siento piedad por ti y por el alborozo de tu juventud; quizás porque mi corazón está todavía libre, ya que aún he compartido contigo poca cosa. Sin embargo, si logras conquistar mi amor, ya podrías darte por irremediabilmente perdido. Evítame cuando todavía es posible.

–¿Y si ya fuera demasiado tarde?

–Entonces tu destino ya estaría decidido y yo habré de cumplirlo.

–¿Eso significa que puedo tener esperanzas?

Dragomira se había sentado, entretanto, en un sofá pequeño, completamente entregada a sus pensamientos.

–Soy valiente y no pienso retroceder ante nada. Si lucho para ganarte y puedo llevarte a mi casa para que seas ama y señora, entraré en la lucha contra las más nefastas fuerzas infernales.

–Pero no contra el cielo, Zefim. Sé que hay fuerzas, poderes oscuros que son más fuertes que nosotros. El camino que habré de transitar está plagado de tormento y dolor, a través de indecible sufrimiento y angustiosas tinieblas antes de llegar a la luz. No trates de llegar a él antes de tiempo, ni de querer marchar a mi lado. ¡Ah!, si pudiera contactarte, pero no debo hacerlo, porque mis labios deben estar sellados.

–Dime solamente que me amas.

–No. No te quiero; y puedes agradecer a Dios que no te quiera.

## 4. La misión

*“Tengo la sensación de que en el libro del cielo están,  
Tachadas con líneas negras por manos humanas,  
Los sitios más bellos, las leyendas más santas, las  
Enseñanzas divinas de paz y de amor”.*

ANASTASIUS GRÜN

Mientras que Zefim emprendía el regreso a su casa, embargado por negros presentimientos y torturado por sensaciones contradictorias, había caído la noche y se había expandido por los campos una creciente y espesa niebla otoñal que llegaba, callada, desde el oleaje del mar.

Dragomira, entretanto, se hallaba de pie frente a la ventana de su habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando fijamente en dirección a la explanada, como si hubiera fijado su atención en una bullente olla de brujas de la que salieran ya sea espíritus nocturnos envueltos en mortajas, ya sea demonios con enormes alas de murciélagos o, quizás también, de la que brotaran, escalando los aires, enanos con barbas largas y grises. De golpe, de esa espesa niebla del patio surgió un campesino ruso, tremendamente corpulento, con una cabeza de Sansón, quien le hizo una profunda reverencia.

–¿Eres tú, Doliva? –preguntó Dragomira, inclinándose por la ventana.

–Sí. Soy yo. Me envía el cura. El está esperando a su señoría.

–¿En este momento?

–Así es.

Dragomira hizo una señal de asentimiento con la cabeza y se alejó. Después de vestirse rápidamente, reapareció en el patio, donde Doli-va había ensillado el caballo que ella habría de montar. En cuestión de segundos, ya se hallaba sobre el fogoso animal y atravesaba el portón de entrada. Cabalgaba sobre rastrojos, prados y florestas, saltando arroyos y fosos con premura. Junto a ella parecía cabalgar un ejército de jinetes fantasmales, mientras que en el cielo parecía dibujarse una cabeza gigantesca cuya larga barba gris llegaba hasta todos los confines de la tierra.

Sin preocuparse por los obstáculos del camino y por las apariciones amenazantes que surgían de la niebla, azuzó su cabalgadura para que pasara por debajo del puente de madera que crujía por el viento e, impulsada por la tormenta, arribó prestamente a Okozim. El antiguo castillo polaco del *stárosta*<sup>2</sup> dominaba sobre una altitud, que dejaba vislumbrar a lo lejos los valles del Dniéper, y parecía fraguada por lava volcánica surgiendo de entre campos y bosques. Solo desde muy cerca se podían percibir sus torres redondas, recubiertas de plomo, que sobresalían un poco por encima de los añosos robles y las antiguas hayas. Un alto muro rodeaba cada uno de los edificios que se elevaba directamente desde las faldas empinadas; de tal modo que la aldea solo se podía ver desde uno de los lados en los zigzagueantes caminos por entre roquedales y copas de árboles. La construcción a modo de fortaleza podía ser alcanzada una vez que se cruzaba el puente que se tendía sobre un precipicio profundo y así se llegaba al portal defendido por gruesas protecciones de hierro. Llegada a este punto, Dragomira llamó; después de dar una contraseña, le fue franqueada la entrada que conducía a un estrecho y oscuro pasaje del castillo.

Un venerable anciano con una barba generosa, vestido con traje de cosaco, se hizo cargo de su caballo. Dragomira se introdujo en el

---

2 El "stárosta" ("el más viejo", en ruso) era un cargo elegible en las comunidades eslavas para que un individuo veterano regenteara sobre decisiones generales. Este cargo comunal existía en estos territorios de la encrucijada cultural entre Polonia, Ucrania y el Reino de Austria-Hungría hasta la Revolución Rusa de 1917. (Nota del traductor)

edificio que no solo era espacioso, sino también gris y vetusto, tomando hacia su derecha, por donde se abría, escasamente iluminado, un corredor en forma de bóveda y golpeó en una pequeña puerta, cubierta de tachonados de hierro.

–¿Quién está ahí? –preguntó una voz profunda, pero a la vez suave y bella.

–Soy yo.

–¡Entra!

Dragomira abrió la puerta y la cerró enseguida detrás de sí. Se hallaba en un recinto de mediano tamaño que daba la impresión de una celda. La única ventana estaba cerrada abajo con maderas y arriba con rejas. Las paredes grises no presentaban ningún tipo de adorno; en una de ellas colgaba un crucifijo gigante. A los pies del Salvador sobresalía un clavo, del que pendía un látigo. En la otra pared se veía un camastro de paja, junto al que había un pan negro y una jarra con agua. En un nicho de la pared ardía una lamparilla roja. Junto a la ventana se encontraba una mesa de hechura campesina sobre la que descansaba el Nuevo Testamento abierto en la aparición del Verbo. A ambos costados del crucifijo ardían también sendas velas. Sentado ante el Evangelio y con la cabeza apoyada en la mano izquierda, se hallaba ese mismo hombre que había causado tal extrañeza a Zefim cuando lo entrevió en el jardín de Boyary.

Esa poderosa figura se presentaba ahora a la vista, vistiendo un amplio talar negro que lo cubría completamente con sus pesados pliegues hasta los pies. Los generosos cabellos dorados que le llegaban hasta los hombros y la abundante barba dejaban entrever un rostro, que, paradójicamente, no concordaba con ese marco. No se trataba de una figura pálida ni constreñida a una rojiza apariencia clerical, sino de un perfil noble del que sobresalían unos enormes ojos celestes, a la vez tiernos y humildes, mientras sus labios rojos parecían brillar cálidos de sensualidad. Su porte era el de un león; es decir, el de un dominador o un tirano.

Dragomira se arrodilló ante este misterioso personaje con los brazos cruzados sobre el pecho como una esclava y con su cabeza inclinada en señal de humildad, esperando sus órdenes.

–Te he llamado ante mí –empezó a decir este individuo con el tono de voz calmo de quien está acostumbrado a ser obedecido sin vacilaciones–, porque debes encargarte de una misión que te llevará esta vez hasta Kiev.

–Ya me la habías anunciado, Apóstol.

–¿Cuándo podrás acometerla?

–Inmediatamente, si así lo ordenas.

–Entonces, prepárate a viajar dentro de tres días. Las indicaciones necesarias ya se encuentran en Kiev.

–¿Cómo habrán de reconocerme?

–Esta vez te presentarás con tu verdadero nombre. Se trata de una importante misión la que se halla ante ti. Sé que estarás a su altura y, por ello, te hemos elegido. Cuento con tu astucia, tu potente corazón, tu voluntad indoblegable y la fuerza de tu fe. Ya nos has dado pruebas suficientes para ello. ¿Estás convencida de ser merecedora de esta santa misión? ¿Te sientes pura en este momento y suficientemente libre de culpa como para cumplirla?

–No, Apóstol.

–¿Qué pecado pesa sobre tu conciencia?

Dragomira se inclinó hasta tocar la tierra, de tal modo que sus labios casi tocaban el borde de los pies del hombre y permaneció callada.

–¿Estás enamorada?

–No, Apóstol.

–¿Acaso sientes que en el fondo de tu corazón se agita una brizna de sentimientos hacia ese hombre, que ha sido tu compañero de juegos infantiles?

Dragomira levantó la cabeza y miró a su interlocutor a los ojos sin mostrar miedo ni inquietud, y respondió:

–No. No lo amo, pero su amor me ha tocado como el roce de un rayo de sol sobre el terreno congelado por el invierno. Y hubo mo-

mentos en que me sobresaltaron las dudas, cuando una débil nostalgia recorrió mi alma, corriendo hacia la felicidad de una simple mujer, de una madre.

–¿Y él tiene esperanzas de ganarte?

–Sí, aunque yo lo he rechazado.

–No le quites las esperanzas. Él tiene fijada su residencia en Kiev, y ha de volver hacia allí pronto. En esa ciudad necesitarás tal vez de un protector. No sería oportuno que lo ofendieras, pues de amigo podría pasar a ser un enemigo; y justamente el más peligroso. Sigue usando tu astucia, Dragomira.

–Así lo haré.

–Emprende el viaje con él. Te podría ser de gran utilidad el hecho de que seas vista en su compañía. Muéstrate a menudo con él en público.

–He de obedecer en todo.

–Este Oficial nos ha de ser útil también en los círculos de Kiev que vas a frecuentar. Tu misión es esta vez de una cualidad peculiarmente difícil. ¿Conoces al Conde Boguslav Soltyk?

–No.

–Pero seguramente habrás oído su nombre.

–Sí. Las mujeres jóvenes y también las muchachas hemos recibido advertencias sobre su conducta.

–Con toda razón. Es un gran pecador. No solamente ha sido maldecido mil veces, sino que también ha arrastrado a muchos a su propia perdición, por el modo en que juega afiebradamente con las personas y con su felicidad. Tú has sido elegida para interceptar su camino, poniendo un punto final a sus vicios y así salvarlo de la condena eterna. No te será fácil oponerte a la fuerza seductora de este hombre. Él es no solo bello, sino también inteligente y sabe expresar la virtud de la caballería. El Conde es también valiente hasta la temeridad, pues no retrocede ante ningún peligro. Al mismo tiempo, no tiene remordimientos y se burla de los sentimientos ajenos.

El Apóstol tomó unos papeles que estaban ante él, cerrados con sellos, y se los alcanzó a Dragomira. –Aquí está explicado todo lo que

debes saber sobre él y lo que es necesario para tu misión. Guarda con todo cuidado estas instrucciones, rompe los sellos solo cuando llegues a Kiev y, después de haberlos leído, confía todo a las llamas. Cada paso ha sido sopesado y pensado con el cálculo debido. En Kiev encontrarás servidores y asistentes confiables. Ellos han de obedecerte ciegamente y brindarte todo el apoyo necesario. En caso de que ocurriera algo impensado o si de golpe te surgieran algunas dudas en algún tópico, entonces envía enseguida a alguien de tu confianza y espera nuevas órdenes.

–Me manejaré exactamente según tus prescripciones, Apóstol. No tendrás ninguna queja de mí.

–Recuerda que no eres una herramienta ciega. El cielo te ha proporcionado los dones más generosos, y tú posees una mente fría y astuta. En el caso de que en Kiev encuentres, además, la oportunidad de ocuparte en otra dirección, no lo dudes y sigue tu intuición. Estoy seguro de que acertarás. Actúa siempre siguiendo los mandatos divinos y de nuestra santa doctrina, así nunca has de equivocarte. En Kiev disfrutarás de una vida muy diferente de la de aquí, donde eras una pecadora en el desierto; allá vivirás como una gran dama del mundo elegante y también el más brillante. Allá han de abrirse todas las puertas, anudarás numerosos nuevos vínculos y podrás tejer redes en toda la ciudad. En tu auxilio aparecerán eventos innumerables en teatros, conciertos, cabalgatas, paseos en trineo, bailes. Te han de homenajear y cortejar. Yo abrigo las más grandes esperanzas con el resultado de tu viaje y en tu permanencia en Kiev. ¿Tienes algún otro amigo en esa ciudad, aparte de Yadevski?

–Yo, personalmente, no conozco a nadie. Pero buscaré conectarme con un amigo de mi difunto padre, siempre que lo permitas. Se trata del Comisario de Policía Bédrosev.

–Es realmente un vínculo precioso que nos será de gran utilidad – dijo el Apóstol, a la vez que se adentraba en sus propios pensamientos.

Después de unos instantes, Dragomira se atrevió a preguntar: –¿Tienes algo más que indicarme?

–No. Ya sabes todo. Márchate con la bendición de Dios.

–Pero, ¿qué ejercicio de contrición colocas sobre mí? Quiero realizar mi misión con el alma y la conciencia limpias.

–Es cierto –él se puso de pie y avanzó por el corredor y la explanada tenebrosa del castillo, mientras ella lo seguía. Ambos entraron en la capilla, donde las paredes mostraban todavía signos de viejas pinturas. De la bóveda, apoyada sobre macizos travesaños, colgaba una lámpara pequeña que con su luz dotaba al recinto de un altar, hecho de piedra, sobre el que se enseñoreaba la figura del Salvador crucificado, con su corona de espinas y las heridas que mostraban huellas de sangre. Las sombras cubrían todo el cuadro, pero solo sobre el divino rostro caía un haz de luz espectral–. Aquí mismo tienes que despertar en tu pecho el arrepentimiento más doloroso. Humíllate ante Él, que es nuestro único Señor y Juez. Espérame en este lugar.

El Apóstol desapareció y Dragomira permaneció sola. Primeramente, se prosternó de rodillas ante el altar y, luego, extendió su cuerpo y sus brazos sobre las losas del piso, apoyando la cara sobre el suelo. Largo tiempo se mantuvo en esta posición. Mientras rezaba, las lágrimas rodaban por sus mejillas. En la calma de la noche se oían dolorosos lamentos de los condenados del infierno, mientras también llegaban a sus oídos los cantos de salmos en forma de un susurro triste e interminable.

Cuando dejaron de oírse esos cánticos que hacían estremecer la piel, pudo percibirse el ruido melancólico de la antigua veleta y desde el bosque cercano el ulular de las lechuzas. Finalmente se distinguieron unos pasos que se aproximaban. Dragomira se incorporó. Allí se erguía el Apóstol con un látigo en la mano. Ella se arrodillo ante él, en acto de humildad y entrega, como la gran pecadora ante su Señor. El Salvador contemplaba la escena con compasión, pero mientras su frente se mostraba erizada de espinas, por sobre sus labios bondadosos pareció deslizarse una triste sonrisa.

## 5. El fuego fatuo

*“Dirigió sus pasos hacia caminos engañosos,  
Siguiendo las imágenes de una falsa felicidad”.*

DANTE

En Koniatinó se suscitó una gran algarabía, cuando a la tarde siguiente un carruaje entró a la explanada y de él descendieron la Señora Marlúтина y su hija. –¿Qué puede significar esta visita? –se preguntaba la Señora Yadevska–. Hace años que no nos visitan. Se echó un chal de exquisito tejido turco sobre los hombros y se apresuró a dar la bienvenida a sus huéspedes. Zefim, que siguió también con premura a su madre, no mostraba menos asombro. Dragomira le estaba extendiendo la mano a la madre con una sonrisa amable en los labios, mientras le dedicaba un gesto de confianza.

Nadie comprendía lo que sucedía. Al parecer esta muchacha era capaz de cambiar su atuendo como las serpientes cambian su pellejo, pues había dejado atrás cualquier costado tenebroso o monjil de su apariencia. Dragomira apareció con un vestido nuevo y blanco como la nieve, que se ceñía a su cintura con una cinta celeste. Su preciosa cabellera rubia le caía en largas trenzas por sobre la espalda. Su mirada expresaba alegría y sus labios de suave color rojo brillaban con el tono inocente de la juventud.

–Puede desuncir los caballos, estimada amiga –exclamó la Señora–, pues a unos huéspedes tan poco frecuentes no se los deja partir enseguida. La invito a quedarse hasta la cena con nosotros.

La Señora Malúтина miró a Dragomira, quien hizo una débil señal de asentimiento; recién entonces fue aceptada la invitación. Así se transmitieron las necesarias órdenes al cochero.

Cuando hubieron tomado el café huéspedes y anfitriones, Dragomira pidió al joven Oficial que fueran juntos a dar un paseo por el jardín. Una vez que hubieron descendido los pocos peldaños que llevaban hacia allí, Dragomira tomó a Zefim del brazo y se apretó contra él del modo más familiar.

–¿Qué es lo que sucede? –preguntó él en un tono burlón–. ¿Por qué te dignas tener tanta consideración? ¿Cómo debo entenderlo?

–Toma buena nota, querido amigo, pues cuando las mujeres somos tan amables, es porque detrás de esa amabilidad se esconde un pedido.

–¿Qué es lo que quieres?

–Luego te lo diré.

Caminaron entre las filas de las viñas y los canteros de flores; mariposas de todos colores revoloteaban junto a ellos, al mismo tiempo que se oía el zumbido de las abejas. Dragomira y Zefim se sentaron junto al estanque en un banco de madera. Ella había hecho un ramillete de margaritas, dalias y las últimas rosas de otoño, con las que armó una corona que se puso en el pelo y una guirnalda que le sirvió de adorno alrededor de su esbelta figura. Zefim la observaba maravillado y, al mismo tiempo, mostraba una callada alegría.

–Así me gustas –le dijo, tomándole ambas manos–. ¡Ay! Si siempre te comportaras con tanto juicio y calma, te querría aún más.

–Y yo te repito el mandato: ¡No me ames! Así es. No me ames, pero muéstrate amable conmigo. Sigue siendo mi amigo. Yo quiero que seas mi confidente, aunque siempre temo las explosiones de tu pasión.

–Confiesa que amas a otro; y, entonces, no oírás más mis lamentos.

–Ya sabes que no tengo que hacerte ese tipo de confidencia. Créeme –Dragomira lo miró fijamente y, en ese momento, lo que le dijo

era no solo verdadero, sino también sincero—. Si yo pudiera amar a un hombre, entonces no daría mi corazón a otro que no fueras tú.

—¡Qué bonitas palabras!

—Aquí tienes mi mano, Zefim. Te juro que no seré nunca la esposa de otro. Si me uno alguna vez a alguien en matrimonio, serás tú. ¿Estás ahora conforme? Sin embargo, tengo que sostener que nunca me casaré.

—Esas son ensoñaciones de una jovencita.

—Puedes tratar de desviarme de esos pensamientos. Te lo permitiré; sin embargo, no debes olvidar que yo soy como esa figura femenina allí arriba... de piedra —al decir esto, Dragomira señalaba hacia la estatua de una amazona que aparecía en un nicho cercano en la línea de ligustros del jardín, portando una lanza y apenas protegida por una piel que le caía desde los hombros.

—¿Y cuál es el servicio que exigirás de mí?

—Sí, tengo que hacerte un pedido.

—¿Por qué no dices mejor que me impartirás una orden?

—Porque quiero tenerte como amigo y no como esclavo.

—¿Entonces?

—Pasado mañana partiré para Kiev, ¿quieres acompañarme?

—Parecería que hoy hubieras decidido que fuera feliz.

—¿Me acompañarás, entonces?

—Por supuesto. ¿Y cuánto tiempo planeas quedarte allá?

—Quizás hasta comienzos del próximo año.

—Es sencillamente estupendo.

—Me toca ocuparme de una serie de cuestiones familiares que me detendrán allí por lo menos algunos meses.

—¿Sabes dónde habrás de alojarte?

—Tengo ya fijada mi residencia en casa de una tía que posee una vivienda en Podol. Allí estaré bien acomodada, pero, sin embargo, necesito la vecindad de una figura masculina que me proteja. ¿Quieres brindarme esos favores de caballero?

—¿Y todavía me lo preguntas? ¡Qué bello me parece el mundo de repente! ¡Qué halagüeño se me presenta el futuro! Ya me regocijo

como un niño, pensando en el invierno que pasaremos juntos en unas noches íntimas junto al fuego de la chimenea.

–De mí no vas a tener ninguna queja, pero también promete que respetarás la paz de mi alma.

–Trataré de esforzarme en conseguir esa fría serenidad que te caracteriza.

–Yo no me considero fría, y tampoco tú debes serlo; pero tampoco es bueno que seas fogoso. Una suave calidez es la mejor temperatura.

En el transcurso de la cena, Dragomira levantó su copa y brindó por Zefim, diciendo: –¡Por el futuro!

Cuando las visitantes se dispusieron a partir, Dragomira pidió su abrigo de pieles, que había quedado en el carruaje. Zefim lo recogió y le ayudó a ponérselo. Luego el joven se comió también a alzar a madre e hija para que alcanzaran el escalón de la calesa y advirtió al cochero que condujera con cuidado.

–Entonces quedamos para pasado mañana al mediodía. Vendré a recogerte –dijo Dragomira.

–Como tú dispongas.

Ya en el carruaje, sacó ella todavía su mano pequeña, blanca y cálida por entre la perfumada oscuridad de las mangas de su pelerina de piel, y cuando él se la estrechaba, Dragomira exclamó entre sonrisas: –También puedes besármela, si quieres; no me opondré.

Zefim imprimió sus labios de modo apasionado sobre la mano que se le ofrecía. Con todo, ella la retiró con presteza, cuando las ruedas ya se ponían en marcha. –¡Buenas noches!

Los caballos color azabache resoplaron, el largo látigo restalló en la calma de la noche y, en un soplo, el coche desapareció en la oscuridad.

El día siguiente lo dedicó Zefim a su madre. Solo al atardecer se ocupó de su equipaje. Se trataba de nuevo de la última noche bajo techo materno; luego vendría la separación, pero esta vez Zefim no sentía ningún agobio especial, pues un espíritu delicado parecía sobrevolar sobre su destino al que él debía seguir. Al amanecer del día siguiente, Zefim se hallaba completamente despierto y, por eso, sa-

lió enseguida al jardín. Allí mismo, en el lugar donde había estado sentado con Dragomira, encontró a su madre, quien tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Él se sentó junto a ella. Ambos permanecieron largo tiempo callados, estrechándose las manos y con los cuerpos muy juntos.

–Prométeme algo, Zefim...

–¿Qué, madre?

–...que tú has de ser muy cuidadoso con respecto a Dragomira.

–Ella no querrá, de todos modos, que yo le hable de amor.

–Así parece. Y yo debo creerle. Sin embargo, una voz interior, que nunca me ha traicionado, me dice que ella persigue un objetivo contigo en el que tú corres un gran peligro estando bajo su influencia.

–Si es nada más que eso, estaré muy atento.

Exactamente a las dos de la tarde apareció el carruaje de Dragomira, que iba atestado de baúles, cajas y cofres. Ella descendió para besarle la mano a la Señora Yadevska. Zefim se despidió de su madre que, a su lado, se puso a llorar amargamente. Luego, Dragomira y Zefim abordaron la calesa y el cochero aferró las riendas gracias a las que se abrió el mundo ante la joven pareja. El viaje se expandió sobre los campos entre colinas verde esmeralda, bosques azulinos y amplias praderas donde pastaban caballos y rebaños de ovejas, pasando a través de amables aldeas donde brillaban cúpulas doradas en forma de cebolla. Mientras su itinerario se extendía hacia el Norte, los viajeros se cruzaban con bandadas de patos y gansos salvajes, con golondrinas, codornices y pinzones que, a su vez, se dirigían hacia el Sur. De vez en cuando la brisa traía el tono lastimero de flautas pastoriles o la dulce melodía de una canción folklórica de Kiev.

Zefim se sentía dispuesto a hablar y Dragomira lo escuchaba con atención. Él también se prodigaba en atenciones y ella aceptaba calladamente sus servicios; ello significaba cientos de pequeños homenajes y consideraciones que, entretanto, daban al viaje un clima amable. Solo una vez Dragomira le formuló una pregunta a su compañero de viaje, y esa cuestión tenía que ver con el Conde Soltyk. Zefim no lo

conocía y apenas había oído hablar de él. Ahora se acordaba de que lo habían descrito en el Casino de Oficiales como una reencarnación disparatada del Conde de Montecristo superpuesto a Hamlet.

Entretanto había sobrevenido el ocaso y a lo lejos ya se distinguía el brillo de las torres y cúpulas de Kiev. El cielo estaba inflamado de tonos rojos y la tierra se teñía de colores fugaces, como si los viajeros se movieran en un mar de sangre. Poco después se extinguieron las brasas del cielo y las nubes de bordes dorados se alejaron hacia el Oeste, mientras surgían sombras oscuras y la niebla se asentaba en los prados. El crepúsculo tendía sus espesos y grises velos y la primera estrella se encendió en el Este. De pronto oscureció y el cochero encendió sus faroles. Atravesaban un bosque muy enmarañado. Por momentos los árboles parecían dividirse y así dejaban lugar a un terreno pantanoso de donde surgían altos juncos y lirios blancos. En un instante asomó entre los arbustos una especie de llamarada esbelta y fantasmal que se inclinó, haciendo una extraña señal. –Un fuego fatuo –dijo Zefim.

Dragomira puso su brazo sobre el de su compañero, al tiempo que fijó su mirada en los ojos de Zefim y le dijo: –Allí tienes una copia de mí misma. Yo también soy un fuego fatuo; no me sigas, ni siquiera cuando te haga esas señales; justamente menos que menos bajo una señal mía. Podrías terminar en una ciénaga y perecer.

–¡Qué raras son las cosas que dices! ¿Eres acaso una sirena que atrae a los hombres a su perdición?

–También los santos tienen el poder de matar.

Llegaron ya avanzada la noche a Kiev. La oscuridad reinaba por todos los recovecos y callejuelas de la ciudad, pero las casas irradiaban una lluvia de luces. El cochero tomó el camino de Podol, que se halla en un amplio suburbio sobre el Dniéper, en las bardas de la parte más antigua de Kiev. Después de atravesar una sucesión de calles en la que se veían de ambos lados comercios bien iluminados, así como una muchedumbre de gente entrando y saliendo de los locales, el carruaje se internó por unos pasajes más tranquilos, angostos y oscuros

buscando una callejuela donde ardía una luz muy tenue de los faroles de gas. Aquí se detuvieron delante de una casa angosta provista de una sola planta superior, cuyas ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas. Además, el color oscuro en que estaba pintada la vivienda terminaba de darle al todo un aspecto más bien tétrico.

La pareja descendió del carruaje y Zefim accionó la campanilla. Pasó algún tiempo hasta que arriba surgió una luz. Luego se abrió una ventana en el primer piso por la que se asomó una vieja que echó una mirada a los viajeros y, enseguida, desapareció otra vez. Pasados unos instantes se oyeron pesados pasos y se abrió la puerta. Un servidor magro, de pequeña estatura, de pelo canoso y barba blanca iluminó la entrada con su fanal. Al ver a Dragomira, antes de ocuparse de descargar el equipaje, se prosternó ante ella y le besó el borde de su vestido.

Ella se dirigió entonces a Zefim: –Por hoy te digo ya adiós. Estoy cansada y quiero estar sola. Mañana a la noche te espero a tomar un té tardío, después de la cena –al decir esto, le tendió la mano, que Zefim besó con unción. Él subió al carruaje que lo llevó a su residencia, mientras Dragomira, guiada por el viejo servidor, subía las escaleras.

En el piso superior la esperaba una vieja sencillamente vestida, que la miraba con unos astutos ojos grises y cuyo rostro de raro frescor parecía casi juvenil, aunque sus cabellos que eran canos sobresalían de modo abundante por entre su cofia negra. La vieja hizo una profunda reverencia ante Dragomira y la besó con humildad en el pliegue de su brazo.

–¿Tú eres Cirila?

–Para servirla, mi ama.

–¿Ya estás al tanto de todo?

–Así es.

–Para todos tú eres mi tía.

–Como Usted ordene, y en todo el resto seré su esclava.

La vieja llevó a Dragomira a través de una serie de habitaciones adornadas con cierto contundente esplendor hasta un cuarto más pequeño en el que se hallaba una cama con dosel.

–Aquí ha de encontrar descanso, mi ama.

–Bien.

Cirila ayudó a Dragomira a desvestirse, y cuando la recién llegada se hallaba ya solamente con su chaqueta de piel cómodamente sentada tomando té, se colocó frente a ella y, con las manos cruzadas sobre su vientre, no cesaba de comérsela con los ojos de pura admiración. –¡Qué bonita es! ¡Y qué joven! –dijo, mientras suspiraba. Luego la dejó sola y se fue, sacudiendo la cabeza.

En ese momento, Dragomira cerró con llave la puerta, tomó los documentos que le había suministrado el Apóstol, rompió los sellos y leyó el contenido. Una vez leído todo el texto, lanzó los pedazos en la chimenea. Con suma atención miró cómo cada trozo era devorado por las llamas.

## 6. La vestal

*“La naturaleza es un pecado...”*

FAUSTO (IIa. Parte)

Dragomira se levantó temprano a la mañana siguiente y se dispuso a escribir algunas cartas, la primera para su madre; luego redactó una esquila para el Comisario de Policía Bédrosev, amigo de su padre. Cuando hizo sonar la campanilla, apareció Cirila. Al alcanzarle el desayuno, la vieja besó la mano de su nueva ama. Un poco después se presentó también el servidor que había descargado el equipaje; ahora llevaba puesta una librea y con sus ojos taimados recorrió ávidamente toda la superficie del cuarto.

–¿Cómo te llamas?

–Barijar, para servirle.

–Haz llegar esta carta al Comisario de Policía Bédrosev –le dijo Dragomira, alcanzándole la importante esquila.

–Así se hará, mi ama. –Al decir esto, el sirviente se deslizó hacia la puerta, en silencio y un poco reptando por el suelo, como si tuviera la ductilidad de un gato; pero, al momento siguiente, se irguió y agregó–: Además, debo hacerle notar, mi ama, que yo para todos soy sordomudo.

Dragomira hizo un gesto de asentimiento. Después de la partida de Barijar, se dedicó a tomar café y vestirse, con la ayuda de Cirila. –Tú me acompañarás –le ordenó a la vieja, mientras se acicalaba frente al espejo.

–Como Usted lo desee.

–¿Tienes la vestimenta necesaria para presentarte como mi tía?

–Todo está preparado.

Un rato después abandonaban la casa las dos mujeres. Cirila oficiaba como guía, mientras Dragomira trataba de prestar suma atención a todo, como para orientarse lo más rápido posible en esa ciudad para ella desconocida.

–¿Dónde se encuentra la taberna roja?

–Yo la conduciré hasta allí. Ya estamos cerca –respondió la vieja.

Cirila dobló en una callejuela oscura y sucia, generalmente habitada por judíos, y enfiló hacia el Dniéper. Allí se descubría la taberna que desde lejos mostraba su bajo techo rojo detrás de un alto muro, en el que se abría un portón oscuro. Cirila le hizo una señal a Dragomira, quien prestó atención para que le quedara grabado el lugar y su entorno, y prosiguió su camino en dirección a la parte más alta donde se extendía la antigua Kiev. En la Ciudad Vieja, Dragomira pidió que le indicaran un negocio elegante en objetos de arte; delante de ese local recorrió con la mirada los cuadros expuestos, mientras le ordenaba a Cirila que entrara. La servidora salió poco después con un gran sobre que contenía un retrato. Y después de un corto vagabundeo por las calles más concurridas, Dragomira volvió a la casa, siempre escoltada por su acompañante.

Después de dejar su abrigo y su sombrero, Dragomira se acomodó en el sofá y se dispuso a estudiar el contenido del sobre, en el que hallaba un retrato del Conde Soltyk. Miró con solicitud la imagen. Analizó así a ese hombre que iba a ocupar el centro de su misión; y lo hizo como un funcionario policial estudia el retrato del criminal al que debe atrapar.

El Conde aparecía en el retrato sentado en un sillón y cubierto por una bata recamada en piel, mientras sostenía en la mano una larga pipa turca. No podía negarse que era un hombre bello, de rasgos marcados y de aspecto interesante. De sus rasgos marmóreos se desprendía una gran energía y sus ojos brillaban con el destello de la inteligencia y la pasión.

El retrato del Conde descansaba todavía sobre la mesa, cuando Bédrosev hizo su aparición. Era un hombre de pequeña estatura, pero denotaba energía. Su edad podía calcularse como pasados los cuarenta. Poseía una frente amplia, maxilares potentes y una pequeña nariz roma. El Comisario besó la mano de Dragomira y, al mismo tiempo, la condujo a ella hacia la ventana, para así percibir mejor sus rasgos. Después de unos segundos, el visitante cayó en un verdadero éxtasis, exclamando: –¡No puede ser! ¡Qué grande y bella se ha tornado Usted! No puedo convencerme de que sea la misma persona, aquella pequeña y tierna “Mira”, que yo he tenido sobre mis rodillas, balanceándola, y la misma que también me obligaba a hacer de caballo, unciéndome a su carreta de madera. Me alegro enormemente que haya venido a visitarnos.

–Mucho más me corresponde a mí estar sumamente feliz de reencontrar a tan buen y viejo amigo –respondió Dragomira, con sonrisas.

–Le tomo la palabra por eso de llamarme “amigo”, pero lo de “viejo” lo rechazo con toda la humildad de un súbdito. ¿Tengo acaso una apariencia gris y achacosa? Yo me considero una persona justamente en la flor de la vida –exclamó Bédrosev, con una risa sonora y jovial.

–Claro, por supuesto.

– Sí, estimada Señorita, en este aspecto no dejo que nadie interfiera. Yo, como amigo de su padre tengo el derecho de declararme en todo sentido su protector. Sin embargo, le ofrezco mis servicios a la bella Dragomira solo bajo una condición; y esta es: que se me permita cortejarla, aunque más no sea un poco.

–¡Le tomo la palabra y en este preciso momento lo declaro “Mi Caballero”! –dijo Dragomira, al tiempo que le ceñía las manos. Bédrosev le hizo una caballeresca inclinación–. Espero que no tenga ninguna queja. Y ahora aguardo sus órdenes.

–En primer lugar, tome asiento y demos lugar a la conversación –Dragomira le ofreció sentarse junto a ella en el sofá. Entretanto, Bédrosev le aferró las manos entre las suyas todo el tiempo que duró la entrevista.

- En verdad, yo siento envidia por Usted.
- ¿Por qué?
- Porque en su posición posee Usted algo de lo que nosotros, los restantes mortales, carecemos.
- ¿A qué se refiere?
- A una buena parte de omnisciencia.
- Bueno, no hace tanto que tenemos ese conocimiento sobre las personas y las cosas. Por lo general, nos apoyamos en la suerte, pues nuestro mejor aliado es la casualidad.
- Pero Usted sabe qué curiosas somos las hijas de Eva; y Usted puede leer como en un libro abierto seguramente montones de misterios y secretos. Usted tiene la capacidad de mirar en el interior de más de un intrigante corazón humano, pues sus hilos se tejen de calle a calle, de casa a casa, como la red de una gigantesca araña.
- Hasta cierto punto eso es cierto.
- ¡Ah, qué feliz me haría poder atisbar un poco dentro del ajetreo que Usted maneja!
- Bueno. ¿Por qué no? Eso se puede arreglar. La policía necesita constantemente aliados y las mujeres tienen un talento increíble para nuestra profesión gracias a su instinto. El instinto y la capacidad para las corazonadas a veces funcionan mejor que la lógica y el cálculo.
- Entonces, ¿me toma como agente secreto?
- Con sumo gusto –dijo Bédrosev entre risas y besándole nuevamente las manos.
- En lo que respecta al día de hoy me temo que, por mi parte, quiera examinarlo en su omnisciencia.
- Mande y obedeceré.
- Dragomira le puso delante el retrato de Soltyk y le preguntó:
- ¿Quién es esta persona?
- El Conde Soltyk –dijo Bédrosev sin dudarle un segundo–. ¿Cómo está Usted en posesión de su retrato? ¿Lo conoce Usted?
- No. Pero paseando por la ciudad, vi ese retrato y lo compré, porque me atrajo.

–Usted no es la primera dama que se deja obnubilar por este sultán. Pero yo le ruego que no avance más allá de una ensoñación ante su imagen y evite un encuentro directo con esa persona.

–El caso es que yo no sueño con el Conde, sino que estoy muy interesada en su personalidad.

–De todos modos, eso también es peligroso. Soltyk posee una naturaleza a lo Nerón. Es un déspota y un Don Juan, a la vez. Es un hombre que está animado por un gran egoísmo; además es un individuo sin corazón, sin consideración y sin piedad.

–Acaba de hacer Usted el mapa moral de este personaje.

–Ya he sacado más de una víctima de sus garras y, por ello, lo tengo bajo la lupa. No debe trabar conocimiento con él. Sería su perdición.

–¡Oh! Yo poseo una gran sangre fría. A mí no me atraparé en sus redes.

–En ese caso, Usted sería la primera mujer que se hubiera resistido.

Finalmente, Dragomira cenó con Bédrosev en uno de los mejores hoteles de Kiev, pues consideraba que era una buena táctica dejarse ver en su compañía. Después de la cena, él se agenció un coche y le mostró a su agasajada la ciudad. Cuando caía la noche, estaba Dragomira de nuevo en la casa, donde tenía planeado recibir a Zefim. Cirila, entretanto, cumplía el papel de tía; y apenas hubo sido presentado Zefim, ella se puso a preparar el té de la noche. El samovar lanzaba una especie de canción, mientras hervía el agua, y los dos jóvenes charlaban animadamente junto a la chimenea. Dragomira estaba de excelente humor, como nunca antes. Y Zefim no dejó de notarlo. Ella hizo un gesto de asentimiento y dijo: –Eso te lo debo a ti. En cuanto te portas razonablemente, me siento segura y, por eso, surge en mi ánimo una veta de alegría.

–Quiere decir que es irrazonable amarte.

–Sí. Y más que irrazonable.

–¿Acaso sería peligroso?

–No puedo explicarte todo, pero mi amor no habría de traerte la felicidad, por lo menos no como tú la imaginas.

–¿Quieres, entonces, dedicar tu vida a ser una Vestal?

Dragomira no pudo dejar de sonreír con un dejo de tristeza. –Yo he sacrificado todo lo que el corazón de una muchacha añora, y creo que mi decisión es correcta. A mí la tierra me parece un valle de dolor; y la vida, un vagabundeo infeliz y desventurado por los meandros de ese valle. Además, considero a la Naturaleza como la gran seductora que saca del camino correcto a nuestra alma para llevarla a la perdición. El demonio, que una vez en forma de serpiente sedujo a los primeros seres en el paraíso, canta canciones de sirena ahora en medio del verdor de los bosques, en el susurro de las ondas plateadas, en la halagüeña música de las brisas primaverales y en el melódico lamento del ruiseñor. Ese demonio reina en nosotros sin que seamos conscientes, pues nos conquista hablando con las más tiernas voces humanas con tal de convencernos; e impone su presencia en el frescor rosado de los labios femeninos o en la mirada fiel del amigo y también en los ojos infantiles que parecen sonreírnos con un gesto angelical. En todas partes se hallan sus trampas, por eso estamos rodeados por sus redes, sin imaginar dónde empieza el pecado.

–¿Y, por ello, estás convencida de que lo mejor es rechazar todo lo que hace el adorno de la vida? Eso que dices es bien triste.

–Yo me siento en paz y contenta conmigo misma ahora. Y te he de querer, solo si estás dispuesto a ser mi amigo, mi hermano; pues nunca me meterá un hombre en el torbellino de la vida pecaminosa.

Precisamente en ese momento se oyó la campanilla de la calle; poco después se repitieron unos golpes suaves sobre la puerta. Cirila se levantó y fue a ver quién era. En el corredor la esperaba una mujer envuelta en un chal gris. En la opaca luz de la lámpara de la pared pudo percibirse una cara redonda, de rasgos duros de los que sobresalían unos ojos oscuros en los que brillaba toda la magia de la gente del Sur. Las dos mujeres hablaron en voz baja por un momento, luego la desconocida se alejó y Cirila volvió al salón.

Cuando Zefim se puso de pie con la intención de encender un cigarrillo bajo la lámpara en el pasillo, la servidora le susurró a Dragomira al oído: –Fue la judía la que apareció, la patrona de la taberna roja.

- ¿Qué quería?
- Ella ha hecho una presa, y quería saber si puede contar con Usted
- dijo Cirila, en actitud de confiar un secreto.
- ¿Por qué no lo lleva a cabo ella misma?
- Para eso le falta coraje.
- Entonces yo me ocuparé de eso.
- Dios se lo ha de agradecer, mi ama.
- ¿Y cuándo seré allí necesaria?
- Eso lo sabremos a su debido tiempo.

## 7. Anita

*“Las almas afines se unen en la primera mirada con ataduras fuertes como el diamante”.*

SHAKESPEARE

Mientras Zefim estaba gratamente ocupado solo con Dragomira, no había podido pensar en todo lo que lo rodeaba, y por ello de pronto se acordó recién ahora de una carta que su madre le había dado para la Señora Oguinska de Kiev, quien era su antigua amiga de la juventud. La familia Oguinski era una de las más antiguas y de mejor reputación de la nobleza local, y se caracterizaba no solo por su riqueza, sino también por su educación y por un don de gentes ilimitado.

Zefim se hizo conducir hasta el palacio de los Oguinski en la Vieja Kiev; una vez allí entregó su tarjeta de visita al lacayo y, enseguida, fue introducido en un salón, adornado con señoriales pinturas antiguas, gobelinos y armas, donde el dueño de casa salió prestamente a recibirlo. Se trataba de un hombre de mediana estatura de cerca de cincuenta años, con el sello inconfundible de un magnate polaco; es decir, su figura era esbelta, morena y su carácter vivaz y parlanchín.

Después de que los dos hombres hubieran encendido sus cigarros y conversado por un momento, apareció en el salón la Señora Oguinska, una dama pequeña y robusta de unos cuarenta años, quien de modo ininterrumpido suspiraba y uno no sabía muy bien si el motivo de sus

suspiros era el empeoramiento del mundo moderno o el lamento hacia su figura que se transformaba en la de una modelo de Rubens.

Zefim entregó la carta de su madre y la destinataria la leyó con cierta emoción. Luego la Señora Oguinska tuvo que responder algunas preguntas que surgieron en relación con su amistad con la madre de Zefim y, luego, ella agregó: –Es sumamente agradable que nos visite Usted justo en este momento. Nuestra hija Anita acaba de llegar justamente desde Varsovia, donde estuvo en un pensionado pedagógico. Espero que estrechen lazos de amistad como yo los anudé con su madre.

Zefim hizo un signo callado de asentimiento, pues la perspectiva de trabar contacto con una especie de muñeca de tamaño natural, como lo sería esta señorita que recién salía del cascarón de niña, no lo entusiasmaba en lo más mínimo; aunque en el momento siguiente habría de cambiar de postura. De golpe se abrió la puerta que daba al jardín y por allí entró, como una ráfaga, una pequeña muchacha morena, vestida de rosa, portando en la mano una pelota y en la otra una raqueta. La muchacha echó una mirada y de modo tímido se colocó detrás de la silla de su madre.

–Esta es mi hija Anita; y este es el hijo de mi querida amiga Yadevska –dijo la madre, presentándolos–. Espero que se entiendan y se cobren mutuo aprecio.

Anita hizo una reverencia y le tendió a Zefim la mano, que él con toda humildad se llevó a los labios. Luego la muchacha se mantuvo ante él con la vista baja y con algunos colores en el rostro. Zefim se quedó maravillado, mientras se la comía con los ojos. Se trataba de la muchacha más atractiva con la que él se hubiera topado. Su aspecto amable, sus formas en capullo, su cuello delgado y de una extrema blancura, el rostro redondo y fresco en el que se dibujaba una boca pequeña y roja, con un dejo rebelde, que se completaba con la nariz más bella del mundo, dejaron fascinado al muchacho. Contra ese fondo la cabellera negra de Anita, que se dividía en dos trenzas que se balanceaban sobre su espalda, pero, sobre todo, sus ojos oscuros, que destilaban bondad, pero también malicia, resultaban muy atractivos.

En definitiva, todo en ella irradiaba la más atrayente magia de una suave e infantil virginidad. Y cuando la muchacha dirigió sus bellos ojos oscuros hacia él, entonces el destino de ambos pareció sellado, pues cada uno se apropió del corazón del otro.

–Venga conmigo al jardín. Quiero mostrarle nuestras flores, nuestras palomas y los gatos y también mi Azabache. ¿Me das tu permiso, mamá?  
–dijo Anita, con una voz que resonaba con el júbilo de una alondra.

–Claro, pásenlo bien, queridos niños grandes, pues demasiado pronto llegarán los desencantos, los duelos y el dolor.

Ella encabezó la marcha, mientras Zefim la siguió bajando los peñaños en dirección al jardín. Al pie de la escalinata, Anita lo tomó del brazo de la manera más suelta del mundo y le sonrió con despreocupación, mientras le decía: –Hasta ahora siempre había tenido mucho miedo delante de los Oficiales, pero ante Usted lo he perdido.

–Tampoco hay ninguna razón para que me tema, mi querida Señorita. Usted sería capaz de hacer arrodillar a sus pies a un ejército completo.

–No me provoque, porque, de lo contrario, empezaré por hacerlo con Usted.

Mientras tanto los dos jóvenes ya recorrían los canteros de flores que se hallaban artísticamente ordenados detrás de la mansión señorial y donde también se hallaban los establos y una parva enorme de heno; allí detrás se descubría también el palomar. Algunas palomas, del tipo pavo real, estaban posadas sobre la construcción y sus plumas refulgían bajo el sol, mientras ellas se arrullaban amorosamente. De golpe, como si respondieran a una orden de su joven ama, se precipitaron de todas partes palomas blancas y se posaron en los hombros y manos de Anita, sobrevolando también a sus pies. Ella recogió una canasta con alimento y lo esparció a manos llenas entre los aleteos de esa sociedad rumorosa.

–Ahora podríamos visitar a Mitzka y su familia –dijo Anita, sonriendo–, pero antes tendremos que subir a lo alto del heno. Adelántese y, luego, tómeme de la mano.

Zefim se desprendió de su daga y la apoyó sobre un muro, luego subió por una escalerilla, seguido por Anita, que le ceñía fuertemente su mano con su mano pequeña y suave. Apenas habían llegado a la cima, los recibió Mitzka, una gata grande y bien cuidada, que levantaba su cola y se expresaba con un tierno maullido, presentado a su cría de siete gatitos, que fueron saltando desde dentro de la parva de heno. Anita tomó uno de los gatitos en sus brazos para besarlo y acariciarlo. –¡Qué lindos son y qué sociables! Yo misma los alimento todos los días y ellos me reconocen. Apenas oyen el roce de mis vestidos, ya aparecen.

Cuando habían ya bajado del henil, Anita se posesionó de golpe de la daga y exclamó con una mirada deliberada: –Ahora Usted será mi prisionero–. Y corriendo se internó entre los arbustos y la maleza espesa del parque. –Agárreme, de lo contrario no le devolveré su daga nunca más.

Zefim se dio a la persecución y así empezó una carrera divertida y no carente de gracia entre cercos y bordes de flores, rodeando viejos troncos mohosos, sobre canteros y cuadros de césped. La cacería duró hasta que el vestido de ella se enganchó en uno de los retenes de las rosas. En esa correría el joven Oficial, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo a su lado y con su brazo victorioso rodeó la esbelta cintura de Anita para liberarla. Ella reía con todas sus ganas; y en ese preciso instante de relajación la muchacha parecía todavía más bella y atractiva, pues en ella todo era noble y elegante. Así podía verse que, cuanto más Anita se abandonaba a sus emociones, tanto más surgía de su naturaleza atractiva y celestial su maravilloso interior.

Luego ella se sentó en un banco cercano y fue inenarrable ver cómo Anita volvía a recuperar su aliento, mientras sus manos pequeñas afeurraban todavía la daga y sus ojos traviesos miraban con alegría a Zefim.

–Usted no me habría atrapado nunca, si ese desalmado rosal no me hubiera detenido.

Hacia uno de los lados, se veía un pequeño prado, iluminado por los rayos dorados del sol y allí pastaba un pequeño pony negro.

–Este es mi Azabache. Papá se lo compró a los jinetes de exhibiciones, porque yo me había encariñado mucho con él. Azabache me seguía como un perrito; y además había aprendido toda clase de pasos artificiosos. –Cuando Anita terminó de decir esto, lo llamó y el caballito vino realmente hacia ella y olió complacido sus manos.

–Espera, amiguito, pues ahora tienes que mostrar tus habilidades. –Entretanto, le acarició el flanco y aferró un látigo–. ¡Ven! –Ella se acercó a una valla y comenzó a agujonear al pony–. Adelante. Muestra de lo que eres capaz... ¡Hopp!

El pony obedeció con ganas y saltó varias veces por sobre las vallas. Luego Anita le tiró un pañuelo y el caballito se lo trajo después de atraparlo en el aire; el próximo recurso fue ponerse de rodillas ante una orden de la muchacha. Como premio, el pony recibió dos terrones de azúcar de las bellas manos de Anita.

–Está fantásticamente domado –dijo Zefim, sonriendo–, pero, en realidad, no es gran mérito obedecer a un ama tan atractiva. ¿Quién no habría de plégarse voluntariamente a sus órdenes?

–No quiero lisonjas, pues si las expresa, me veré obligada a castigarlo.

–Le ruego que lo haga.

–Bueno, entonces le tomo la palabra. Vamos a ver si es capaz de aprender como mi caballito y si puede entrar en competencia con su capacidad –dijo Anita, en un raptó de encantador orgullo.

–Espero sus órdenes.

–Entonces, adelante. ¡Salte!

Zefim retrocedió unos pasos para tomar impulso y pasó volando sobre la cerca con gran elegancia.

–Otra vez. ¡Hopp!

El salto se repitió con éxito otra vez. Anita reía y batía palmas con una alegría infantil.

–Ahora con el pañuelo. ¡Pésquelo y tráígamelo!

Zefim obedeció y le trajo el pañuelo en su boca.

–Y ahora... –Anita contuvo el aliento y ruborizó.

–Por favor, estoy esperando la nueva orden.

–Entonces, arrodílese –él lo hizo con gran placer–. Ahora recibirá también azúcar.

Y de nuevo resonó por toda la calma del jardín la risa maravillosa de esa muchacha encantadora, pues su tono tintineante se asemejaba al sonido de un eco en las copas majestuosas de los árboles, desde donde respondían los pinzones y los herrerillos.

–¡Aquí tiene! –dijo Anita, mientras con sus dedos rosados le ponía un trocito de azúcar en la boca; luego lo ayudó a levantarse, porque Zefim estaba todavía hincado ante ella, y le preguntó si la consideraba malvada.

–¿Por qué habría de pensarlo?

–Porque es cierto que soy terriblemente consentida, pero pronto verá que no lo hago por maldad, y que, a pesar de todas las farsas a las que yo lo obligo a jugar, tengo buen corazón.

–¿Puedo tomarlo como otra mentira?

–No. ¿Por qué habría de serlo?

Zefim había tomado la mano de Anita y se la besaba con efusión. Ella se desenredó y le devolvió la daga. –Ahora váyase. Tengo mi clase de piano, pero vuelva pronto y que sea de tarde, cuando haga buen tiempo para salir a jugar al jardín. ¿Quizás mañana?”

–Claro. Vendré. Me llena de felicidad que me lo permita.

Empero esa tarde llegó otra visita inesperada a la mansión señorial de los Oguinski. Se trataba del Padre Glinski, un jesuita. El Padre Glinski era un cura polaco, en cuya personalidad se aunaba el hombre de mundo, con el más ferviente patriota y el más aplicado servidor de la Iglesia. Su reputación se había acrecentado como predicador y como antiguo preceptor del Conde Soltyk. En rigor, el Padre Glinski era el único que podía tener alguna influencia sobre el Conde, habiendo cumplido ante ese poderoso y rico magnate las funciones de una especie de mayordomo. Su aspecto era más bien el de un diplomático que el de un teólogo. La medianía de su estatura, la bien formada cabeza que acreditaban rasgos distinguidos, así como el marco de sus cabellos castaños y el brillo de unos ojos calmos e inteligentes, que parecían calar hondo en la profundidad de cualquier alma, sus ma-

neras elegantes, la exquisitez de su vocabulario; todo indicaba que el Padre Glinski estaba acostumbrado a hollar más bien los suelos lustrosos y silenciosos de los palacios más que las losas de piedra rechimantes de las iglesias. También podía suponerse que él se hallaba más en su elemento en un *boudoir* femenino como confidente y consejero que en un confesionario de madera carcomida.

–Lo hacía todavía en el campo de Komchinó –exclamó Oguinski, cuando salía a su encuentro.

–Regresamos ayer –contestó el jesuita–. El Conde empezó a aburrirse, y eso significaba que había que poner el violín en bolsa.

–¿Sabe, Eminencia, que ya tenemos a Anita de vuelta entre nosotros?

–¿En serio? Ay, esa criatura adorable seguramente que ya es toda una señorita. ¿Dónde se ha metido? ¿Puedo verla?

–Está en el jardín con sus amigas. Voy a hacer que la llamen.

–No, no. Déjeme a mí mismo ir a buscarla.

El cura, dotado de gran agilidad, tomó el negro sombrero pastoral de ala ancha y con presteza bajó la escalera de mármol hacia el jardín. Allí estaba Anita jugando a la pelota-volante con un ramillete de otras muchachas, y todas denotaban frescura, belleza y despreocupación.

–¿Cómo se le ocurre, estimada Señorita? Usted ya no es una niña –dijo el jesuita, mientras con cierto embarazo se apartaba un poco de Anita, pero sin dejar de echarle una mirada experimentada que trasuntaba satisfacción ante aquella figura tan agradable que distinguían sus ojos.

–Niña o no, yo le tengo a Usted un especial aprecio, Padre Glinski, y ahí no hay nada que hacer. Usted tendrá que jugar con nosotros al gallito ciego.

–¿Yo? Eso no corresponde.

–Ya verá cómo corresponde.

La despreocupada pandilla se posesionó del cura a pesar de sus reticencias y lo colocó en el medio de la ronda. Una de las muchachas se encargó de su sombrero de alas anchas, una segunda le quitó el bastón de caña española, una tercera aportó su pañuelo y una cuarta se

colocó frente al jesuita para asegurarse de que el cura no podría ver nada, mientras Anita le tapaba los ojos. Así estaba el Padre Glinski en el medio del jardín, mientras las adorables muchachas saltaban alrededor y se burlaban de él, en una escalada de risas que aumentaba de tono a medida que la víctima en el centro del círculo se esmeraba en atrapar a alguna de ellas. Finalmente, el pobre jesuita cerró entre sus brazos no a Anita, que había sabido escapársele, sino al pony. El juego terminó con el jesuita subido en las ancas del caballito, mientras las muchachas lo conducían, entusiastas, en triunfo por el medio del parque.

## 8. La taberna roja

*“El día del Juicio está cerca”.*

KRASINSKI

Dragomira estaba ya despierta mucho antes de levantarse, cuando Cirila entró en su alcoba en puntas de pie. La muchacha estaba tendida en la cama y sus cabellos dorados la rodeaban como una melena de oro sobre los cojines blancos, pero cuando la vieja se aproximó, ella se irguió apoyándose en su brazo izquierdo y le dijo: –No sé qué me sucede, pero estoy cansada hoy. Preferiría continuar acostada e inmersa en mis fantasías.

–De todos modos podrá hacerlo, mi ama. Solo hacia el atardecer tendrá que estar fresca y de buen humor. La judía estuvo aquí otra vez.

–¿Qué quería?

–La necesitarán esta noche en la taberna roja.

–¿Hoy a la noche?

–Sí. A las diez.

–De acuerdo.

Dragomira siguió todavía un buen rato en la cama, metida en sus pensamientos, pues, aunque a mediodía apareció Zefim, no le fue franqueada la entrada. Cuando había empezado a oscurecer, la muchacha salió acompañada de Cirila. Dragomira observó con detenimiento la ubicación de la enigmática taberna y pidió que le indicaran cuál era la casa del comerciante Serguich, a quien la vieja servidora

entregaría una esquila preparada de antemano por su ama. Un poco más tarde apareció Barijar con un maletón que también pasaría a entregar al comerciante.

Finalmente, hacia la hora convenida, Dragomira se envolvió en capas y espesos velos y se dirigió a la casa de Serguich. La vivienda aparecía sumida en el silencio, pero cuando tiró de la campanilla, surgió un muchachito que le abrió la puerta y que, sin pronunciar una palabra, la condujo al primer piso. Serguich se hallaba esperándola en un pequeño cuarto posterior, cuyas ventanas estaban selladas a cal y canto con postigos de madera. El comerciante recibió a Dragomira con una cierta sumisión, mientras le indicaba que tomara asiento en el diván, mientras él mismo permanecía de pie ante ella como fórmula de respeto.

–¿Usted está en antecedentes?

–Estoy informado de todo. Solo me resta esperar sus órdenes. Y le ruego me considere su más sumiso servidor, estimada Señorita.

–¿Le parece que puede despertar sospechas si me ven entrar y salir de su casa?

–En absoluto. Yo soy el presidente de la Hermandad del Corazón de Jesús. Viene mucha gente a verme, especialmente mujeres.

–¿Tiene Usted mis cosas en su poder?

–Por supuesto. –Y el comerciante le mostró el maletón.

–Entonces le pido que me deje sola.

Un cuarto de hora después, como una crisálida depone su colorida carcasa, Dragomira abandonaba la casa del comerciante, dejando atrás todo rasgo femenino para metamorfosearse en un joven esbelto y bello. Ahora calzaba unas altas botas negras, unos pantalones anchos color azul oscuro que permitían muchos pliegues. Sobre este atuendo llevaba una larga chaqueta de la misma tela de los pantalones que se cerraba con presillas negras, pero además ostentaba bordes e interior de nutria. Como terminación de esta vestimenta el nuevo personaje lucía una gorra redonda de la misma piel que ceñía los cabellos rubios en un apretado círculo artificiosamente logrado.

Sobre los hombros llevaba una capa; y en la cintura se había ceñido una daga y también un revólver que había cargado antes de salir.

Dragomira encontró desierta y apenas iluminada la calle delante de la taberna. La puerta que se distinguía en el muro cedió apenas la presionó. Atravesó el patio y cuando llegó a un umbral, hizo la señal convenida con un suave silbido. Enseguida surgió de adentro la patrona Raquel, quien con un dedo sobre la boca la exhortó a no hacer ruido. –Está aquí –dijo en un susurro.

–¿Pikturno?

–Sí. ¿Quiere hablar con él?

–Es mi deber hacer el intento, antes de llegar al sacrificio.

–Entonces, ¿quiere entrar? Aunque con él no hay remedio. Hay que llevarlo derecho al matadero como a un buey, y el primer traslado lo puedo hacer yo mejor que Usted. Está tan fascinado conmigo que podré hacer con él lo que quiera. –Después de este diálogo, la judía se deslizó otra vez dentro de la taberna, mientras Dragomira se aproximaba a la ventana del lado de afuera para mirar el interior del recinto iluminado.

Se trataba de un ambiente bastante amplio con paredes ennegrecidas, donde colgaban algunos grabados; la barra de la taberna estaba colocada de manera de obstruir la puerta que daba al salón privado de la vivienda. A cada lado de ese mostrador se ubicaban mesas y bancos. En un ángulo junto a la estufa estaba sentado un joven de unos veinte años, que parecía dormitar. Este era Yuri, como había contado en algún momento la judía, uno de sus camaradas y también uno de los más despiadados y decididos. Frente a la barra se veía sentado en un viejo sillón desvencijado a un muchachón de fuerte contextura. Su apariencia de cara redonda y negro cabello encrespado anunciaba cierta lentitud de juicio y una apatía consuetudinaria. Sus ojos negros y redondos permanecían fijos sobre la bella y robusta judía, que tenía sentada en los brazos del sillón. Ella le sonreía de manera taimada, al tiempo que dejaba en las manos de él sus propias manos blancas y regordetas. El joven era Vlastimil Pikturno, el hijo de un terrateniente polaco, que estudiaba en la Universidad de Kiev.

Con paso demorado Dragomira entró finalmente a la propia sala de la taberna. Raquel se desembarazó de los brazos de su admirador y se dirigió a servir al nuevo huésped. –¡Buenas noches, Señor! ¿En qué puedo servirlo? ¿Una botella de vino o, quizás, un cognac?

–Sí. Un cognac –dijo Dragomira, y fue a sentarse en una mesa cercana.

Después de que Raquel hubo servido el cognac, Pikturño le hizo una señal y le preguntó quién era el recién llegado.

–Lo veo por primera vez.

–Estás mintiendo. ¿Es un nuevo cortejante?

–¿Cómo se llama?

–Qué sé yo. Pregúntele Usted mismo.

Entonces Pikturño inició la conversación, a la par que erguía su fornido porte: –¿Seguramente Usted cursa estudios en Kiev, Señor?

–No. Solamente me hallo en una escala de mi viaje.

–Me imagino que hacia Odessa.

–Sí. Hacia Odessa.

Se originó una pausa. La judía hacía las veces de estar ocupada detrás de la barra; y, luego, se internó en la trastienda cargada con botellas y copas.

–Una estupenda mujer, ¿verdad? –dijo Pikturño.

–¿La judía?

–Sí.

–A mí las mujeres me tienen sin cuidado. Más bien, ellas me aburren –dijo Dragomira.

–¡Ah! Es Usted un hombre de la nueva escuela. Nos apartaríamos así de la época de Eugenio Oneguín y Pechorin.<sup>3</sup> La mujer ya no se nos presenta como una Esfinge, que nos inquieta con su mortal enigma, sino un animal que está constituido en un nivel más bajo que nosotros mismos.

–Tenga cuidado, porque también existen animales rapaces que nos destrozarán con la misma suavidad que una Esfinge.

---

3 Personajes románticos de Pushkin y Lérmonov, respectivamente. (Nota del traductor)

–Puede ser, pero mientras uno sea joven, se cuestionará poco sobre las consecuencias terribles que puedan nacer de nuestras pasiones. Uno ama, goza y mata el tiempo.

–Si se viviera solo para eso...

–¿Leyó a Trentowski?<sup>4</sup>

–No. No lo he leído.

–¿Por qué desprecia, entonces, la vida, justamente en la propia juventud?

–Porque la he comprendido en todo su derecho. ¿Es, acaso, la vida algo más que una pura peregrinación? ¿No estamos en esta vida en medio de una especie de Purgatorio? Nómbrame uno solo de los goces, una sola de las alegrías que no haya sido adquirida a fuerza de sudor, de lágrimas y de sangre de otra persona. Yo veo en la naturaleza solo latrocinio, robo, asesinato y esclavitud. Y por eso me producen pavor sus dones. Ante nosotros hay solo una sabiduría: la abstinencia.

–¡Bah! ¡Usted debería tornarse Páter! –exclamó Pikturmo con una risa estentórea–. La verdad es que tiene talento. Aunque este no es precisamente el lugar para venir a predicar. ¡Eh! ¡Raquel! ¡Otra botella de vino! A mí Usted no me va a reformar.

La judía trajo la botella, la descorchó y sirvió. –Y una copa para el Señor. ¿Me permite que lo convide?

–Le acepto, siempre y cuando la próxima me toque a mí –dijo Dragomira, mientras brindaba con Pikturmo.

–Sospecho que es estudiante de medicina por la manera biliosa que tiene de mirar la vida –preguntó el polaco al tiempo que encendía un cigarro.

–No. Más bien, filósofo.

–Ah, ¡un Sócrates sin barba! Pensaba que era necesario estar casado con una Jantipa para poseer toda la filosofía del mundo.

–No se burle Usted –dijo Dragomira, fijando sus gélidos ojos azules en su interlocutor–. Las lamentaciones, la miseria, las contorsiones

---

4 El equivalente polaco de Schopenhauer. (Nota del traductor)

de los mártires, las maldiciones de los engañados, el llanto de los extraviados, que colman el abigarrado tapiz de la tierra no permiten la burla. Deposite la mirada sobre el ajetreo del mundo y luego recójala sobre Usted mismo, y allí ha de padecer un estremecimiento.

–No me estremeceré. Solo quiero divertirme. Pongamos que Usted tiene razón. En ese caso, tendríamos más motivos para tratar de olvidar. ¿Y cómo logramos el olvido? En la copa espumante y en unos labios purpúreos. ¡Viva la alegría! Brindemos por la alegría.

–No.

–¿Por qué quiere brindar?

–¡Por aquel que nos trae la salvación y la libertad... por la muerte!  
–dijo Dragomira levantando su copa.

–¡Qué tontería! –dijo Pikturmo, bajando su copa con un fuerte tintineo, mientras Dragomira vaciaba la suya como en un ritual.

En ese momento hizo su aparición en la taberna un grupo de obreros borrachos, llenando todo el ambiente con su olor a tabaco barato y a alcohol. Y Dragomira le tendió la mano al polaco.

–¿Nos abandona?

–Sí. No me siento cómodo en este tipo de compañía.

–Bueno. Hasta la vista, entonces.

En el patio Dragomira se topó con la judía. –¿Qué opina Usted, entonces? ¿No era como yo decía? Lo conozco bien, imposible reformarlo.

–Sin embargo, yo quiero hacer otro intento.

–¿Para qué? –la judía hizo un siseo con la lengua, como una serpiente–. Perderemos el tiempo y, a la larga, terminará escurriéndonos. Hoy sabemos que está enamorado de mí y quiere cortejarme; mañana, en cambio, cuando descubra que no hay esperanzas, o se le presente otra que le gusta más, volará lejos. Créame, si está decidida, tiene que ser ahora; ahora o nunca.

–¿Hoy? –preguntó Dragomira en un raptó. Un ligero estremecimiento recorrió sus fibras íntimas.

–No me refiero a hoy ni a aquí, sino en los próximos días. ¿Se anima a cabalgar hacia el bosque en el medio de la noche?

“No retrocederé ante nada, cuando se trate de salvar un alma”, pensó Dragomira. –Bueno, en los próximos días, entonces.

–¿Dónde?

–Eso se lo comunicaremos por medio de Cirila.

–Bien. Entonces tú me lo traes y yo lo sacrificaré.

La judía asintió con una sonrisa que parecía una mueca. Si los tigres pudieran sonreír, así sería sin dudas su gesto. Dragomira salió con precaución y vio que la calle estaba desierta. Se arrebujó en su abrigo y se dirigió con paso rápido a la casa del comerciante donde se daría su metamorfosis para reaparecer de nuevo como una dama elegante en la puerta de calle bajo el brillo de los faroles de gas.

Dragomira no había caminado mucho, ya enfundada en su traje femenino, cuando un apuesto joven salió a su encuentro. El muchacho le clavó la mirada y, luego, impresionado por tan bella y elegante figura se dispuso a seguirla. Dragomira lo notó enseguida y se puso nerviosa. Para despistarlo, desvió su camino, tomando por las calles más animadas de la Vieja Kiev y, al mismo tiempo, apresuró su paso. Ella tenía esperanzas de perderlo de vista en el ajetreo de la noche, pero se engañaba, porque su perseguidor siguió imperturbable pegado a sus talones. Luego, Dragomira se detuvo delante de una tabaquería con la intención de dejarlo pasar, pero él, en cambio, se paró a su lado, mirándola de costado. Ella devolvió su mirada de modo frío y amenazante, calculando que lo asustaría. Sin embargo, también en eso se equivocaba,

–Tan joven y tan despiadada –susurró el desconocido–, como una Diosa del Amor, pero de hielo.

Dragomira no prestó atención a esas palabras y prosiguió su camino, pero, entretanto, se había tranquilizado, porque comprendió que la persecución tenía que ver con su belleza; y, dado que se sentía tan valiente, como para defenderse de un ejército de admiradores, se dijo a sí misma que no tenía nada que temer y, por eso, se encaminó hacia Podol.

El joven la siguió hasta su casa, y cuando ella tocó la campanilla, él se abroqueló con respeto a cierta distancia hasta que la puerta se abrió y ella desapareció en el pasillo. Una vez llegada al piso superior, Dragomira prohibió a su servidora traer ninguna lámpara y se acercó a la ventana. Abajo percibió a su admirador que persistía en su guardia en el medio de la calle, mirando hacia arriba. Dragomira, con cierto desdén, se encogió de hombros, susurrando como para sí: "Sueña cuanto quieras, ten dulces sueños, porque cuando despiertes, más horrible será el despertar".

## 9. El Conde Soltyk

*“Cuanto más alta sea la posición de un hombre, tanto más estará bajo la influencia de los demonios”.*

GOETHE

Un sol suave iluminaba el palacio del Conde Soltyk en un día diáfano aunque frío del mes de octubre. La mansión del Conde era un edificio no solo peculiar sino también fantástico, pues en el correr de los años se había tornado una especie de pequeño mundo de por sí. Sobre el estilo y materiales primitivos se habían barajado de manera caprichosa elementos discordantes: a los muros fundacionales se había injertado un antiguo castillo polaco en estilo militar; luego, sobre esta base, se había pegado una ermita de la época rococó a un edificio lujoso de orden bizantino.

En uno de los amplios salones, adornados con estatuas y pinturas esperaba una numerosa asamblea de personas de distintos estratos sociales el momento en que el Conde hiciera pasar a cada demandante, pues a esa hora concedía audiencia, como si fuera un monarca. Todos le temían y, sin embargo, venían a solicitarle su favor, mientras también instigaban al mayordomo para que de antemano dijera si el Conde se hallaba ese día con ánimo bondadoso.

Sentado en su gabinete inspeccionando con rapidez la correspondencia recibida, el Conde era la imagen más viva de un sultán, joven, apuesto y despótico. Su cabeza encuadrada en una cabellera

negra y una barba bien recortada recordaba el fino cincelado de los maestros griegos. De ese rostro de saludable blancura se destacaban unos ojos oscuros en los que junto a la irradiación de fogosidad y arrogancia se mezclaba energía y valor, pero también un toque enigmático que parecía ocultar algo subrepticio y hasta amenazante. Su figura aunque esbelta era de mediana estatura, pero poseía la divina musculatura de un gimnasta romano y las inmaculadas proporciones de un Dionisos griego. Estaba calzado con botas rojas de cuero marroquí y sobre sus hombros se extendía una larga capa de satén amarillo con el interior forrado de armiño. El atuendo se coronaba con un fez rojo sobre la cabeza.

En el momento siguiente el Conde arrojó lejos la correspondencia y activó la campanilla. De inmediato apareció un joven cosaco que portaba una bandeja de plata con café. Al servidor le temblaba el pulso ante la mirada atigrada y fría de su amo; por consiguiente, por el miedo mortal a cometer alguna incorrección, dejó caer la taza antigua con la imagen de Estanislao Augusto que se rompió sonoramente sobre el piso. Durante un instante el cosaco se quedó petrificado, luego se arrodilló ante el Conde, exclamando: –¡Perdón, perdón, su Alteza, perdón, no fue mi intención!

–¿No sabías que esta taza provenía del patrimonio de mi abuela?

–¡Piedad, Señor! –exclamaba el cosaco.

–La próxima vez tendrás más cuidado. ¡Y ahora afuera! ¡Perro infame! –El Conde le aplicó un enérgico puntapié al cosaco, quien se acomodó lo mejor que pudo y desapareció.

Después de que el viejo mayordomo le trajera otro café y le hubiera encendido su pipa oriental, el Conde preguntó quiénes eran los que esperaban audiencia.

–Algunos judíos, el Administrador de la finca de Komchinó, el violinista Brodezki y un grupo de campesinos...

–Hágalos entrar por turno de llegada; solo si llegara a venir el Comisario de Policía, puede franquearle el paso a él enseguida.

En un instante había ya un grupo de cuatro judíos que pasaban por la puerta entreabierta, y con grandes reverencias parecían imitar la cortesía china.

–¿Cuál es la solicitud? –preguntó el Conde, sonriendo.

–Venimos en toda humildad y sumisión a rogarle a su Excelencia Excelentísima una gran gracia para nosotros y nuestra familia –comenzó diciendo el portavoz del grupo.

–¿Con quién tengo el gusto de hablar?

–Yo soy Wolf Leiser Rosenstrauch, si su Excelencia me lo permite, y este es mi suegro, y este es mi yerno, y este mi hermano; y abajo están también mi suegra, mi hermana y mi esposa con nuestros siete niños, de los que están todavía vivos.

–¿Y cuál es el pedido?

–Se trata de que se va a adjudicar la taberna en la finca de Popaka de su Excelencia, y por eso me atrevo a...

–Bien, te conozco, Wolf Rosenstrauch, eres una persona de bien; has de recibir la taberna.

–Dios bendiga al Señor Conde, a sus hijos y nietos.

–Espera, no están las cosas dadas como para que recibas la taberna así como así.

–¿Qué más debemos hacer, su Excelencia?

–El grupo completo deberá bailar ante mí una cuadrilla.

–¿Pero cómo hemos de bailar sin música?

El Conde hizo sonar la campanilla y ordenó que apareciera el cochero con su violín. Cuando el violinista estuvo en su puesto y su pobre instrumento estuvo templado, empezó a rascarlo lo mejor que pudo y de eso salió algo así como una contradanza; de modo tal que los cuatro judíos comenzaron a bailar y a saltar como si fueron machos cabríos, mientras el Conde se solazaba con el loco movimiento y, de vez en cuando, soltaba una fuerte carcajada que sonaba como la de un niño.

Después de la salida de los judíos, que se marcharon en medio de grandes expresiones de agradecimiento, entró el Administrador

de Komchinó, pálido y avergonzado, pues el Conde lo había hecho llamar y eso no auguraba nada bueno.

–Tengo muy buenas referencias de Usted –comenzó diciendo el Conde en un tono relajado, mientras descansaba cómodamente envuelto en sus pieles–. Sin embargo, ha llegado a mis oídos que Usted usurpa el puesto de Encargado Mayor en mi propio castillo. ¿Quién le dio permiso de despedir al *Kastelián*<sup>5</sup> de su lugar?

–Se trataba de un borracho, Señor Conde, y por esos yo pensé...

–Usted no tiene que pensar por Usted mismo, sino obedecer. Tampoco recuerdo haberle ordenado levantar un nuevo granero.

–El viejo se nos había incendiado, Señor Conde.

–Usted debería haberme informado primero. También hizo cortar cien robles...

–Esos robles... pero nos pagan muy bien por ellos.

–Estoy viendo que Usted como servidor deja mucho que desear. Y, por ello, queda Usted despedido.

–¡Por Dios, Señor Conde! ¡No me eche Usted a la calle con mi esposa e hijos! –exclamó el Administrador.

–No voy a volver atrás. ¡Salga de aquí!

–Tendré que pegarme un tiro, Señor Conde. Tenga Usted piedad de mí. Castígueme, pero no me deje en la calle.

–¿Cuál sería el castigo? Si quisiera establecer un ejemplo, tendría enseguida a las autoridades saltándome al cuello.

–Yo no he de elevar ni una queja; me atenderé a todo lo que sea, pero consérveme a su servicio, Señor Conde.

---

5 El *Kastelián* (en ruso) o *Kastellan* (en alemán) era un individuo que en las fortalezas medievales del centro europeo tenía el cargo de responsable de la defensa de la plaza. En tiempos posteriores ese cargo de "castellano" se fue transformando en un puesto nominal que podía confundirse con el de un administrador. El cambio de las circunstancias hizo que en los castillos más modernos el puesto se transformara así en algo más honorífico y viniera a ser el de un responsable palaciego. Por ello, esa función se llenaba con antiguos nobles necesitados de un sitio en una sociedad donde la nobleza veía recortada sus posibilidades. (Nota del traductor)

En medio de potentes risas, Soltyk dijo entonces: –Según me informan, Usted tiene un carruaje de cuatro caballos y su esposa se hace traer los vestidos de París. ¿Cómo sería eso posible, si no me estuviera robando? Como castigo y para que aprenda a ser humilde, ahora tendrá que hacer de mi perro domesticado. Al decir esto, el Conde estaba haciendo sonar la campanilla.

–Este señor irá enseguida a la casilla de los perros y se lo atará allí con cadena. Será puesto en libertad, recién cuando oscurezca –le ordenó el Conde al mayordomo y, acto seguido, se dirigió al Administrador-. ¿Tiene un reloj?

–Sí, Señor Conde.

–Bueno, cada diez minutos a Usted le toca ladrar. ¿Entendido?

–Por supuesto, Señor Conde.

Soltyk hizo un gesto de asentimiento y el infeliz súbdito se arrastró hacia afuera, avergonzado y profundamente quebrantado. Justo en ese momento llegaba el Comisario de Policía. El Conde se levantó de su asiento y se adelantó a estrecharle la mano.

–¿Qué novedades?

–Todo en orden, pero ha costado dinero.

El Conde suspiró aliviado. Esta vez se trataba de una desdichada historia, en la que su espíritu neroniano había ganado la partida, y por eso Bédrosev se le aparecía como su ángel salvador.

La historia era la siguiente: el cura de una de sus fincas se había negado a darle sepultura en su cementerio a un suicida. Soltyk había intervenido y jurado que sería él mismo cura el que sería enterrado. El pobre sacerdote fue apresado, según había ordenado el Conde, y encerrado en un ataúd. Luego se había bajado el ataúd a una tumba y cubierto con una capa fina de tierra. Allí terminaba la bárbara broma; el Conde había ordenado también que se sacara con premura al enterrado vivo de la fosa y del ataúd. Sin embargo, el cura terminó contrayendo una fiebre pronunciada y murió a los pocos días como consecuencia de lo que se presagiaba solo como un horrible juego.

Ahora había aparecido Bédrosev y arreglado el caso, por lo que el magnate había concluido premiando con generosidad al Comisario.

Después de que el Conde hubo escuchado las quejas de algunos campesinos y la situación del violinista Brodezki, que él había educado bajo su protección y de quien había pagado las frívolas deudas, además de haber concluido abofeteando a su protegido, se dio por terminada la audiencia de ese día. Como todos los días, también esta vez apareció su antiguo preceptor el jesuita Padre Glinski, con quien Soltyk sostenía a menudo una amena conversación o con quien jugaba a veces una partida de ajedrez o de trick-track. El jesuita era la única persona que tenía algún tipo de influencia sobre el Conde, quizás porque nunca había hecho gala de ello.

–Buenos días, Reverendo. ¿Qué novedades trae?

–La novedad es que la hija de Oguinski está de nuevo entre nosotros. El Conde se encogió de hombros con cierto desprecio.

–Mi querido Conde, está juzgando con demasiada rapidez la situación. Esta Anita, que ahora está saltando de un lado para otro en el palacio de los Oguinski como un rayo de sol, es alguien a quien no conoce. Es una criatura que parece salida del cáliz de una flor o caída de una estrella, porque se impone en todo sentido como perfecta. Primero conózcala y luego atrévase a refutarme.

–Es posible, porque prometía transformarse en una belleza.

–Le aseguro que será la dama más bella de nuestra nobleza. Posee, además, un espíritu brillante y un gran corazón. Si yo fuera Usted, habría de tomarla por esposa a ella y a ninguna otra.

–¿Está intentando casarme?

–Usted sabe que a mí no me gusta tejer intrigas, querido Conde, y, por mi parte, sé que Usted nunca seguiría mi consejo, sino que actuaría según se lo dictara su juicio; sin embargo, yo querría que tomara esposa, de modo tal que pusiera fin a su vida disipada.

–¿Y eso, por qué?

–¿Por qué? Porque yo la quiero y, de otro modo, el asunto se coloraría con un final trágico.

–¿Y Usted piensa que este tipo de finales me asusta? –dijo el Conde, mientras hacía un inigualable gesto de orgullo con su cabeza y el abrigo de pieles principesco que lo rodeaba lanzaba una descarga por un roce eléctrico–. Yo no quiero envejecer ni tampoco terminar como la mayoría de las personas. Lo que me gustaría es terminar como Sardanápalo, ascendiendo a un infierno en llamas. La vida tiene solo valor, cuando uno la desprecia; cuando uno le muestra el puño al mundo y cuando se les pone a los hombres el pie sobre la nuca. ¿Cuánto tiempo dura toda esta comedia? ¿Vale la pena vivir, cuando el pulso parece detenerse y encanecen los cabellos? Yo digo “paso” a toda esa ridícula alegría de la ancianidad, a toda esa felicidad burguesa. Yo debería haber nacido destinado a ascender a un trono, de modo de ver el mundo a mis pies y mandar por sobre millones de esclavos obedientes, que solo ante un gesto de mi parte, alzando las manos marcharían hacia la muerte. Entonces habría realmente logrado algo superior y quizás inmortal. En cambio, me hallo forzado a habitar un círculo que me aprieta dentro de una vida que, además, me aburre. A veces se me ocurre que soy como un león que soñara atravesar las arenas del desierto y, en cambio, se encuentra encerrado en una jaula, en la que, por otra parte, se puede acomodar bien, a pesar de todo.

–Hay mucho por hacer que sería magno y bueno. Y, además, a Usted le conciernen deberes. ¿Acaso ha de borrarse con Usted su nombre y su familia? –dijo el sacerdote, después de una larga pausa.

Solyk cayó en un ensimismamiento. Y luego de un rato, dijo: –Una mujer no estaría en condiciones de llenar mi vida. Sería como una flor que troncharía y luego tiraría lejos; nada más que eso. Sin embargo, podría conocer a Anita ¿Por qué no? No perdería nada con eso.

–Por cierto. Le doy toda la razón –y mientras murmuraba esa frase, hacía un esfuerzo por no sonreír–. ¿No quiere que juguemos una partida de ajedrez?

– Claro. ¡Juguemos!

## 10. El lobo

*“Más bella es la rosa,  
Cuando abre su capullo”.*

WALTER SCOTT

Era una tarde fresca, pero soleada y agradable, cuando Zefim llegaba a la principesca mansión de los Oguinski y, por eso, apenas se desembarazó de su abrigo, fue conducido enseguida hacia el jardín, donde Anita jugaba con sus amigas sobre el césped, lanzando los aros con palillos. Cuando tres de ellas vieron avanzar al joven Oficial, se retorcieron coquetamente el atuendo; Anita, en cambio, sin reparar en su propio aspecto, se dirigió con presteza a tenderle la mano al recién llegado. La muchacha mostraba unas mejillas ardientes que competían con la fuerza que irradiaban sus ojos. La *kazabeika*<sup>6</sup> que vestía, confeccionada en terciopelo azul, forrada y orlada con piel de zorritos, parecía salirse de las costuras bajo los movimientos de sus brazos; y, por eso, parecía una rosa cuya presión estuviera a punto de reventar con la fuerza de su perfume.

---

6 La *kazabeika* o *katsabeika* es una chaqueta femenina ajustada al cuerpo y confeccionada en materiales lujosos. Estaba de moda entre la clase alta de los países eslavos y probablemente sea de origen mongol. Sacher-Masoch la puso en circulación literaria en su *Venus de las pieles* y, al mismo tiempo, la cargó de simbología erótica. (Nota del traductor)

–Qué suerte que ha venido. Ahora vamos a jugar como se debe. – Después de decir esto, Anita le presentó a sus amigas, quienes le hicieron la reverencia típica de las niñas de sociedad. La primera fue Henryka Monkoni, una esbelta sílfide con trenzas generosas color castaño claro y soñadores ojos celestes; le siguió Kathinka Kaláshenkoff, de gran estatura y arrogancia, con una nariz que parecía impertinente, cabellos oscuros y la mirada de una gacela; por último, Livia Dorgvilla, una rubia robusta con un perfil adorable. Justamente esta última le preguntó a Zefim, estirando las palabras–: ¿Quiere jugar a los aros con nosotras?

–No –la interrumpió Anita–. Ahora vamos a jugar al lobo; es más divertido.

Enseguida colgaron los aros en las ramas del árbol más cercano y los palos del juego se desperdigaron por el suelo.

–¿Quién será el lobo? –preguntó Henryka.

–Naturalmente el Señor Yadevski –contestó Anita.

–¿Y qué harán Ustedes, mis queridas Señoritas? –dijo Zefim, desabrochándose la daga.

–Nosotras seremos los perros que persiguen al lobo.

–¿Y qué pasará cuando los perros apresen al lobo?

–Entonces podremos dictarle lo que queramos. Tiene diez minutos para esconderse. Luego empieza la cacería. Usted podrá usar cualquier artimaña para escapar, pero sin dejar el jardín –dijo Anita.

Zefim asintió. Las muchachas volaron como una bandada de mariposas hacia la entrada de la casa. Entretanto, él había encontrado un escondite perfecto. Delante del invernadero había amontonada una pila de esteras de paja, que podían servir como una especie de refugio. Allí se escondió Zefim, pero de modo tal de no perder la perspectiva del jardín. Aunque se trataba solo de un juego, se sintió sobrecogido de excitación, cuando oyó la risa cantarina de las muchachas que le anunciaban que ya habían pasado los diez minutos y que ellas ya habían salido a buscarlo. Luego, vio aquí y allá a sus perseguidoras con vestidos claros y coloridas chaquetas de piel moverse titilando

bajo la luz entre las viñas y cercos. También vio cómo lo iban rodeando y su corazón empezó a latir con fuerza.

Allá, se hallaba una figura esbelta, ceñida en terciopelo color violeta azulado orlada de nutria marrón, que se dirigía al estanque. Se trataba, sin duda, de Henryka. Entretanto, Kathinka, vestida con una *kazabeika* púrpura, se escurría como una gata entre canteros y arbustos. A la distancia relucía la chaqueta de armiño y terciopelo gris de Livia. Pero, ¿dónde estaba Anita? Primero se la había visto a la entrada de la larga alameda, luego había desaparecido completamente.

Kathinka se aproximó al escondite, siempre de modo callado y cauto, mirando con atención; sin embargo, siguió de largo, sin descubrirlo. Zefim respiró tranquilo, pero como un asesino siempre sintiéndose amenazado en su libertad, vio por un instante que el vestido de Kathinka aleteaba entre las dalias. Henryka, en cambio, se detuvo un rato frente al estanque y después se internó en el bosquecillo. Ninguna de las dos lo descubriría; podía sentirse a salvo. De golpe, con todo, otra chaqueta, la de armiño, se encontraba más y más cerca, pero tomándose todo el tiempo del mundo y, por ello, tanto más amenazante. Si Livia se atrevía a llegar un poco más cerca y no giraba sobre sus pasos, Zefim tendría que estar preparado a que ella volviera la cabeza y lo viera. Entonces ya estaba casi listo y pensaba en qué dirección le convenía emprender la fuga. Así la muchacha de cara redonda con un rostro que expresaba gran calma fijaba en este momento sus ojos en el invernadero tratando de descubrir sombras en su interior. Livia lo hizo con toda tranquilidad y, entonces, fue pisando las esteras de paja para estar más cerca de la entrada. Avanzando de ese modo pisó justamente aquella debajo de la que se escondía Zefim y sintiendo que la consistencia era diferente de las otras, trató de levantarla.

– ¿Ah, aquí se escondía Usted? – dijo Livia, sin mostrar en lo más mínimo su excitación. Y, cuando Zefim salió de golpe y, saltando sobre el cerco, se dio a la fuga, la muchacha lo miró sonriendo sin pensar siquiera en perseguirlo. Sin embargo, sobre el prado se topó con Henryka que le cerraba el paso; y, cuando Zefim intentaba dirigirse

hacia lo más abierto del parque, surgió de modo inesperado Kathinka de entre los pequeños abetos. Y, entonces, comenzó una cacería salvaje y divertida. Zefim corría primero mezclándose entre los pinares, saltando los cercos y almácigos, sorteando los arbustos y cruzando los cotos verdes, con las muchachas a sus talones, que hacían flamear sus vestidos y balancear sus trenzas en la carrera. Ya casi lo habían rodeado, cuando él, como un verdadero lobo, se escapó al ras de las ramas bajas haciendo añicos algunas de ellas hasta alcanzar la libertad. Sin aliento, las muchachas lo persiguieron por las huellas que él iba dejando; pero finalmente lo perdieron de vista en la espesura del bosquecillo que rodeaba al palacio y Zefim se sintió a salvo. Cuando llegó a la parte más salvaje del parque, descansó un momento hasta poder respirar con normalidad. Luego siguiendo una línea de oscuros abetos, buscó el sendero, cuyas piedritas blancas podía ver brillar desde lejos; pero en el momento en que dejaba la sombra de los árboles, lo rodearon dos brazos elásticos, mientras la misma voz de siempre, riente y bella, gritaba jubilosamente: –¡Atrapado!

Zefim, embelesado, fijó su mirada en el rostro atrayentemente infantil de Anita, que ahora tenía tan cerca de sí. Allí, a unos centímetros se agitaban esas trenzas, relucían esos labios rojos y esos ojos bondadosos. Olvidándose de sí mismo y llevado por la magia del momento, apretó contra sí a esa criatura dulce y temblorosa y sintió cómo los labios de ella transmitían el ardor a los de él. Anita no se defendió; ella era ahora suya. La muchacha se entregó con toda su alma al primer sueño primaveral de amor y retiró sus brazos, cuando detrás de los abetos se vio refulgir la chaqueta de armiño. Un instante después Livia apartaba algunas ramas y avanzaba hacia la pareja con paso calmo.

–¡Fui yo la que apresó al lobo! –gritó, entonces, Anita. Y enseguida se reunieron al grupo también Henryka y, luego, Kathinka. Y la última exclamó, mirando a Anita–: Entonces, a ti te pertenece. ¿Qué has de hacer con él?

–Hoy tendrá que estar todo el día a mi servicio.

–¡Oh! Eso no será ningún castigo –dijo Zefim de modo galante.

–No se apresure. Ya verá cómo lo voy a martirizar –respondió Anita y lo miró fijamente, como si quisiera echársele encima. Pero Livia intervino, diciendo:

–Ahora está comenzando a bajar la temperatura y estamos completamente acaloradas.”

–Sí, continuemos con el juego en el salón.

Toda la pandilla se dirigió a la casa. Cuando estaban entrando, llegaron dos nuevos visitantes que eran miembros de familias nobles que cultivaban una vieja amistad con los Oguinski. Los jóvenes se llamaban Sesavin y Béliarov. El primero era alto, rubio y con una abundante melena de león y una espesa barba; el segundo poseía un rostro no demasiado expresivo pero amable, cuya mirada de hastío se combinaba con sus cabellos oscuros y una barba rizada bien recortada. Lo llamativo era que Béliarov arrastraba su masivo cuerpo como si le pesase.

Los varones se presentaron entre sí e intercambiaron algunas fórmulas de cortesía, luego todo el grupo avanzó hacia el salón, donde reinaba un piano. Entretanto, un sirviente cerró los cortinados y trajo dos lámparas que iluminaban bien el ambiente, pero con una luz difusa. Después de retomar la conversación, el intercambio de algunas galanterías y las usuales reglas de flirteo, alguien propuso iniciar un juego.

–Por ejemplo: fraguar los movimientos siguiendo la melodía del piano –sugirió Livia.

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Livia se sentó al piano y empezó a tocar. Anita dijo, entonces: –Señor Yadevski, lo conmino a obedecer. ¿Entiende?

–Y yo me dispongo a obedecer.

Mientras Zefim se ausentaba hacia la sala cercana, el resto deliberó qué tarea habrían de imponerle. –Tendría que interpretar la melodía, adivinando los próximos movimientos y estos serían: tomar una rosa de ese ramo y entregándosela festivamente a Anita –dijo Kathinka.

–Entonces tendría que arrodillarse ante mí para ofrecérmela.

–Sí. Y además tendrá que besarte la mano –agregó Henryka.

–Muy bien. Señor Yadevski, venga Usted para aquí. –Zefim volvió al salón y miró con curiosidad al grupo. Livia tocaba una amable melodía, que resonó más fuerte y marcial, cuando él se iba acercando a la mesa, y que explotó en un acorde muy sonoro justo antes de que tomara la rosa. De nuevo Zefim pasó revista a los presentes y se aproximó a Anita de repente. El acorde al piano pareció subrayar la acción, cuando el Oficial se arrodilló ante la muchacha y ofreció la rosa. Luego, Zefim pareció vacilar, pero enseguida tomó la mano de Anita y se la llevó a los labios. Para cerrar el ritual, Livia tocó una marcha triunfal y el grupo brindó su aplauso con ganas.

–Sospecho que Usted adivinó, porque estuvo escuchando detrás de la puerta –exclamó Anita.

–¡Oh! Pero eso era algo fácil de adivinar. Si uno se halla delante de Usted, querida Señorita, entonces se le doblan a uno las rodillas como automáticamente.

Anita se puso de color carmín. Le tocaba el turno a Kathinka de ausentarse, mientras Zefim tenía oportunidad de acercarse a su enamorada y le decía: –No estará enfadada conmigo, supongo.

Ella negó con la cabeza.

–Entonces ofrézcame una señal de reconocimiento.

Anita le entregó nuevamente la rosa. Entonces también Zefim se quedó en silencio, pero aspirando el suave perfume en la cercanía de la muchacha. Tenía ocasión de ver ahora, bajo la armadura de las finas pieles de la chaqueta de Anita, el latir de su corazón y cómo temblaban suavemente sus labios; y cómo sus manos jugaban soñadoramente con sus trenzas renegridas, que habían caído por sobre los hombros en su regazo. Finalmente, ella se atrevió a mirarlo. Esto duró solo un instante, pero su mirada había dicho todo lo que él no hubiera osado esperar.

Después de la cena temprana llegaron los carruajes y las amigas se despidieron en medio de tiernos besos. También los varones iniciaron la partida, Anita le estrechó la mano a Zefim, pero al hacerlo le aplicó una presión especial a su gesto, de tal modo que una bienaventurada corriente pasó de las puntas de los dedos de ella a las del joven.

Los dos jóvenes aristócratas tomaron como protegido a Zefim en el medio de ellos y los tres se dirigieron al café más cercano con el propósito de seguir tomando té, pero, en realidad, la intención era ponerse a hablar de las muchachas y de su conducta, como era de uso en esos círculos.

–En realidad, se trata de una historia bastante rutinaria –dijo, iniciando su crítica Béliarov–, pues la verdadera sociedad se halla donde hay mujeres hechas y derechos; allí sí que saltan chispas espirituales de alto voltaje, y el Dios Amor lanza flecha tras flecha.

–Entonces, le tendría que gustar Kathrinka, pues ella tiene verdaderamente el aspecto de una mujer formada –agregó Sesavin.

–Puede ser, pero es demasiado flaca, para mi gusto.

–Si es por eso, ahí tiene a Livia, con sus formas redondeadas.

–Sí, las rubias son siempre más esculturales que las morenas.

–¿Esculturales? ¡Qué palabras se le ocurren! ¿De dónde las saca? Béliarov se encogió de hombros y no contestó.

–A propósito, Caballeros, pongámonos de acuerdo para un futuro, de modo tal que no se susciten duelos –exclamó Sesavin–. ¿A quién ha de cortejar Usted, Señor Yadevski?

Zefim contestó sonriendo: –Les dejo a Ustedes la primera elección.

–Entonces, Béliarov, Usted hará a Livia la reina de su corazón.

–En rigor, me interesa más Henryka.

–¿Cómo? Ella es solo un lirio completamente mudo.

–Bueno, la cosa no se basa en la abundancia de palabras –respondió Béliarov–. Pero posee lo que yo me atrevería a denominar una especie de atractivo melancólico. Juzgando por su mirada, tiende a caer en locas fantasías. Creo que alguna vez se tornará una persona bien infeliz, y eso es altamente interesante.

–Entonces ya está claro que vota por Henryka. Lo que significa que yo me decidiré por Livia, aunque, en verdad, me gustaría hacer a la dueña del corazón a otra dama.

–¿Anita?

–No. Se trata de otra dama con la que yo me topé hace poco. Vive aquí cerca completamente retirada en casa de una tía vieja.

Este dato despertó la atención de Zefim.

–¿La conozco? –preguntó Béliarov.

–No creo. Se trata de una cierta Señorita Malúтина –explicó Sesavin–. Daría millones con tal de que me la presentaran.

–¿Realmente? –dijo Zefim, todo sonrisas.

–¿La conoce Usted?

–Por supuesto. Fue mi compañera de juegos de la niñez.

–Pero, permóname Usted, ¿sabe si la Señorita ya está comprometida?

–No. No lo está.

–Y Usted. ¿Usted la estará cortejando?

–De ninguna manera. Y, por lo tanto, estoy dispuesto con gusto a introducirlo en su presencia.

–¡Oh! ¿Realmente? Le agradezco muchísimo, Señor Yadevski. Usted está haciendo mi felicidad.

–¿Quién sabe? Dragomira, pues ese es el nombre de pila de la Señorita Malúтина, es una consumada Esfinge, y las mujeres que se constituyen ante nosotros como un enigma son siempre peligrosas.

–A mí el peligro me excita.

Por un rato estuvieron los tres jóvenes en silencio y, luego, preguntó Béliarov, entre bostezos: –Anita se ha desarrollado de una manera prodigiosa, ¿no es cierto?

–Sí. Es llamativo. Aunque las tres muchachas no pueden ser comparadas a la Señorita Malúтина, pues sería como comparar una figura de un pasable pintor holandés de interiores con una obra de Tiziano –terminó diciendo Sesavin.

# 11. Ángel o demonio

*“Cuando los diablos quieren fomentar los peores pecados,  
Atraen en primer lugar con la apariencia piadosa”.*

SHAKESPEARE

En el último tiempo Dragomira se había sentido bastante sola; todavía no había alcanzado ni en lo más mínimo sus objetivos y la inactividad en la que ahora se veía forzada hacía que la carencia del trato con nuevas amistades se hiciera notar. Cierta noche se hallaba sentada junto a la chimenea, calentando sus pies en su calor, mientras se perdía en fantasías.

Esta sensación la estaba conduciendo a una especie de agradable excitación, cuando de golpe oyó que alguien accionaba la campanilla y, luego, Cirila le abrió la puerta. Quizás fuera la judía, porque necesitaría de su potente ayuda.

Acto seguido, apareció Cirila y anunció que afuera se encontraba un señor que solicitaba hablar con ella.

–¿Quién es?

–No lo conozco, pero intuyo que es uno de los nuestros. Me dio señal de que lo manda el cura.

–Bueno, que pase.

Unos segundos después, entró en la sala un hombre que hubiera hecho gran impresión sobre cualquier otra mujer, aunque no sobre Dragomira. En un primer momento la joven y el desconocido se es-

tudieron mutuamente sin pronunciar palabra, pero había en ambos tanto curiosidad como admiración. Luego Dragomira volvió a ocupar su lugar junto al fuego, mientras le ofrecía al visitante una silla. Sin embargo, este hombre no aceptó el ofrecimiento y se contentó con apoyar una mano en el respaldo, mientras con la otra le alcanzaba una carta. Provenía del Apóstol y su contenido rezaba:

*“Te envío a Karov, que ya ha dado pruebas de sus grandes servicios. Él se pondrá bajo tus órdenes. Puedes tenerle toda la confianza del mundo.”*

Otra vez Dragomira recorrió con la mirada la figura del hombre, que estaba plantado ante ella con la humildad que da la energía y el valor. El recién llegado era de complexión atlética y de mediada estatura, pero de apostura y salud radiantes. Su aspecto se realizaba gracias a sus altas botas, pantalones ajustados y una chaquetilla de terciopelo. Su rostro bien formado y bronceado mostraba una nariz pequeña, una boca amplia y penetrantes ojos azules que exhibían un brillo demoníaco. Esos rasgos aparecían enmarcados por una cabellera oscura. Cualquiera otra mujer habría sufrido una gran impresión ante los rayos apacibles de esa mirada o, quizás, se habría sentido sometida ante esa magia; Dragomira, en cambio, se dijo a sí misma que este era, finalmente, el hombre que ella necesitaba, un camarada con todas las letras.

–¿Usted permanecerá largo tiempo aquí en Kiev? –comenzó a decir Dragomira.

–Sí, estimada Señorita, y, por eso, yo le ruego que disponga de mis servicios en todo sentido.

–Le agradezco. ¿Y cuál es su ocupación?

–Soy domador en el circo de las fieras de Grokoff, quien ayer ha llegado también a la ciudad.

–¡Ah! Muy oportuno. ¿Y qué tipo de animales ha domado?

–Creo que podría domar cualquier tipo. Aquí lo he logrado con un león, dos leonas, un tigre hembra, dos panteras y un oso.

–¿Me permitiría echar una mirada a esos animales?

–Por supuesto.

–Pero tendría que ser a una hora en la que no hubiera nadie en la exhibición.

–Claro, durante el anochecer, cuando la función haya terminado y el circo esté cerrado.

–Me comunicaré de antemano con Usted por escrito.

Karov hizo una muda reverencia de asentimiento.

Una casualidad muy especial quiso que cuando, tiempo después, la misma noche en que Dragomira se disponía a ir a inspeccionar las fieras, apareciera Sesavin a visitarla, quien, entretanto, había entablado conocimiento con la muchacha. Ella le estrechó la mano y, luego, le pidió permiso por unos instantes para escribirle unas líneas al domador Karov quien la esperaba justamente para que viera la morada de las fieras.

–¿Con qué objetivo, si me permite la pregunta?

–Para que me muestre sus animales.

–¡Qué interesante! –dijo Sesavin–. Le ruego que no se inquiete por mi presencia; por el contrario, me consideraría inmensamente colmado, si me dejara acompañarla.

–De acuerdo. Entonces tomamos ahora un té y luego iremos a echar una mirada a las fieras.

En ese momento entró Cirila para hacer acto de presencia delante de los dos jóvenes. Ella actuaba el papel de una tía vieja y digna con mucho tacto; además, la sobrefalda de seda y la chaqueta de piel que vestía le daban un aire de distinción. Barijar puso la mesa y encendió el samovar. Mientras Dragomira se hacía cargo de servir el té, Sesavin empezó a hablar animadamente sobre la vida social de Kiev, a la vez que se lamentaba de que Dragomira no hubiera entrado en esos círculos.

–Por mi parte, yo no poseo ese sentimiento mundano que albergan otras muchachas de esta época. Y, además, yo tomo la vida muy en serio –declaró Dragomira.

–El Señor Yadevski ya me lo había adelantado. Él la cree una amante de la filosofía.

Dragomira se tomó la afirmación con grandes risas. –Eso es lo que menos soy. Más bien, mi corazón se inclina por la piedad, y busco vivir según los preceptos de Dios. Este destino en la tierra lo considero un tiempo de penitencia.

–¿Cómo puede Usted sostener tales principios cuando ha sido creada para triunfar y alegrar?

–Cada persona mira el mundo desde el balcón de sus propios ojos; probablemente los míos estén colocados de tal manera, que a ellos todo les parezca desolado.

–Si así fuera, tanto más valdría que Usted se conectara con la gente para lograr distraerse.

–No profeso nada en contra. Pero, ¿quién podría introducirme en el mundo? Mi tía no se siente bien y vive desde hace mucho una vida retirada.

–Usted no necesitaría nada más que hacer su aparición y todo el mundo la recibiría con los brazos abiertos. Entretanto si Usted me permitiera, le participaría de esto a la Señora Oguinska y ella enseguida la dejaría conquistar a todas sus amistades.

–Sería todo un honor para mí, ser recibida por tal familia.

–Haremos todo lo posible para asegurarle una permanencia agradable en Kiev. También debería entablar la relación con Solytk; se trata de un hombre peligroso, pero sumamente interesante.

–Sí. Han llegado a mis oídos muchas cosas sobre él.

–¿Muchas cosas negativas?

–También negativas.

–Y, sin embargo, creo que Usted podría simpatizar con Solytk. Aunque ambos sean diferentes, veo algo que los vincula en el carácter: la arrogancia y el desdén por el mundo.

–Yo no soy arrogante.

–Por supuesto que sí.

–¡Ah! Usted ignora cuán humilde puedo llegar a ser.

–Quizás ante Dios.

–También ante los hombres, cuando viven y actúan en gracia de Dios.

–¿Cree Usted realmente que a través de sacrificio, renuncia y buenas obras se puede torcer la mano del Destino?

–No. Ese no es mi punto de vista. Creo que solo se puede lograr la gracia divina y la fortuna de la vida eterna, en tanto peregrinemos por la tierra, cumpliendo el cometido para el que hemos sido elegidos.

–Usted es una fatalista.

–Sí y no. Creo que algunas cosas suceden sin la intervención de la voluntad de Dios.

–Pero concuerde conmigo en que la sangre que se derrama es derramada justamente con la anuencia de Dios.

–Sí.

–No puede sostenerlo seriamente.

–Se lo probaré hoy mismo mezclándome en medio de las propias fieras, aunque no es mi intención domarlas. Creo que me destrozarán, solo si hay una predeterminación para eso.

–Pero eso significaría provocar a Dios.

Dragomira no contestó a esto último y la conversación tomó otro giro. Cuando fue el momento de ponerse en camino, Sesavin se apresuró a ayudarla a que se arrebujara en su abrigo de pieles y, luego, tomándola del brazo la condujo por las calles más alumbradas y concurridas hasta la plaza del mercado, donde se encontraba en una amplia construcción de madera la famosa morada de las fieras. La función ya había finalizado, Cerca de la entrada se detenían solamente algunos ociosos y chicos de la calle quienes admiraban los carteles de la exhibición. Un negro vestido de rojo introdujo a Dragomira y Sesavin en el edificio, y Karov salió a encontrarlos con gran cortesía, aclarando que él daría las explicaciones necesarias. Después de examinar todas las fieras, Dragomira volvió sus pasos hacia la jaula de los leones y exclamó: –¡Qué arrogantes y estupidas son estas fieras! ¿Dígame, Señor Karov, cómo se protege de su salvajismo? ¿Cómo logra domesticarlas?

–Con la mirada y la voz. Si Usted lo desea, le ofreceré una pequeña prueba de mi arte.

–No. Gracias –dijo Dragomira, y en ese momento empezó a mirar con fijeza a las fieras, mostrando, además, una gran calma–. Pero, ¿me permitiría entrar en la jaula?

–¡Qué extraña idea! Usted no sabría manejar a las fieras e inevitablemente terminaría destrozada por ellas.

–Sin embargo, me gustaría probar.

–Solo puede tratarse de una broma de su parte, estimada Señorita –dijo Sesavin.

–No. Lo digo absolutamente en serio.

–La conmino a abandonar esa idea. Sería terrible que yo fuera el causante por pura inocencia –continuó diciendo Sesavin.

–Quiero comprobar si Dios realmente me tiene reservada todavía para realizar una gran tarea o si soy solo una hoja innecesaria del árbol de la vida.

–No deberían tentarse este tipo de cosas. Esto no sería valentía, sino locura –terció Karov.

–Yo lo llamaría confianza en Dios –respondió Dragomira.

–Si Dios quisiera matarla, no necesitaría estos leones.

–Quizás, justamente sí. Yo siento un impulso secreto a meterme en esta jaula. ¿Por qué será? Tal vez ella ha sido dispuesta para que llegara mi final o, en cambio, Dios quiera darme un signo y obrar un milagro. ¡Déjeme entrar, Karov!

–No me está permitido.

–¿Con que no le está permitido? ¿Tampoco si yo lo deseo y se lo ordeno?

–¿Quiere realmente tentar a la muerte? –dijo Karov en voz baja apenas perceptible.

–Le ordeno que me abra la jaula.

–Entonces, entraremos juntos.

–No. Solamente yo.

Karov la miraba y en su mirada se notaba su lucha interior.

–Por amor de Dios, no continúe con ese juego. ¡Qué extraño capricho! Nos está atormentando con esta determinación. Venga Usted, dejemos este lugar –rogó Sesavin.

–Quiero entrar en la jaula –insistió Dragomira, de manera obcecada–. ¡Entiéndalo! ¡Tan solo yo! Deme su látigo y luego ábrala Usted.

–¡No lo haga, Señor Karov! –decía Sesavin, pero sus palabras no produjeron ningún efecto. Karov estaba ya bajo la influencia de Dragomira y ella lo estaba dirigiendo con su mirada hacia donde quisiera. Ella extendió su mano y el domador le pasó el látigo. Dragomira puso su pie en la escalera que conducía al tablado de madera que corría detrás de las jaulas. Además, Karov ya le ofrecía ayuda para guiarla por el pasillo. La muchacha le hizo una señal para que abriera la jaula y él ya estaba obedeciendo. Apenas ella había entrado a una, Karov sacó del bolsillo de su chaqueta un revólver y estaba con una mirada expectante fija sobre la bestia con la intención de disparar a la aparición del menor peligro.

Sesavin, en cambio, estaba paralizado y pálido delante de la jaula, pero también se sentía hipnotizado por la demostración que escenificaba esta muchacha bella y, al mismo tiempo, temeraria. Dragomira a la par que se ufana de su sangre fría por haberse mezclado así entre las fieras, gritó de golpe, pegándole con el pie a un león: –¡Arriba! ¡Levántate! ¡Destrózame!–. Acto seguido, Dragomira comenzó a amenazar con el látigo tanto al león como a las leonas. Los golpes estallaban sibilantes cortando el aire, mientras las bestias se retiraban mostrando los dientes y gruñendo; luego el león empezó a golpear el suelo con su cola, en señal de disposición al asalto.

–¡Salta, vamos, salta!

Karov apuntaba ahora con su arma, pero justo en el momento en que el león se disponía a saltar sobre Dragomira, ella se hallaba delante del león, de modo que era imposible disparar el tiro sin herirla. Entretanto, la muchacha había lanzado lejos el látigo y se erguía con los brazos abiertos como un mártir cristiano en la arena del circo.

–¡Me pongo en manos de Dios! –exclamó Dragomira, con unción.

Unos centímetros frente a ella el león se detuvo, levantó la cabeza, la miró con detenimiento y luego se echó a sus pies.

Entonces, Karov abrió la puerta con un gesto nervioso y sacó a Dragomira de la jaula. Ella solo sonreía.

–Estoy maravillado –dijo el domador.

–Fue terrible, pero, al mismo tiempo, hermoso –dijo Sesavin–. Sin embargo, no tiene al cielo; no lo repita.

–Quería recibir la señal –dijo Dragomira en completa calma–. Ahora estoy absolutamente satisfecha. Sé que Dios tiene necesidad de mí. Cuando me llegue la hora, Él ha de llamarme; pero no antes.

Ella le tendió a Karov la mano. –Se lo agradezco. No me guarde rencor por lo hecho.

–Se trató de la hora más difícil de mi vida –dijo el domador, a modo de respuesta–. Nunca me olvidaré de este momento.

–Bueno –dijo Dragomira, al tiempo que tomaba del brazo a Sesavin–. ¿No cree Usted ahora que nada sucede que no sea determinado de antemano?

–Si eso era lo que quería probar, con el ánimo de hacer proselitismo, debo decir que lo ha logrado completamente –contestó el joven.

## 12. La flecha del amor

*“La posesión del mundo  
No es lo que te conmueve”.*

VOLTAIRE, *La doncella de Orleáns*

Zefim volvía del campo de ejercicios un poco cansado y algo desalentado, viendo sin mirar las cosas a su alrededor; no le llamaban la atención ni los brillantes locales ni los carruajes ni las damas elegantes que lo rozaban con sus vestidos. De golpe resonó una amable y bella voz del lado de enfrente de la calle y, cuando el Oficial se detuvo, Anita cruzó veloz y alegremente hacia él, seguida de lejos por su vieja dama de compañía.

–¡Qué agradable que me cruce con Usted! –dijo la muchacha, tendiéndole la mano para que él se la besara–. Hoy vamos a la ópera. ¿Vendrá con nosotros?

–Ahora que sé que Usted irá, entonces lo haré sin falta.

–¿Y vendrá a visitarnos a nuestro palco?

–Siempre que Usted me lo permita.

–Por supuesto.

Zefim inició un gesto como para despedirse.

–¿Está Usted de servicio? ¿Por qué quiere retirarse tan pronto?

Acompáñeme, aunque más no sea, hasta el Paseo.

–Con todo gusto.

Ambos jóvenes caminaron entonces juntos charlando de manera animada y despreocupada. En el medio del Paseo, allí justamente donde algunos arbustos permiten cierta protección de las miradas indiscretas, Anita se detuvo y dijo: –Bueno, ahora puede retirarse, pero a las siete tiene que estar en la escalinata. ¡Ah! ¡Ya verá, tendré un atuendo precioso!

Zefim tomó la mano de la muchacha, dobló el borde del abrigo de ella y estampó, con cálido aliento, un beso en el brazo de Anita, justo entre su guante y su manga.

–¿Me quiere Usted? –dijo Anita en un susurro.

–Con todo mi corazón.

–También yo. –Al decir esto, Anita lo miraba con su encantadora manera de mirar; luego le hizo un gesto amable y se alejó. Zefim vio cómo ella se alejaba y suspiró. Sin embargo, su corazón no sufría, sino que latía con una agradable calidez.

Al caer la tarde el joven se hallaba en la escalinata del teatro y su corazón seguía latiendo con fuerza. Erguido en ese puesto, veía ascender los peldaños a toda clase de damas y caballeros que lucían su elegancia. Ninguna de las bellezas ricamente alhajadas recibía de él más que una superficial mirada; aunque, por otro lado, el apuesto Oficial era notado por todas. Algunas pasaban a su lado con un gesto de orgullo, levantando los hombros y la cabeza; otras le dedicaban una sonrisa un poco forzada, algunas más fijaban su vista sobre él con una mirada inflamada.

Finalmente apareció la persona que el joven esperaba escoltada por su madre. Su atuendo era, realmente, muy hermoso; se trataba de un vestido de terciopelo rosado con una cola corta, que se combinaba con un abrigo de teatro blanco, de seda recamada con piel de zorro también blanco. Anita llevaba, además, una rosa prendida sobre su pecho y otra sobre sus cabellos oscuros. No podía tratarse de nada más bello en ese contraste entre invierno y primavera. La muchacha le sonrió con un gesto amistoso a Zefim, mientras se deslizaba cerca de él.

Entretanto, el Conde Soltyk ya se encontraba sentado en su palco, con un gesto distendido pero aburrido. El Conde ya había enviado a la

diva de la noche un ramo de flores, pero, en realidad, ella le era indiferente, como le eran indiferentes todas las damas que se apoyaban en los palcos forrados de terciopelo y apuntaban sus prismáticos hacia él. En un momento dado, entró al palco enfrentado al suyo la Señora Oguinska, acompañada de su hija. La mirada de Soltyk se paseó sobre la figura de la madre, a quien reconoció enseguida; luego, como no tenía nada mejor que hacer, la posó sobre la hija.

En ese instante, Anita, con gesto ingenuo, estaba de pie mirando sobre la balaustrada. Uno podía pensar que ella posaba en ese momento como una bella mercadería en un mercado de esclavos. De repente el Conde Soltyk pareció volver a la vida; sus mejillas se colorearon, sus labios temblaron y sus ojos brillantes querían devorar esa figura graciosa y casi infantil. El Conde detuvo su mirada largo tiempo sobre ese rostro puro y maravilloso. Ya había llegado el momento de la obertura y, luego, empezó a cantar el coro y, enseguida, entró en escena la *prima donna*. Fue en vano que la diva, caprichosa y arrogante de suyo, buscara despertar la atención del Conde, pues él tenía fija la mirada en el palco de enfrente. Sensaciones que hasta ese momento no había experimentado embargaban su corazón; su sangre empezó a bullir y sus fantasías tomaron la delantera. El Conde estaba acostumbrado a conseguir inmediatamente aquello que pretendía; pero, en este caso, lo excitaba la idea de que hubiera una especie de muro frío e inexpugnable entre él y el objeto de su deseo. Lo que era aún peor residía en que la muchacha ni siquiera había reparado en él. Justamente él, el Conde Soltyk, poseedor de una rica fortuna, un magnate, un conquistador, un Adonis, no era alguien que pudiera ser ignorado; y justamente eso era lo que estaba sucediendo.

Soltyk entró en un nivel de suma excitación y perdió su compostura, cuando en el intervalo para el segundo acto Zefim apareció en el palco de los Oguinski, tomando asiento detrás de Anita. Justo en ese momento la muchacha, dando la espalda hacia el escenario y hacia el Conde, empezaba una animada y cordial conversación con el Oficial. Soltyk se dirigió, entonces, hacia las bambalinas con la intención de decirle a la

cantante que su vestuario era horrible, luego fue al *buffet* para tomar un trago caliente y, acto seguido, pidió su carruaje para retirarse.

Mientras tanto, el jesuita se hallaba sumergido en unos raros folios en el gabinete de trabajo del Conde, tratando de cuestionar a los Padres de la Iglesia en algunos temas importantes, cuando se abrió la puerta de par en par, y surgió Soltyk, quien se había desembarazado con furia de sus pieles y, sin decir una palabra y dando grandes pasos, empezó a cruzar el pequeño cuarto de un lado a otro.

–¿Entonces ha terminado la ópera tan temprano? –preguntó el Padre Glinski, asombrado.

–No.

–¿Qué sucedió? Está muy alterado.

Durante un momento el Conde no pensó en responder, sino que se concentró en seguir midiendo el cuarto con sus pasos, luego se detuvo delante del jesuita, lo miró fijamente y murmuró: –La vi.

–¿A quién?

–A Anita.

–Aha. ¿Y eso lo determinó a abandonar el teatro?

–Sí. Yo detesto, como Usted bien sabe, todas las sensaciones que son poco claras y que lo ponen a uno en una postura dudosa. Y justamente ahora me tiene que suceder precisamente a mí que me pregunte qué es lo que me ha pasado, qué me ha conmovido y cuál es mi deseo.

–Y, sin embargo, la cuestión es facilísima.

–¿Qué quiere decir?

–Que se ha enamorado Usted.

–¿Yo? –Soltyk posó sus ojos con fijeza sobre el jesuita–. Puede ser que tenga razón. Dado que nunca me había sucedido, no puedo ahora juzgar. Es una posibilidad. Me siento irascible, descontento, intranquilo y tengo la impresión de ser un niño malcriado.

–Agradecemos a Dios que se haya enamorado.

–Empiezo yo mismo a creerlo, porque, sin ningún motivo, me ha surgido un odio visceral contra ese joven Oficial que estaba sentado a su lado y con quien ella estaba entablando una amable conversación.

–¡Yadevski! ¡Ah! Por él no necesita intranquilizarse. Esa relación terminará en nada.

–No es que la cosa me quite la calma. Si me molestara, no tendría más que disparar al montón y la cosa estaría liquidada. El problema es si ella lo ama.

–Ella, hasta hace muy poco, depositaba su amor en sus muñecas y ahora en sus amigas. Este corazón es por el momento una página en un blanco inmaculado. El primero que escriba en ella gozará de toda la envidia del mundo.

–Quiero conocerla –lo interrumpió Solytk.

–No le será difícil, querido Conde; le abrirán de par en par las puertas.

–Sin embargo, me vengo comportando poco cortésmente con los Oguinski desde hace rato.

–Su visita será saludada con tanto más agrado.

–De todos modos. Tendré que conquistar a Anita. ¿De qué me servirá mi nombre, mi rango, mi riqueza, si no poseo a este ángel? Esta es la primera vez que me pongo a pensar en pedir la mano de una muchacha, sin que me sienta en ridículo.

–Si Usted logra hacer de esa niña la dueña de esta casa, todos lo envidiarán.

Solytk tomó finalmente asiento y recobró el aliento. –¿Qué podría hacer ahora? No podré conciliar el sueño.

–Tome un polvillo calmante.

Solytk largó la carcajada y, enseguida, hizo sonar la campanilla para ordenar que ensillaran su caballo árabe. Minutos después salía cabalgando en una noche fría pero muy iluminada por la luz de la luna. Entretanto, el jesuita se quedaba solo y esbozaba una sonrisa dirigida a los Padres de la Iglesia; mientras con un lento placer se permitía aspirar una brizna de tabaco para gratificarse. A la mañana siguiente el Padre Glinski apareció discretamente en casa de los

Oguinski para anunciar, sin ocultar su satisfacción, la visita próxima de Solyk. Anita, por su parte, se quedó profundamente asombrada de que su madre inspeccionara con una mirada angustiada su vestuario y, luego, la besara sobre la frente, con un gesto de contento.

Cuando el carruaje del Conde entró en la explanada, la bondadosa e ingenua Anita se encontraba con Livia en el jardín. Solyk había llegado acompañado del jesuita. Después de las fórmulas convencionales para el encuentro, Solyk preguntó por Anita.

–Ella está jugando con una amiga en el jardín; es apenas una niña, Señor Conde –explicó la Señora Oguinska.

–Podríamos dar un paseo por el parque –sugirió el Padre Glinski.

–Por cierto.

El Conde ayudó caballerosamente a la Señora Oguinska a ponerse su mantilla sobre los hombros y luego descendió los peldaños hacia el jardín, con la dueña de casa reclinada en su brazo.

–No alimente demasiadas expectativas. Las niñas de ahora son totalmente consentidas –dijo la madre.

–He visto a su Señorita hija en el teatro. Y verla allí me dejó encantado de descubrir tanta hermosura, aristocracia y pureza juntas.

–Usted es demasiado bondadoso.

El Padre Glinski se había adelantado y, cuando las dos muchachas lo vieron, se acercaron a él y se apresuraron a decirle: –Tiene que jugar con nosotras al lobo.

–En otra ocasión, mi niña. Hoy está el Conde Solyk con nosotros y desea ser presentado.

Ya se estaba aproximando la dueña de casa, quien con los ojos brillantes dijo en voz alta hacia el Conde: –Aquí tiene a mi hija. –Y luego dirigiéndose a Anita: –El Conde Solyk expresó su deseo de conocerte, pero... ¡Mírate a ti misma! ¡Con los cabellos sueltos y las mejillas hechas un fuego! Pareces una aldeana.

Anita se quedó quieta delante de Solyk, con la cabeza baja y respirando acaloradamente debajo de las abrigadas pieles de su *kazabei-*

ka. Sus manos apretaban el aro con el que había jugado hasta hacía un momento.

Entonces el Conde dijo: –Me siento muy feliz de conocerla.

Anita miró con aprehensión hacia el lado de su madre. La Señora Oguinska había tomado del brazo al Padre Glinski y le sugería ahora al Conde dar una mirada al jardín. Soltyk era toda amabilidad y acompañado de Anita y Livia siguió el camino que indicaba la Señora Oguinska, quien se había adelantado un poco.

–Hasta ahora no se la ha visto a Usted en nuestros círculos, mi querida Señorita. Parece que los evitara –dijo Soltyk, intentando anudar la conversación con Anita.

–Pues ayer estuve en el teatro. Y esa fue mi primera vez. Fue precioso. ¿No es cierto? Posiblemente dentro de poco pueda asistir a un baile.

–Sería injusto de sus progenitores que nos privaran de su vista.

–Anita es demasiado joven todavía –se interpuso la madre–. Tiene todavía mucho tiempo hasta empezar a frecuentar el gran mundo. Sin embargo, espero que desde ahora Usted nos ofrezca sus visitas más a menudo, querido Conde.

–Por supuesto. Yo sabré apreciar el inmenso honor que se halla detrás de su amable consideración.

El jesuita se dirigió ahora a Anita, diciéndole: –Lo mejor que Usted podría hacer ahora es nombrar a nuestro querido Conde como su Maestro de Ceremonias. Nadie se le compara en su genialidad para organizar las fiestas.

–¿En serio?

–Yo me pondré a su entera disposición, mi querida Señorita.

Después de haber recorrido la parte más importante del jardín, el grupo se dirigió a la casa. El Señor Oguinski todavía no había llegado (siguiendo manipulaciones de su esposa), para evitarle al Conde tener que pasar la velada conversando con el dueño de casa. La Señora Oguinska sugirió al jesuita entonces jugar juntos una partida de dominó, mientras le pedía también a Livia que se sentara al piano. De hecho, quedaron sentados juntos en un lugar recatado Soltyk y Anita.

El Conde hacía todos los esfuerzos posibles para que la muchacha hablara, pero ella se sentía incómoda y temerosa en su presencia. Por ello, Soltyk se apresuró a despedirse.

–Es estupenda –dijo Soltyk, cuando estaban sentados en el coche con el jesuita–, pero increíblemente tímida y casi plena de temor.

–Lo que sucede es que ha oído demasiadas cosas sobre Usted. A la larga, eso le será beneficioso. Las mujeres se enamoran justamente de esos hombres acerca de los que se les ha advertido que son peligrosos.

Entretanto, apenas se habían quedado a solas, la Señora Oguinska le preguntaba a su hija: –Bueno. ¿Qué me dices de Soltyk?

–Es muy apuesto.

La Señora Oguinska se limitó a hacer una señal de amenaza con sus dedos.

–No, mamá. Yo, a pesar de todo, no podría amarlo nunca, pues posee algo que a mí me asusta.

–Eso vamos a verlo, hijita.

–¡Nunca, mamá, nunca!

## 13. La Hermana de Caridad

*“Esta idea me viene desde el Infierno”.*

SILVIO PELLICO

Dragomira acababa de despertarse, cuando Serguich apareció para decirle: –Tiene que presentarse enseguida, Señorita. Es una situación de gran importancia que el Apóstol quiere confiarle solamente a Usted, porque sabe de su astucia y decisión. Se trata de aparecer como Hermana de nuestra comunidad. Y por ello deberá viajar hacia Meshkov a la finca de la Señora Zamaki, una viuda que vive aislada. Padece de fiebres nerviosas. ¿Tiene Usted miedo de los contagios?

–No. Nada temo. Yo sé ahora que el cielo me necesita y que siempre estaré en manos de Dios.

–Entonces, venga Usted.

–Otórgueme dos minutos para vestirme.

Serguich salió de la habitación y pocos minutos después Dragomira ya estaba completamente lista para el viaje. Luego de dejarle varias indicaciones a Cirila, abandonó la casa y se dirigió a la de Serguich para adoptar la túnica y la cofia blanca propia de una Hermana de Caridad. En ese nuevo traje monjil Dragomira lucía extraña, pues había depuesto su apariencia severa y ahora dominaba en ella un toque de clemencia que parecía acercarla a la imagen de una Virgen.

Serguich tenía preparado un amplio abrigo de pieles de zorro en el que envolvió a la nueva Hermana de la Caridad. Luego le entregó

una carta, que ella solo debía abrir cuando llegara al lugar señalado. Enseguida alzó a Dragomira sobre el carruaje que ya estaba preparado y cuyos caballos pertenecían a Doliva, el campesino también miembro activo de la comunidad. Luego el mismo Serguich tomó las riendas y Dragomira dejó así Kiev para aventurarse con toda premura hacia su nueva meta por un desolado y antiguo camino rural, en una región, cuyas marcas sobre el páramo eran las bandadas de cuervos y sauces desgajados.

Arribó a su destino hacia el mediodía, logró calentarse un poco y, luego, abrió la carta con las instrucciones del Apóstol, que leyó con gran atención para echarla luego en la estufa. Cuando estuvo segura de que los últimos pedacitos de la carta estuvieron bien incinerados, entró con gran suavidad en la habitación de la enferma.

Se trataba de un amplio recinto, pobremente iluminado, porque los cortinados oscuros estaban cerrados. El cuarto despedía también un pesado olor asfixiante. Dragomira comenzó su tarea recorriendo las cortinas y abriendo las ventanas.

—El médico también lo había dicho, pero no nos atrevimos a hacerlo —dijo la vieja cuidadora, que se hallaba sentada en el lecho.

En ese momento la enferma abrió los ojos, se apoyó sobre el brazo izquierdo y miró asombrada a Dragomira. La mujer contaba con unos cuarenta años y aparecía muy envejecida y muy delgada a causa de sus mejillas cóncavas. Sus cabellos en desorden tenían un color rojizo y sus grandes ojos grises mostraban vivacidad, porque parecían querer atraer a la muchacha que se hallaba tan relajada delante de ella.

—¿Quién es Usted?

—La cuidadora de enfermos de Kiev.

—Bien. Me agrada. ¿Y cómo sería su nombre?

—La Hermana Bárbara.

—¡Ah! ¡Qué calor!

—Es la fiebre, pero ahora se va a sentir mejor con las ventanas abiertas.

–Le agradezco. La luz natural hace bien; estaba como metida en una tumba. ¿No me han de meter viva en la tierra; no es cierto? Todavía falta para mi muerte. ¿Tendré que morir?

–Espero que con la ayuda de Dios dominaremos la enfermedad.

–Sí, A Usted me la mandó Dios –murmuró la Señora Zamaki–. Esa es la apariencia de un ángel. –Tomó la mano de Dragomira y se la besó, luego se sumergió en las almohadas y giró la cabeza hacia la pared.

Dragomira ordenó a la vieja cuidadora que saliera y tomó su lugar a la cabecera de la enferma. Ahora tenía una sola cosa como objetivo: cumplir con su deber. Y lo llevó a cabo con toda la entrega posible, sin retroceder ante nada, aunque se tratara hacerlo desde una posición subordinada.

Cada día hacia el atardecer venía el médico y lo que él ordenaba, lo cumplía Dragomira a rajatabla. Día y noche se lo pasaba junto a la enferma, no tomándose para sí nada de tiempo o para disfrutar descansando; y todo lo hacía guardando la calma, la paciencia y siempre mostrando buen ánimo.

Sucedió a la tercera noche, cuando la Señora Zamaki, que había pasado muchas horas sumergida en una fiebre delirante y plagada de alucinaciones, de repente volvió en sí y con los ojos muy abiertos se aferró a las manos de Dragomira.

–Sé que mi fin se acerca. Dígame la verdad –murmuró.

–El médico está, sin embargo, muy satisfecho con el desarrollo de la enfermedad.

–Aha, pero, de todos modos, sería bueno hacer venir a un cura.

–Como Usted lo desee.

–Todavía no he hecho ningún testamento. Tendríamos que estar siempre preparados, porque no sabemos cuándo Dios nos llamará a su seno.

–Si así lo desea, estoy dispuesta a que Usted me lo dicte.

–Todavía hay tiempo, ¿no le parece?

–Claro, por supuesto.

–No quiero morir.

Dragomira sonrió.

–Por qué ríe Usted.

–Porque no comprendo cómo alguien puede temerle a la muerte y tampoco puedo entender el amor a la vida que aqueja a la mayoría de las personas. Yo inmediatamente cambiaría la mía por la suya.

–Porque Usted es un ángel.

–No. Porque yo respeto más la eternidad que este breve lapso sobre la tierra. Cada paso que aquí damos puede provocarnos la ruina, pues en todas partes surgen las invisibles trampas del pecado.

–Es cierto; desgraciadamente demasiado cierto.

–Solo el arrepentimiento puede traernos el perdón, solo la muerte puede traernos conciliación.

–Sí, claro, pero... ¿Por qué Usted... tan joven, tan bella? ¿Por qué busca morir?

–Sí. Yo anhele la muerte. Pero no será el azar el que me acometa; yo quiero por propia voluntad encaminarme a la muerte, como los mártires sagrados.

–¿Cree que eso puede traer la salvación a nuestra alma?

–La víctima que dichosa sucumbe en el altar, reconcilia al Juez Eterno.

–Puede que Usted tenga razón.

Entretanto llegó el amanecer. Después de dormir un rato, la Señora Zamaki se despertó completamente y tomó su medicamento. En ese momento se puso a mirar fijamente a Dragomira y le dijo: –Quiero que llame al cura.

–¿Ahora?

–Sí. Ahora.

Entonces, Dragomira envió un mensaje al cura para que viniera de inmediato. Después de confesarse, la Señora Zamaki recibió la cena. Cuando el cura se fue, ella se sintió reconfortada y charló con entusiasmo con su cuidadora.

–Aconséjeme Usted a quién hacer beneficiario de mi herencia. Tengo solamente parientes lejanos, y ellos se portaron no demasiado bien conmigo. ¿No sería mejor dejar todo a alguna institución piadosa?

–Es indudable que ese pensamiento lo ha puesto Dios en su cabeza. Haga un testamento a favor de nuestra Hermandad, que satisface a los hambrientos, viste a los necesitados y cuida de los enfermos. De ese modo Usted estará repartiendo beneficios para todo el futuro.

–Sí. Eso haré. Traiga papel y tinta.

Dragomira obedeció el mandato y la enferma comenzó a dictarle. Una vez que la muchacha hubo finalizado la redacción del testamento y que hubo leído el texto en voz alta, la Señora Zamaki puso su firma y dijo: –Guárdelo en el escritorio, o no, mejor, guárdelo Usted misma. Es el modo más seguro. Nunca se puede saber. Hay personas malvadas. Estoy segura de que mi familia tiene espías cerca.

Al atardecer se asomó inesperadamente el Apóstol a una ventana que estaba abierta y le hizo una señal a Dragomira. La enferma no notó nada, porque había un biombo entre su cama y la pared exterior. Y, cuando la muchacha hizo el gesto de levantarse, la Señora Zamaki preguntó: –¿Qué pasa? ¿Por qué se levanta?

–Solamente quería ir a buscar más hielo.

Dragomira esperó que la enferma se sumiera en otro sopor y, entonces, en puntas de pie se deslizó hasta la ventana.

–¿Cómo marcha todo?

–Bien.

–Al parecer no morirá.

–El médico tiene esperanza de que se mejore.

–¿Ha hecho el testamento?

–Sí.

–¿A favor de la Hermandad?

–Sí.

El Apóstol hizo una señal que iba dirigida más bien a sí mismo. Después de una corta pausa miró con sus enérgicos ojos celestes a

Dragomira inquisitivamente y la alertó, diciendo: –Tu tarea no ha sido completada todavía.

–Lo sé. Permaneceré aquí hasta que encuentre la salvación.

–Sí. Lo más importante es salvar su alma. ¿Ella no te confió nada?

–No.

–Tienes que tratar imperiosamente de sacarle el secreto, un secreto que ella oculta de modo angustioso. Ha cometido un pecado tremendo que pesa sobre su conciencia. Indaga en esa dirección, pero sé cuidadosa. Los enfermos son siempre desconfiados.

–¿Y una vez que haya confesado?

–Entonces trata de convertirla.

–Haré lo imposible, pero ¿si no lo lograra?

–Entonces, tendrás que salvar su alma tú misma.

–Puedes contar conmigo.

–Lo sé. Por eso te he elegido. Dios te ha seleccionado para emprender grandes obras. Sé valiente e indoblegable.

–Siempre que Dios esté a mi lado, no habrá obstáculos para mí.

–¡Adiós! –El Apóstol se persignó y desapareció entre las sombras de la arboleda que rodeaba la casa.

Cuando caía la noche y la niebla tendía fantasmalmente su manto hasta cubrir con la plumiza oscuridad del ocaso la habitación, como si figuras agazapadas e inquietantes la llenaran, la enferma mostró gran inquietud.

–¿Lo ves? ¿Lo ves allí? –exclamó la Señora Zamaki de repente, irguiéndose de la cama y extendiendo su débil brazo.

–Sí. Lo veo –repuso Dragomira con la mayor calma.

–¿Y no se te erizan los cabellos? ¿Qué quiere decirme?

–Él busca despertar su responsabilidad.

–Y con razón, pues yo lo arrojé a la muerte. Fui egoísta, severa, despiadada. ¿Acaso no existe la expiación? ¿Podrá Dios ser misericordioso? –decía la enferma delirando, mientras elevaba hacia Dragomira sus manos en señal de pedido de auxilio.

–Existe una reparación.

–¿Cual?

–La muerte.

–Cuando Dios lo quiera, moriré.

–Usted tiene que decidir el fin de su vida de propia voluntad y presentarse en el altar del Señor en acto de sacrificio.

–¿Yo?... ¿Yo misma?... No, no. No quiero morir.

La Señora Zamaki cayó entonces en terribles alucinaciones, mientras se movía agitadamente en su lecho y parecía a cada momento perder el aliento.

Dragomira había encendido la lamparilla que estaba detrás del biombo y esa luz arrojaba una luz ambigua en el recinto y formaba círculos extraños en el cielorraso. Así desaparecieron los fantasmas. Apareció la luna y con la sagrada luz huyó la niebla que había envuelto la casa en su vapor infernal. La enferma se calmó. Entretanto, era cerca de medianoche, cuando apareció la vieja servidora para decir que había llegado un hombre desde Kiev y quería hablar con la Hermana de la Caridad.

Dragomira salió al cuarto contiguo y halló ahí a Serguich, quien enseguida le dijo en un susurro, con mirada temerosa y mirando por si alguien escuchaba: –Es mejor que salgamos al jardín. Tengo que transmitirle nuevas indicaciones.

Dragomira se adelantó y el enviado la siguió. Ambos caminaron entre las filas todavía desnudas de grosellas hasta la glorieta, donde se veían todavía algunas hojas amarillas antes de la llegada del invierno. La muchacha apoyó su brazo sobre un poste cercano y miró con ansiedad a Serguich.

–¿Tiene el testamento?

–Sí.

–Démelo. Aquí tiene el mandato del Apóstol.

Dragomira leyó la esquila que le pasaba el enviado; luego sacó el testamento guardado dentro de su pecho y se lo entregó.

–¿Se ha franqueado ante Usted?

-No. Sin embargo, en su delirio se lo ha pasado hablando de un hombre cuya muerte se halla sobre su conciencia.

-Se trata de su marido; su sangre la está manchando.

-Trataré de salvarla todavía.

-Le prometerá todo, mientras esté enferma; pero en cuanto sane, volverá a su anterior vida pecaminosa.

-¿Entonces qué tendré que hacer?

-Aquí tiene un remedio para la salud de su alma.

Serguich empuñó con cuidado un pequeño frasco con un líquido marrón y se lo pasó a Dragomira.

-¿Qué debo hacer?

-Ella debe morir.

-¿Cuándo?

-Esta misma noche. ¿Está dispuesta a llevarlo a cabo?

-Entonces, que se cumpla el designio divino.

## 14. Un amor joven

*"El amor no se preocupa por la posición de los padres,  
Cada ser humano es en ese terreno su igual".*

HOUWALD

Hay que decir que todo el mérito del arreglo le correspondía a una madre astuta. Cuando el Conde Soltyk llegó al atardecer, Oguinski estaba en el casino, mientras las damas estaban ocupadas bordando en el jardín de invierno. Una vez que la dueña de casa hizo los honores correspondientes, apareció la vieja servidora y anunció que había alguien que quería hablar con la Señora Oguinska de modo urgente, lo que le permitió a ella pedir disculpas y ausentarse por un momento. De ese modo, el Conde y Anita quedaron a solas. La muchacha se sentía particularmente feliz de que el gran aro del bordado mantuviera alejado al pretendiente, quien no hacía más que desplegar sus ardientes miradas y sus halagüeñas palabras, pues todo le encantaba. Con ese humor, el Conde se puso luego a ponderar todo lo que lo rodeaba: la abundancia erótica de las plantas que llenando todo el recinto daban la impresión de ser una pintura y que con su forma diseñaban una bóveda verde y floreciente, el gorgoteo de la pequeña fuente, la fabulosa iluminación como de cuento de hadas que irradiaba la lamparilla rojiza del cielorraso y, finalmente, el embriagador aroma que llenaba el aire y los sentidos, excitando, y, al mismo tiempo, adormeciendo.

Si existía un lugar apropiado para despertar las pasiones dormidas en su seno y cautivar a una persona ingenua y desprevenida, era evidente que este era el sitio. El Conde se inclinaba sobre las fantasiosas flores que Anita tenía la magia de llamar a la vida en su bordado y así estaba logrando hacer caer a la pobre muchacha en la hondura irresistible de sus ojos negros, cuyo funesto poder ella empezó a sentir como si se asomara sobre un abismo en contra de su voluntad. Anita temía al Conde y también experimentaba una especie de odio contra él; a pesar de estos sentimientos, Soltyk le atraía, porque ocupaba sus fantasías infantiles.

–Usted tiene algo contra mí, Anita –le dijo en un susurro–. Me evita, se esconde de mi mirada.

–No. De ninguna manera. ¿Por qué habría de hacerlo?

–Se niega a oír que le digan que es bonita, que se merece ser adorada; por lo menos no de mi boca.

–Bueno, Usted es el primero que me lo dice –contestó Anita, tímida y dulcemente, mientras la sangre le subía a las mejillas y ella trataba de detenerla poniendo a escondidas una mano sobre su corazón–. No estoy acostumbrada a recibir estos homenajes como otras mujeres; yo los tomo en serio y me siento avergonzada.

–Pero para mí también esto es serio; nunca me atrevería a jugar con Usted.

–Yo represento para Usted una novedad, Señor Conde; eso es todo. En dos semanas pensaré de otro modo.

–Nunca, Anita, nunca. Usted me ha producido una profunda e indeleble impresión. Es la primera muchacha a quien yo encuentro digna de dirigirle la palabra. Usted me ha convertido completamente; y si quisiera podría maniatarme o uncirme a su carro de la victoria.

–Pero yo no soy de ese tipo de mujeres superficiales.

–No es lo que yo quería decir; también hay ataduras que son sagradas.

Anita empezaba a sentir una congoja en su corazón. La conversación estaba tomando un giro para lo cual ella no estaba preparada en

lo más mínimo. Por un lado, se tornaba embarazoso para la joven rechazar a Soltyk; pero, por otro, tampoco entregarse a él le era posible. No, para eso ella tampoco estaba preparada. En realidad, Anita sentía que ya no era libre, pues su corazón pertenecía a otro. Y, aunque esto no hubiera sucedido, al Conde nunca podría haberlo amado. Y pertenecer a Soltyk sin amarlo, era algo que hacía estremecer su naturaleza virginal como si se tratara de un pecado. Tampoco era Anita la muchacha que se ponía completamente en manos de sus padres.

–No me responde Usted, Anita –volvió el Conde a la carga.

–¿Qué podría decirle? Yo tengo tan poca experiencia, y además soy tan tonta.

Para dicha de Anita, en ese momento apareció de nuevo la madre. El Conde se mordió los labios. Esta vez la ocasión se había disipado en el aire sin poder ser de utilidad. El pretendiente se quedó a tomar el té. Entretanto, Oguinski, que había vuelto del casino, se metió en largas discusiones políticas y económicas, tratando de interesar a su invitado; pero cuando Soltyk en el medio de eso podía dirigir una palabra a Anita, ella le respondía vacilante y con monosílabos.

La Señora Oguinska pudo distinguir en la frente del cortejante unas líneas de enfado; por eso, cuando el Conde ya se había ido y Anita se había retirado a su cuarto, ella se deslizó con cautela en el dormitorio de su hija, se sentó en la cama y comenzó a tender las redes de un interrogatorio.

–¡Qué hija dichosa! –exclamó la madre, mientras le daba un beso en la frente a la muchacha–. ¡Apenas acabas de entrar en sociedad y ya tienes hecha una conquista de tal calibre!

–¿A quién te refieres, mamá?

–¿A quién? ¿A quién habría de referirme, si no? ¿No estarás pensando en el joven Oficial?

Anita se sonrojó. –¿Cómo se te ocurre?

–Sería realmente una pena echar a perder semejante pretendiente. El Conde es el candidato más brillante que con el que podrías topar. ¿Te dijo algo de sus intenciones?

–Sí.

–¿Y tú? ¿Qué le respondiste?

–Nada.

La Señora Oguinska batió sus palmas en señal de asombro. –¡Niña! ¿Qué tienes en la cabeza? ¿A tus muñecas?

–Nunca me enamoraré de Solyk.

–Pero, hijita, una se casa con el propósito de hacerse un lugarcito en el mundo, no para responder a los dictados del corazón. Como la Condesa Solyk podrías jugar un papel y disfrutar de la vida a pleno. No arrojes por la borda la dicha de modo tan superficial. ¡Sé razonable!

Anita permaneció callada. La Señora Oguinska apartó el cabello de la frente de su hija y aplicó un beso delicado a esos labios infantiles. –Sí. ¡Razonable, Anita! Bueno, por hoy te deseo las buenas noches.

–Buenas noches, mamá.

Cuando al otro día Anita saltó de la cama, se había tornado más sabia y también más decidida. Se encerró en su cuarto, escribió algunas frases sobre un papel rosado, puso la dulce esquelita en el bolsillo de su *kazabeika* y se escapó por la escalera sin hacer ruido hacia el patio trasero.

Al fin encontró a quien buscaba. Estaba metido en un ámbito repleto de grandes imagen de santos y vívidas escenas bélicas y lustrando un par de largas botas. Se trataba de Taras, el viejo cosaco, que la había acunado en sus brazos, cuando Anita estaba en pañales y, luego, hecho brincar en sus rodillas en la época en que ella corría por toda la casa saltando con los rizos al viento.

El fornido y a la vez magro cosaco que exhibía canas y una barba desgredada le sonrió apenas verla y sus rasgos, por lo general severos y férreos, ganaron una expresión tierna que hablaba de cariño y entrega.

–Taras, ¿podrás hacerme un favor? –empezó diciendo la pequeña embrujadora.

–Lo que sea.

–¿También si se trata de algo en contra de la voluntad de mis padres?

–Por supuesto.

–Entonces te pido por favor, lleva enseguida esta carta al Teniente Yadevski, y si por la tarde él viniera por aquí, espéralo en el portal y condúcelo no hacia la casa, sino directamente a mi encuentro en el jardín.

–Pero, Señorita, ¿sabe Usted? –dijo Taras, mostrando su astucia–. Mejor lo voy a hacer entrar por el portoncito y así él llegará al parque sin ser visto.

–Sí. Buena idea, mi querido. ¡Eres un sol!

–Por Usted me llevo el mundo por delante, si así ha de ser.

El cielo estuvo del lado de Anita esa tarde; era un día diáfano, sin una nube y los rayos de oro del sol llenaban el jardín, hacia adonde la muchacha se deslizó sin ser notada. La valiente Anita se ocultó en la espesura como un temeroso venado y, entretanto, espiaba por entre el ramaje de robles, hayas y abedules, por entre las sombras de los pinos y los entretejidos de la hiedra con afán de descubrir a quien penetrara por la puerta secreta al final del parque. Después de un rato, se divisó el colorido brillo de un uniforme; en ese momento penetraba Zefim por el coto privado. Anita corrió a su encuentro y se aferró a sus manos, mientras sus ojos reflejaban un encanto celestial.

–No me juzgue Usted de modo apresurado o erróneo. Necesitaba hablarle por distintos motivos –comenzó diciendo ella.

–Le agradezco la confianza, querida Señorita. Usted me hace inmensamente feliz. Solo me intriga saber cómo es que me hice acreedor de ella.

–No se trata de un mérito. Eso viene como cosa natural, o no surge de ninguna manera.

Entretanto, caminaron hacia un banco que estaba hecho de madera de abedul y se veía sobresalir entre las sombras de un pino y ella lo hizo sentar a él con premura.

–Oiga Usted –dijo Anita con infantil importancia–. El Conde Soltyk me está cortejando. Sí, sí, con toda seriedad, aunque pueda parecer increíble.

–Me pongo en situación completamente.

–Está decidido a pedir mi mano; y mis padres favorecen sus planes.

–¿Y qué piensa Usted misma de él?

–Jamás le daré mi mano. ¡Nunca, nunca!

–¡Oh! ¡Mi dulce, mi hada buena Anita!

–¿Soy realmente eso para Usted? ¿Me ha cobrado Usted cariño?

–¿Y acaso lo duda? ¿No sabe Usted leer todavía lo que dice un alma humana? ¿No le dice la voz de su corazón lo que se revela en mi mirada cuando se inflama y tiembla? Pensé que cualquiera podía darse cuenta de que la amo y cómo la amo.

–¿Usted me ama? –dijo Anita, fijando sus ojos en Zefim con un susurro encantador–. ¿Entonces es verdad? ¿Puede ser realmente cierto?

–¿Me considera capaz de mentir? –susurró Zefim, al tiempo que se arrodillaba frente a esa maravillosa criatura y miraba esos ojos, que irradiaban una incontrovertible serenidad, como si estuvieran flotando en el cielo de la primavera.

–¡Ah! Zefim, puede tratarse de algo incorrecto, porque mis padres están en contra, pero no puedo hacer nada ante estos dictados. Mi corazón también le pertenece. A su lado quiero vivir o, de lo contrario, moriré. ¡Le juro aquí eterna fidelidad, amor eterno!

–¡Amor eterno! –repitió él, y entonces ella lo abrazó con un gesto abarcador de casta ternura. Él la apretó contra sí. Sus labios se encontraron. Fue un momento de suprema dulzura, de extrema pureza; tan único como para que todas las tormentas futuras del destino y de la eternidad estremecieran los corazones de los dos jóvenes, enlazados por un sueño misericordioso.

Con suprema suavidad Anita se desprendió del abrazo. –Podemos disfrutar pocos instantes juntos; no perdamos tiempo. Quizás va a pensar que soy tonta. Seguramente habrá de reírse de mí, porque quiero darle algunos consejos; pero si realmente lo toma en serio, si realmente quiere ganarme, tendrá que obrar con rapidez.

–¿Qué deberé hacer?

–Tiene que adelantarse al Conde. Vaya a ver a mi padre y pídale mi mano.

–Lo haré apenas haya hablado con mi madre.

–¿Necesita de su asentimiento?

–No, Anita, pero hay algunas cosas que habría que poner en orden, pues tengo que decirle a su padre cuáles son las condiciones que puedo ofrecerle al futuro de su hija.

–Tiene razón. No había pensado en eso. Yo imaginaba que podíamos vivir como los bohemios del bosque en una cabaña hecha de ramas verdes y comer las semillas que Dios esparce a manos llenas para sus criaturas. Pero no se demore, pues cada día que pasa, cada hora puede traer consigo un nuevo peligro.

En ese momento se oyó un silbido chillón que advirtió a los jóvenes que era necesaria la prudencia. La advertencia venía de Taras quien estaba dando la señal convenida.

–Ahora debe irse –dijo ella en voz baja, levantándose de su asiento–. Seguramente tendré visita.

Zefim abrazó a Anita nuevamente contra su pecho. Hubo todavía otro beso largo y lleno de intimidad; enseguida él desapareció y ella se dirigió con paso rápido hacia la casa. Había llegado el jesuita y Taras lo había preanunciado con su señal, de tal modo que el visitante encontró a Anita ya a medio camino en el jardín.

–Ah, está sola. Seguramente vengo a interrumpir dulces fantasías. ¿Puedo animarme a adivinar quién llenaba esos sueños?

–No sé a qué se refiere, Padre Glinski.

–Mi muy querido Conde Solyk está lleno de esos mismos sueños. No hace más que hablar del ángel que se le ha aparecido repentinamente. Realmente, Usted entró en su vida como un mensajero del cielo. En sus manos yace ahora una gran destreza. Solamente Usted está en la situación de transformar a este hombre bárbaro y desenfrenado, que en el fondo posee las mejores y más brillantes cualidades, en un ser humano; hacerlo una persona que satisfaga al Señor y a todos nosotros con su alegría y llene el mundo con sus hechos nobles y buenas obras.

–Usted está en un error, querido Padre –contestó Anita con calma sinceridad–. Su Conde necesita una mano fuerte, que lo dirija, y la mía es débil y generosa. Yo nunca habría de salvarlo ni tampoco hacerlo

completamente feliz; yo misma me transformaría a su lado en alguien increíblemente miserable.

–¿Porque Usted está enamorada de otro?

–Porque yo a él no lo amo.

–Pero a la larga aprenderá a querer.

–Nunca.

–Hasta ahora él ha sabido conquistar todos los corazones.

–Eso será un veneno y mi corazón terminará destrozado.

–¿No estará tomando la cosa de modo demasiado trágico? –dijo el jesuita con cierto tono de burla.

–La tomo demasiado en serio, porque toda la dicha de mi vida depende de ello; yo no juego con mi corazón y Usted debe saber que tienen que estar advertidos aquellos que quieran jugar con él.

## 15. La medicación de los Borgia

*"No esperes piedad de mí".*

CALDERÓN

Después de la partida de Serguich, Dragomira se lanzó hacia el jardín, y allí, con el cielo por testigo, se arrodilló y rezó. Luego se incorporó y se dirigió a la casa, decidida a llevar a cabo el mandato. Cuando entró al cuarto de la enferma, la muchacha sintió el calor en las mejillas producido por el contraste con el frío del exterior. En sus severos rasgos podían verse las señales de la plena energía que le proporcionaba el fanatismo. Por eso mismo, sus ojos, que solían expresar frialdad, irradiaban ahora un extraño brillo.

Dragomira exhortó a la servidora a retirarse, cerró ella misma las ventanas y las cortinas y, luego, se sentó en la cama de la enferma.

–Señora Zamaki –comenzó diciendo la muchacha.

–Sí. ¿Qué sucede? ¡Ah! Es Usted. ¿Dónde estaba?

–Había venido el médico.

–¿Qué es lo que dijo?

–Ha traído una nueva medicación.

–¿Para qué? Ya no me puede auxiliar.

–Usted quiere decir que no puede limpiar su conciencia del pecado que pesa sobre ella y que la está angustiendo.

–¿Qué sabes tú de todo eso, muchacha? –dijo la Señora Zamaki, tomando con fuerza las muñecas de Dragomira–. ¿Acaso estuvo él aquí? ¿Lo has visto? No, no puede ser. Él se me aparece a mí, cuando estoy sola.

–¿Está hablando de aquel que encontró la muerte por su culpa?

–Veo que sabes de qué se trata. Sí, fui yo. Yo lo maté y él me está matando a mí ahora, cuando me susurra a los oídos frases horribles que no quiero oír. Es aquel que surge de la tierra como una humareda hasta el cielo. Sí, se yergue aquí como un gigante. Porta el sol sobre su pecho. No, no se trata del sol. Es una herida, una herida de la que mana sangre caliente, y brota, brota... un magma de sangre que asciende y yo me ahogo debajo.

La Señora Zamaki lanzó un grito y sumergió su cabeza en el regazo de Dragomira.

–Concíliese con Dios, cuando todavía el tiempo no haya expirado.

–¿Cómo puedo lograrlo? ¿Acaso no he rezado suficiente, no he hecho penitencia, no he expiado la falta todo a lo largo de mi vida?

–Se trata de que Usted misma se ofrezca como dispuesta al sacrificio.

–¿Yo misma?

–Sangre por sangre. Ofrezca su vida como expiación.

–No, no. No puedo. No quiero morir –gritaba la Señora Zamaki.

Dragomira la observó durante largo rato, luego se levantó con gran calma, tomó el botellín, vertió el contenido en un vaso y se inclinó sobre la enferma.

–Aquí tiene el medicamento.

La Señora Zamaki se incorporó, miró el líquido en el vaso con desconfianza y luego fijó sus ojos sobre Dragomira. Algo se iluminó en su mente y le dijo con un tono de angustia en su voz:

–¿Qué es lo que está planeando? ¿Por qué tengo que tomar esto? ¿Qué hay en ese vaso?

–La medicina.

–No. Eso es veneno.

–¿Se ha vuelto loca?

–Vamos, ¿quién te ha traído ese medicamento? Tú quieres matarme.

–Tómelo de una buena vez.

–No. No quiero.

–Pues tendrá que hacerlo.

–¿Tengo que hacerlo? –La señora Zamaki empezó a reírse a carcajadas–. ¿Quién va a obligarme?

–Yo.

Dragomira se abalanzó como una fiera sobre la enferma, que se debatía con sus últimas fuerzas. Comenzó una lucha en silencio, hasta que la muchacha logró sujetar los brazos de la Señora Zamaki, poniendo sus rodillas sobre ella. Luego apretó su cabeza a modo de férrea pinza, le abrió la boca y vertió en ella el líquido marrón. Enseguida le mantuvo cerrada la boca con un pañuelo.

Pocos minutos después empezó la batalla con la muerte. Dragomira soltó a la víctima. La Señora Zamaki pudo todavía gritar en pos de ayuda, pero nadie la oía.

–Aquí tienes a quien te ha salvado –dijo Dragomira, orgullosa y, al mismo tiempo, plena de entusiasmo–. Yo misma he sido, pobre pecadora, quien te ha conducido al camino hacia el cielo.

Se oyó un suave estertor y todo concluyó para la Señora Zamaki.

Dragomira se subió al lecho como a un altar, arrodillándose para rezar en voz alta sobre él. –¡Señor, apiádate de su alma, perdónale su culpa y ten misericordia con todos los que deambulan pecando por la tierra!

Después de un rato, la muchacha abrió la ventana y, luego, salió al jardín con el propósito de desembarazarse del botellín y del vaso, en el que todavía quedaba un resto, enterrándolos en la espesura de la vegetación. Cuando se deslizaba sin hacer ruido para volver a la casa, se recortó de una de las paredes una figura oscura.

–¿Quién anda por ahí?

–Soy yo, Serguich.

–Ya está.

–¿Ha muerto?

–Sí.

–¿Murió por su propia voluntad?

–No. Se defendió.

–Esperemos que Dios se apiade de ella y tome su sacrificio como la expiación de su pecado.

–Ahora quiero irme. Aquí ya no tengo nada más que hacer.

–No. Debe quedarse. Hay que velar a la muerta hasta que yo regrese.

–Entonces, aquí estaré.

Serguich desapareció y Dragomira entró de nuevo en la casa. Cerró la puerta de la habitación donde estaba el cadáver con una llave, que luego guardó en su bolsillo. Unos segundos después se tendió en el diván del vestíbulo y se cubrió con su abrigo. Enseguida se quedó dormida. Así se quedó quieta hasta la llegada de la mañana, acostada como una muerta, pero con la sonrisa inocente de un niño. Cuando el sol ya iluminaba el cuarto y le daba cierto calor, surgió un carruaje del que descendió Serguich.

Serguich había llegado para tomar posesión de la casa y de la finca en nombre de la Hermandad, de la que funcionaba como su director. Poco después arribaron cuatro de los Hermanos con el ataúd. El peligro de un contagio ofrecía amplio pretexto para mantener alejada a la gente. Dragomira puso el cadáver de la Señora Zamaki en el ataúd, que alguien cerró de inmediato. Serguich fue, entonces, en busca del alcalde y del cura. Los rublos hablaron por sí solos y su tintineante elocuencia tuvo rápido efecto. Y así recibió Serguich “en consideración al carácter de la enfermedad que padeció la Señora Zamaki” el permiso de enterrarla esa misma noche.

Una vez que el entierro ya había tenido lugar, regresó Serguich a la finca y se encerró con Dragomira en la habitación donde había muerto la señora.

–Le ruego que se quede todavía un tiempo más, estimada Señorita. Todavía hay cosas que hacer por aquí; quizás se presenten esta misma noche.

–¿De qué se trata?

–¿Recuerda a aquel muchacho que estaba enredado con la judía?

–¿Pikturno?

–Sí. Pikturno irá hoy a la noche o mañana a una cita en otra taberna que queda a mitad de camino hacia Kiev.

–¿Y estaríamos allí también en terreno seguro?

–Completamente.

–¿Me hará llegar aquí un mensaje?

–Sí, por supuesto. Esta casa ya nos pertenece. Considérese como la dueña. Yo daré indicaciones de que Usted está en situación de impartir las órdenes y que toda la gente de la finca debe obedecerla.

–¿Pero no puedo aparecer como una dama con este atuendo?

–En eso ya hemos pensado. Aquí tiene que seguir desempeñando el papel de cuidadora, pero en la taberna encontrará todo lo que necesite como para transformarse completamente en ama y señora.

–De acuerdo.

–Ahora tengo que irme. El Apóstol va a ponerse muy contento de su tarea. Que el Cielo la bendiga.

Después de decir esto, Serguich subió al carruaje y partió. Dragomira se quedó sola en la silenciosa y solitaria finca que no dejaba de echar una luz extraña a su alrededor. La servidumbre se había aglomerado en las habitaciones traseras que daban al patio posterior. De tiempo en tiempo el viento traía los susurros de rezos y lamentaciones en forma de cánticos. Afuera ya había oscurecido completamente; solo algunas estrellas se mostraban entre las espesas nubes blancas que poblaban el cielo. Poco después, ya caían algunos copos blandos y de golpe hubo remolinos de viento y nieve alrededor de la casa y en el jardín.

Dragomira no hacía más que caminar de un extremo al otro de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho. Dentro de ella surgía una penosa inquietud. En cada ruido que se oía, tenía la esperanza de ver llegar el mensajero que debía alertarla para hacer su viaje a la taberna de mitad del camino. La muchacha añoraba el momento de la batalla, quería estar activa, necesitaba excitación; este páramo y esta soledad le resultaban intolerables.

A veces se le ocurría que oía el rugiente y pesado agonizar de la Señora Zamaki; luego de golpe se dibujaba una figura contra la pared y esa imagen parecía amenazarla.

Más tarde salió a la explanada, llamó al cochero y pidió un caballo. El anciano encorvado por los muchos años la miró azorado. Una muchacha que cuida enfermos y además cabalga no se le había cruzado nunca en la vida y, por otro lado, era extraño que saliera con esa tormenta de nieve y a esa hora. Cuando ella repitió la orden, el anciano obedeció.

Dragomira se ató el cabello con un pañuelo y se puso la chaqueta de pieles. Cuando salió al patio con el látigo en la mano, el cochero ya tenía preparado el caballo. Pegó un salto y subió a la montura, pidiendo que abrieran el portón. El animal, que era joven y fogoso y durante mucho tiempo había estado en el establo inactivo, se mostró primeramente desobediente y esquivó la salida. Esto pareció complacer a Dragomira, pues ella estaba de tal ánimo como para entrar en una lucha y vencer cualquier oposición. Con un grito de mando revoleó el látigo y dominó al caballo díscolo, hasta tenerlo completamente bajo su voluntad. Luego salió a la noche tormentosa sintiéndose en su elemento.

Ya estaba galopando en un camino profundo donde se arremolinaban los copos de nieve y donde tenía que enfrentar al viento. La lucha denodada de los elementos le hacía bien y calmaba la excitación de sus sentidos. Todavía la perseguían los pálidos espíritus y sus lamentos que flotaban a su alrededor y también surgían entre los sauces oscuros; otras figuras escalofriantes acechaban, además, al borde de la hilera de abedules.

De golpe delante de ella surgió una pared negra formada por el bosque de abetos. Con resolución se internó en la negrura sin preocuparse por las tinieblas que la encerraban entre los troncos agitados por la tormenta ni por las voces que se hacían oír en el aire que venía del seno del bosque y a veces parecía surgir de un abismo. Conocía sus miedos, pero daba la sensación de que poco a poco ella empezaba a dominar la condición desatada de la naturaleza gracias a su frío dominio de sí. El aullido del viento se fue perdiendo en la lejanía. El

retumbar de la ventisca fue cesando. La nieve empezó a perder fuerza y solo caía en pequeños copos plateados que se hacían más y más aislados. Sin embargo, se presentaron nuevos enemigos. En la espesura se mostraron luces irisadas, el brillo inquietante de ojos y, enseguida, hizo su aparición una manada de lobos.

Dragomira sintió temblar al caballo debajo de sí, pero ella misma sintió su ánimo imperturbable. Con sangre fría se mantuvo en el centro del camino, aunque se apresuró a tener preparado el revólver. Ya saltaba el primer lobo sobre el terraplén de nieve. Se vio un rayo, se oyó una estampida y el lobo cayó a sus pies después de danzar en el aire por el efecto del disparo. La muchacha espoleó su caballo y se alejó a todo galope. Pasó un rato, hasta que los lobos dejaron de perseguirla. Los vio reunirse a lo lejos como una jauría que sale de cacería. Entretanto había dejado atrás lo más espeso del pinar y ya cabalgaba en amplias curvas sobre la superficie nevada, para alcanzar nuevamente su punto de partida, en Meshkov. Entonces, otra vez se le aproximaron sus perseguidores, haciendo oír sus aullidos roncós detrás de los cascós de su caballo, y de nuevo ella disparó su revólver una vez, dos veces. Casi había sacado una ventaja y ya veía brillar, entre los plátanos oscuros y desnudos, las luces en el techo cubierto de nieve de los cobertizos principales. En ese momento callaron los aullidos y desaparecieron las apabullantes siluetas grises de los lobos.

Tanto el caballo como su jinete pudieron recobrar el aliento. Dragomira permitió a su excelente cabalgadura marchar al paso, al tiempo que la acariciaba con orgullo por la hazaña lograda. El portón estaba todavía abierto. La muchacha entró a la explanada principal y desmontó. A su llamado, respondió el cochero para hacerse cargo del caballo.

Cuando Dragomira entró en la casa, parecía un ángel encantado, pues la escarcha había adornado sus cabellos, su vestido y la chaqueta de pieles con pequeños pedacitos de diamantes que destellaban a la luz. Esa magia se evaporó recién con el calor del recinto, formando gotas plateadas que caían al suelo lentamente. Ahora, por fin, ella sintió un nuevo bienestar; lanzó lejos el látigo y sus pieles húmedas.

Cansada o, más bien, agotada, se tendió en el diván. Los fantasmas habían desaparecido finalmente. La antes extraña vivienda se tornó ahora acogedora y familiar.

No transcurrió mucho tiempo, cuando se oyeron unos golpes suaves en la ventana. Dragomira se levantó y abrió tan bruscamente que los cristales tintinearón.

–¿Quién está ahí?

–Yo, estimada Señorita.

Afuera estaba la judía, que esbozaba una sonrisa feamente astuta.

–La necesitamos –susurró–. Mi coche está más allá, sobre la calle. Prepárese.

## 16. La salvación de otra alma

*“Hacer correr la sangre sin parar,  
Esa es tu gloria”.*

ALFIERI

Dos minutos más tarde Dragomira salía ya lista a la puerta de la casa. Con la judía caminaron por entre la nieve hasta el portón principal que daba a la calle, donde se hallaba un pobre carruaje, recubierto con una lona, al modo judío, que conduciría el joven Yuri. Las dos mujeres subieron sin decir una palabra y el carromato se puso en marcha.

La tormenta había cesado por completo. En el cielo se percibían algunas estrellas; sin embargo, como estaba completamente oscuro, el viaje se hizo con lentitud y mucha cautela. Las ruedas chirriaban sobre la nieve y los caballos piafaban.

–¿No suscitaremos sospechas? –preguntó finalmente Dragomira.

–Ese hombre está completamente engeguedido –contestó Raquel en tono de burla–. De esta no se libra. ¿Y por qué desconfiaría?

–Porque lo has citado tan lejos.

–Le había aclarado que lo hacía por causa de mi marido. Y esto tiene que haberlo convencido.

Ya era bien tarde, cuando el carro se detuvo delante de la taberna y las dos mujeres se apearon. A unos cien pasos de la calle rural se erguía el amplio edificio con techo de paja rodeado por un cerco bastante alto. Los perros comenzaron a ladrar. Delante de la entrada

se veían balancear los raquíuticos arbustos. La vista de los alrededores era chata y desolada, aunque a la distancia se veían colinas donde se distinguían pinares. La judía abrió la puerta de par en par y condujo a Dragomira por el recinto de la taberna que era vasto, pero lleno de vapor, humo de tabaco y olor a alcohol. Justamente en ese momento un judío estaba allí recitando sus plegarias. Las dos mujeres prosiguieron su camino hasta otro cuarto más adornado y limpio donde había una cama, un espejo en la pared y donde también se veía la maleta que contenía los vestidos enviados por Serguich.

Raquel encendió una vela y dejó sola a Dragomira, quien, con la rapidez de un rayo, se cambió de ropa. Todavía no había terminado de vestirse, cuando se oyó el ruido de los cascos de un caballo. Poco después se distinguió la voz de Pikturno en la sala principal de la taberna. Raquel surgió cautelosa por entre la puerta entreabierta del dormitorio y le hizo a Dragomira una señal, poniéndose el dedo sobre los labios. –Ya llegó –dijo la judía en un susurro–. Yo lo acomodo en el cuarto contiguo y Usted podrá espiar lo que suceda por una hendija. No olvide de apagar primero la vela.

Dragomira asintió y la judía se dispuso realizar su plan. Entretanto, la muchacha terminó de arreglarse ante el espejo; enseguida cargó su revólver. La anterior figura que cuidaba enfermos se había metamorfoseado en una bella y diestra amazona.

En el cuarto contiguo se oyeron pasos; luego sonó también la voz del joven polaco, pero también se percibió una risa ahogada. Dragomira apagó la vela y acercándose en puntas de pie hacia la puerta comenzó a espiar a través de una hendija. Desde allí podía abarcar el otro cuarto casi en toda su dimensión; y vio que tenía dos puertas. Una puerta daba hacia donde ella se encontraba ahora; la otra se comunicaba con la parte del bar. Además, esa habitación tenía una ventana hacia el patio interior, que estaba cubierta por una espesa cortina verde. En la pared enfrentada a su puesto de observación, Dragomira descubrió un viejo diván tapizado de rojo tan desvencijado que perdía en parte su relleno. A un costado del diván se encontraba

un aparador lleno de frascos con conservas de frutas; del otro lado había una cómoda con un reloj de péndulo y unas figuritas de porcelana encima. Junto a la ventana se veía también una silla. Eso era todo.

Raquel iba y venía por la habitación con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de piel. En su rostro se dibujaba una sonrisa burlona, acentuada por sus labios gruesos; mientras Pikturmo la admiraba encabalgado sobre la silla.

–No tiene que pensar que yo estoy enamorada de Usted. Me pidió una cita. Yo no se la podía negar, porque soy bondadosa. Y aquí me tiene. De esto no se deduce absolutamente nada más –decía la judía.

–Yo pensé que Usted albergaba algún sentimiento positivo hacia mí –respondió Pikturmo con un tono que denunciaba su incomodidad.

–¿Sentimiento? –Raquel se detuvo frente a él y lo miró con desparpajo–. En absoluto.

–¿Y se atreve a decírmelo así? Para eso no hacía falta hacerme venir hasta aquí. En Kiev había oportunidades suficientes.

–¿Qué sabe Usted con qué intenciones yo lo he hecho venir? –le dijo Raquel con los brazos en forma de jarra.

–Usted parece estar llena de caprichitos hoy, me parece, querida Raquel –dijo Pikturmo, al tiempo que se ponía de pie y trataba de pasarle las manos por el cuerpo. Sin embargo, ella se escurrió de sus brazos con la agilidad de una serpiente.

–Veo que lo mejor será que me vaya.

–Váyase cuando quiera –Raquel se había dirigido hacia la ventana y le daba la espalda.

–¡Raquel!

Ella no se movió.

–¿Está enojada conmigo? ¿Qué le pasa?

En ese momento golpearon suavemente a la ventana; la judía descorrió el cortinado con energía y devolvió los golpes sobre los vidrios.

–¿Qué significa eso? –preguntó Pikturmo.

–Nada –contestó Raquel, al tiempo que iba hacia el diván y se sentaba–. Venga a sentarse a mi lado.

Pikturno obedeció de buen grado, y la atractiva judía dejó que él le acariciara las manos.

–Eran caprichos, entonces.

–Quizás una artimaña.

–¿Con qué intención?

–Para atraparlo.

–¿A mí? ¿Acaso ya no me tiene agarrado, querida Raquel?

–Seguramente. Pero no basta con que el pájaro caiga en la red; también hay que desplumarlo. Y eso quiero hacer ahora.

–¿Cómo?

Ella fijó sus ojos en él de un modo extraño, lánguida pero al acecho. Cuando él le pasó los brazos por el cuerpo, ella sacó, con la velocidad de un rayo, un cordel de las amplias mangas de su chaqueta de piel y lo enlazó por el cuello. Enseguida se puso de pie.

–¡Por el amor de Dios! Me está estrangulando –exclamó Pikturno.

En ese momento irrumpieron en el cuarto los ayudantes de la judía: Yuri, Tabish y la joven Dchika. Y antes de que el desdichado comprendiera de qué se trataba todo eso, lo habían echado al suelo, lo habían maniatado por los brazos y piernas; pero, además, le habían sellado la boca con una mordaza.

Pikturno lanzaba unas miradas de auxilio a Raquel, que ella devolvía con señales de desprecio. Luego echaron al polaco en una gran bolsa, lo tiraron sobre un caballo fuertemente atado y de allí se alejaron a marcha forzada. Cuando el trote del caballo se perdía a la distancia, Raquel abrió la puerta de comunicación y dijo:

–¿Está lista, estimada Señorita?

–Sí.

–¿Observó qué bien que me desempeñé? Ahora le toca a Usted hacer lo mismo.

–Ya lo verás.

–No. Yo no seré de la partida. No puedo ver sangre –dijo Raquel, con un estremecimiento–. Yuri la espera con los caballos. El le mostrará el camino.

Dragomira se ciñó rápidamente los guantes de montar y salió hacia la puerta con el rebenque bajo el brazo. Yuri le hizo una gran reverencia, a la par que besaba el borde de su vestido. Los dos montaron en sus respectivos caballos y se dirigieron al bosque.

Allí, sobre una de las colinas que dominaban el paisaje, esperaban los auxiliares de la judía con su víctima oculta en la espesura. Habían atado a Pikturno de pie contra un abeto macizo que se destacaba en un claro del bosque. El grupo había hecho ya un fuego de ramas secas alrededor del que acampaban.

Cuando llegó Dragomira y saltó de su caballo, Pikturno la miró con asombro. Sus rasgos le eran conocidos, pero su traje lo confundía. Ella calzaba todavía altas botas masculinas, pero a eso se unía un vestido oscuro, una chaqueta de piel corta y una gorra cosaca.

–¿Estaremos seguros aquí?

–Completamente –contestó Tabish, que era un anciano corpulento.

–Todavía tendré que hacer un intento de convertirlo. Pongan centinelas, de modo que podamos quitarle la mordaza y sigamos estando seguros de que nadie lo oiga, en caso de que pidiera auxilio. Avísennos por medio de un silbido de modo que podamos seguir con la tarea. Dchika se queda conmigo.

Los hombres se alejaron. Dragomira se sentó en un tronco, mientras Dchika alimentaba el fuego. Esta muchacha vestía al modo campesino, pues calzaba unas torpes botas masculinas y llevaba puesto un vestido rojo que apenas le cubría las rodillas; sobre el vestido tenía puesta una chaqueta corta de piel de oveja, mientras que el cabello lo llevaba recogido con un pañuelo amarillo y floreado. Su estatura mediana irradiaba energía y agilidad. Su cara bronceada con rasgos vulgares y severos denotaba una naturaleza orgullosa y pronta a despreciar a cualquiera, lo que subrayaban sus labios carnosos.

No había pasado mucho tiempo cuando se oyó a la redonda la señal convenida.

–Podemos empezar –dijo Dchika con una sonrisa diabólica.

– Sácale la mordaza –ordenó Dragomira.

–¿Qué significa esta comedia? –preguntó Pikturno–. ¡Es un mal chiste! Primero pensé que había caído en las manos de asaltantes de caminos, pero ahora veo que nos conocemos. Bebimos juntos en la taberna roja.

–Por cierto.

–¿Por qué lleva ese atuendo? ¿Estaba disfrazado antes o lo está ahora?

–Soy una mujer.

–¿Qué se espera de una broma pesada en medio de este frío? Contraeremos una pulmonía.

–No se trata de ninguna burla. Usted ha caído en las manos de gente piadosa, que sirve a Dios y que quiere salvar su alma, al inducirlo a que ponga fin a su existencia terrena, consagrándose con la muerte –le contestó Dragomira, poniéndose frente a Pikturno.

–¿Usted está en sus cabales?

–Usted ha de morir aquí. Nadie nos ha de arrebatarnos su cuerpo, nosotros aferramos con fuerza a nuestras víctimas. Sin embargo, todavía tiene tiempo de arrepentirse de sus pecados y morir de propia voluntad.

–Por mi propia voluntad, nunca. Yo amo la vida. Sáqueme de encima su demencial filosofía. Desátame, de lo contrario gritaré para pedir auxilio.

–Nadie habrá de oírlo.

–¡Socorro, socorro! –gritó Pikturno y su pedido se perdió en la hondura de la noche.

–¿Lo entiende? Tiene que elegir –le dijo Dragomira, al tiempo que desenfundaba su revólver.

–¡No quiero, no quiero morir! –gemía el desdichado, logrando desasirse de sus ligaduras.

–¡Confíesese!

–Me niego.

–¡Rece!

–¡No! ¡No!

–Entonces lo sacrificaré en nombre de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amen! –Dragomira apuntó hacia él el revólver y disparó. La bala dio en el brazo derecho. La sangre empezó a manar lentamente sobre la nieve.

–Arrepiéntase de sus pecados. Todavía hay tiempo.

–¡Socorro! ¡Socorro!

Un segundo disparo dio en el hombro izquierdo. Pikturmo cayó de rodillas. –¡Tenga piedad! ¡Apiádese! –pedía la víctima en un gemido.

–La misericordia la encontrará en Dios –le contestó Dragomira con toda calma, disponiéndose a seguir disparando contra él. Un tercer tiro lo hirió en el muslo, el cuarto en el bajo vientre y el siguiente acertó en el medio del pecho.

–¡Acabe conmigo ya! ¡Máteme de una buena vez! –rogaba ahora Pikturmo.

–¡Rece Usted!

Pikturmo dijo una corta plegaria, luego siguió un relámpago y una detonación. Su cabeza se reclinó sobre el pecho; ese fue su fin.

Dchika puso su oído sobre el corazón de la víctima. –Ya murió –murmuró. Enseguida se puso los dedos en la boca y así emitió un resonante silbido, por el que los hombres se guiaron para acercarse nuevamente. Mientras ellos cavaban una fosa debajo del pino, Dragomira saltó sobre su caballo y tomó el camino hacia Kiev.

Durmió el día siguiente hasta mediodía; y estaba sentada frente a su espejo ocupada en su peinado, cuando el Comisario de Policía Bédrosev, que nunca quería que lo rechazaran, entró como una tromba. –¿Se ha enterado ya del misterioso caso que mantiene en vilo a toda la ciudad?

–No.

–Un joven noble, Pikturmo, ha desaparecido... desde ayer. Probablemente ha sido asesinado, dado que parece haber tenido un amorío con la judía de la taberna roja. Ya hice un allanamiento, pero sin éxito.

–¿Cómo iba a ser de otra manera?

–¿Qué dice? ¿Usted está enterada de algo más?

–¿No le había dicho? Usted debería emplearme como agente secreto de la policía.

–¿Acaso ha descubierto algo que nos puede dar alguna pista?

–Solo le puedo dar el consejo, querido Señor Bédrosev, de no seguir esa pista, pues allí están implicadas personas de alto rango e influencia.

–¿Con que esas tenemos!

–Se trató de un duelo “americano”.

–¿Con quién?

–Se cree que con el Conde Soltyk. Luego, Pikturno se ha hecho extraer la bala e inmediatamente se refugió en el extranjero, para dispararse él mismo un tiro lejos.

–Entonces será mejor dejar las cosas ahí y no seguir investigando.

## 17. Un bello sueño

*“Nada impone más alegremente límites al infierno  
Que los corazones”.*

AUFFENBERG

Anita estaba sentada al piano y tocaba un “Nocturno” de Chopin, cuando Henryka metió la cabeza entre los cortinados y, luego, entró con graciosa agilidad. Anita interrumpió su ejercicio y se abalanzó a los brazos de su amiga. Ambas se dieron los besos de rigor y luego se abrazaron con cariño.

–¿Es verdad? –dijo Henryka–. ¿Puedo felicitarte?

–¿A mí? ¿Por qué?

–Por tu compromiso.

–¿Con quién? –dijo Anita, sintiendo subir el color a sus mejillas.

–¿Por qué lo vas a negar? Toda la ciudad habla de eso, y todo el mundo te envidia.

–Pero, Henryka, yo no sé nada de nada.

–¡Oh! Pronto serás la Condesa Soltyk. Ya no es un secreto para nadie.

–Por Dios, eso no puede suceder sin mi consentimiento –dijo Anita con toda seriedad–. Yo no soy una muñeca que uno podría regalar así como así, sin problema.

–Se comenta, sin embargo, que Soltyk te está cortejando.

–Que el cielo me proteja.

–Anita, ¿estás loca? Él es el hombre más apuesto del mundo y el más rico magnate.

–Puede ser, pero yo no lo quiero y jamás he de quererlo.

–Esas son posturas pasadas de moda –continuó diciendo Henryka–. ¿Quién habría de preguntarle al corazón en una situación semejante? Lo que se hace es sopesar cómo se ha de mover una de ahí en adelante: si el esposo nos ha de proveer de una posición en la sociedad, si él nos llenará de lujos, si él sabrá satisfacer nuestros deseos en relación con nuestra ropa o con nuestros caprichos. En el resto cada cosa sigue su camino. Una dama de mundo nunca se aburrirá; sobre todo si es joven y bonita como tú. En este caso se puede agenciar a su alrededor toda una corte.

Anita no cesaba de observar a su amiga con un asombro que iba en aumento. Luego, le dijo: –Henryka, no te reconozco. ¿Dónde han quedado tus ideales, tus sueños?

–¡Oh! Eso se dice en el arte y en el amor, pero no en el matrimonio.

–Pero a mí me parece justamente que el matrimonio es algo serio y sagrado...

–No seas ridícula. Si te pones a escuchar detrás de las puertas, cuando las mujeres casadas están a solas y conversan con libertad, ¡qué cosas podrías oír!

–Puede ser. Yo no quiero aparecer como ridícula; sino, en cambio, no plegarme al uso. Quiero obrar y vivir según mis sentimientos –dijo Anita con un voz que trasuntaba cierta tristeza.

Mientras que las dos jóvenes charlaban en el salón, el jesuita había entrado al *boudoir* de la Señora Oguinska. Ella le tendió las dos manos para recibirlo y él le sonrió con su habitual gesto prometedor.

–¿Qué se trae entre manos, Eminencia? Tiene un aspecto tan feliz hoy.

–Claro, estoy exultante, porque finalmente del deseo íntimo de mi corazón encontrará satisfacción. El Conde está decidido a contraer matrimonio.

–Realmente. ¿Y sobre quién recae la elección?

–¡Todavía pregunta Usted! ¡Sobre nuestra niña querida: Anita!

–Es un enorme honor.

–Justamente considero a los dos contrayentes como mis hijos. Al Conde y a su hija. Por eso desde hace años esta unión estaba en el rincón más íntimo de mi corazón. Anita es una niña sencilla, bondadosa; ella lo ha de guiar por la buena senda, sin que él se dé cuenta. Ella pondrá su ímpetu bajo su dominio, haciendo que toda la humanidad y, especialmente, su patria sea bendecida con la bondadosa energía del Conde.

–Guardemos esa maravillosa esperanza.

–El Conde vendrá hoy a pedir la mano de su hija. Sea cuidadosa. Anita es obcecada, su obstinación puede, a último minuto, arruinarlos todo. No deje que el Conde se dé cuenta de que yo ya estuve aquí y le había avisado a Usted que él vendría.

–Por supuesto que mantendré la discreción, pero ¿piensa que Anita realmente...? –dijo la madre.

–En esta jovencita se oculta más de lo que nosotros pensamos; tengo alerta mi olfato en ese sentido. Esté atenta para que la niña no nos sorprenda a todos –dijo el jesuita.

–Se va a tener que adaptar, inclusive si no ama a Soltyk. Pero, ¿por qué no habría de quererlo?

–Porque quizás ama a otro –siguió explicando el cura.

–No. Eso es imposible.

–Quiera el cielo me equivoque –dudó el jesuita.

–¿Padre Glinski, no estará insinuando que mi Anita podría hacer recaer su elección en ese joven Oficial, hijo de mi querida amiga Yadevska?

–¿Por qué no?

–En última instancia se trataría de una fantasía de jovencita, que no tendrá consecuencias. Yo sé de esto. Todas, alguna vez, tuvimos sueños. Sin embargo, desde que el mundo es mundo nadie se casó con la pareja ideal que había soñado.

–Esperemos lo mejor, estimada Señora, pero de todos modos prepárese para lo peor; esa es la verdadera y única sabiduría de la vida. Y

no olvide que lo extraordinario es más habitual que lo natural y reglamentario, pues justamente esto es el verdadero ideal.

–¿Le parece que debo advertir a Anita? –dijo la Señora Oguinska, después de una pequeña pausa.

–No. ¿Cómo se le ocurre?

–¿No será peor si no se le anuncia a esta niña el compromiso así de repente?

–¿A quién le importaría? Deje todo en manos del Conde. Él tiene cierta experiencia en esas cosas. Y, créame, si él no lo logra, ¿quién habría de conseguirlo?

El Padre Glinski le besó la mano a la Señora Oguinska, y, acompañando sus movimientos de una dulce sonrisa, se retiró. Lo hizo en completo silencio y secretamente como había entrado. Una vez en la calle, el jesuita se pegó a las paredes por miedo de que Anita lo descubriera, y solo se sintió tranquilo, cuando, tomando un itinerario más concurrido, fue tragado por el gentío.

Puntualmente con las campanas que daban las doce, entraba el carruaje del Conde Soltyk al palacio de los Oguinski. Después de deponer su fabuloso abrigo de marta cibelina en el vestíbulo, exhibiendo su elegante traje parisiense, entró en el salón, donde el Señor Oguinski salió a recibirlo. Pocos minutos después arribaba la Señora Oguinska. Visitante y dueños de casa tomaron asiento, mientras se intercambiaban las habituales fórmulas de cortesía. Luego hubo una pausa incómoda en el recinto que desde ese momento empezó a oler a un exuberante perfume de exquisito buen gusto. Se oían tan solo en forma rítmica el golpeteo monótono del antiguo reloj de péndulo y el canto sibilante de las llamas de la chimenea italiana.

–Hoy he venido hacia aquí en una ocasión seria e importante... –comenzó diciendo el Conde finalmente– ...es seria especialmente para mí, porque pone en juego toda la felicidad de mi vida. Yo amo a su hija y, por eso, estoy aquí para pedir su mano.

–Me siento sumamente honrado –respondió el Señor Oguinski haciendo una reverencia–. Una unión de nuestras familias sobrepasa mis más altas esperanzas y expectativas.

–Tengo que expresar mis dudas, Señor Oguinski, pues debo decir que soy yo el que se siente honrado.

–Por favor mi muy amado, mi queridísimo Señor Conde, Usted me hace sentir vergüenza.

–¿Por qué postergar todo con tantas palabras? –dijo la Señora Oguinska, interrumpiendo a su marido–. Es suficiente. Nosotros le entregamos a nuestra Anita con suma alegría.

Soltyk se inclinó para toma la mano de la dueña de casa, que besó con unción.

–Supongo que la cosa con nuestra hija ya marcha; es decir que Ustedes dos ya se han puesto de acuerdo –pudo agregar Oguinski.

–Todo lo contrario. Todavía no le he confesado nada a la Señorita Anita, por eso ruego que la cosa quede por ahora entre nosotros.

–Como Usted desee, Señor Conde.

–Dado que a partir de ahora cuento con su aceptación, todo lo demás correrá por sí mismo, siempre y cuando me permitan tener contacto con la Señorita Anita.

–Por supuesto –terció la Señora Oguinska–. Usted tendrá amplia oportunidad de hablar con ella. Déjelo en mis manos, Señor Conde. Me alegro profundamente de que Usted mismo quiera conquistar el corazón de mi hija, pues ella es un poco obstinada y preferirá obrar en contra de nuestros deseos, más que ir a la par con ellos.

–No hay nada de qué preocuparse. Yo me transformaré en un fogoso admirador y, por otro lado, ocultaré completamente mi condición de ser el pretendiente favorecido por los progenitores. Me será fácil, pues amo a Anita, algo que seguramente nadie me consideraría capaz de experimentar.

–¡Oh! ¿Por qué no? –dijo la Señora Oguinska.

–A menudo se lanzan juicios falsos sobre mi persona.

–¡Es la envidia, mi querido Conde! Y esa envidia es comprensible, ¿de quién habría de sentirse, cuando todas las mujeres adoran a quien la naturaleza ha regalado con todos sus dones.

– Por favor, ¡me avergüenza Usted!

–Yo, por mi parte, estuve siempre de su lado.

–¡Cuánta bondad!

En ese momento se oyó un siseo de los cortinados y apareció Anita, quien, sin embargo, se esfumó enseguida.

–Esa era ella, la pequeña bribona –dijo en un susurro la Señora Oguinska.

–Les ruego una vez más no dar muestras de nuestro pequeño entendimiento ante la Señorita –dijo Soltyk, tomando su sombrero.

Cuando estaba bajando la escalera, el Conde se cruzó con Zefim. Soltyk lanzó una mirada corta y hostil sobre el joven Oficial, que fue devuelta en la misma forma. Cuando el muchacho entró en el vestíbulo para colgar su abrigo, le salió al encuentro Anita.

–Llega Usted tarde. Si no estoy completamente equivocada, Soltyk acaba de pedir mi mano –murmuró Anita.

Con la arrogancia de la juventud, Zefim se encogió de hombros. –No debemos dejarnos asustar, Anita –dijo el joven–. Por mi parte, nunca habré de vacilar. Por lo tanto, todo queda en sus propias manos. En tanto Usted se oponga a la voluntad de sus padres sosteniendo la suya propia, no tendremos nada de qué preocuparnos. Soltyk es demasiado arrogante, según yo lo conozco, como para insistir en adueñarse de Usted, cuando sepa que su corazón no le pertenecerá a él, sino a otro.

–No sé. Yo intuyo que las cosas no saldrán bien. Pero, por lo pronto, Usted puede confiar absolutamente en mí. En todas las circunstancias yo sabré mantenerme valiente y férrea.

Ambos jóvenes se dieron un fuerte apretón de manos. Luego, ella desapareció así como había aparecido, y Zefim entró en el salón, donde fue recibido por la Señora Oguinska.

–Aunque Usted ha demostrado ser una fiel amiga de mi madre y me ha recibido con tanta bondad, siento que debo recobrar aliento para comunicarle el deseo que tengo en el interior de mi corazón y de lo que quiero hacerla partícipe con un pedido –empezó diciendo Zefim.

Al oír esto, la Señora Oguinska, dando señales de gran nerviosismo y casi queriendo huir del salón, se vio obligada a decir: –Hable Usted, por favor, Señor Yadevski. Haré todo lo posible para complacerlo.

–Yo amo a Anita y ella responde de manera positiva a mi sentimiento.

–¿Realmente? ¡Esta niña! Pero, ¿Usted no pensará en tomar en serio esta inclinación?

–Por supuesto que sí. He venido justamente para pedirle a Usted y a su Señor esposo la mano de su hija.

–Pero, querido Zefim... –empezó diciendo la Señora Oguinska con una risa histérica–. No pueden casarse dos niños absolutamente inmaduros. Su solicitud me produce una gran alegría, pues me confirma que Usted no pertenece a la serie de jóvenes mundanos, quienes, a la espalda de sus padres, se lanzan a los amoríos de la calle. Esto me confirma que Usted es una persona con buenas intenciones, pero tengo que decirle que debe dejar de lado su pretensión. ¿Qué significan estos sentimientos bonitos y románticos? Todos los hemos sentido alguna vez. Es solamente un lindo sueño. Nada más. Para entrar en el matrimonio se necesitan otras cosas. Por otro lado, Anita ya está comprometida.

–¿Comprometida? ¿Sin que ella lo sepa?

–Bueno, casi comprometida –continuó diciendo la Señora Oguinska, un poco confundida–. El Conde Soltyk acaba de solicitarla y nosotros le hemos dado nuestro consentimiento. Anita podrá al principio rebelarse un poco, pero terminará por aceptar. Los dos hacen una estupenda pareja.

–¿Y el dictado de su corazón? ¿Está poniendo así en juego la felicidad de su hija?

–Ella será feliz.

–No. No lo será –contestó Zefim con energía–. Pero, perdone Usted. No necesito urgirla. Anita no consentirá nunca a esta unión.

–Eso lo veremos. De todos modos, nunca daremos nuestra aprobación a otro casamiento que no sería, a fin de cuentas, más que una comedia con un desenlace trágico. Por ello, contamos también con que Usted, como Oficial, como hombre de honor, deponga toda futura solicitud de la mano de Anita. Siento en el alma tener que decir esto, pero le ruego que a partir de ahora evite visitar nuestra casa.

–En ese sentido, puede Usted ordenar como le guste y yo obedeceré –replicó Zefim, al tiempo que se ponía de pie–. Pero al amor de Anita no he de renunciar nunca.

Zefim hizo una reverencia y abandonó el salón, no desahuciado, pero sí lleno de amargura y sin esperanzas.

En la escalinata lo esperaba Anita. –Podemos intercambiar unas pocas palabras. ¿Lo han rechazado?

–Sí.

–¿Mis padres quieren casarme con Soltyk?

–Sí. Y ellos cuentan a la larga con su consentimiento.

–Bueno. Sufrirán un desengaño –exclamó Anita, levantando la cabeza con un gesto de obcecación–. Por el momento nos podrán separar, pero nunca podrán doblegarme a pertenecer a otro. Tenga confianza en mí, Zefim, así como yo confío en Usted. No deje que lo confundan los rumores que puedan esparcir. Se tejerán intrigas. No se fíe de ellas. Si continúa creyendo en mí, nada se habrá perdido.

–¿No le parece acaso que está dando por descontado una fuerza gigantesca en Usted misma, Anita?

Sonriendo, ella respondió: –Todavía no me conocen. Espere y verá: yo soy más fuerte de lo que todos piensan.

–Pero ya no se me permitirá entrar a esta casa.

–De todas formas nos encontraremos y hablaremos.

–¿Dónde?

–Deje que yo me ocupe de ello –continuó diciendo Anita–. Compórtese por el momento con la mayor tranquilidad. Lo más pronto posible recibirá un mensaje de mi parte.

Zefim permaneció unos minutos en silencio.

–¿Qué le sucede? –preguntó esa amorosa y bondadosa muchacha con un dejo de preocupación.

–¿Habría Usted de resistirse a todos los atractivos de una brillantez que encandila?

–Usted tiene un concepto muy pobre de mí –respondió Anita con total calma y con la solemnidad de una convicción infantil–. ¿Qué significaría para mí el mundo sin Usted? No, Zefim, yo no me dejaré cegar ni tampoco me dejaré seducir, simplemente porque... yo lo amo.

–¿Entonces me ama verdaderamente?

Anita se echó a reír. No lo hizo demasiado fuerte, sino por lo bajo y con una llamativa dulzura; pero en esa risa se encerraba una lealtad más pura que en otros posibles mil juramentos. Luego tomó a su grandioso y bello Oficial por el rostro y lo besó.

## 18. Se marchitan las rosas

*“La dicha de robar es fácil,  
Devolver es tan difícil”.*

HERDER

Habían pasado dos días sin que Zefim tuviera noticias de Anita y, por eso, el joven en el segundo anochecer se arrebujó bien en su abrigo y se animó a cruzar por la calle donde se hallaba el palacio de la familia Oguinski, mirando hacia la ventana de la muchacha. Todo se hallaba en la más completa oscuridad. Quizás ella se encontrara en la ópera. Un carruaje de alquiler cruzó por la misma calle; Zefim le hizo una señal al cochero y subió para dirigirse al edificio del teatro.

–¿Está muy avanzada la obra? –preguntó antes de comprar el billete de entrada.

–Hace un momento, en la escena final, entró el Convidado de Piedra.

Ese día tocaba justamente “Don Juan”. Subiendo y bajando las escaleras interiores, Zefim se dispuso a ver pasar a su amada. Siguieron todavía unos minutos tormentosos y, luego, se oyeron aplausos y, enseguida, se abrieron las puertas de la sala. El público se desparramó hacia afuera. Se podía ver a damas elegantes bajando las escaleras con sus respectivos caballeros. De todos los grupos salían trozos de conversación y risas.

Por fin, apareció Anita. Iba acompañada por el Conde, mientras que sus padres iban a pocos pasos detrás. Zefim se colocó en la som-

bra de una columna, de modo que nadie lo viera, pero él pudiera percibir cada uno de los movimientos de la muchacha; y así el Oficial siguió sus gestos con la más medulosa atención. Podía estar satisfecho, pues ella, que era por lo común tan vivaz y tan alegre, parecía una imagen de piedra. Nada daba señal de conmoverla y en su rostro se reflejaba una congelada falta de interés por todo, mientras el Conde se esmeraba en despertar su sonrisa y, al mismo tiempo, la devoraba con sus ojos que se iluminaban como al fuego de las llamas. Zefim salió a la calle y vio cómo Soltyk levantaba a la Señora Oguinska para que alcanzara el piso de su carruaje y cómo la hija rechazaba la ayuda. El joven respiró y fue a sentarse en la cafetería cercana con la intención de hojear los periódicos diseminados por las mesas, antes de volver a su casa.

A la mañana siguiente, cuando volvía de las prácticas militares, encontró una esquila de Anita, que Taras había dejado en su ausencia. Zefim besó el sobre, lo abrió y leyó lo siguiente:

*“Vaya Usted este atardecer a la hora de la Bendición a la iglesia católica y espéreme allí hacia la entrada principal cerca del primer confesionario. Su fiel Anita.”*

Cuando esa tarde Zefim entró en la iglesia, recién encendían las velas en el altar. El joven permaneció en la cercanía de la reja del altar detrás de una columna desde donde podía abarcar con la mirada todo el recinto. En su presente situación le parecía el colmo de la dicha tener la oportunidad de observar a su amada, aunque más no fuera desde lejos. Un momento antes de que, saliendo de la sacristía, apareciera el cura, surgió la figura de Anita, acompañada por Taras. La muchacha caminaba con paso calmo y en postura humilde atravesando las filas de los feligreses hasta llegar al primer banco, en el que tomó asiento. Una vez que tuvo abierto el libro de plegarias, miró alrededor de manera instintiva, y descubrió a Zefim. Él la saludó con una suave inclinación de cabeza y ella le devolvió el saludo con una sonrisa que trasuntaba bondad y cariño.

Empezó la misa y los creyentes se arrodillaron, mientras el sonido del órgano llenaba el espacio con ese maravilloso canto que acompaña la Bendición y que anuncia una consoladora revelación en el corazón atormentado y afligido del ser humano. La voz de Anita sobrevoló el espacio por sobre las demás voces, como la de una alondra volando presurosa sobre los brotes primaverales. La muchacha tenía fija la mirada en la cúpula, como si viera las estrellas eternas a través de ese techo, iluminándola, y como si apoyándose en ellas, en su infantil agradecimiento, buscara a Dios; ese Dios que había creado la primavera, que había creado la juventud y el amor.

Cuando el canto y el sonido del órgano hubo cesado y el sacristán había bajado del altar, la congregación empezó a dispersarse hacia fuera de la iglesia. Zefim aprovechó ese momento para acercarse al confesionario junto al cual debía tener lugar el encuentro. Anita continuaba todavía de rodillas sumida en sus oraciones; solamente cuando apareció el sacristán con su sobrefalda roja y camisa del coro para apagar las velas, se levantó, se persignó y, sin apresurarse, se dirigió al punto donde esperaba encontrarse con su amado.

Zefim fue a su encuentro. Ambos se estrecharon las manos y se miraron, luego él le acarició las mangas de su vestido y aplicó ligeramente sus labios sobre sus ropas.

–Tengo muchas cosas para contarle –comenzó diciendo ella.

–Antes que nada quiero disculparme, porque durante un instante había dudado de su fidelidad.

–¿Y ahora ha cambiado de opinión?

–Sí. Ayer la observé al lado de Soltyk en la ópera.

Anita se sonrojó y dijo: –¡Zefim, eso no me gusta nada! Usted me está siguiendo. ¿Con qué fin? ¿Tiene tan poca profundidad su conocimiento de mí?

–No me impulsó la desconfianza, sino la nostalgia de verla.

–Puede ser, pero eso me incomoda. No lo hará de nuevo, ¿no es cierto? ¿Me lo promete?

–Le doy mi palabra.

Ella lo condujo luego hacia el último banco de la iglesia e hizo que él se sentara a su lado. Bajo la enorme cúpula reinaba ahora la más absoluta tiniebla. Solo a los pies de la Virgen, en la nave lateral, se veía encendida una lamparilla roja.

–Zefim –dijo Anita con las manos de él entra las suyas–. En estos días he sufrido mucho. Nunca he de amar a otro, nunca seguiré al altar a otro, pero he perdido las esperanzas de que alguna vez podamos ser el uno para el otro marido y mujer. No me obligarán a tornarme la esposa del Conde Soltyk, pero me amenazan con desheredarme y maldecirme, si atinara a casarme con Usted. Esto es, amado mío, lo que me tortura y angustia. Todas las riquezas de este mundo las cambiaría yo de buen grado por Usted, pero no puedo soportar la maldición de mis padres, pues así no sería feliz tampoco a su lado.

–Anita no se deje intimidar por amenazas, que nadie va a llevar hasta sus últimas consecuencias –le contestó Zefim sumamente excitado–. No vivimos en el tiempo de algún *stárosta* que pueda emparejar a su esposa infiel y mandar a sus hijas desobedientes al convento. Tales cosas son hoy en día para las comedias de costumbres. No se llega a maldecir a las hijas, porque ellas sigan los dictados de sus corazones.

–Usted no conoce a mis padres; ellos son más chapados a la anti-gua de lo que Usted piensa.

–Ya veo que han tratado de colocarla completamente bajo su poder.

–No, amado mío. Por supuesto que no. ¿Qué debo hacer? Aconsejeme. Estoy dispuesta a todo lo que concuerde con mi sentido de la moral.

Zefim la miró largo rato sin decir nada.

–¿Entonces qué?

–Solo hay un recurso.

–¿Cuál?

–Pero es demasiado arriesgado.

–Dígalo. Ya no soy una niña.

–Huya conmigo.

- Imposible, Zefim. ¿Cómo se le ocurre que podría hacerlo?
- No conozco ninguna otra salida más que la fuga y, luego, un matrimonio secreto.
- ¡Ay! ¿Zefim, para que me serviría la bendición del cura, cuando deberé cargar con la maldición de mis progenitores.
- Esas son solo frases hechas, Anita. Ellos conocen su espíritu infantil y buscan asustarla por esa veta.
- No, Zefim, no. No puedo hacerlo. No me juzgue Usted. Lo amo a Usted más que a nadie en el mundo, pero también respeto a mis padres. No puedo causarles semejante dolor. No podría.
- A Usted le falta energía, entonces. Lo inusitado la angustia. Pero cierre los ojos, por amor de Dios, y deje que yo la guíe.
- No. No podré obrar con tanto egoísmo.
- ¡Oh! Justamente esto es el altruismo de la capacidad de sacrificio del amor, porque se desprende de todo lo que antes le era querido para seguir al amado.
- No, Zefim, para mí eso es puro egoísmo, pues se trata de pensar solo en sí mismo y sacrificar a los otros.
- Anita, Usted no puede pensar en abandonar a los otros, porque no me ama lo suficiente.
- ¡Zefim!
- Solo se ha tratado en Usted de un capricho, de un bello sueño, como ha dicho su madre, pero ante el primer contratiempo retrocede asustada.
- Si Usted realmente me quiere, entonces deberá tener paciencia
- le contestó Anita, con un tono casi de imploración.
- Yo la amo –le dijo Zefim, levantándose de su asiento–. Sí, y le he de demostrar qué locamente la quiero. Si Usted tolera que la separen de mí, yo, en cambio, no podré sobrevivir esta pérdida. Es mejor poner un fin y cerrar voluntariamente los ojos, antes que tener que ver cómo se apagan las llamas y se marchitan las rosas.
- ¡No! ¡Qué locura! ¿Este es el castigo que me espera por mi amor? ¿Es acaso este el pago de mi fidelidad?

–He perdido las esperanzas. ¿Para qué vivir? –dijo Zefim, suspirando.

–¿Acaso no le pertenezco?

–No. Usted pertenece a sus prejuicios, Anita; es decir, a los cuentos de hadas de sus amas de cría y a las enseñanzas de sus institutrices; es eso lo que le han inculcado.

–¡Qué horribles palabras me está lanzando a la cara!

–En este mundo hostil no se camina sobre flores. Nos atacan sin piedad y por eso, si no queremos sucumbir, tenemos que defendernos sin consideraciones.

–Es preferible sucumbir antes que realizar una injusticia –dijo Anita, inmensamente triste.

–De acuerdo. Entonces muramos juntos –Zefim apretó a la pobre muchacha contra su pecho agitado por los latidos de su corazón, fijando su mirada en los ojos de ella con afiebrado impulso.

–¿Por qué no? Si se desvaneciera toda esperanza, lo haría; sin embargo, todavía las cosas pueden cambiar para mejor –contestó Anita, de modo serio y dulce a la vez.

A lo que Zefim se rió amargamente de eso, diciendo:

–¡También para eso le falta la valentía!

–No sé. Hoy Usted se comporta de un modo extraño, no lo reconozco.

–Me comporto de modo extraño, porque he tomado el juego en serio. ¿No es cierto?

–Yo nunca he jugado con Usted.

–Seguramente que no. Usted cree amarme, y en este instante está resuelta a jurarme fidelidad, pero mañana quizás sentirá de modo diferente y pasado mañana ya la habré perdido. ¿Debo mirar con toda calma, cómo pisotean mis ideales en el fango, cómo me quitan las esperanzas? ¿Y luego deberé vivir sin amor, sin confianza, sin dioses? No. Yo odio la niebla, necesito el aire puro; y cuando se me lo prohíbe, prefiero morir. Una bala me liberará. Yo no sirvo para ser un esclavo; no sirvo para llevar una existencia en la que se arrastra la cadena de la duda. Eso no tendría sentido para mí.

–Zefim, no puede matarse... –dijo Anita, abrazándolo con angustia–. Si yo soy para Usted tan poca cosa, ¡piense por lo menos en su madre! ¡Por su boca está hablando la locura!

–Yo me hallo en completa calma, como Usted puede ver.

– Deme su palabra de honor de que no se matará –imploró Anita.

–Usted se asemeja a una tirana que primero me da la sentencia de muerte y luego me beneficia con trabajos forzados de por vida. ¿Es eso misericordia?

–Yo no soy misericordiosa, yo lo amo; y quiero salvar su vida para mí, porque ella me pertenece. –Diciendo esto, Anita lo abrazó con devoción. Luego lo besó y agregó–: ¡Ah! Solo quiero ganar tiempo. Mi corazón me dice que el verdadero amor ha de ganar la partida. Todavía seremos felices, Zefim. ¡Solo téngame confianza!

Zefim, desesperanzado, agitó la cabeza.

–Quiero su palabra de honor –dijo ella.

–Aquí tiene mi mano.

–¿No va a cometer una locura?

–No –dijo Zefim, sonriendo con amargura.

– Y me tendrá confianza?

–Sí. Le tengo confianza. Yo desconfío del tiempo, sin embargo. El tiempo es una horrible fuerza de trituración. Es algo que Usted todavía no conoce. El tiempo mata sentimientos, deseos, planes, pasiones y recuerdos. Eso lo hace con lentitud pero irresistiblemente, pues todo se fosiliza bajo sus efectos. Y para mí, ver a un ser que uno ama convertirse en alguien indiferente es mucho más triste que cuando se está en el éxtasis de la dicha y se es traicionado. Cuando surge la indiferencia, ya no se espera nada más. Por eso ahora en este momento prefiero dejarla a Usted libre.

–Ya no me ama –dijo Anita, incorporándose con un movimiento brusco–. Ahora lo veo.

–Yo la amo profundamente, pero no puedo ver y no quiero ver cómo me van quitando su cariño con recursos pequeños y misera-

bles, sin que Usted misma se dé cuenta, hasta que llegue el día en que se sonría con elegancia por aquellas locuras de juventud.

–¡Oh! ¿Qué poco que me conoce!

–¡Pruébeme que me equivoco! Yo siempre la amaré. ¡Sea fuerte, guárdeme siempre ese amor y esa fidelidad! ¿Quién habría de impedirselo, aún cuando yo no la ate con juramentos? Pero eso yo no lo querría. No quiero que me traicione, Y, por eso, no quiero ataduras, no quiero promesas, no quiero juramentos. Usted está libre y yo estoy libre. No nos debemos ninguna obligación uno al otro. Y toda comunicación entre nosotros debe cesar. Y así veremos qué nos trae el futuro.

–¡Ah! ¡Zefim, qué duro es Usted conmigo! Yo no me lo merezco –la muchacha se desplomó sobre el asiento y se cubrió el rostro con las manos. Espesas lágrimas le corrían por el rostro.

–No puedo actuar de otra manera. Maldígame, pero no puedo –exclamó Zefim, al tiempo que le apretaba la mano y se disponía a lanzarse a la calle.

–¿Usted me abandona? ¿Es capaz?

–¡Huya conmigo, Anita!

–¡No puedo!

–¡Entonces, le digo adiós!

Zefim se alejó de un salto. Ella permaneció sola en las tinieblas de la iglesia con su corazón joven y torturado, acompañada por sus lágrimas.

## 19. En la red

*“Mi destino lo pongo ahora en tus manos”.*

PUSHKIN

Dragomira se enteró por Sesavin de la catástrofe que le había acaecido a Zefim con su amor primaveral. El joven le había contado la historia como una novedad sabrosa, que ya estaba en boca de toda la ciudad, sin notar en lo más mínimo el efecto que surtían sobre la enigmática muchacha estas noticias.

La bella Dragomira, que tenía un aspecto tan frío y calculador, perdió durante algunos minutos el dominio de sí y dio un grito que su interlocutor tomó por una expresión de asombro. En realidad, en ese grito se podía oír vibrar la fibra del dolor contenido y la desesperada indignación de un alma torturada. La muchacha se puso pálida hasta en los labios; y en el instante siguiente esa palidez dio lugar a un rostro en llamas. Sin embargo, Dragomira se puso diestramente de pie y empezó a recorrer el recinto con sus pasos.

–Cuénteme, cuénteme todo lo que sepa. Quiere decir que los padres lo rechazaron. ¿Y ella? ¿Ella también? ¿Y ella se casa con el Conde Soltyk? ¿Es así, no es cierto? ¿Ha entendido Usted todo bien?

–Así es –contestó Sesavin, no alterándose en lo más mínimo por la extraña reacción de Dragomira, pues hay personas que, aunque con la capacidad de ver, son ciegos–. Anita jugó con él y luego se

burló de su amor. Eso es todo. Y el pobre Oficial ha tomado la cosa demasiado en serio.

–¿Y ella se casará con Soltyk?

–¿Y cómo no habría de casarse?

Dragomira había vuelto a asumir el dominio de sí. Nuevamente su rostro había recuperado ese habitual gesto calmo; sus suaves colores y su fría mirada estaban de nuevo allí. “¿Qué me sucede?”, se dijo a sí misma, mientras se sentaba nuevamente arrebujaada en el diván y su interlocutor seguía con el cuento.

Sin embargo, en su alma solo había espacio para sus propias reflexiones: “Estoy como afebrada y mi corazón parece estremecerse. ¿Por qué me pasa esto? ¿Es porque sé que Zefim es desdichado? ¿O porque él se apartó tan pronto de mí y le ha ofrecido su corazón a otra? ¿Será que estoy celosa? ¿Acaso ahora lo amo?”.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Dragomira ante esos pensamientos. Cuando Sesavin se hubo ido, ella se sentó al escritorio, escribió algunas líneas y se las hizo llegar a Zefim.

Zefim se presentó con rapidez; pero sucedió algo extraño: cuando ella oyó que su daga hacía un tintineo en el pasillo, se acercó al espejo y ordenó sus cabellos. Enseguida hubo unos golpecitos en la puerta y, acto seguido, apareció Zefim, con aire agobiado y confuso. Ella fue a recibirlo, tomándolo con ambas manos. Como nunca antes, Dragomira tenía un aspecto alegre y cordial.

–¿Se ha dado cuenta de que hace años que no me visita?

–Es cierto, me siento culpable ante Usted.

–Tenía toda la intención de mostrarme resentida con Usted, pero cuando lo vi entrar, sentí que todo estaba perdonado y olvidado.

–Le agradezco.

Dragomira se sentó en el diván y Zefim tomó asiento en una silla cercana. Ambos se mantuvieron en silencio por un rato. El miraba ante sí de modo fijo y triste, mientras ella estudiaba su pálido rostro surcado por la pena y pensaba que era digno de una melancólica compasión.

–¿Qué le sucede? –dijo ella, finalmente, poniendo la mano sobre el hombro de Zefim–. Ya no irradia la alegría de vivir que era su característica.

Zefim la miró con seriedad y contestó: –La vida es realmente horrible. Lo mejor sería poner fin a esta triste farsa cuanto antes.

–Lo han ofendido a Usted terriblemente.

–No. De ninguna manera.

–No lo niegue; lo sé todo: hubo enojo, ofensa y traición.

Zefim se encogió de hombros, a la par que exhibía una amarga sonrisa.

–Sigue amando realmente a esa muchacha. Yo no sé, pero ella me parece tan limitada, tan infantil y ni siquiera especialmente inteligente; en suma: la veo insignificante.

–Perdóneme, pero prefiero mantenerme callado al respecto.

–Tiene razón. Y eso lo honra, porque no quiere confesar nada que vaya en contra de una dama por la que alberga todavía un bello sentimiento. Sin embargo, su comportamiento contra Usted ante mis ojos basta para condenarla.

Zefim permaneció callado. Dragomira se quedó mirándolo y luego le tendió la mano: –Lo comprendo, Zefim, y le prometo no volver a tocar este tema. Sin embargo, le aconsejo que no se entregue al pesar, quite la flecha de la herida y se curará; se curará antes de lo que cree o espere. Voy a tratar de consolarlo. Hubo una época en la que Usted de buen grado me hacía compañía.

Zefim tomó las manos de Dragomira y se las besó, diciendo: –Ahora siento vergüenza.

–Seamos nuevamente amigos, como antes.

–Usted me hace inmensamente feliz, Dragomira. No sospecha Usted qué nostalgia he tenido en estos días de nuestros tiempos pasados juntos.

–¿Realmente? –dijo ella, mientras se inclinaba hacia él, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

–¿Sí no fuera así, le parece que hubiera venido tan rápido, cuando Usted me llamó?

–Le creo, Zefim, y justamente por eso quiero que venga más a menudo; sí, diariamente, cada atardecer. ¿Vendrá?

–Seguramente, si me lo permite. Eso es un acto de generosidad de su parte, Dragomira. Con cada mirada amable, con cada palabra bondadosa me siento como un esclavo al que se le quitan las cadenas.

–Sí. Quiero dejarlo liberado. Dejarlo absolutamente libre de las cadenas –exclamó ella.

Zefim la miró con cierto azoramiento. Y después de una pausa, dijo: –Si lo desea, lo va a lograr. Creo que Usted consigue todo lo que se propone.

Después de la partida de Zefim, Dragomira quedó inmersa en una tempestad de reflexiones y sensaciones. Acostada en el diván, extendida como una Magdalena piadosa y con la cabeza recostada sobre sus brazos, seguía hundida en profundas cavilaciones. En esos instantes tuvo la valentía de no continuar mintiéndose. Lo que quizás hasta ahora no había surgido, se le presentó claro a su mente en su alma. Y ella se lo confesó con toda calma, pero con una dolorosa y amarga desautorización de su pasado: amaba a Zefim.

“Ahora ya no podía dudarlo. Ella lo amaba y este amor no era una inflamada pasión ni tampoco un juego frívolo o una ensoñación fantástica. Había tomado posesión de la verdad de modo calmo e irresistible y la había incorporado a sí misma: cada gota de su sangre, cada tensión de sus nervios, cada pliegue de su alma estaba colmados por Zefim y por ese amor. Este amor no era en esta muchacha singular, sin embargo, una nostalgia o una exigencia, sino una fatalidad más fuerte que ella misma, más fuerte que su férrea e indolegable voluntad. ¿Acaso porque lo amaba, se había defendido de ese amor? ¿Por eso lo había mantenido alejado, cuando su propio corazón latía con alegría y esperanza en rebosante ternura como respuesta a su venida? ¿Por qué? ¿Por qué le producía ahora un estremecimiento pensar que lo amaba, sentir que él podía llegar a amarla?”

La respuesta a estos interrogantes era que su amor también para él podría tornarse una fatalidad, porque ella, como en las historias de los

novios enterrados antes de la boda cuando danzan en coro los espíritus de medianoche, con un beso también habría de darle la muerte.

“Sentía piedad por él. ¿Tenía razón? No, ciertamente no la tenía. O creía en el dogma de sus sacerdotes o no creía en absoluto. Si ella creía en esa doctrina, entonces era su deber salvar el alma de Zefim, igualmente si a ella él le era indiferente, pero mucho más si ella lo amaba. ¿Era esto el amor, tanto si ella enviaba a la perdición su alma como si ponía en peligro su eterna salvación por algunas vacías y locas alegrías terrenas? Pero, ¿tenía ella derecho a amarlo? Sí, ella podía amarlo; no estaba prohibido en ninguna parte que otorgara su mano y su corazón a un hombre. La vida es de por sí un pecado, que solo puede ser expiada con el martirio. Es lo mismo que esa vida sea vivida en el desierto o en un harén. De todos modos, esas vidas son desventuradas y la más horrible expiación sigue valiendo lo mismo para una como para la otra.”

“Estaba claro que ella va a amarlo y también que se regocijará con el amor que él le dé a cambio. Ella subirá al altar de su mano, será su esposa y luego... junto con él se congraciara con Dios a través de un sacrificio tan sangriento y tan sagrado como el de Abraham o el de Jefta.”

A la mañana siguiente Zefim le envió un ramo de camelias blancas adornado con violetas. Dragomira se alegró como una niña con el regalo, llevándose varias veces a los labios, antes de ponerlo ella misma en un florero.

A todo esto, Zefim estaba con un estado de ánimo que a él mismo le resultaba extraño y le infundaba temor. Estaba claro que amaba a Anita, pues estaba haciendo el duelo por esa pérdida y, por otro lado, sentía a su alrededor las redes mágicas e irresistible que le tendía Dragomira para atraparlo.

No estamos inclinados a caer en una nueva red amorosa más que cuando hemos sido separados del primer objeto de nuestro amor. Así estaba ahora Zefim en el ajetreo del mundo, solo en el medio de sus sensaciones, sus sueños, sus cálidos deseos y sus ardientes anhelos. La encantadora figura, a quien ahora su alma quería sacrificar a más

secretas y extraordinarias excitaciones, se le presentaba como irremisiblemente perdida. Ya no había allí nadie que pudiera oír sus maldiciones o sus palabras de entusiasmo; nadie que pudiera compartir su dolor; nadie que pudiera aniquilar sus dudas.

De repente surgía de esa niebla que lo rodeaba, el bello y severo rostro de la compañera de sus juegos infantiles, y de nuevo Zefim se entregó, en parte de modo inconsciente, con nuevo ardor y portando renovadas ensoñaciones a ese sentimiento que se apoderaba de él.

¿Había sido un milagro que un atardecer él apareciera un poco más temprano de lo que se suponía y durante un rato tuviera que entretenerse en la compañía de Cirila, quien jugaba con maestría el papel de la simple pero bondadosa tía? Se suponía que Dragomira estaba todavía ocupada en su *toilette*; ella, que generalmente despreciaba toda alhaja y cuya aparición siempre iba ligada a la simplicidad y a la humildad, haciendo de eso una exhibición. Cuando finalmente la muchacha hizo su aparición con una sonrisa fría y arrogante en sus labios, Zefim le preguntó qué había sucedido. Era como si él no la hubiera visto nunca antes, como si la viera por primera vez, tan diferente se le presentaba ella ahora. La monjil y la piadosa figura se había tornado una dama de mundo lujosamente ataviada o una coqueta en plan de conquista. En un soplo, con una mirada superficial Zefim descubrió nuevos atractivos en Dragomira. Ella se le apareció de repente más grande, más generosa, más majestuosa vestida con una enorme cola y con la *kazabeika* de terciopelo color rojo sangre, que exhibía los bordes y el interior de marta cibelina; y, por primera vez, ese atuendo dio tal realce a su bello cuello y brazos de blancura marmórea, que Zefim no pudo dejar de maravillarse. ¡Qué gracia exhibían los pies en esas babuchas turcas recamadas de oro! ¡Qué elegante eran esos cabellos dorados en su largura y en su brillo que ella portaba ceñidos con una banda roja en la que sobresalía una camelia blanca sumergida entre las ondas!

Dragomira le dio la mano, al tiempo que lo conducía hacia el rincón de la chimenea. Cirila iba de un lado a otro, ocupada con la pre-

paración del té; de modo tal que dejaba a la pareja de nuevo cada vez a solas, aparentemente sin una intención previa. La muchacha aprovechaba cada salida de Cirila de la habitación para tejer alrededor de Zefim sus hilos mágicos con cierto decoro. Ella percibía los efectos de sus fórmulas de encantamiento y las acrecía con palabras y miradas. Era claro que quería gustar, encantar, conquistar; y ese plan se coronaba con el éxito más rotundo. Era como si Dragomira llevara a Zefim en una barca sin velamen, saliendo al océano en posesión solamente de remos y ninguno de los dos preguntara hacia dónde iban.

Luego llegó el momento de tomar el té, mientras se relataban diferentes sucesos de la vida social de la ciudad. En un momento dado, Cirila dejó la habitación y Zefim, que luchaba consigo mismo una ardua batalla, pues en su mente se cruzaban los pensamientos más dispares y en su pecho anidaban las más controvertidas sensaciones, se puso a medir el recinto con sus pasos. Sus mejillas cambiaban de una palidez suma a un inflamado ardor. Por las excitaciones y sufrimientos de las últimas semanas su rostro acusaba profundas huellas de todo lo vivido.

Dragomira se levantó de su asiento finalmente, para cerrarle el paso a Zefim; y poniendo una mano sobre sus hombros y mirándolo fijamente a los ojos le dijo con toda la suavidad de la que era capaz: –¡Mi pobre amigo!

Zefim inclinó su cabeza, pero permaneció en silencio. La muchacha continuó diciendo: –Es infeliz. A Usted lo carcomen dolor y agravio. ¡Ah! ¡Si yo pudiera hacer algo, para calmar sus heridas!

–Usted puede hacer todo. Absolutamente todo.

–¿Tendría que hablar con Anita?

–No. Por amor de Dios, de ninguna manera –dijo Zefim, mientras miraba con desesperanza ese otro rostro frío pero bello con sus ojos casi al borde de las lágrimas.

–Bueno, ¿qué podría hacer entonces?

Él volvió a agachar la cabeza. Dragomira volvió a poner su pequeña mano en los hombros del joven Oficial, pero esta vez le aplicó, además, un suave beso en la frente. Fue solo un suave aliento el que se

trasladó desde la muchacha a Zefim, pero eso desencadenó en él la ardiente brasa de sus retenidas y mal dominadas sensaciones.

–¡Dragomira! –susurró él, acercándola a sí, pero ella se libró con rapidez de sus brazos y dio un paso atrás.

–¡No! ¡No! –exclamó ella; pero luego con una decisión rápida y diabólica, Dragomira atrajo hacia sí a Zefim, rodeándolo con sus brazos, y lo besó–. Ahora váyase –le ordenó, mientras con virginal vergüenza y confusión se apartaba de él–. ¡Váyase! ¿No me oye? ¡Quiero que se vaya!

Zefim se puso de pie y durante unos minutos se quedó paralizado y conmovido. Luego obedeció y se apresuró a alcanzar la puerta y la escalera de salida. Cuando estuvo afuera, oyó el ruido de una ventana que se abría y vio que Dragomira se inclinaba hacia abajo.

–¡Buenas noches! le gritó el joven desde abajo.

–¡Hasta pronto! –le contestó ella y le arrojó la camelia blanca que había sacado del entretejido de seda de sus cabellos.

## 20. Juego pastoril

*“El libro más maravilloso de los libros  
Es el libro del amor”.*

GOETHE

El Conde Soltyk se hallaba desde hacía unas semanas en una situación que para él era completamente nueva. Eso insumía todas sus energías y, además, lo ponía en un estado de suma agitación. Antes, un día era normalmente para él como un fugaz segundo que huía hacia la nada; en cambio, ahora los acontecimientos de un año parecían comprimirse en la duración de veinticuatro horas. Su ánimo se desenvolvía como si soñara, como cuando uno se halla en una región completamente desconocida, deambulando por edificios desconcertantes nunca antes vistos, cuando las bóvedas parecen evidenciar su peso y cuando a través de las fisuras se cuele un miedo sin nombre que parece acercarse para apretarlo a uno contra las paredes; cuando uno en el sueño se larga hacia arriba por unas escalinatas que en cada peldaño parecen más altas y más empinadas y que cuando uno ha llegado arriba, termina despeñándose en un precipicio para volar sin alas por el éter.

Nunca le había sucedido que una mujer lo derrotara; había acaecido sí que una mujer le ofreciera resistencia. Por eso, todas le parecían odaliscas que le sonreían con una sonrisa dulce, esperando una señal de su parte. Y por esa razón, quizás, ninguna había conseguido conquistarlo ni atrapararlo. Sin embargo, ahora por primera vez se presen-

taba una muchacha que no quería saber nada de él, que lo ponía en un estado de temor y, a la vez, lo excitaba. Solyk daba vueltas como perseguido por las Furias; de golpe un impulso salvaje lo hacía escapar de su palacio hacia el club, y de allí corría al café; luego se escabullía desde el café al Paseo, para de allí ir a visitar algún salón donde reinara alguna dama de moda. Finalmente, exhausto y descontento, regresaba para ir a dar donde había empezado, al lugar que había tratado de evitar con los mayores escrúpulos: el pórtico de la mansión de los Oguinski.

El Conde Solyk tenía todos los sentidos puestos en Anita, y esto sucedía contra su voluntad, aunque él mismo no hacía más que burlarse de su estado y maldecirlo. Más de una vez había tirado a la calle el ramo de flores que había cortado su jardinero, triturándolo bajo sus pies. Sin embargo, en compensación cada día recibía Anita las más preciosas flores acompañadas con una tarjeta de su parte. En compensación también la muchacha podía ver a su galán desde su ventana, cuando cada día hacía él restallar su rebenque o galopaba por su calle o pasaba por allí con su coche. De modo casual, Anita se cruzaba en cada uno de sus pasos por la ciudad. En cuanto Anita salía, se encontraba él ya cerca del pórtico, como si no la esperara. Él se le aparecía como un demonio que surgiría de la tierra por exhalación. Si ella salía de compras, se aproximaba él como un lacayo ante la puerta gozoso de transportar sus paquetes. Si ella caminaba por el Paseo, él caminaba a su lado; si ella se subía a un trineo, él galopaba a su vera. En la gala de la ópera, él la esperaba al pie de la escalinata, la acompañaba hasta su palco, la desembarazaba de su abrigo y, luego, se conformaba con devorarla desde lejos con su mirada hasta que la representación llegaba a su fin. En ese momento la iba a buscar, la ayudaba con su abrigo nuevamente y la alzaba hasta la altura de su coche. Los mismos homenajes se repetían en conciertos y veladas. Además de todo esto, el Conde Solyk hacía su visita obligada por las tardes al palacio Oguinski.

Naturalmente todo el mundo no hacía más que comentar la elección del Conde. Se hablaba sobre su pasión y, claro está, todos envidiaban a Anita y su brillante conquista. Ella, por su parte, era la que menos encantada estaba con la situación. Cuando estaba al lado del Conde, se mantenía con la cabeza gacha y, cuando abría sus ojos maravillosamente bellos y animados, no sucedía esto para responder a las inflamadas miradas de su pretendiente. Anita se comportaba siempre de modo correcto, formal, serio y parco.

Debido al modo que tenía la muchacha de conducirse, simple pero riguroso, naufragaban todas las exigencias de sus padres, fracasaban todos los intentos de convencerla que ponían en juego también sus amigas. Así pasaban los días, las semanas, sin que Solyk pudiera dar un paso adelante.

El jesuita, por su parte, observaba esto con intranquilidad y molestia y, puesto que conocía a Anita desde la cuna y siempre la había tratado con una consideración de amor paternal, creía que podía estar seguro de sus inclinaciones. De tal modo, el Padre Glinski confiaba en que, apoyado en esto y en su dignidad espiritual, podía ejercer sobre Anita una mayor influencia que sus propios progenitores. Tenía decidido, entonces, en el momento oportuno hacer valer estos privilegios y mantener una conversación seria con la muchacha. La ocasión se brindó antes de lo que él podía esperar.

Ese día el Padre Glinski llegó hacia el mediodía a la mansión de los Oguinski y no encontró en la casa nada más que a Anita, quien le salió al encuentro, saludándolo con cordialidad y besándole la mano. Luego ella se sentó para continuar con su tarea de bordado que había interrumpido a la llegada del visitante. El jesuita se había ubicado detrás de ella, mientras por sobre su hombro miraba el trabajo que la joven tenía entre manos.

- Una tarea simbólica –dijo el Padre Glinski, con una fina sonrisa.
- ¿Por qué? –preguntó Anita, sin cambiar de postura.
- ¿Acaso no estás bordando la tela de unos zapatos de gran gala?
- Sí. Es cierto.

–Entonces, en tu fantasía te estás aprestando a dominar con el atributo más artificioso que está a tu servicio, mi niña. ¡Qué feliz ha de ponerse mi Conde de estar bajo ese dulce yugo!

–¿Su Conde? –murmuró Anita, girando sobre sí misma y dirigiendo con dulzura su rostro hacia el jesuita–. No tengo la menor intención de dominarlo bajo mi yugo.

–¡Ah! Este jueguito mezclado con virginal esquivez y coquetería femenina, yo lo conozco, mejor de lo que te imaginas. Es divertido por algún tiempo, pero a la larga se torna aburrido e inaguantable.

–Si yo pudiera conseguir que el Conde me considerara inaguantable, entonces haría una peregrinación de rodillas a Czestochowa<sup>7</sup> –respondió Anita con una sonrisa dulce.

–No te burles.

–Lo estoy diciendo muy seriamente.

–¿Sigues con ese Oficial en la cabeza?

–No en la cabeza, en el corazón, Padre Glinski.

–¡Qué idiotez!

–Puede ser, pero justamente por eso yo nunca me tornaré la Condesa Soltyk.

El jesuita se acercó más y tomando las manos de Anita la miró amorosamente a los ojos. También para él la cosa iba en serio. El Padre Glinski no era un intrigante; sino que pensaba hacer felices a ambos, al Conde y a Anita. Por eso, le dijo a esta muchacha a quien le tenía enorme cariño y trataba como a una hija: –Anita, la vida no es una diversión, sino una dura lucha en la que tenemos que cumplir con sagrados deberes. No debemos satisfacer nuestro gusto y nuestros superficiales deseos, sino que gusto y deseos deben siempre estar en correspondencia con nuestro raciocinio y con nuestra conciencia.

–Pero justamente mi razón y mi conciencia me ordenan elegir a un hombre, al que amo; pues, solo a su lado, podría cumplir con sacri-

---

7 Famoso lugar de peregrinación en Polonia. (Nota del traductor)

ficios que el matrimonio impone sobre la mujer, respondiendo también ante Dios y ante la humanidad.

El Padre Glinski se sintió desarmado por un momento, pero solo por un momento, pues enseguida dijo: –Dando por aceptado eso, niña mía, ¿no merece el Conde Soltyk tu amor? ¿Existe alguna muchacha aquí que lo mire con ojos indiferentes? Ciertamente, él es un conquistador. Todos los corazones laten más intensamente cuando él se presenta; y este hombre, al que todas querrían atrapar, se halla postrado a tus pies. ¿Y tú serías la primera y la única que no habría de amarlo? No. No lo creo. Y eso no te lo creará nadie. Aquí tenemos unas fantasías infantiles en juego y un egoísmo que debería ser castigado; y digo, castigado, porque esto enoja a tus padres, tanto como a mí, que soy tu segundo padre. Y esa conducta será doblemente castigada, porque estás sacrificando tu propia dicha en virtud de un capricho.

El jesuita continuó en este tono con el propósito de convencer a Anita. Ella parecía entregarse sin luchar. Inclineda sobre su aro de bordado, la joven no pronunciaba ni una sílaba, no se movía, no contradecía a su interlocutor con ningún gesto, con ninguna mirada, pero cuando al final el jesuita le susurró al oído: –¿No es cierto que tu comprendes todo esto y ahora vas a dejar de oponerte a darle el sí al Conde? –Anita lo miró de modo rápido y pícaro y se contentó con mover negativamente la cabeza.

El jesuita se retiró suspirando, sin esperanzas, así como había venido. Luego, se cuidó muy bien de contarle al Conde su fracasado intento con la pequeña obcecada. Solamente cuando vio que Soltyk esa tarde estaba haciendo su esmerada *toilette* para el habitual paseo a casa de los Oguinski, se encogió compasivamente de hombros, como si quisiera decir “¡si yo no he logrado nada, tampoco tú vas a alcanzar nada, a pesar de esa preciosa barba negra!”.

Sin embargo, esta vez la casualidad pareció premiar al Conde esa tarde. Cuando apareció por la mansión de los Oguinski, encontró a Anita sumida en un mar de lágrimas.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó el Conde de manera apremiante y con una agitación de la que no se podía dudar–. ¡Por amor de Dios, Señorita, cálmese, por favor!

–Anita está apesadumbrada por su querido canario, Señor Conde –terció la Señora Oguinska–, pues lo encontró muerto en la jaula, sin que antes estuviera enfermo.

Anita se acercó con el pequeño cadáver en la palma de su mano rosada y se lo mostró al Conde en un dolorido silencio.

–¡Pobre pajarito! Pero seguramente será posible conseguir otro.

Anita sacudió la cabeza.

–Tenemos que encontrar algo que pueda consolarla. Aún si fuera necesario saquear toda la tierra, para conseguir de Usted una sonrisa, Señorita. ¡Ah! ¿No cree que yo pondría todo el mundo a sus pies o inclusive mi cabeza en el suelo, con tal de que Usted recobrara su alegría? –Después de decir esto, el Conde se retiró con presteza, dejando a Anita sola con su pajarito muerto y con su dolor.

Cuando regresó el Conde y se acercó a Anita, se dibujaba en sus labios, siempre arrogantes, una sonrisa feliz, casi infantil, mientras sus ojos oscuros trasuntaban un fuego de triunfo. Soltyk ofreció el brazo a la muchacha, que todavía tenía las pestañas con resto de las lágrimas, y la condujo, sin decir una palabra, hacia el jardín de invierno. Aquí se hallaban seis de sus servidores y cada uno de ellos sostenía en sus manos una gran bolsa y, cuando el Conde, al modo de un sultán oriental, golpeó las manos, ellos las abrieron. Con un fuerte ruido volaron hacia todas partes canarios color amarillo dorado; las aves rodearon a la joven pareja y se posaron finalmente en las vacilantes ramas de las palmeras, de los naranjos y limoneros, sobre las hojas de las orquídeas y de las lianas, llenando el aire con sus gorjeos y sus cantos.

Anita, completamente azorada, se había mantenido tiesa en su lugar, luego se deslizó por las líneas de su cara una dulce sonrisa. La joven se enjugó las lágrimas y le dio, agradecida, la mano al Conde. Los servidores se habían retirado, luego de una discreta señal de su amo.

–Le he traído todos los canarios que pude encontrar en Kiev. Quizás entre ellos pueda Usted descubrir uno que se torne su favorito.

Anita abrió sus labios infantiles como para decir algo, pero, ante la mirada devoradora del Conde, las palabras quedaron solidificadas antes de formularse. La muchacha, tímida y avergonzada, buscó el refugio hacia el lugar más oscuro de las plantas exóticas por donde se habían retirado también los pájaros en los que resaltaban su pequeñez y abigarrado color. De repente uno de ellos, con copete negro y alas marcadas también de negro, voló hacia Anita, rodeándole la cabeza. El ave finalmente se posó sobre su hombro. Ella le mostró su dedo y el canario se asentó sobre él con toda confianza. Y, cuando la joven hizo el gesto para darle un beso en el pico, el pajarito se puso a cantar con alegría.

–Se muestra jubiloso por la deferencia que Usted le ha dedicado. ¡Ay! ¡Cómo envidio a esta ave que se ha despertado con tamaña suerte!

Anita no se animaba a dirigir su mirada hacia el Conde, pues una especie de temor se había posesionado de ella. La joven se sentía casi ya bajo su poder y hacía todo lo posible por librarse del encantamiento que amenazaba apresarla.

–Usted es la bondad personificada –dijo el Conde, tomando las manos de la muchacha–. Tiene su corazón puesto en cada cosa. Solamente me lo niega a mí. ¿Por qué debo yo padecer como el ángel caído delante del pórtico del paraíso? ¿Por qué se niega a expresarse conmigo con una palabra de aliento o con una mirada digna?

–Yo estoy bien predispuesta hacia Usted, pero no exija que lo ame, pues no puedo –dijo Anita, inclinando su atractivo rostro.

–¡Qué muchacha tan inescrutable!

–¿Por qué no se conforma con un pacto de amistad?

–Haré todo lo que Usted desee, pero debo decirle también que no existe nada en el mundo que no sea vencido con una fuerte perseverancia; nada, que no se pueda merecer con una sacrificada fidelidad. ¿Por qué no también el amor? ¿Su amor, Anita?

–No sé, pero no creo que en cosas del amor se pueda hablar de merecer; ni con privilegios, ni con hechos ni con sacrificios. El amor es algo que se nos regala o se nos niega. Y para una como para la otra cosa no hay ninguna razón o motivo; pues existen grandes fuerzas bajo las cuales sufrimos una influencia que nunca nos será dado comprender en su profundidad.

–¿Eso significa que no puedo tener esperanzas?

Anita permaneció en silencio. El Conde le hizo una gran reverencia y se retiró lentamente. Cuando había llegado a la puerta, la miró otra vez desde allí. Ella no se había girado al verlo partir, sino que se había dedicado a darle un beso a su nuevo favorito. Entretanto, exhalando un gran suspiro, Soltyk salió a la calle. Era claro ahora que él se había declarado y que ella lo había rechazado. Si se hubiera tratado de otra mujer, el Conde habría llegado a odiarla en este momento, pero él la quería ahora más todavía. Sin embargo, su orgullo y su obcecación estaban también en juego, cuando pensaba que era otro quien podría poseerla. Estaba decidido a acabar con la vida de esa otra persona que pudiera osar dirigirle una mirada a su amada; y el Conde era alguien de los que no cejan hasta llevar a cabo sus decisiones.

## 21. Efecto de lejanía

*“Como a la cabeza de la Medusa,  
Así lo sostiene con fuerza”.*

MICKIEWICZ

Esa noche era la ocasión de juegos de mesa en el palacio de los Oguinski. Y, como era habitual en esos casos, había unos pocos invitados. Todos estaban reunidos en la pequeña y amable sala, cuyas paredes parecían lucían un tapizado en blanco y dorado y donde los muebles y cortinados contrastaban con su color rojizo mate; esto condecía con el estilo Imperio, dándole al conjunto un aire de cierta severa pompa. En el medio de este recinto amablemente caldeado se veía la mesa de billar en torno a la que damas y caballeros, todos jóvenes, entre charla amable y discretas risas se dedicaban a lograr un triunfo, dispensando a diestra y siniestra sus habilidades y gracias. En un rincón cerca del fuego de la chimenea se hallaba una mesa de juego, que normalmente estaba dedicada a una partida de *whist*. En ella tomaban sitio el matrimonio Oguinski, el jesuita y un viejo Consejero de Estado, cuyos rasgos asemejaban a un faraón egipcio momificado, al que para la ocasión se lo había enfundado en un *frack*. En otro rincón retirado estaban sentados dos hombres ocupados en el ajedrez, que parecían ser caballeros de cera de la época del Zar Nicolás I.

El Conde Soltyk parecía perdido en ensoñaciones, solo que la imagen onírica que lo perseguía se hallaba allí frente a él. Él no tenía

oídos ni vista para lo que sucedía a su alrededor. Su mirada estaba clavada en Anita; sus oídos prestaban atención solo a sus palabras. Cada cosa que ella hacía, cada decisión que ella tomaba, cada uno de sus movimientos que ella realizaba, lo tenían a él pendiente; tanto si Anita aferraba la cola de su vestido y se la colocaba sobre un hombro, como si apoyaba su brazo derecho en la cintura, o si ella hacía un giro pendular mirando las bolas coloridas del billar, o si con las manos apoyadas en la tela verde de la mesa se inclinaba hacia adelante para presenciar uno de los nuevos impulsos del juego, o si su amiga Henryka, rodeándola con los brazos, apoyaba su cabeza en sus hombros. La más pequeña observación que ella hiciera, los movimientos de su respiración, el siseo de sus vestidos de seda, cada una de esas cosas ponían al Conde en un estado como si sintiera una chispa eléctrica.

Solyk solo salió de su trance, cuando una de las bolas saltó de la mesa y Anita y Béliarov corrieron a levantarla. En la pausa que se dio en ese momento, Henryka, de modo pícaro como hacen las jóvenes, y un poco burlonamente o, por lo menos, con gran curiosidad, se inclinó sobre el billar e instó a Sesavin a padecer un interrogatorio.

–¿Quién era la persona con la que caminaba hace poco por el Paseo? –empezó diciendo la muchacha.

–¿Se refiere a un hombre?

–No. A una mujer.

–Con mi tía.

–¡Oh! No. Se trataba de una persona joven y muy bonita. Lo que pasa es que Usted no quiere acordarse, pero lo han visto y es inútil que lo niegue.

–Sí, Henryka ya me había contado. Parece que Usted ha hecho nuevas amistades que son muy interesantes y está tratando de ocultarlas a nuestro conocimiento, Señor Sesavin –dijo Anita, metiéndose en la charla con aire travieso.

–Recién ahora me doy cuenta de a quién se refieren –contestó Sesavin, un poco incómodo–. Esa dama es la señorita Dragomira Malútina.

–¿Una actriz?

–Todo lo contrario. Es una dama de las mejores familias. Su madre es viuda y vive en su finca. La Señorita Malútina está en Kiev desde no hace mucho tiempo y vive con una tía que se halla muy enferma y por eso ella se dedica a cuidarla.

–¿Y es realmente tan bonita? Henryka me la describió como un personaje novelesco –preguntó Anita.

–Como la heroína de una novela es como menos me la puedo imaginar a la Señorita Malútina –contestó Sesavin, quien iba poniéndose cada vez más apasionado–. Más bien me la imagino como protagonista de una tragedia. Hay en ella algo grande, como una directa y sobria magnitud; yo diría que casi una grandiosidad clásica.

–¡Ah! Usted despierta mi curiosidad –dijo Anita y dirigiéndose a Solytk, le preguntó–: ¿Conoce Usted esta maravilla, querido Conde?

–No.

–¡Qué extraño, porque Usted tiene conocimiento de todas las mujeres bellas de Kiev! –a esta observación, Solytk respondió con una sonrisa y encogiéndose de hombros.

–Dragomira es la persona más llamativa con la que me he topado en el último tiempo. A menudo pienso que ella saltó hacia nosotros viniendo desde un cuento de hadas o, si no, al menos desde una crónica medieval –continuó diciendo Sesavin.

–Eso significa que hay pocas cosas modernas en ella –concluyó Henryka.

–Por el contrario, ella es la hija de nuestra época, porque pone las estrellas sobre la balanza de pesar oro, como un judío con los ducados.

–No entiendo lo que quiere decir –terció Anita.

–Deberían conocer a Dragomira –dijo Sesavin–. Yo experimenté con ella un episodio que en el recuerdo todavía me estremece.

–¿A qué episodio se refiere? –preguntó Henryka.

–Cuéntenos, por favor –pidió Anita.

–¿De quién están hablando? –quiso saber también la Señora Oguinska que había empezado a prestar atención a esa conversación.

–Hablamos de una interesante dama a quien desde hace poco trata Sesavin.

–Una estudiante, seguramente.

–No. Una joven noble que vive con una tía en modo algo retirado, la Señorita Malúтина.

–¿Se trata de la hija del Coronel Malutin?

–Creo que sí.

–Una muy buena familia. ¿Y por qué la hija pasó a ser protagonista de un episodio novelesco?

–No. No se trata de una novela, estimada Señora, sino de un acontecimiento como extraído de una leyenda sagrada.

–¡Cuéntelo de una buena vez! –insistieron las dos muchachas.

Sesavin empezó su relato de una manera prolija, sin agregar nada ni adornarlo de ninguna manera. Contó acerca de la escena en la jaula de los leones; y contó todo así como el evento le había quedado grabado en su memoria. De manera repetida interrumpieron su historia las expresiones de asombro y de admiración.

El Conde Soltyk fue el único que, aparentemente, no mostraba el más mínimo interés por lo sucedido. Estaba sentado en una silla un poco apartado del resto, con las manos plegadas, la cabeza inclinada hacia adelante y la mirada fija en el piso. Parecía completamente ausente; aunque, en realidad, estaba escuchando de modo atento. Además, estaba reteniendo el aliento para que no se le perdiera palabra. Cuando Sesavin había finalizado con la historia, fue Soltyk el único que no hizo una observación al respecto. Ninguna palabra pasó por sus labios y, sin embargo, en ninguno de los presentes había hecho tan profunda impresión lo contado como en él, aunque el resto del grupo hubiera sentido un estremecimiento o lo hubiera tomado casi con entusiasmo como una linda anécdota.

–Parece Usted delirar por completo por esa bella Dragomira – agregó Henryka en tono de burla.

–No lo niego; pero, en rigor, no tengo motivo para ocultar mi entusiasmo. Es imposible permanecer impávido ante Dragomira; también Yadevski desvaría por ella.

Al escuchar esto, Anita sufrió un estremecimiento y trató de ocultar su cara, pues sentía que había enrojecido.

–Tenemos que conocer a ese fenómeno –dijo Henryka.

–También a mí me produce curiosidad llegar a verla –dijo Anita.

–Eso es la cosa más fácil del mundo –dijo, entonces, Oguinski, mezclándose en la conversación–. ¡Una muchacha de buena familia, que guarda el decoro en todo sentido! Se le envía una invitación y listo.

–La Señorita Malúтина es muy tímida, pero si quieren yo puedo alertarla –intervino Sesavin.

–¿Para qué tantos prolegómenos? Iremos juntas con Anita a visitarla y estoy segura de que esta princesa de cuentos de hadas será ganada para nuestro círculo –dijo con resolución la Señora Oguinska.

–Sin duda. Si Usted la visitara en persona, la Señorita Malúтина se sentiría muy honrada.

Los jóvenes volvieron a la mesa de billar y también continuó el juego en el rincón de *whist*, pero a partir de ese momento todo el mundo quedó conmovido. Era como si entre ellos se hubiera filtrado un huésped inoportuno, invisible e inaudible; aunque, sin embargo, todos sentían su presencia. Tenían la sensación de que ese huésped los estaba observando y escuchando justamente en ese momento. Esa figura extraña y orgullosa estaba de pie junto a la mesa de billar, seguía a las parejas de los jóvenes elegantes hacia la mesa del banquete y tomaba asiento justamente entre ellos como una sombra amenazante. Era especialmente el Conde Soltyk quien percibía este siniestro encantamiento. No era la primera vez que pasaba por una experiencia semejante, sintiendo cómo personas desde la distancia pueden producir una sensación de cercanía, cómo a menudo alguien puede sentirse rozado o atado por otra gente que uno oye, pero que se halla en el tiempo o en el espacio muy alejada. Él conocía ese magnetismo; muchas veces había estado bajo la influencia de este

fenómeno. Inclusive le había sucedido con personas que pertenecen a la historia, porque vivieron siglos atrás, pero que ahora echaban sus lazos mágicos entre escombros y moho para rodearlo con sus tentáculos. Así se sintió completamente atrapado por un tiempo por la reina Semíramis, a quien había amado mortalmente. Y ahora se sentía bajo el imperio de Dragomira, alguien que él no había visto nunca y quien quizás nunca había oído hablar de él. O podía ser también que Dragomira se estaba ocupando de él, sin que él lo supiera, y lo estaba obligando a entrar en el círculo con sus pensamientos a los que ella les ponía su sello. ¡Sí, era eso! Ella ejercía una compulsión sobre su persona, tejiendo una red mágica para envolverlo en ella. En la distancia se perfilaba su figura todavía indefinida y sin forma fija, pero esta falta de corporeidad era tanto más atractiva y tanto más vinculante.

La risa cantarina de Anita lo sacó de sus fantasías, produciéndole un escalofrío. El Conde miró a la joven con asombro, pero le sonrió. “No se puede negar que es una niña preciosa. El entorno que le corresponde no son leones, sino canarios”.

Dos días más tarde, llegó Sesavin con premura a la casa de Dragomira para advertirle: –Las damas de la casa Oguinski quieren trabar conocimiento con Usted a toda costa. Y las tengo a mis talones.

–¿Qué significa esto? –exclamó Dragomira, aunque no estaba para nada sorprendida.

–Lo que ha pasado es que yo hablé de Usted de modo apasionado y eso ha despertado la curiosidad de todo el mundo.

Dragomira hizo la señal de amenazarlo con el dedo. A lo que Sesavin reaccionó, diciéndole: –Por favor, no permita que se den cuenta de que la visita no la sorprende. Y, por otro lado, preséntese como muy solicitada y no acepte inmediatamente la invitación. Solo con estas triquiñuelas jugará el papel que le corresponde en esa casa.

–Seguiré sus consejos.

–Y todavía algo más...

–Ya sé, tengo que ponerme hermosa para no quedar por debajo de sus alabanzas, ¿no es cierto?

–Sí, acertó. Aunque no haría falta el arreglo, porque Usted está siempre muy bonita.

–Entonces, adiós.

Él le besó la mano y se retiró. Dragomira se quedó unos minutos pensativa de pie en medio del cuarto. Estaba en medio del primer paso hacia su objetivo: introducirse en esos círculos que frecuentaba el Conde Soltyk, encontrarse con él y luego ponerle los lazos al cuello. Todo lo demás ya quedaba en sus propias manos y en ese arte no habría de fallar.

Ella realizó rápidamente su arreglo. Y se peinó, retocándose frente al espejo, sin coquetería y sin orgullo, pero con la seriedad con la que un artista observa su obra o el soldado comprueba la justeza de su arma antes de la batalla.

En los siguientes instantes ya Barijar anunciaba la visita de la Señora Oguinska y de su hija. Dragomira salió a recibirlas simulando humildad y alegría: –Estoy gratamente sorprendida. No tengo la menor idea de por qué me rinden el honor de esta visita.

Luego Dragomira condujo a las dos damas a tomar asiento en el sofá, sentándose ella en la cercanía de Anita.

–Hemos oído hablar tan bien de Usted y de sus lindas y maravillosas experiencias, querida Señorita –comenzó diciendo la Señora Oguinska–, que se despertó en nosotras el deseo de conocerla y esto no podía diferirse más. Ahora veo que los comentarios sobre Usted no eran para nada exagerados. ¡Qué bonita es Usted, muchacha! Da placer mirarla y mirar cómo se trasluce en sus ojos la inteligencia y el arrojo. Estoy convencida de que los leones se postran a sus pies, pues Usted misma es una leona. ¡Oh! ¡Qué feliz debe sentirse su madre y qué orgullosa de Usted!

Mientras su madre hacía estas declaraciones, Anita no hacía más que devorar con los ojos a Dragomira. La dueña de casa, en cambio, no prestó ninguna atención a la joven visitante; no era necesario. Con una simple mirada, Dragomira había abarcado la magnitud inconsciente y la fuerza de esa muchacha simple; con una única mirada había medido el peligro que podía llegar a amenazar sus planes. En ese mismo

momento también había comprendido que le sería muy fácil, quitarle esa niña al Conde Soltyk. Sin embargo, al mismo tiempo, se dijo que tenía que librar otra batalla por Zefim que se saldaba con la muerte o la vida. Esto último, con todo, le causaba cierta ansiedad por el resultado de la contienda.

Solamente en el momento de la despedida, cuando se estrechaban las manos, se miraron las dos rivales a los ojos, de manera inquisidora, con la intención cada una de traspasar a la otra de un solo vistazo. En ese momento tomaron la decisión de esbozar ambas una sonrisa que fue coronada con un beso.

Cuando al atardecer apareció el Conde Soltyk por la casa de los Oguinski, su primera pregunta fue: –Bueno, ¿cómo es ella?

La Señora Oguinska fue la primera en responder: –Por sobre toda descripción es peculiar y, al mismo tiempo, interesante.

–Pero sobre todo es verdaderamente hermosa –terció Anita.

Soltyk sonrió con desprecio. Pero a esto Anita exclamó: –¡No haga ese gesto! Mientras miraba a Dragomira, no hice más que pensar en Usted. Ustedes dos harían una pareja formidable.

La Señora Oguinska lanzó una mirada de reproche a su hija, mientras Soltyk seguía sonriendo.

–No sé, pero yo tengo la impresión... –siguió diciendo Anita con sus modos infantiles– ...de que Dragomira y Usted han sido creados el uno para el otro; y de que Usted ha de vivir un romance con ella.

–Bueno, ya ha oído Usted que Sesavin la considera la heroína de una tragedia.

–Bueno, se tratará de una tragedia, entonces.

## 22. La mirada del tigre

*“Es un desierto, sin límites,  
Un páramo yermo sin fuentes ni rosas,  
Afuera se yergue solo Dios como una pirámide, pero  
Ella se presenta solitaria, sombría, gris y sin vida”.*

ANASTASIOS GRÜN

El Conde Soltyk estaba a las puertas del teatro. Anita había presenciado la ópera también con su madre en el palco enfrentado al suyo. El pretendiente había hecho durante el entreacto las habituales visitas a las butacas que ocupaban las damas y también, al finalizar la función, las había ayudado, alzándolas hasta el alto peldaño del carruaje. Luego había decidido que no utilizaría su coche y, por eso, le había indicado a su cochero que volviera solo a la casa. Así Soltyk siguió a pie en la dirección de la muchedumbre que también dejaba el teatro y que se diseminaría por la ciudad. Se sentía excitado, intranquilo y, por ello, necesitaba cansarse y dejarse refrescar por el aire escarchado de la noche. Cuando se encontraba ya en la cercanía de su palacio, retomó sus pasos y dobló en una callejuela que conducía a la parte sombría de la ciudad, de callejuelas angostas junto al río.

Pronto Soltyk se encontró en un caos de casas angostas que le resultaban desconocidas y, entonces, erró al azar por regiones oscuras, donde pocos faroles echaban mínima luz de gas en un laberinto extraño. Tenía la sensación de que pronto le saldría al encuentro una

aventura; quizás él la buscara. De todos modos, puede decirse que nada atemorizaba a este hombre con unos músculos y nervios de hierro. En rigor, la aventura no tardó en llegar.

De repente, el silencio de la noche se quebró, pues se oyeron algunas palabrotas algo ahogadas a las que se sobreponía una risa vulgar de una mujer, cuya voz era cantarina y, al mismo tiempo, arrogante. Cuando el Conde se acercaba al lugar de donde venía el ruido, en la esquina de una calle vio, a la luz vacilante de un farol de gas roto, una figura femenina rodeada por un grupo de jóvenes, contra los que se defendía con sus palabras y su temeridad.

En el momento en que Soltyk apuraba sus pasos para acudir en auxilio de la mujer, ella acertaba a dar un fuerte golpe a uno de los atacantes, que así había caído al suelo. Mientras el resto del grupo se amedrentaba, la mujer había sacado un revólver del individuo caído y gritaba con una energía desahogada: –A quien se atreva a acercarse, lo haré saltar como un perro.

Soltyk se adelantó unos pasos a pesar de todo, y, quitándose el sombrero, dijo: –Permítame, Señorita, ofrecerle mi ayuda. Usted necesita protección, me parece.

–Yo he sabido defenderme sola... –contestó la dama en apuros, mientras sus ojos grandes y luminosos bajo el espeso velo acreditaban un especial interés por el Conde–, ...pero, con todo, acepto su ayuda. Deme, por favor, su brazo.

Entretanto el individuo que antes había caído al suelo, ya se estaba levantando, y sus compañeros se comedían a un nuevo ataque. Uno de ellos, entonces, gritó: –Ah, por eso era tan casta. Su corazón ya tenía dueño.

Mientras un segundo del grupo agregaba a su vez: –O, quizás, de repente encontró a un caballero que le gusta más.

Y un tercero, se apresuró a gritar: –¡Ah! Por lo menos hay alguien aquí que puede hacerse cargo.

–¿Hacerse cargo? –contestó Soltyk–. Pueden salir contentos si no se les pide cuentas. Dejen el paso libre, de lo contrario se encontrarán con mi puño.

–¡Aha!

El Conde no esperó una segunda provocación. Y después de algunas escaramuzas logró que los atacantes dejaran el camino libre. Uno de ellos yacía tirado en la nieve; otro al que le brotaba sangre de la frente se había apoyado contra una pared. Los restantes habían desaparecido.

Soltyk ofreció el brazo a la desconocida y la acompañó en la dirección que ella le indicaba. La esbelta figura que con una confiada majestuosidad caminaba junto a él le producía una especial impresión, que, por un lado, lo tenía sobre ascuas y, por el otro, le encantaba. Nunca había visto tanta dignidad en una mujer: ella era libre y se sentía segura como ninguna otra. De a ratos, Soltyk echaba una mirada de reojo a su perfil, finamente cincelado, a sus cabellos rubios, que sobresalían del pequeño gorro de astracán y le caían sobre los hombros. Cuando la mirada de Soltyk se encontró con la de su acompañante, le recorrió a él una sensación por todo el cuerpo, que le era completamente nueva. Por primera vez una mujer no provocaba en él ni su pasión ni su placer, sino que le hacía sentir que era su camarada, una compañera de camino que de repente él, el Conde Soltyk, había encontrado en el tráfago de la vida y que no podía permitir dejar marchar así como así.

En un cruce de calles, la desconocida se detuvo y dejó su brazo, mientras le daba la mano, para agradecerle su auxilio.

–¿Ya no me necesita? –preguntó el Conde con cautela, mientras sus ojos hablaban por él.

–Yo habito aquí muy cerca y, por eso, puedo hacer los pocos pasos que me restan sola.

–En tanto Usted lo ordene, no tengo más que obedecer –le contestó Soltyk–, ...aunque le confieso me asusta el hecho de no poder volver a verla.

–Usted volverá a verme.

–¿Puedo preguntarle ...?

–¡No, no! –le dijo la desconocida, dando por terminada la conversación de modo decidido y cortante–. Por hoy, esto quedará aquí. Dado que soy una muchacha de buena familia, que retorna de la visita a una amiga enferma, y fui atacada por una horda de vagabundos, le agradezco su protección, Conde Solytk.

–¿Usted me conoce?

–Sí. Lo conozco. Y ahora no quiero agregar nada más. Pronto tendrá más noticias mías. ¡Hasta la vista!

Solytk hizo un saludo con su sombrero, mientras ella desaparecía haciendo antes una elegante reverencia. Él la siguió con la vista y, enseguida, se golpeó la frente con las manos y murmuró para sí: “¿Acaso estuve ciego? Es ella, claro que es ella. Es esa muchacha extraña y temeraria de la que ha hablado Sesavin. Las mujeres de este calibre no se encuentran todos los días. Es la primera con la que me topo. Quizás sea para mi dicha o puede ser también para mi desgracia”.

El Conde rehizo el camino hacia su casa y, luego, se mantuvo sentado largo rato en su dormitorio sumido en sueños maravillosos, mientras en la chimenea se consumían los últimos leños.

A la mañana siguiente se despertó, habiendo tomado una decisión: “He de verla nuevamente”, se dijo. Y este pensamiento lo acompañó a todas partes adonde iba, en el club de equitación, en el club social, en la comida y hasta en casa de los Oguinski. Cuando Solytk llegó al salón de esa familia, ya estaba Dragomira allí. Ambos fueron presentados por la dueña de casa, pero era justo el momento que en Polonia se denomina “la hora gris”, cuando se acostumbra a sentarse y conversar sin las luces encendidas de gas. La sala íntima estaba solamente colmada por la luz plateada del ocaso, donde las siluetas, gracias a los pesados y oscuros cortinados, se tornaban todavía más inescrutables. En vano trataba el Conde con sus ojos nobles atravesar el velo, que cubría la siempre enigmática y fatal Dragomira. La nueva invitada estaba sentada a cierta distancia de él charlando con Anita.

Solo le fue posible adivinar los contornos de su figura; sin embargo, por otro lado, pudo percibir claramente los matices de su magnífica voz, llena de musicalidad. El Conde quedó prendado de esos sonidos que lo hacían soñar como en viejos cuentos de hadas que vinieran desde su infancia. ¿Acaso ya había escuchado en otro lado esa voz o era solo una ilusión?

Dragomira estaba ataviada sin joyas, pero vestía un fastuoso atuendo de terciopelo negro, que se cerraba en el cuello y las manos con encaje. Llevaba los dorados cabellos partidos en dos y anudados hacia atrás. La noble calma y elegante simplicidad de ese atavío hacía parecer todavía más atrayente la belleza de su silueta. Ella estaba hablando con Anita y, por eso, les daba prácticamente la espalda a los varones del grupo. Solo una vez ella giró lentamente la cabeza hacia el Conde y en ese momento fijó sobre él sus grandes ojos azules de manera inquisitoria.

El jesuita, entretanto, observaba con creciente inquietud la impresión que la muchacha visitante producía sobre Soltyk. Tampoco se le escapó al Padre Glinski que el Conde había estado esperando la menor oportunidad para acercarse a Dragomira; por eso, pudo escuchar la conversación de ambos.

–Cumplió Usted con su palabra –le dijo el Conde, en voz muy baja.

–Aprovecho la ocasión, Señor Conde, para comunicarle otra vez mi agradecimiento –dijo Dragomira, extendiéndole la mano.

–¡Oh! ¡Qué feliz me hace verla de nuevo!

En ese preciso momento se acercó también el Padre Glinski para decirle a la pareja: –Querido Conde, oiga Usted una verdadera historia de terror que hace un momento me han contado. Se ha relatado un suceso que ocurrió en la región de Kamienic Podolski. Parece que han encontrado en el bosque a una muchacha medio calcinada sobre una hoguera.

–¡Ah! ¡Qué horror! ¿Y quién puede haber llevado a cabo este acto? –exclamó el Conde, sumamente conmovido.

–Se supone que los así llamados Donadores Celestiales (o Apostadores al Paraíso) tienen la responsabilidad de ese operativo.

–¡Esa horrible secta! –murmuró Sesavin.

–¿Qué puede contarnos Usted de los principios y los ritos de esos *hashins*<sup>8</sup> modernos? –preguntó la Señora Oguinska, mirando al jesuita.

–En realidad, muy poco; sin embargo, algo más de lo que se oye por ahí.

–¡Oh! Entonces cuéntenos, sin más –le pidió Anita.

–¡Todo lo que sepa, todo! –exigió Henryka.

–No es mucho, como ya dije. Esta secta sabe mejor que cualquier otra que las atrocidades que comete en nombre de un Dios que nada sabe de ella y de sus acólitos deben cubrirse en las tinieblas y el misterio. A pesar de su constante pesquisa, nunca hasta ahora les ha sido posible a las autoridades conducir ante la justicia a los miembros de este gremio de sedientos de sangre.

–Quizás sea todo una leyenda –dijo el Conde.

–No. No se puede dudar de su existencia. Sus principios, creencias y operativos recuerdan a aquellos de los originarios estranguladores de la India. Como ellos, estos consideran la vida terrena como una expiación, que implica una tortura a partir de los pecados pasados, y creen que esos pecados solo podrán ser borrados por Dios, quien pronunciará así la eterna salvación, pero esta solo se alcanzará poniendo fin a esa vida con una muerte en forma de martirio. Aquellos que de buena voluntad se plieguen a la expiación más cruel, sufriendo el martirio bajo torturas incontables, ganarán méritos especiales. Aunque para los Donadores Celestiales no bastan las almas salvadas por esta vía. En su concepción es una obra meritoria también atrapar en sus redes a los que no se dejen atraer por sus horribles doctrinas, sino mediante astucias e inclusive violencia, de manera de entregarlos con su anuencia al cuchillo del sacrificio de sus sacerdotes; y, si esto no tiene éxito, en última instancia, darles ellos mismo la muerte a sus víctimas a la primera ocasión propicia. Por eso los Donadores Celestiales

---

8 La palabra se refiere a una secta muy cruenta originaria de Persia en la época de las Cruzadas cuyos actos estuvieron en la base de la etimología de la palabra "asesinos". (Nota del traductor)

están en todo momento a la caza de almas que servirán como nuevas víctimas. Una vez que han cazado a su presa, entonces la arrastran a sus guaridas, donde ella habrá de sufrir penitencia, según la magnitud de sus pecados, bajo innumerables torturas, hasta que se acerque el día en que la víctima será sacrificada por el sacerdote ceremonialmente ante el altar con la imagen del crucificado de fondo.

–Eso suena casi increíble –exclamó Sesavin.

–Confíe en que me he atenido a la verdad probada. Y todavía puedo contarles más cosas increíbles. Así como sucede con la mayoría de las sectas rusas, especialmente también entre los Dujobores<sup>9</sup>, entre los Refutadores de Impuestos, entre los Purificantes, así entre los Donadores Celestiales se considera a la mujer como un ser puro, mejor y de mayor calidad y, por eso, ella juega el papel más importante en esas comunidades. Dentro de estas sectas existen tres tipos de mujer: la Piadosa, que trata de congraciarse con el cielo a partir de la abstinencia y el martirio voluntario; la Cazadora de almas, que se dedica a hacer caer en la red a la víctima; y la Victimaria, que se consagra al culto sangriento y que en nombre de Dios masacra a los determinados a la muerte. De entre esas tres clases, la Cazadora de almas es la más interesante, como también la más peligrosa, pues ella vive entre nosotros, sin que tengamos sospecha de su misión, dado que su tenebroso fanatismo se disfraza bajo la máscara de una dama mundana.

Involuntariamente, como impulsada por un extraño instinto, al oír esas palabras Anita fijó su vista en Dragomira, quien hasta ese momento se había mantenido en la más completa calma, sin mostrar la menor perturbación. Sin embargo, en ese preciso instante la nueva invitada levantó lentamente sus grandes ojos azules y los posó en el Padre Glinski, pero esto sucedió de tal manera que produjo en Anita un estremecimiento. Había sido la fría mirada sedienta de sangre de un tigre. Nadie en la sala lo había notado, e inclusive si Anita por un

---

9 Los Dujobores o “Luchadores de Espíritu” fue una secta aparecida en los territorios rusos hacia 1700. (Nota del traductor)

momento hubiera descubierto la máscara que ocultaba secretamente a Dragomira, el hecho de que la visitante compusiera enseguida su rostro mostrando la mayor indiferencia hizo que esa faz imperturbable cerrara la posibilidad de cualquier lectura. Con todo, es innegable que Anita no pudo olvidar esa mirada feroz y, aunque no estaba en condiciones de darse cuenta de todo lo que implicaba, no pudo dejar de pensar, de manera angustiada y premonitoria, en el destino de Zefim.

## 23. ¿Hacia dónde?

*“¡Oh, mujer! ¿Cómo podré comprenderte?”*

MICKIEWICZ, *Pan Tadeusz*

–¡Por fin! –exclamó Zefim, cuando un atardecer visitó a Dragomira y la encontró en casa. El muchacho arrojó su gorra sobre la mesa y, así como se encontraba, con el abrigo puesto y la daga hacia un costado, se arrodilló ante la dueña de casa, para tomarle las manos y cubrirlas con ardientes besos. –¡Qué enormidad de tiempo sin verte! ¿Puedes hacerte cargo de que me estás torturando? ¿Dónde has estado? ¿Qué nuevas amistades has encontrado que son más apreciadas que yo?

Dragomira respondió con una sonrisa: –Creo que hace un día que no nos vemos.

–¡Tres días, Dragomira!

–Estás exagerando.

–Son tres días, y para mí, eso es una eternidad.

–Estuve cuidando a una enferma. Y, además, me tocó corresponder a la visita que la Señora Oguinska me hizo, acompañada de su hija.

–Ah, has trabado conocimiento con esas damas y las visitas. ¿Qué significa eso? ¿Cuáles son los planes?

–Ninguno. Amigo mío, yo no soy el tipo de persona a la que se la puede inducir en algo. ¿Dudas acaso de mi independencia, de la fuerza de mi voluntad?

–No. En lo más mínimo, pero me siento un poco intranquilo, no sé por qué. Allí seguramente te encontraste también con Solyk.

–Por supuesto.

–¿Y qué impresión te ha dejado?

–Absolutamente ninguna. Pero ponte de pie, puede entrar la tía o cualquiera y no quiero que te vean de rodillas.

Zefim obedeció, tiró el abrigo lejos y se desabrochó la daga; luego se sentó enfrente de Dragomira y le dijo: –¡Qué bella se te ve!

En realidad, sobre el aspecto de Dragomira ese día se enseñoreaba la magia de un aroma especial con un indescriptible atractivo, como el que sobrevuela un paisaje primaveral, cuando la naturaleza se halla abriendo sus capullos. En cierto modo, eclosionaba la primavera en ella, pues estaba enamorada.

Dragomira sentía, en efecto, algo que nunca antes había sentido. Se trataba de un enigmático temblor, una indeterminada nostalgia; eso que nos hace dolorosamente felices y nos depara tan dulces torturas. Además, en el amplio recinto se percibía un perfume espeso y casi narcotizante, lo que iba acompañado por una iluminación tenue que ayudaba a realzar la impresión de encantamiento. La luz verde de la lámpara que descansaba sobre la mesa confluía con los reflejos rojizos del fuego de la chimenea, dando al conjunto una magia especial sobre los cojines generosos del diván, sobre los cortinados y sobre las alfombras cuyos maravillosos estampados floridos parecían saltar a los ojos. Dragomira, por su parte, llevaba puesto un vestido blanco con larga cola, que se ajustaba a su talle con una cinta azul mate; mientras que una banda del mismo color ceñía sus dorados cabellos rubios, dejándolos escapar, sin embargo, hasta los hombros.

Sobre las puntas de sus pies relumbraba una luna en cuarto creciente, que alguna esclava de un harén había bordado sobre el terciopelo azul de sus babuchas turcas.

–¿Me amas todavía? –preguntó Zefim, después de contemplarla largo rato con admiración.

–Sí –le contestó Dragomira en un tono que parecía venir del fondo de su alma y que no dejaba lugar a dudas–. Sí. Te quiero, te quiero a ti solamente. Tú eres el primero al que amo, y también el último.

–Gracias –le dijo Zefim, besándole las manos–. Tengo la esperanza de que alguna vez me pertenecerás, de que me entregarás tu mano.

–Sí. Alguna vez... pero no inmediatamente.

–¿Qué es lo que te detiene?

–Nos amamos, y esto representa una dicha; pero también un peligro. Para el matrimonio hace falta algo más que amor; hay que estar seguro de que uno concuerda, de que uno quiere vivir siempre junto al otro.

–Sí. Es cierto.

–No podemos dejarnos llevar solo por nuestras sensaciones o por nuestros deseos con los ojos cerrados, sin preguntarnos hacia dónde finalmente llegaremos.

–¿Hacia dónde? Sí, esta pregunta nos la formula la vida una y otra vez, sin poder contestarla nunca. La totalidad de la existencia se concentra, al fin y al cabo, en esta acuciante cuestión: ¿hacia dónde? Y la respuesta que finalmente nos será dada, una vez que hayamos cerrado los ojos y ya no podamos percibir ninguna voz redentora, es: ...hacia la tumba. ¿Hemos de esperar tanto tiempo, Dragomira?

–¡No! ¡No! Por supuesto que no –la muchacha se asustó y todavía se estremeció otra vez, cuando Zefim le pasó sus brazos alrededor del cuerpo y la abrazó. Entonces dijo tímidamente en un susurro apenas audible–: ¡No me toques, por favor!

Zefim retrocedió y la observó con un asombro casi infantil, mientras trataba de leer en sus ojos lo que sucedía. Eso fue imposible, pues un oscuro velo había cubierto al alma de Dragomira. El muchacho no sabía cómo descifrarla; aunque se torturaba tratando de entenderla. Sin embargo, no podía avanzar en esto ni un solo paso.

–Mañana ya tengo hecho un plan de salida –dijo ella, después de una pausa–. ¿Quieres acompañarme?

–Por cierto. ¿Adónde?

–Hacia Meshkov, y será a caballo.

–¿A pesar de la escarcha que cubre los caminos?

–¿Por qué no?

–Haremos lo que tú desees.

En ese momento entró Cirila ajetreada con la preparación del té. Hablaron, entonces, de temas sin trascendencia, sobre teatro, sobre política, sobre el circo de las fieras y sobre la novedad de las mujeres que pretendían estudiar en la universidad. Cuando Zefim estaba por despedirse y Dragomira lo acompañaba hasta el comienzo de la escalera, sin que él lo notara, desde la oscuridad brillaron, como al acecho, dos ojos que se concentraron enfocados en la figura del muchacho; eran tan amenazantes como los ojos de un lobo. Una vez que Zefim ya había salido, surgió de las sombras profundas la judía. Ella y la dueña de casa se dirigieron al salón.

–¿Te has fijado bien en él? –preguntó Dragomira.

Raquel asintió. –¿Serás capaz de reconocerlo? –continuó diciendo la muchacha.

–Claro que sí. A un hombre como este no se lo olvida así como así.

–Escucha, entonces, lo que voy a decirte. Quiero que me tengas informada de cada paso que dé este muchacho, cada paso. ¿Lo entiendes bien? Vas a observarlo tú, pero también lo seguirá tu gente.

–Como Usted ordene.

–Por lo demás, ¿hay alguna novedad?

–Sí. Cuando mañana se encuentre con el Apóstol en Meshkov, dí-gale que el Comisario de Policía estuvo en la taberna roja y que me interrogó.

–¿Sobre qué?

–Quería saber si Pikturmo me frecuentaba y si allí no se había encontrado con una dama foránea.

–¿Y tú que le contaste?

–Que yo conocía bien a Pikturmo y que estaba perdidamente enamorado de mí; y que por ese lugar nunca llegaban damas.

–Muy bien. Sin embargo, esto nos pone sobre aviso para ser más cuidadosos en el futuro.

–No habrá ningún error. Mi cabeza está en juego tanto como la suya. Le deseo ahora las buenas noches.

–Buenas noches.

Al mediodía siguiente, a la hora señalada, Zefim se encontraba a caballo, acompañado de un servidor, delante de la casa de Dragomira. En ese momento se oyó el ruido de una ventana al abrirse. Un bello rostro juvenil se asomó por ella, sonriendo; pero enseguida desapareció. Al poco rato, apareció de nuevo Dragomira, vestida con ropa de montar y un pañuelo azul al cuello. Llevaba puesta también una chaqueta corta de la misma tela del vestido, pero adornada con piel negra. Cubría su cabeza un gorro de piel redondo que se completaba con un velo negro. Su atuendo terminaba en unos guanteletes y ella aferraba en una de sus manos un rebenque.

–¡Qué día maravilloso!

–Pero frío.

–Cabalgando entraremos en calor.

Barijar acercaba, entretanto, el caballo para Dragomira. Zefim descabalgó y la ayudó a montar. Ella se puso ágilmente en sus manos y saltó con un movimiento principesco sobre las ancas de un animal arrogante y fogoso. Zefim la imitó. Luego ambos cabalaron por las calles tranquilas de la ciudad. Los amantes intercambiaron pocas palabras. Dragomira miraba todo con curiosidad. Todo parecía regocijarla, tanto los locales luminosos como la gente emperifollada, los campesinos borrachos como los judíos comerciantes en sus *kaftanes* negros, que como cuervos sobre la nieve dieran saltitos aquí y allá.

Cuando finalmente salieron al campo, Dragomira alzó la cabeza con orgullo y señaló, en una especie de salvaje alegría, la plenitud del amplio espacio nevado, que de golpe se les abrió a la mirada con un brillo que enceguecía con sus millones de pequeñas chispas de luz. Luego se entregaron a una marcha más rápida; y como en un vuelo atravesaron aldeas y arboledas, pasaron a lo largo de un infinito bosque sombrío y de un río, que parecía una serpiente diamantina, entre sauces desgajados, entre algunas tumbas de próceres y molinos.

A la distancia se apelotonaba la niebla, enviando velos blancos que el sol bordaba con ascuas de oro. Los cuervos volaban en bandadas de forma silenciosa atravesando el aire o se posaban sobre los árboles invernales del camino, al acecho por alguna presa.

Detrás de las nubes ardía una llamarada roja, como la luna llena cuando se asoma sobre la línea del horizonte. Una sola vez se cruzaron con una campesina que iba en un trineo miserable arrastrado por tres caballos flacos y conducido por un jovencito adolescente. La campesina iba acomodada sobre haces de paja, mostrando su bronceado perfil romano y abrigada con una piel de oveja cosida y teñida de varios colores, sintiéndose como sobre un trono de gran señora.

–Es increíble el grado de arrogancia que se puede encontrar en una mujer rusa –dijo Zefim.

–Yo diría que más que arrogancia, lo que se encuentra es una enorme fuerza. La mujer rusa parece a la primera mirada una odalisca, pero, en el fondo, es una amazona de la época de los escitas. No conoce el miedo ni el agotamiento y, si es necesario, no tiene misericordia.

Cuando iban llegando a Meshkov, aminoraron la marcha. Dragomira dijo, entonces: –Voy a permanecer aquí hasta el anochecer. ¿Quieres quedarte en la taberna hasta que tenga necesidad de ti?

–Como tú ordenes.

Ya estaban muy cerca de la importante finca de otrora. De repente, Dragomira detuvo su cabalgadura y ordenó en voz baja: –Da ahora media vuelta y déjame sola.

Zefim tuvo tiempo de descubrir en la explanada de la finca a un hombre vestido con un largo y oscuro abrigo de pieles que se asemejaba a los de un rabino. Tuvo la impresión de que ya había visto a ese personaje. Sí, era el mismo que una vez se había presentado en el jardín de Dragomira y le había proporcionado una sensación sumamente extraña, casi siniestra.

–¿Quién es ese hombre que te aguarda? –preguntó Zefim.

–Un sacerdote. No me preguntes más. Espérame en la taberna. ¡Adiós!

Mientras Zefim se dirigía a la taberna del camino en su caballo, Dragomira se apeó del suyo ante el portón de la antigua finca. Un anciano con ropas campesinas la estaba esperando y se hizo cargo de su cabalgadura. Ella entró al patio, donde salió a recibirla el Apóstol.

–Me lo habías ordenado. Y aquí estoy –dijo Dragomira.

–Te he llamado para que me rindas cuentas de tus movimientos. Pero entremos primero a la casa. Ven.

El Apóstol avanzó primero y ella lo siguió, en señal de humildad. El recinto al que entraron era enorme y estaba habitable. Los muebles eran los mismos que los de su antigua patrona. Una lámpara con pantalla roja que estaba sobre una mesa entre las dos ventanas alumbraba solamente los objetos cercanos a ella de modo directo, pero en el resto de la sala reinaba una penumbra espectral.

El Apóstol se sentó en una silla cercana a la gran estufa holandesa; su rostro bello y ligeramente coloreado se distinguía contra el fondo oscuro de la decoración y contra el suave abrigo de pieles negro que cubría al sacerdote casi enmarcándolo con su brillo y otorgándole suma dignidad. Sus pies se apoyaban sobre una alfombra hecha con piel de oso. En sus manos relucía un anillo en el que se destacaba una piedra roja, tan roja como una gota de sangre.

Dragomira permaneció de pie frente a él y le rindió su informe. El Apóstol oyó su declaración de modo distendido pero atentamente; y cuando ella hubo terminado, hizo una señal de asentimiento y satisfacción.

–Yo no había contado con un éxito tan repentino. Tenemos que proseguir con sumo cuidado. ¿Tienes algo más para decirme?

–Tú has adivinado. Nada puede escapar a tu mirada. Puedes mirar hasta el fondo del alma.

–¿Quieres confesarte?

Dragomira no contestó, pero se hincó de rodillas y se largó a llorar con un llanto tenue y persistente.

## 24. La confesión

*“A la belleza le fue otorgado un poder tan grande,  
Que, atado a ella, el hombre entrega la tierra”.*

SPENCER

–Habla. ¿Qué atormenta tu corazón? –con dulzura instó el Apóstol a Dragomira a hablar, poniéndole la mano sobre la cabeza.

–Soy una terrible pecadora.

–Quizás te equivocas. No podemos hacer nada contra la voluntad de Dios. ¿Qué es lo que te angustia? ¿Qué te atormenta, muchacha? ¡Dilo!

–Estoy enamorada.

La confesión salió de los labios de Dragomira como un soplo. Allí estaba ella, inclinando su hermosa cabeza y con las manos plegadas en su pecho a la espera de un veredicto mortal por su infracción.

–Ya lo sabía. Y lo sabía ya cuando tú todavía no tenías ninguna sospecha –dijo el Apóstol con suavidad.

–Mi culpa es grande. De eso soy completamente consciente. ¡Júzgame! ¡Castígame! Me lo merezco. Y quiero expiarlo con mi propia vida, si así lo ordenas.

–¿Cómo podría juzgarte si carezco de la investidura necesaria para ello? ¿Cómo puedo castigarte, cuando no ha habido lugar de un hecho delictuoso? La voluntad de Dios acontece siempre y en todas partes y nuestro cometido es plegarnos a ella. Sería temerario querer reconocer sus alcances. Tú no has buscado este amor como se busca

una alegría, un goce. Él se apropió de ti, contra tu voluntad, como una fatalidad. Has luchado en contra de él y eso te está causando solo dolor y angustia. ¿Puede ser penado tal tipo de sentimiento? Dios te lo ha concedido. Nosotros no estamos en condiciones de reconocer por dónde conducen los caminos de su sabiduría. Nuestro cometido es aceptar sus consejos. Tú no has pecado, Dragomira. Yo te absuelvo.

–¿Acaso me será dado seguir amándolo?

–Sí.

–Él no se contenta con eso, sin embargo. Quiere obtener mi mano. Y no cesa en sus propósitos de ninguna manera. Hasta ahora lo he detenido con distintos pretextos. ¿Qué debo hacer si me insta a tomar una decisión más terminante?

–No existe ninguna ley dentro de nuestros sagrados preceptos que te prohíba devenir su esposa.

–Sí, sí, pero contéstame, quiero tu propio juicio. ¿Debo corresponder a su deseo sí o no? Nunca haría algo que tú no avalaras.

–Haz lo que tu corazón te dicte, tórnate su esposa, pero salva su alma y la tuya, cuando llegue el momento.

–Eso haré.

–Y sigue cumpliendo tu misión como hasta ahora.

–Nunca dejaré de lado nuestros preceptos. Nunca desdeñaré tus mandamientos. Nunca abandonaré la misión que se me ha encomendado.

–¿Cómo vas a hacer confluír los deberes propios con los de tus obligaciones frente a tu esposo?

–Siendo sincera con él.

–¿Lo convertirás a nuestra fe?

–Tengo esperanzas de lograrlo.

–Pero hasta tanto, guarda tu secreto tan escondido como hasta ahora.

–He jurado sobre ello y lo sostendré. Si realmente me ama, tendrá que tenerme confianza, sin ningún remordimiento, dejándose guiar ciegamente por mí. En el caso de que no consienta, de que en un mo-

mento determinado se aparte, entonces será mejor que nuestros caminos se separen para siempre.

–Así es. Veo que sigues animada por el verdadero espíritu de nuestra comunidad y, por eso, nunca vas a errar. Dios te ha bendecido y elegido para cumplir grandes tareas. Por ese medio conseguirás las enormes alegrías del Paraíso y la comunión con los Santos. ¡Ponte de pie, ahora!

–Hace mucho tiempo que no participo en un servicio divino. ¿Cuándo me será permitido rezar y realizar actos de piedad de nuevo junto con mis hermanos y hermanas?

–Ya he pensado en eso. Te mandaré llamar oportunamente cuando nos dispongamos a rogar el perdón por nuestros pecados y nos dediquemos a glorificar a Dios. Permanece siempre lista. Te lo comunicaremos una vez que llegue el momento.

Dragomira salió del salón y en el pasillo encontró a una vieja servidora que la condujo a un cuarto más pequeño para que allí se acomodara. Después de un rato, la vieja apareció de nuevo con comida y bebida, así como con una túnica con la que debía presentarse ante el altar.

Cuando ya había oscurecido completamente, se oyó el restallar de un látigo y el sonido de campanillas. Figuras oscuras cruzaron el patio y, luego, en los corredores de la casa se percibió el ruido de pasos que se movían lentamente. Finalmente apareció la vieja de nuevo para comunicarle que todo estaba dispuesto. Así conducida por ella, entró Dragomira en otra sala en la que se hallaban reunidas unas treinta personas, hombres y mujeres. La congregación entera se encontraba rezando de rodillas. En el medio de la pared principal se divisaba un altar muy sencillo, sobre el que se enseñoreaba el crucificado.

Dragomira permaneció en la entrada, sumida en su callada devoción y con la cabeza inclinada hacia las tablas del suelo, hasta que apareció el Apóstol, acompañado de dos hermosos adolescentes, y subió los peldaños del altar. Desde allí el sacerdote se dirigió a la pequeña asamblea, exhortándola, con severas y elevadas palabras, a despertar del sueño de la vida, haciendo penitencia, con arrepenti-

miento y sufrimiento. Todos los presentes estaban vestidos con largas túnicas grises ceñidas con simples cordeles. Cuando el sacerdote había girado nuevamente hacia el altar, él mismo comenzó a cantar un salmo piadoso, de modo tal que la comunidad pudiera seguirlo con su canto. Algunos se golpeaban el pecho con el puño, otros hacían caer sus cabezas contra las tablas del piso. Finalmente se puso de pie un anciano corpulento y se echó con su cuerpo en forma de cruz delante del altar, exclamando: –¡Vosotros, hermanos y hermanas, y tú, sacerdote de Dios, ayudadme a purificarme de mis pecados, salvad mi alma ante Satanás, salvad mi alma de la perdición eterna!

Acto seguido, empezaron a levantarse también otros practicantes, mientras el propio Apóstol dejaba el altar. Los dos jovencitos ayudaron a poner al descubierto los hombros de los penitentes y en ese momento el sacerdote puso sus pies sobre la nuca de uno de ellos y lo pisó tres veces, diciendo: –¡El Señor nos perdone a mí y a ti, bendiciendo nuestra humildad!

Después uno de los muchachitos le alcanzó al Apóstol un látigo para que el sacerdote golpeará con él tres veces a quien estaba extendido a sus pies, diciendo: –Recibid estos golpes que el Santo Jesucristo, el Hijo Elegido de Dios, ha recibido por ti, y Dios quiera que ese que ha cargado con los pecados del mundo, cargue también con los tuyos.

Después, de modo ordenado, cada uno repitió el mismo rito con quien estaba todavía en el suelo. Cuando el primer penitente se alzó de su lugar frente al altar, otro repitió la misma ceremonia, arrodillándose allí. Se trataba de un hombre bastante joven con un rostro pálido y fantasmal de donde sobresalían, con una mirada confusa, unos ojos ardientes y que parecían afiebrados. Este practicante de golpe gritó: –¡Coronadme con espinas, como una vez fue coronado nuestro Salvador! ¡Golpeadme el rostro! ¡Ofendedme! ¡Hacedme sufrir todos los martirios, como los sufrió el Santo para salvarme!

Algunos hombres ya se habían liberado de los cordeles que llevaban atados a la cintura y con ellos le unieron al penitente las manos a la espalda. Apenas habían hecho esto, surgió una muchacha de la

asamblea con una corona de espinas y se la apretó contra las sienes. Enseguida una serie de manos se apresuraron a infligirle al penitente los mayores martirios, hasta que a la víctima empezó a manarle la sangre de la frente. Otro tercer penitente se hizo atar a la cruz, mientras otros le herían el costado con una lanza. Una mujer de avanzada edad, sin proferir una palabra, hizo que le grabaran con un hierro ardiente la imagen de Cristo en las manos y en los pies.

Lentamente en la comunidad se fue expandiendo una atmósfera de éxtasis piadoso y todos se postraron de rodillas para rezar. El Apóstol volvió a su puesto frente al altar por segunda vez y exclamó dirigiéndose a la asamblea: –Ahora que en cada uno de vosotros surgió el arrepentimiento y se expandió la penitencia, alegrémonos de la gracia de Dios y alabemos al Señor.

Con un movimiento brusco el Apóstol se despojó de la túnica sacerdotal para dejar a la vista un largo atuendo blanco que lo hacía parecer un ángel. Todos se levantaron ahora al mismo tiempo, dejaron de lado la túnica gris de la penitencia y se irguieron, como su sacerdote, en atuendos blancos. Las muchachas se adornaron con flores, mientras distribuían entre los practicantes ramas verdes de arroz que debían pasar a servir como ramas de palmas. Ahora toda la comunidad entonó un canto de alabanza. Las jóvenes tocaron los címbalos y tamborines, mientras ejecutaban frente al altar una especie de danza.

Era ya noche cerrada, cuando Dragomira detuvo su cabalgadura delante de la taberna y golpeó con su rebenque en una ventana. Zefim se precipitó hacia afuera y la saludó, mientras su servidor preparaba su montura.

–¿Estás contenta con el éxito de tu visita? –le preguntó él.

–Sí. Y espero que tú también lo estés.

–¿Cómo he de entender eso?

–Ten un poco de paciencia y pronto has de enterarte de todo.

Después de que Zefim hubo montado, los dos caballos iniciaron un firme galope continuando hacia la ciudad. El servidor los seguía a

cierta distancia. A medio camino, Dragomira aminoró la marcha de su cabalgadura y Zefim la imitó.

–Tengo muchas cosas que contarte.

–¿De buen o mal augurio?

–Eso depende de ti, Zefim.

–Siempre nuevos misterios.

–No. Esta vez quiero hablar contigo tan abiertamente como no lo he hecho nunca antes. Pero antes quiero que me digas si me amas.

–No hace falta que me lo preguntes.

–¿Y quieres hacerme tu esposa?

–Sí.

–Entonces tómame. Te pertenezco.

–¡No puede ser! ¿Lo estás diciendo en serio? ¡Ay! ¡Qué feliz soy! Apenas puedo creerlo.

–Quiero seguirte al altar, pero bajo ciertas condiciones que tú puedes aceptar o rechazar, según lo desees.

–Acepto todas las condiciones.

–Escúchame primero. ¿Te acuerdas de cómo sucedía en los antiguos cuentos de hadas y en viejos sones campesinos que a menudo aparecía un espíritu, del que no se sabía si era un demonio o un ángel y que podía propiciar, a cambio de algunos servicios, su protección y su ayuda? Si yo fuera un ser de ese tipo, ¿serías capaz de aceptar ponerte bajo mi guía?

–Sí, porque tú eres mi ángel.

–Yo te amo, Zefim, –siguió diciendo Dragomira– y, por eso, no solo quiero hacerte feliz en la tierra, sino también en el cielo, en la medida de mis posibilidades; pero también quiero salvar tu alma y ayudarte a ganar ese cielo.

–¿Entonces perteneces a una secta, como yo me lo sospechaba?

–Si tú me quieres tener por esposa –continuó diciendo Dragomira, sin prestar atención a lo que le había preguntado Zefim–, tienes que recorrer el camino que yo te señalaré. Te llevará a la dicha; y, cuando

llegue la hora, ese sendero se abrirá hacia la salvación y la eterna bienaventuranza.

–Aceptaré todo lo que tú quieras, Dragomira.

Ella fijó su vista sobre él de manera significativa, con una mirada que estaba cargada tanto de amor como de compasión, pero se quedó callada.

Después de un rato, Zefim retomó la conversación: –Tú querías decirme algo más.

–Sí. Que no deberías importunarme con pequeñeces.

–Nunca. Te lo juro.

–¿Y tampoco te pondrás... celoso? –dijo Dragomira, acompañando sus palabras con una sonrisa.

–¿Celoso? ¿De quién?

–Del Conde Soltyk, por ejemplo.

–Otra vez un nuevo enigma, bella Esfinge.

–No me hagas preguntas –aclaró Dragomira con tono de suprema majestuosidad–. Yo no exijo ni tu amor, ni tu confianza. Estoy dispuesta a rechazar absolutamente todo. Si tú no confías en mí, entonces márchate. Ahora es el momento y yo no te detendré. Pero si, en cambio, me amas y quieres ganarme y que te pertenezca, entonces tendrás que obedecerme ciegamente. Ante ti se yergue ahora la elección, pero solo ahora. No será más adelante. Más adelante he de exigir de ti, lo que todavía es tu libre albedrío. Piénsalo, por eso, muy bien. Sopesa absolutamente todo y, luego, decídete.

–Yo ya he tomado mi decisión. Nada en el mundo habrá de separarnos.

Dragomira no contestó a esto y así cabalgaron ambos de manera silenciosa bajo la festiva bóveda celeste cubierta de estrellas.

## 25. La Venus de Hielo

*“Si en mí hubiera una pizca de buen sentido,  
Derrotaría a este hombre”.*

MORETO

El Conde Solytk había invitado a la más elegante sociedad de Kiev a una velada en su palacio con algunos exquisitos enmascarados. Todos los corazones juveniles latían con alegría ante el evento, aunque también los caballeros y damas en la madurez esperaban la velada con ansiedad, pues se sabía que en ese ambiente no solo se podría encontrar brillo y opulencia, sino también una decoración original y casi bizarra, acompañada de una serie de atrayentes sorpresas.

Cuando hacia las ocho de la noche empezaron a llegar los primeros carruajes y el dueño de casa, en impecable atuendo parisiense, había impartido las últimas órdenes, parecieron conjugarse todas las zonas de las estaciones del año, de modo que todos los amplios y confortables recintos del palacio se transformaran en una especie de cuento de hadas con sus primaveras, veranos, otoños e inviernos.

El Conde se erguía en lo alto de la espaciosa escalinata de mármol para recibir a sus huéspedes a los que ponía en las manos de su pariente, el Señor de Taraievich, del Padre Glinski y del mayordomo, quienes los conducían al interior del palacio. Los recién llegados se sentían magníficamente deslumbrados y, por ello, no se oían a cada paso más que exclamaciones de asombro y de entusiasmo.

En un momento dado, uno de los cosacos de la servidumbre dio la señal convenida con su silbato de plata, de modo que Soltyk se apresuró a descender algunos escalones para recibir abajo a la familia Oguinski y conducir a esos huéspedes personalmente hacia el interior de su morada. Con los Oguinski había llegado también Dragomira; y por ello el Conde le agradeció su presencia con algunas palabras de cortesía y luego le ofreció el brazo a la Señora Oguinska. El Señor Oguinski, por su parte, le dio el brazo a Dragomira y Anita subió, en cambio, escoltada por Sesavin.

La escalinata estaba adornada con espléndidas plantas y flores y se podía subir cada peldaño, pisando alfombras persas y también pétalos que manos de hada parecían haber diseminado previamente. La atmósfera así creada al entrar era de un colorido y un aroma que daban agradable calidez al aire.

La Señora Oguinska portaba un atuendo de terciopelo negro que estaba adornado con todas las joyas familiares. Por lo demás, su figura estaba enfundada en una inmensa capa de martas cibelinas. Anita deslumbraba con su atuendo parisiense que se definía en un vestido de *crêpe* dorado, recamado con hilos de oro. Su aparición culminaba con una cola de terciopelo dorado, forrado de satén amarillo pajizo que por la parte superior exhibía un hebillado en oro. Además, la faja que sostenía la cola era de *moirée* con franjas de oro. El adorno más espectacular de esta vestimenta estaba dado, sin embargo, sobre la cola del atuendo donde una nube de pequeños colibríes parecía revolotear con su plumaje diamantino. Entre los cabellos oscuros Anita se presentaba con un tocado de colibríes y brillantes hebillas de diamantes. El extraordinario conjunto se completaba con una capa de pana en color rubí, forrada de zorro azul y plumas de colibrí, cuyo orlado brillaba como con piedras preciosas.

Dragomira, por su parte, portaba un vestido de *crêpe* rosa adornado con plumas de marabú del mismo color. La cola era de terciopelo también rosado, forrada con pana y bordado con ramos de las mismas flores. Alrededor del cuello se exhibía un collar de perlas de siete

vueltas. Sin embargo, la prestancia de esta diosa Juno se la daba la verdaderamente principesca capa de pana rosa, forrada de armiño y generosamente bordada.

Después de que las damas dejaran sus abrigos, Solyk las condujo atravesando el vestíbulo, rebosante de pinturas y esculturas, hacia el gran salón, que había sido transformado en una especie de cuento de hadas primaveral. Las paredes habían sido tapizadas con plantas verdes y flores, mientras que las columnas parecían árboles con todo tipo de capullos. Entre los arbustos artificiales se oía el rumor de las fuentes, en cuyos estanques se cruzaban peces dorados y plateados, y detrás de las paredes de verdor gorjeaban sin cesar las bandadas de aves canoras. Una orquesta invisible tocaba, a todo esto, una polonesa de Chopin, entre cuyos sonidos dulces y melancólicos se paseaban, charlando y tejiendo intrigas, los caballeros vestidos de etiqueta y las damas elegantes.

El enorme salón de baile que poseía un embriagador perfume estaba rodeado por cinco salas pequeñas que representaban, al mismo tiempo, cinco partes de la tierra gracias a su delicada decoración. Había otros lugares con rincones para aquellos que quisieran aislarse del ajetreo social y también un pasillo que comunicaba con un descomunal *buffet* con refrescos y delicadezas de todas las regiones del mundo. Por otro lado, atravesando ese comedor, cuyas mesas aparecían cargadas de frutas y manjares y sus paredes adornadas con cabezas de animales, con armas y objetos de caza, se llegaba de nuevo a la antecámara, donde algunos servidores del palacio tenían la misión de guardar los abrigos de los huéspedes.

Justamente Solyk en el vestíbulo se había preocupado de volver a ayudar a algunas damas a ponerse sus cálidos abrigos de pieles con el fin de salir a las terrazas. A los pies de los invitados se extendía el vasto parque, donde, en atractivo contraste con el salón de baile, se abría a la vista un mundo de cuentos maravillosos o, mejor, un cuento de hadas invernal. A los lados de las terrazas dos figuras alertas de osos disecados sostenían en sus poderosas garras antorchas encendidas.

Una vez que Soltyk y sus huéspedes dejaron atrás la iluminación sostenida por los osos para internarse en una amplia alameda, llegaron por ese camino a la zona del parque que tenía sus especies transformadas en pinos de Navidad. En cada rama de los pinos se habían colocado velas de porcelana que irradiaban sus llamas fantasmagóricas de mecheros de gas. Por ahí se podía marchar, entonces, como en un sueño, pisando unas alfombras hechas con suaves pieles de venado, que cubrían el suelo escarchado, y flotando en una mar de difusa luz. Entretanto, el aire se notaba como embalsamado por la conjunción del olor de la resina y el velo de una neblina rosácea.

Al final de la alameda se encontraba también un fabuloso estanque, cuyas orillas estaban especialmente recubiertas de pieles. En el estanque propiamente dicho una luz irisada anunciaba sobre su superficie helada un templete hecho de bloques de hielo, como el famoso palacio helado que, en la época de la Zarina Ana, la emperatriz se había hecho levantar sobre el Nevá. En ese templete se podía ver un enorme altar con flores que cubrían una estatua de la diosa del amor hecha en hielo. Alrededor del estanque se divisaba el gozoso ajeteo de los trineos, de los cuales uno era arrastrado por perros siberianos y dirigido por un esquimal, y el otro por otra raza de perros enormes, a cuyo frente estaba un nativo de Kamchatka. Desde una tribuna de madera que se hallaba sobre el hielo cubierta de ramas de pino se oían los acordes de un coro de disfrazados con pieles de osos polares que cantaban suaves melodías, mientras una guirnalda de enmascarados como delfines de hielo escupía sin interrupción ardientes llamaradas, formando un círculo flameante sobre el borde del estanque. Todo el conjunto poseía una iluminación feérica, pues el templete por momentos se veía brillando como una construcción de diamantes tocados por la luz.

Mientras la música y la alegría de los grupos corales creaban un caos de superposición de sonidos con cierta originalidad, en la espesura de la arboleda había pequeñas cabañas de pieles que invitaban a las parejas de amantes a encontrarse en un calor acogedor, prome-

tiendo un momento de paz y dicha. Así llevado por las olas de los juegos de los enmascarados, el Conde se vio separado de los Oguinski, pero de repente descubrió a Dragomira, la que también se hallaba sola de pie al borde del estanque, pero con la mirada en actitud de búsqueda de alguien en el gentío.

–Parece que Usted ha perdido a su acompañante –le dijo Solytk, acercándose–. ¿Me permite que le sirva de escolta?

Dragomira tomó del brazo a Solytk sin ninguna vacilación, mientras el anfitrión le indicaba, con una sonrisa, la figura de hielo en el templete, diciéndole en voz baja: –Allí tiene su propio reflejo.

–¿Por qué se le ocurre esa comparación?

–También Usted es una Venus de Hielo.

–Ah, querido Conde, Usted parece no saber qué rápido se funde el hielo, cuando llega el calor de la primavera.

–Sí, por cierto. Pero ¿dónde está ahora el calor primaveral con su aliento tibio que debe a Usted vencerla?

–La verdad es que conozco ese poder solo de oídas, aunque sé que ese mago tiene poder sobre todos los corazones.

–¿No se tratará, en realidad, de una maga?

–Sí. Si Usted lo prefiere.

–Me refiero a la pasión.

–Sí.

–Aunque creo que Usted no ha nacido para sentirla.

–¿Por qué lo dice? Hasta yo misma creo eso.

–Usted no posee un corazón.

–Sí, pero es un corazón de hielo.

–¡Oh! ¡Si yo pudiera darle mi calor! –le dijo Solytk con una mirada que parecía echar llamas.

–¿Usted? Usted parece jugar con las mujeres y yo no soy un juguete.

Solytk se sintió tocado y se mordió los labios. En ese momento se acercaba Anita, y, por ello, la conversación llegó a su fin. Dragomira tomó el brazo de Anita y las dos muchachas volvieron al vestíbulo con el fin de dejar sus pieles y mezclarse con la gente en el salón de baile.

Mientras tanto, Dragomira pensaba que el Conde estaba ya rendido a sus pies y que, por eso, no costaría nada conquistarlo. Sin embargo, no era solo conquistarlo. Había que ir más lejos. Por eso, hacían falta tanto astucia y cautela como coquetería. Todos estos elementos debían ir de la mano. A Solyk parecía excitarlo y cautivarlo más la resistencia que cualquier otra cosa. "Pobre Conde, yo lo veo una presa tan fácil, que su conquista me deja imperturbable."

Cuando Dragomira se hallaba razonando así consigo misma, divisó a Zefim, quien muy solitario se apoyaba contra una columna. Enseguida se le ocurrió a la muchacha un pensamiento gracioso y, aprovechó el momento en que otro bailarín monopolizaba a Anita, para deslizarse rápidamente fuera del salón, con un movimiento brusco como el de una serpiente.

En el corredor se encontraban junto al vestíbulo otros cuartos pequeños para quienes quisieran disfrazarse durante la fiesta. Dragomira hizo una señal a Barijar, quien también estaba a disposición suya entre los otros servidores vigilando una gran canasta de su ama. En el momento en que ella quería entrar a uno de los gabinetes, la apresaron dos brazos delicados de modo cariñoso, mientras Henryka le sonreía con sus ojos azules que expresaban suma picardía. –Por fin, la pesco –exclamó la muchacha–. ¡Y ahora no se me va a escapar!

–Sí que me escaparé, porque planeo una pequeña intriga. Y Usted no será la que va a arruinar mi alegría más inocente.

–¿Se va a disfrazar? Bueno, no la voy a delatar. Permítame que la acompañe y la ayude con su ropa.

Ambas muchachas entraron a uno de los gabinetes. Después de que Barijar les entregara la canasta y hubiera salido, Henryka cerró con llave la puerta. Dragomira, entretanto, se había sentado frente al espejo y había comenzado a quitarse las joyas, mientras Henryka con pequeños grititos infantiles de asombro iba sacando el nuevo ropaje de la canasta. Cuando hubo sacado todo, se acercó a Dragomira y fijó su mirada en ella, mostrando peculiar interés en captar sus intenciones.

–Yo no sé cómo reacciona la gente –dijo Henryka–. Todos la encuentran a Usted tan enigmática. Anita, inclusive, piensa que Usted conlleva algo siniestro. En cambio, a mí Usted me despierta una enorme simpatía.

–Tenga cuidado. Quizás esta cola del vestido pueda convertirse en una serpiente o en una aleta de tiburón.

–Sin embargo, Usted es una persona común. Y yo siento el increíble poder que de Usted emana, pero ese poder aumenta justamente el atractivo mágico que obra sobre mí. ¡Hágame Usted su camarada! Yo la amaré como una hermana y una discípula aplicada.

–¿Realmente? –dijo Dragomira, girando la cabeza hacia su acompañante y estudiando su expresión.

–Condúzcame y yo he de seguirla a ciegas, sin miedo y sin remordimientos.

–Bueno. Lo veremos.

–Y ahora, permítame que la ayude.

–¿Por qué no? El primer paso hacia la luz eterna que Usted dará en piadosa convicción la obligará a la humildad. Por lo tanto, ¡Sea mi servidora!

Henryka se arrodilló ante Dragomira y besó sus manos. Luego la desembarazó de sus zapatos para colocarle unas babuchas turcas recamadas en oro, que habían salido de la canasta, mientras Dragomira con una displicencia principesca se hacía atender por Henryka, su nuevo acólito.

## 26. Intriga enmascarada

*“Se puede uno comportar como loco  
En una obra y como sensato en el resto.”*

WIELAND

Poco después entró al gran salón una sultana, vestida con toda la suntuosidad oriental más exquisita. Su figura esbelta se deslizaba como una brisa sobre sus babuchas de terciopelo rojo recamadas en oro. Una falda corta de satén amarillo se encimaba a amplios pantalones abullonados y sobre este conjunto se abría un *kaftán* de seda celeste con bordados plateados y cuyos orlados eran de armiño. En la parte superior del traje la odalisca portaba un chaleco abierto de terciopelo rojo que dejaba visualizar un torso rodeado de gasa plateada donde se incrustaban corales, perlas y ducados. La cabeza, entretanto, aparecía regiamente cubierta por un turbante sobre el que brillaban piedras preciosas. En lugar de una máscara esta belleza de Oriente llevaba un velo como de un harén, por sobre el cual asomaban con fuerza despótica unos grandes y fríos ojos azules.

Una horda de caballeros seguía las huellas de esa nueva y estu-penda aparición; y algunos de ellos también se atrevieron a susurrarle frases de ponderación. Ella, en cambio, permaneció ciega y sorda a todos los intentos de distraerla, pues su cometido era recorrer con sus ojos astutos la sala completa para descubrir aquel a quien buscaba.

Él se había acercado, sin ningún fin concreto, precisamente en ese momento al *buffet*, así como lo hace un autómatas que responde a un mecanismo involuntario. Los sirvientes le ofrecieron entonces diferentes refrescos, pero él sacudió la cabeza y justo cuando estaba decidido a alejarse nuevamente, la sultana vino hacia él y le apoyó una mano sobre un hombro.

–Me gustaría saludarte, Zefim Yadevski. ¿Por qué vas hoy con la cabeza gacha?

–Porque tengo pocos motivos para la alegría.

–Sin embargo, hay medios suficientes para espantar las preocupaciones –dijo la bella sultana, al tiempo que aferraba una copa de vino del *buffet*, bebía un trago y se la pasaba a Zefim–. Aquí tienes uno de los mejores caminos.

–¿Qué es lo que me estás dando: un dulce veneno o el filtro del amor?

–Para esto último habría llegado demasiado tarde.

–Bueno, ¡a tu salud!

–Ahora un segundo recurso.

–¿Cuál?

–Hazme el honor de cortejarme.

–Para eso no tengo mucho talento.

–¿Porque ya amas a otra?

–Quizás.

–Aquí se hallan presentes dos damas por quienes late tu corazón. ¿A cuál de ellas realmente pertenece ahora?

–¿Eres el Gran Inquisidor?

La sultana rió por lo bajo, pero su risa la puso en evidencia. –Ahora te reconozco –le dijo Zefim.

Ella volvió a reír. –¡Dragomira! –exclamó Zefim, entonces. Ella le tomó la mano al joven Oficial con su mano pequeña y así su dulce y cálido aliento llegó hasta la mejilla de Zefim.

–No me descubras; nos están observando. Allí está el Conde Soltyk; quiero enredarlo en mi conversación y hacerlo trastabillar.

El Conde se hallaba a la entrada de la sala y sus ojos oscuros mostraban un ardor demoníaco, detenidos en la hermosa mujer a quien Zefim susurraba palabras dulces al oído. La envidia y los celos luchaban en el pecho de Soltyk y le hacían hervir la sangre en las venas. En el mismo momento había otro par de ojos que estaban clavados también en la pareja que susurraba allá lejos, pero esta mirada, a diferencia de la del Conde, era tímida, triste y angustiada. Se trataba de la mirada de Anita, quien también había reconocido a Dragomira en su disfraz y temía por su amado.

En el próximo momento la sultana despedía a Zefim y estaba dispuesta a trabar conversación con el Conde, cuando se le adelantó el jesuita y se llevó aparte al dueño de casa.

–¿Qué sucede? –preguntó Soltyk.

–Tengo que precaverlo –le susurró el Padre Glinski al oído–. La sultana es la Señorita Malúтина. ¿Ha visto cómo ella le estrechaba las manos al joven Oficial y cómo intercambiaban palabras de cariño?

–¡Siga, siga!

–Usted está en peligro. Ella está coqueteando con Usted.

–Esta vez su conocimiento de los seres humanos lo deja en la estacada. Ella es conmigo todo lo contrario de una coqueta. Siempre está exhibiendo un corazón de hielo –respondió el Conde, con algo de burla en su tono.

–Con todo, yo sé que Yadevski la visita.

–También Sesavin lo hace.

–Y ella juega con todos.

–Tanto mejor.

–Usted no admite que nadie lo salve, según veo.

–Si el precipicio que conduce al Infierno fuera tan bello como Dragomira, querido Padre, entonces el Paraíso quedaría deshabitado y Usted mismo tendría que encomendarse al diablo.

Soltyk se desprendió riendo de su captor y salió en busca de la sultana, que de golpe había surgido entre las figuras enmascaradas. La encontró a la entrada de la sala pequeña que representaba Asia.

Parecía estar esperándolo. –Este es tu reino –le dijo, haciéndole una reverencia–. ¿Permitirás a tu esclavo que entre contigo?

El Conde recorrió el cortinado y siguió a Dragomira en el recinto que representaba la abundancia del exotismo oriental. Allí había tapices persas de extraordinaria suntuosidad, tejidos con hilos de oro y plata. Esas piezas preciosas se desplegaban desde todas partes en pesados paneles; cubrían paredes y cielorrasos de la sala, pero también se adosaban a ventanas y puertas. En este lugar también se formaban escondites ocultos y en el medio de la habitación los tapices construían una especie de tienda de campaña, cuya cima estaba coronada por una luna en cuarto creciente incrustada de oro y marfil. El pavimento estaba cubierto por la pelusa blanca y suave de una alfombra india sobre la que los pies desaparecían como dentro de nieve recién caída. Un candelabro de grandes proporciones colgaba del techo alumbrando con su luz color rubí el ambiente. Por doquier se veían cojines que instaban a yacer sobre ellos, a soñar y a amar. Un peculiar y narcótico aroma llenaba el recinto, excitando los sentidos.

Dragomira se sentó en el diván que se hallaba en ese lugar feérico bajo la tienda de campaña que se destacaba por su iluminación. Sentada sobre una piel de pantera, sus pies tocaban de modo majestuoso la cabeza de un tigre. El Conde se encontraba de pie frente a ella, sintiendo su pasión efervescente.

–¿Usted me estaba esperando?

–Sí.

–¿Y está también dispuesta a oírme?

–Sí.

–Se lo agradezco. Me devuelve el arrojo que había empezado a abandonarme.

–¿Acaso hace falta valentía para hablar con una joven?

–Cuando se trata de Usted, sí.

–Se equivoca.

–¿Cómo sería posible...? –la interrumpió Soltyk– ...¿Quién podría, alguna vez que ya la hubiera visto antes, no reconocerla entre miles?

¿Quién que se hubiera internado antes en el brillo de su mirada podría haberla olvidado? ¿No habría de individualizarla inclusive bajo esa máscara? Es Usted, Dragomira, en su más dominante fuerza, frialdad y crueldad.

–¿Crueldad? ¿Lo dice, porque no le tengo confianza? Yo no soy cruel, a lo sumo, un poco astuta.

–¿Qué la predispone contra mí?

–Absolutamente nada.

–No está diciendo la verdad.

–Claro que sí. No podría decir que algo en Usted me disgusta.

–Pero, ¿Usted desconfía de mí?

Dragomira contestó solamente con una suave risa. –¿Y por qué desconfía de mí?

–¿Qué posee de inocente? ¿Acaso ha olvidado todo lo que viene realizando? En comparación con el suyo, el registro de Don Juan es la confesión de un colegial.

Ahora fue el turno de Soltyk de reírse. –Conozco mi fama, pero le doy mi palabra de honor que no condice con mis hechos.

–Muy bien. Restemos eso. Sin embargo, creo que queda todavía bastante en la cuenta como para que sea improbable solicitar su santidad.

–De acuerdo. No soy un santo. Nunca lo quise ser.

–¿Debe ser forzosamente lo contrario?

–¿Qué soy?

–Un malvado. Dice amar a Anita y, a la vez, me corteja a mí.

–Me quieren casar con la Señorita Oguinska. Eso es todo.

–Eso es una táctica jesuítica. Quieren unir dos poderosas familias. Y hacerlo a Usted el instrumento de un plan político.

–Puede haber alguna verdad en eso –dijo Soltyk, bastante sorprendido por esa argumentación–. Pero yo no sirvo para ser el instrumento de nadie.

–¿Va a decirme que no ama a Anita?

–No –Soltyk había estado de pie frente a Dragomira durante toda la conversación, pero en ese momento tomó asiento en el diván junto

a la muchacha, pero de tal modo que una de sus rodillas tocaba el piso. En esa posición declamatoria tomó la mano de la joven y le dijo:  
–Yo la amo a Usted.

Dragomira volvió a reírse. –Ríase si quiere. Pero yo la quiero. Y le juro que Usted es verdaderamente la primera a la que amo. Hasta ahora he pasado solamente por antojos superficiales; aquí y allá se dio una que otra embriaguez. Sin embargo, mi corazón siguió libre y, sobre todo, lo estuvo mi mente. Lo que yo siento por Usted es único. No es una ensoñación. Y eso no significa que yo esté enamorado y, menos que menos, embriagado a causa de su belleza. Yo experimento el más hondo convencimiento de que Usted ha sido creada para mí, de que su alma es similar a la mía, de que la vida sin Usted no vale la pena, y de que, en cambio, junto a Usted sería paradisíaca. ¿Si esto no es amor, entonces qué es?

Los ojos de Dragomira permanecieron durante toda esta declaración pendientes de ese magnífico rostro varonil, poniéndose realmente en la piel de su interlocutor. Finalmente dijo, levantando un poco las mangas de su *kaftán* orladas de armiño: –¡Pobre Conde! Comienzo a creer que Usted está enamorado de mí.

–¿Y Usted se apiada de mí, porque no puede corresponder a mi amor?

–Sí. Yo no lo amo...

–¡Porque otra persona posee su corazón!

–¡Que ansioso! No me interrumpa.

–Entonces...

–No lo amo, pero todavía mi corazón está libre. No me niego a que Usted trate de conquistarlo. Entre todos los que me cortejan, Usted es el único que no me disgusta –al decir esto, Dragomira había desprendido de su cuello una pequeña cadena de oro y jugaba entre sus manos con ella.

–¿Entonces Usted me da esperanzas?

–Sí.

–¡Oh, qué feliz soy! –El Conde había tomado las manos de Dragomira entre las suyas y las cubría de besos. Ella lo dejó obrar así durante un momento, luego las retiró y le colocó la cadena alrededor de un brazo.

–¿Qué hace? ¿Quiere tornarme su caballero?

–No. Usted será mi esclavo. Ya ve que lo coloco bajo cadenas.

En otro lugar de la fiesta, en ese momento una figura enmascarada de dominó rosado se había acercado a Zefim.

–¿Siempre tan solitario? ¿Dónde está la maga que te ha puesto bajo su cautiverio?

–¿De quién hablas? Yo sigo siendo siempre libre.

–No lograrás engañarme. No hace mucho tiempo que habías jurado amor eterno a otra. ¿La has olvidado tan rápido, de modo que ya una nueva estrella domina tu camino?

–¿Quién eres? –Zefim trató de sobrevolar con la mirada la esbelta figura y, luego, tomando a la máscara en dominó rosado con las dos manos de modo vacilante y tratando de leer en sus ojos, le dijo: –No. No es posible. Me había equivocado –agregó finalmente en un susurro.

–¡Suéltame! –rogó la figura en dominó.

–Todavía no. Antes tengo que formularte una pregunta.

–Aha.

–¿Quién te ha enviado?

–Nadie.

–Bueno. ¿Con qué intención has venido a buscarme, entonces?

–Para hacerte una advertencia. Pende una amenaza sobre tu cabeza.

–¿Desde dónde vendrá el peligro?

–De aquella a la que amas.

–Si quieres que te crea, entonces dime todo lo que sepas; dime más.

Los ojos oscuros de la figura enmascarada se posaron por un momento casi con dolor sobre Zefim.

–De acuerdo. Pero este no es el lugar para una revelación. Pronto vas a tener otras noticias de mí.

Las temblorosas manos del dominó rosado se desprendieron de las de Zefim con un brusco movimiento y la esbelta figura femenina desapareció rápidamente en las ondas tumultuosas de la fiesta.

Fin de la primera parte

## Libro segundo

# 1. El cielo y el infierno

*“Bella como la primera mujer, la pecadora,  
Ataviada amorosamente con la malvada serpiente,  
Que repite, duplicada, la imagen en su mente,  
Mintiendo a los demás, como se miente a sí misma”.*

LORD BYRON

Dos días después de la fiesta en el palacio de Soltyk, que había producido los mayores comentarios en todos los círculos de la ciudad, Zefim recibió una carta sin firma, en la que se lo citaba a la misma iglesia donde había tenido lugar el encuentro con Anita.

Enseguida pensó en ella. Sin ninguna duda, era ella la que quería precaverlo. Sin embargo, después de la conversación con el dominó rosado, Zefim se había vuelto desconfiado; y, por ello, descartó esta primera idea y siguió reflexionando. ¿Y si Dragomira tenía serias intenciones puestas sobre el Conde y, por lo tanto, hubiera decidido asustarlo, porque él se había tornado de golpe una pieza molesta? Lo enigmático de Dragomira, tanto en su naturaleza como en sus decisiones, era una fuente de constante inquietud. Y eso le impedía confiar en ella plenamente. Zefim le creía a pie juntillas, cuando estaba en su presencia; pero esta confianza se desvanecía apenas la muchacha se alejaba.

A la hora del crepúsculo Zefim se dirigió, a pesar de todo, hacia la fatal cita; pero, a las puertas de la iglesia, le surgió otra idea. ¿Y si Dragomira quería someterlo a una prueba, esperándolo ella misma en ese sitio?

Por un momento titubeó, pero luego entró a la iglesia con la decisión de poner rápido fin a todas las dudas. La iglesia parecía desierta; solo cuando se acercaba al altar, descubrió la figura de una dama de rodillas. Al sonido de sus pasos, la dama se irguió con rapidez y se dirigió a su encuentro. –Le agradezco que haya venido –le dijo, estrechándole la mano.

–¿Es posible? ¿Es Usted Anita?

–Sí. Soy yo –le contestó ella, al tiempo que levantaba su velo.

Zefim clavó sus ojos en ese rostro a la vez serio y pálido, inmensamente conmovido.

–Tengo miedo por Usted, Zefim. No sé cómo expresarlo, pues no estoy en condiciones de decirle algo definido, pero siento que un gran peligro lo está amenazando. Dragomira se halla comprometida a cumplir una misión misteriosa. Esto me lo dice simplemente una voz interior en mí, como tenebroso presentimiento. No sabría decir si ella forma parte de una conjura o pertenece a una secta de fanáticos, pero estoy segura de que ella ha echado las redes y que Usted será su víctima, si yo no logro salvarlo.

–Usted ve las cosas con suma seriedad. Yo conozco a la familia, conozco a la madre de Dragomira.

–¿Qué habría de probar eso? Las sociedades secretas y los fanáticos religiosos buscan justamente acólitos entre los círculos más decorosos con el propósito de hacerlos sus instrumentos y Dragomira, créamelo, es ya tal tipo de mediadora.

–Puede ser. ¿Pero qué puede importar que yo perezca, si Usted ya no me ama, Anita?

–¡No sea hereje!

–Peor que el modo en que Usted misma me ha traicionado no lo podrá hacer Dragomira.

–Ella lo conducirá a la muerte –exclamó en un tono desesperado Anita–. ¡Oh, Zefim! ¡Tenga piedad de mí! ¡Tenga piedad de su madre! ¡Tenga piedad de este amor por Usted que llena plenamente mi ser...! –Anita enmudeció, porque las lágrimas le impedían la palabra; solo podía elevar sus ojos y mirarlo en un gesto de imploración.

–¿Cómo he de comprender esto? –inquirió Zefim, con amargura–. ¿Qué valor puede tener mi vida para la futura Condesa Soltyk?

–Nunca le otorgaré mi mano al Conde.

–Pero Usted está comprometida con él.

–¿Quién le ha dicho esto? El Conde se ha empeñado en cortejarme, pero yo lo he rechazado.

–¡Anita! ¿Es cierto? ¡Dios mío! ¿Por qué me lo dice tan solo ahora?

–Yo le había jurado a Usted que le sería fiel.

–Tiene razón. Yo soy el culpable. Yo no he sido capaz de asociar con Usted semejante firmeza. Una vanidad infantil me impulsó a rechazar un tesoro cuya posesión me parecía insegura. Yo no quería sentirme traicionado, y por eso, terminé yo traicionándola a Usted.

–No le guardo rencor. Ya lo he perdonado –dijo Anita, tomándole las manos–. Dígame solamente cómo puedo hacer para salvarlo. No es su amor lo que ahora le pido. Ahora se trata de su vida.

–Esas son solo fantasías.

–¡No, no! Le ruego que se aparte de ella.

–No puedo. Ya es tarde para eso.

–Usted debería decir mejor que no quiere hacerlo, pues Dragomira ya lo ha cautivado. Su pasión por esa persona siniestra es más fuerte que Usted mismo.

–Usted, en cambio, vive en un mundo novelesco –dijo Zefim, sonriendo–. Ve peligros que, en verdad, son fantasías de su mente. Le aseguro que la realidad no es tan tremenda. Dragomira es abierta y sincera conmigo.

–Eso es lo que Usted cree.

–Si esto la tranquiliza, prometo estar prevenido.

–Me parece la cautela de un sonámbulo. Me doy cuenta de que Usted está completamente ciego. Y sería en vano seguir insistiendo. Me rindo. Yo, por mi parte, seguiré protegiéndolo contra su voluntad. Por eso, inicio aquí mi lucha contra Dragomira, y Dios se pondrá de mi lado.

–No la comprendo, Anita. ¿Cómo es posible que llegue a esas conclusiones tan fantasiosas?

–No son fantasías –dijo, entonces, ella, de modo serio y resolutivo–. Yo soy una muchacha simple que está enamorada de Usted. Eso es todo. ¡Adiós y cuídense!

–¡Un momento, Anita! ¿La volveré a ver?

–¿Para qué? Por ahora de ninguna manera. Quizás... más adelante, cuando haya conseguido romper sus cadenas.

–¡Adiós! –Zefim le besó la mano, mientras ella abandonaba la iglesia con premura. Él permaneció unos instantes sumido en sus pensamientos dentro de la semi-oscuridad del recinto.

Zefim no dejaba de cuestionarse a sí mismo. “¿Cuál era el secreto en el que Dragomira se hallaba inmersa bajo la presión de otras personas? Ella misma lo había confesado y Anita había sido capaz de percibirlo. ¿Quiénes eran esos otros individuos que la dominaban y habían hecho de ella un instrumento? ¿Pertenece ella a una secta? ¿Cuál sería? ¿Por qué despertaba también su desconfianza? ¿Y por qué no podía librarse de su influencia, siendo así que dudaba de ella? ¿Amaba a Dragomira realmente? ¿Y qué papel jugaba Anita? ¿Era posible amar a dos mujeres a la vez?”.

Y como lo canta Derzhavin en su oda a Dios, se diría que:

Tú eres el lazo de dos naturalezas,  
Que se unen en el espacio y en el tiempo.

Esas dos naturalezas, tan a menudo escindidas, también se hallaban en lucha dentro del alma de Zefim. Una de ellas lo conducía a la luz y a Anita; la otra lo arrastraba a la oscuridad ominosa en la que vivía y reinaba Dragomira. En la mente del Zefim se cruzaban pen-

samientos contradictorios, sensaciones y propósitos que también invadían su pecho. Sin embargo, el muchacho no llegaba a ninguna decisión. Su capacidad de obrar seguía estando paralizada. Olas de sensaciones lo llevaban y traían dentro de su espíritu y lo único que hacía era preguntarse adónde iría.

Una hora después de la partida de Anita, se deslizaba Raquel en el cuarto de Dragomira para informarle a su ama acerca de la cita de los dos jóvenes en la iglesia.

–¿Estás segura de que era él efectivamente?

–Sí, era el Teniente Yadevski, y eso es tan cierto como que yo estoy aquí de pie ante Usted.

–¿Y sobre qué discutían estos dos?

–Sobre Usted, mi ama.

–¿Sobre mí?

–Ella lo ha puesto sobre aviso, pero él no le creyó.

–¿Y no hablaron de amor?

–No. Solamente cuando ella se disponía a alejarse, él le preguntó entonces si habría de verla nuevamente. Ella en ese momento le contestó que no había motivo de verse y que por ahora no se verían de ninguna manera.

–Bien. Puedes irte.

Apenas se había ido la judía, Dragomira se puso a escribir dos cartas. La primera la dirigió al Conde y la firmó con la inicial de su nombre. La segunda era para Zefim, pero en ella deformó la letra y además la dejó anónima. En ambas cartas se instaba a los destinatarios a concurrir a la ópera. La dirigida a Soltyk la llevó personalmente Barijar. En cuanto a la otra, Dragomira se agenció un mensajero judío anónimo.

Llegado el día, el Conde se hallaba ya antes del comienzo de la función en la ópera y se paseaba ansioso delante de los peldaños que llevaban a su palco. Su mirada se posaba superficialmente sobre la gente conocida que pasaba, que eran amigos o damas elegantes. Sin embargo, cuando Dragomira estuvo visible en la entrada, su corazón empezó a latir con fuerza, mientras sus ojos quedaron como solidifica-

dos sobre la figura elástica de la joven, cuya cabeza aparecía coronada por el brillo de sus cabellos rubios con la apariencia de una aureola.

La dama esperada con tan ardiente anhelo apareció acompañada de Cirila, quien venía ataviada con cierta pompa pasada de moda, como una dama de la nobleza provinciana que hubiera sacado sus trapos apolillados para presentarse en sociedad. Solyk se contentó con hacer un profundo gesto con su sombrero, mientras devoraba con sus ojos oscuros a Dragomira. Ella, por su parte, le hizo una reverencia amable pero desprovista de cualquier estremecimiento y avanzó pasando a su lado, como si se tratara de un vulgar conocido.

Por otro lado, Zefim, quien estaba sentado en la platea, vio entrar a Dragomira a su palco propio y desembarazarse de su lujoso abrigo de teatro con irisaciones en oro. La joven se había apoyado un momento en la balaustrada y en ese momento todas las miradas de la gente se posaron en ella. En ese instante el Conde, también observándola, se maravillaba: “¿Dónde diablos ha aprendido a vestirse? Yo sé que no ha estado nunca en París”.

Para decir verdad, Dragomira se veía espléndida también en su atuendo de seda bordada color heliotropo mate, que tenía adornos de encaje amarillos. A esto se agregaba la sencillez de sus joyas que se completaba con un simple ramito de violetas frescas sobre los cabellos y otro sobre el pecho.

En el primer intervalo, Zefim intentó visitarla en su palco; pero Solyk se le había adelantado. Mordiéndose los labios con rabia, el joven y ardiente Oficial tuvo que presenciar que el Conde entrara en el palco de ella y llevara a sus labios la mano que Dragomira le extendía entre sonrisas. La amena conversación que acto seguido se desplegó entre los dos no hizo más que aumentar la mortificación que Zefim sufría en cada minuto que pasaba. “¿Qué me sucede?”, se preguntaba el joven. “¿Acaso estoy celoso?”. Todas las dudas que había sembrado Anita en él se hicieron de nuevo patentes a su espíritu. Todos los sombríos pensamientos, atenaceados bajo la influencia de los ojos de Dragomira en el fondo de su alma, se presentaron con renovado brío en él. Se

sentía asfixiado y, por eso, se dirigió hacia la salida, fuera de la sala demasiado caldeada, buscando el aire gélido. Una vez afuera, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo a la platea; pero no tomó asiento, sino que se colocó de pie detrás de una columna, desde donde podía observar mejor a Dragomira. Tenía la esperanza de que el Conde se alejara al comenzar el nuevo acto; sin embargo, se equivocaba. Solytk permaneció en el palco, haciendo que la conversación se animara cada vez más y pareciera tornarse más y más amena. Solo cuando el telón se levantó por tercera vez, el Conde se despidió; y, entonces, Zefim subió apresurado las escaleras y con las mejillas encendidas y los ojos ardientes entró en el palco de Dragomira.

Ella pareció no notar su agitación. Con el semblante alegre y con un homenaje impensado, Dragomira le estrechó las dos manos, diciendo: –¿Por qué tan tarde? ¿Acaso no has recibido mis líneas?

–¿Me habías escrito?

–Por supuesto.

El Oficial sacó de su bolsillo la esquila. –Esta carta...

–Es mía. Quise hacerte una broma. Quería sorprenderte; me iba a poner un magnífico atuendo y, al mismo tiempo, hacerte perder un poco la cabeza.

–Estaba en el teatro desde el comienzo de la función.

–¿Cómo fue posible? No me había dado cuenta.

Zefim fijó su mirada sobre la muchacha, pero esto se daba con un dejo de reproche y, al mismo tiempo, también un poco agradecido. Luego se llevó a sus labios ardientes la gélida mano de Dragomira. Ella, entretanto, festejaba por dentro su triunfo con una tenue sonrisa. Su amado le pertenecía a ella, solo a ella.

## 2. El camino al paraíso

*“Aunque camine por un valle sombrío,  
No temeré ninguna desdicha,  
Si tú, Señor, te hallas conmigo”.*

SALMO, 23, 4.

Se trató de una visita inesperada. Inclusive la fría y calculadora Dragomira, en toda su templanza y arrojo, se estremeció un poco, cuando Barijar le alcanzó la tarjeta donde el Padre Glinski anunciaba su llegada. Sin embargo, la dueña de casa se compuso enseguida y dio la orden de que sin demora se le franqueara la entrada al visitante. Barijar mantuvo la puerta abierta y el jesuita entró prodigando elegantes reverencias y haciendo gala de la más dulce de sus sonrisas.

–Siento ser una visita molesta en la intimidad de su casa... –empezó diciendo el jesuita, mientras Dragomira se ubicaba en el sofá y le indicaba al visitante con un gesto principesco que tomara lugar junto a ella– ...pero la ocasión que me trae por aquí lo amerita, porque se trata de algo serio e importante, para no decir sagrado; de tal manera que yo ya cuento con su perdón por la irrupción. Se trata, en rigor, del bienestar de mi querido Conde, a quien yo he educado y considero como mi hijo.

En este punto el Padre Glinski hizo una pausa, esperando una pregunta o algún tipo de interrupción que le hiciera más placentera la tarea y aliviara la tensión que creaba el objetivo real de su visita; pero

Dragomira no se comidió a ayudarlo. Ella se limitó, en cambio, a mirarlo con cierta displicencia como diciendo “¿y a mí qué me importa el bienestar de tu Conde?”.

El Padre Glinski se acarició el dorso de su mano izquierda con la derecha y luego la derecha con la izquierda.

–¿Usted adivinará, estimada Señorita, de qué se trata?

–No. No tengo la menor idea –contestó Dragomira; pero lo hizo con una inocencia tal que, por un momento, desarmó completamente a este avezado diplomático, el más conspicuo representante de la Orden de Jesús.

–Yo quería... ehem... sobre todo y a posteriori felicitarla... Usted como sultana consiguió una actuación suprema.

Dragomira se tomó el trabajo de sonreír. –Muchas gracias. Pero Usted no ha venido a mi casa, Eminencia, para felicitarme. ¿O me equivoco?

–No, por cierto que no. Solamente quería dejar sentado que mi querido Conde también se sintió conmovido por su presentación.

–No puedo negar que el Conde me ha venido cortejando –dijo, entonces, Dragomira, con la mayor naturalidad del mundo.

–Eso significa que no me he equivocado. Es muy comprensible que el Conde trate de homenajearla y que esto le conceda a Usted un inocente triunfo. Ahora bien, aquello que a ambos produce placer, a otras personas les reporta preocupación y desasosiego; especialmente a mí, que amo como a un hijo al Conde y no deseo más que su dicha.

–Ahora lo comprendo a Usted todavía menos. Me da la sensación de que Usted estuviera hablando en un idioma extranjero.

–Usted deberá saber, estimada Señorita, que el Conde está comprometido...

–Por cierto, estoy enterada.

–...Y que esta unión de dos familias de rango es deseada por toda la alta sociedad de Polonia y Rusia.

–También lo sé.

–¿Por qué, entonces, se coloca Usted en medio de nuestros planes de esa manera tan cruel?

–¿Yo? –Dragomira levantó la cabeza y se largó a reír–. En lo más mínimo.

–Usted permite, sin embargo, que el Conde la corteje.

–¿Podría acaso prohibírsele? Si lo hiciera, me pondría en ridículo. En tanto él no cometa ninguna impropiedad o algo que sea reprochable a los ojos de la alta sociedad, me siento desarmada.

–Usted se sale del tema. Estoy convencido de que Usted atiza al Conde.

–De ninguna manera.

–Le ruego, estimada Señorita, que sigamos el hilo del asunto. No me interesa internarme en los recovecos de la argumentación. Sería un desastre para todos nosotros, si la unión del Conde con la Señorita Oguinska se frustrara. Y justamente Usted es hoy un escollo para el establecimiento de este vínculo. No quiero que nadie me lleve por caminos equivocados y, por eso, le ruego que renuncie al Conde.

–¿Cómo podría renunciar a algo que no poseo? Hasta ahora el Conde nunca se comprometió conmigo diciéndome una palabra de amor y Usted puede estar seguro de que, si lo hiciera, yo lo rechazaría.

–Se trata nuevamente de una fina retórica, Señorita. Usted no quiere ponerse en la verdad del problema. Yo veo todo con mayor agudeza que lo que Usted imagina. Ya no tengo ninguna duda de que Usted abriga intenciones definidas con respecto al Conde.

–Le ruego que me ahorre sus conclusiones fantasiosas. Yo no amo al Conde. Y con esto le he dicho todo –exclamó Dragomira, fría y severamente, como para poner fin a la conversación.

–Perdóneme Usted, estimada Señorita. No nos entendemos. Ya sé que Usted no apunta a ganar su corazón.

–Y mucho menos a casarme con él –dijo Dragomira, con cierto orgullo.

–Tampoco eso. Pero Usted tiene otros planes.

–¿Qué planes?

–Le seré sincero...

–Le resultará difícil vistiendo esos hábitos –se burló ella.

–Se lo digo abiertamente: todavía me resulta difícil descubrir qué se propone, pero no se me oculta que Usted tiene un claro objetivo por delante. De eso estoy seguro. Y, además, adivino que no es nada bueno lo que al Conde le espera en su compañía.

–Si yo tuviera realmente propósitos definidos con el Conde, entonces Usted no necesitaría esforzarse, pues no habría nadie que me hiciera abandonarlos tan fácilmente –se sinceró Dragomira con una calma de hierro.

–Eso ya es más claro. Entonces está declarando que tiene un objetivo en lo que respecta al Conde.

–Por favor, no me ponga palabras en la boca que yo no he dicho.

–Esas son simplemente de nuevo bellas frases. Pero yo no estoy conteniendo por palabras. De ahora en adelante debo considerarla el ángel maligno del Conde. Y, por ello, siento la obligación de luchar para liberarlo de este encantamiento. Yo quiero la felicidad del Conde. Usted, en cambio...

–¿De dónde saca Usted que yo no querría la dicha del Conde? – lo interrumpió Dragomira–. Cada uno cree conocer por sí mismo el camino al paraíso. Pero, ¿cuál es el correcto? Usted ofrece el suyo, yo ofrezco el mío. Ambos de buena fe ofrecemos encontrar la luz eterna.

El Padre Glinski miró a Dragomira con gran extrañeza, mientras ella continuaba con su discurso: –Usted quiere ponerse enfrente de mí. Yo le tomo la palabra, pues nada hay en el mundo que yo tema. De mi lado está Dios.

El jesuita se quedó mudo. Si hasta ese momento había creído que había calado hondo en la personalidad de Dragomira, ahora de golpe ella se le revelaba como nuevamente insondable. Le resultaba difícil, entonces, ocultar su confusión; de modo tal que cuando apareció en escena Henryka Monkoni, obligándolos a poner fin a la conversación, el Padre Glinski se sintió aliviado. Mientras la recién llegada abrazaba y besaba a Dragomira con evidente devoción, el jesuita se puso de pie y tomó su sombrero.

–¿Se va Usted tan pronto? –dijo Dragomira, sonriendo.

–Creo que hemos agotado el tema –le contestó el jesuita, como al acecho.

–¿Entonces habrá guerra?

–Si Usted lo quiere. –El Padre Glinski se inclinó en una reverencia y se retiró, echando una mirada de conmiseración sobre Henryka, la que con el brazo alrededor de Dragomira se había quedado petrificada de admiración por lo que oía.

–¿Qué quería el jesuita? –preguntó Henryka, cuando el Padre Glinski ya había salido.

–Se le ha metido en la cabeza que yo quiero soplarle el Conde a Anita.

–¿Usted? –Henryka se echó a reír a carcajadas–. Como si Usted pudiera impedir que perdieran la cabeza todos los hombres que se le acercaran. Que Soltyk está que arde por Usted, lo veo yo también. También creo que a Usted él no le importa en lo más mínimo. ¿Me equivoco?

–Así es. No me importa.

–Usted ha nacido para ser amada. Pero Usted misma está por encima de todo lo terrenal. Yo lo percibo. Y por eso me atrae su personalidad con una fuerza sobrenatural.

Mientras Henryka hablaba, Dragomira se había sentado en un sillón junto a la chimenea. Henryka se arrodilló delante de ella y elevando, como extasiada, sus soñadores ojos azules hacia su amiga, le dijo: –Sí. Yo la venero a Usted como a un ser superior, como a una Santa. Comparados con Usted, todos los otros seres me parecen vulgares, huecos; inclusive Anita, a quien antes amaba como a una hermana.

–Pero eso es injusto.

–¿Qué podría hacer? No me rechace, y si no soy digna de ser su amiga, acépteme como su servidora.

–¡Qué extravagancias se le ocurren, tontita! –le contestó Dragomira, dándole un golpecito suave en la mejilla.

–¿Quiere hacer mi felicidad? ¿Sí?

–Por cierto, si está en mi poder.

–Entonces, trátame de tú.

–Si lo desea, con gusto.

Henryka la abrazó y besó. –¿Me tienes un poco de cariño también?

–Sí.

–Entonces, podré estar siempre a tu lado, ¿no es cierto?

–Pero, ¿qué habrían de decir tus padres? Y, además, tú eres todavía una niña, Henryka, con pocos saberes, inexperimentada; por mi parte, yo ya estoy fogueada en cosas que asustarían inclusive a un corazón masculino. Tú no conoces la vida. A ti el mundo se te aparece unido al brillo y a los perfumes de la primavera. Yo, en cambio, ya he puesto mi mirada en el precipicio de la existencia, donde se me evidenciaron los más horribles secretos. ¡Ah! Créeme, haber nacido es una mayor desdicha que morir. ¡Qué terrible es el destino humano que nos espera en la superficie de la tierra! Tú no lo sabes todavía. Ni siquiera lo sospechas; pero yo... yo sé demasiado sobre estas miserias.

–Y, sin embargo, muestras enorme valor.

–Yo no le temo a nada en este mundo, pues a mi lado está Dios.

Al decir estas palabras, la voz de Dragomira sonó como la de una cuerda de metal y en sus ojos llameó un fanatismo que no solo era de gran calibre, sino que también podía resultar atrayente.

–Sí. Tú no estás hecha de la misma materia que nosotros –dijo en un murmullo, entonces, Henryka, al tiempo que se arrodillaba ante ella y la aureolaba con una especie de santidad–. Tú te me apareces como profeta y jueza del Viejo Testamento, así plena de entusiasmo y transida por la llama divina; y, sin embargo, también severa y categórica. Marchas por otros caminos que nosotros. Eso me lo dice una voz interior. ¡Llévame contigo en tu peregrinación! Yo te seguiré hacia dónde tú me guíes. Veo ante mí el paraíso perdido y no podría encontrarlo sola. Tú lo conoces. ¡Guíame hasta él!

Dragomira la miró un largo rato, pero su mirada era seria y triste a la vez. Luego recorriendo suavemente con sus dedos las sedosas trenzas castañas de Henryka, susurró: –¡Pobre niña! ¿Sabes lo que me estás exigiendo? El camino que yo recorro es áspero y plagado de es-

pinas; caminar por él supone dolor y lágrimas. ¡Apártate de mí! ¡Te lo aconsejo!

–¡No, no! ¡Yo quiero vivir y morir a tu lado!

–¡Tú! ¿Con ese blando corazón?

–Yo quiero ser tu servidora, tu discípula, tu compañera.

–Piénsalo muy bien.

–Yo lo quiero, Dragomira, lo quiero.

–Bien, te voy a poner a prueba.

–Sí, por favor.

–Escúchame bien, entonces.

Henryka se incorporó y, apoyando sus brazos sobre la rodilla de Dragomira, escrutó con ansiedad el rostro frío pero luminoso de su compañera.

–Lo primero que tienes que aprender es humildad, pues quien fuera arrogante no podría ser abrazado por Dios y, por lo tanto, no podrá ser parte integrante de su amor. Solo a partir de una humildad profunda puedes elevarte hacia la verdadera Fe. Por ello, Jesús eligió a sus discípulos entre los pobres y los vilipendiados. ¿Crees que tu vanidad podrá tolerar que expulses de tu cuerpo estos atuendos lujosos y que te quites los adornos del peinado? ¿Acaso tu orgullo no se opondrá a que sirvas a tus hermanos? ¿Podrás entrar en el servicio de los demás, sin insultar a nadie, y soportar con paciencia cada ofensa, pensando que todo eso se hace en favor de la voluntad del Salvador?

–Sí, lo acepto.

–¿Has de mostrar obediencia, inclusive cuando se te impartan órdenes que te avergüencen o produzcan dolor?

–También en esos casos.

–¿Podrás rechazar las alegrías de este mundo?

–Estoy dispuesta a internarme en el desierto en tu compañía.

–Si es realmente tu decisión, Henryka... –dijo Dragomira con la unción de una sacerdotisa– ...en nombre de Dios te proclamo Hermana, y tú debes servirme y rendirme obediencia, hasta que llegue

el día en que tú, por haberte dedicado a Dios, serás aceptada en su nuevo clan. En este acto te declaro mi acólito.

Dragomira se irguió y le dio un suave golpe en las mejillas, diciendo: –Besa ahora la mano que te ha sometido.

Henryka obedeció de buen grado y, enseguida, se arrojó a los pies de su bienhechora con evidente alegría, para llenarlos también de besos. Al mismo tiempo, la muchacha susurró: –Quiero ser tu esclava. ¡Es tan fácil y dulce obedecerte!

–¿Estás llorando? Para empezar estoy satisfecha contigo. Muy rápidamente te has hallado cómoda en tu nueva suerte. Sin embargo, debes esperar a conocerme mejor. ¡Que Dios te proteja si te rebelas contra mí! Ahora no necesitas ya pensar; pues yo pensaré por ti. Tú no tendrás ninguna voluntad propia. Tu voluntad será la mía. Tú no eres nada; yo soy todo.

Dragomira levantó la cabeza como una dominadora y lentamente colocó su pie sobre la nuca de Henryka, mientras la dominada, crispada de improviso por una angustia misteriosa, se puso a llorar subrepticamente.

### 3. Naipes vivientes

*“La araña tejió una red  
para atrapar los corazones de los hombres.”*

SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

–Deberías darte cuenta de que tenemos que jugarle la revancha a Soltyk  
–dijo la Señora Oguinska a su marido, mientras ambos tomaban el café.

Y puesto que su esposa lo deseaba, el esposo mostró enseguida el mayor entusiasmo. –¿Opinas, mi querida, que tendríamos que dar una fiesta nosotros también?

–Sí. Eso justamente.

–Pero, ¿cómo habremos de rivalizar frente a Soltyk en cuanto a magnificencia?

–Estoy de acuerdo en que será difícil. Tendríamos que pensar en algo completamente original. Lo dejo a tu criterio.

–Algo original. Sí, por supuesto. Pero, ¿dónde encontraría yo eso de la originalidad? La verdad es que no tengo una mente muy inventiva, que digamos.

–Será una buena ocasión para desempolvar los libros de tu biblioteca y, quién sabe, te sirvan de ayuda.

Oguinski suspiró, encendió su pipa y, luego, fue a la biblioteca. En las obras que hojeó no encontró nada de inspiración; sin embargo, metiéndose entre los altos estantes le sobrevino una fantástica idea. Se acordó de un viejo compañero de escuela, quien había tenido la

desgraciada ocurrencia de hacerse poeta, y, medio hambreado, vivía en un desván de la Ciudad Vieja, teniendo de compañía tan solo un cuervo color azabache y dos gatos. Con un gesto de triunfo, volvió al salón y exclamó ante su esposa y su hija: –Ya lo tengo.

–¿Qué será? Cuéntanos primero y te diremos nuestro parecer.

–No, no. Todavía no. Es recién la brizna de una idea, nada madurado. Voy a salir para reflexionar sobre el asunto.

Oguinski se vistió y fue para la Ciudad Vieja. Había tomado ciertas precauciones por adelantado; es decir, tuvo la previsión de haber encargado en lo de un cocinero francés que le enviaran al poeta un gran pastel de carne y media docena de botellas de un buen *bordeaux*. Luego se presentó él mismo en la bohardilla. Oguinski abrazó y besó al antiguo camarada de estudios y, enseguida, le aclaró el motivo de su visita. El poeta, que se hallaba de excelente humor, pues apenas recibidos, ya había dado cuenta de una porción del pastel y de media botella de vino, se cubrió la cabeza como la sacerdotisa a la que se le exige que formule un oráculo. En una nube de humo que venía de su pipa turca, el poeta puso un dedo sobre su nariz en busca de inspiración. En cuestión de segundos las ocurrencias de todo tipo llovieron como capullos en primavera. Algunas eran estupendas y otras muy extrañas. Hubo tantas ideas, ya fueran barrocas o románticas, que Oguinski pasó un apuro para escribir todas las ideas en su libreta. De nuevo, los amigos se abrazaron; hubo besos sonoros en las mejillas, y Oguinski abandonó regocijado el desván. Un cuarto de hora después entraba en el dormitorio de su esposa, sin ocultar su orgullo.

–¿Bueno, vienes con las ideas en limpio?

–No, todavía no.

–Habías dicho que tenías una idea.

–De eso se trata. Tengo veinte ideas, una mejor que la otra. Aquí tengo la lista.

Oguinski sacó su libreta y comenzó a leer. Su mujer lo miraba, primero maravillada, luego con cierto respeto. En un momento cualquie-

ra ella interrumpía a su marido para decir: –Precioso, precioso. Todo precioso. Me va a resultar difícil elegir.

Finalmente se pusieron de acuerdo los dos. Oguinski volvió a visitar a su viejo amigo y así fue tomando forma la dirección de la realización de su proyecto. Oguinski eligió, entretanto, a las personas adecuadas entre la juventud; luego seleccionó los trajes, dando indicaciones a los sastres, y, cuando todo estuvo encaminado, supervisó las necesarias pruebas.

El día de la fiesta había llegado. Anita, que no se hallaba con el humor festivo que uno normalmente esperaría en una muchacha risueña frente a la celebración de una noche de alegría, estaba dedicada a dar los últimos toques a su vestuario mediante la ayuda que le brindaban sus asistentes. Cuando estaba en ese punto, entró su madre y con cierta frialdad pero también haciendo sus observaciones con cautela, así como en la situación previa a un duelo los asistentes revisan el arma o las espadas por última vez, dijo: –Se te ve estupenda, hija mía; pero tienes que poner un poco de *rouge* en los labios. Estás completamente pálida.

Anita se encogió de hombros, desdeñosamente.

–¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

–¿Solo ahora te das cuenta?

–Ah, de nuevo con esos caprichos. ¿Extrañas a Yadevski? No lo podemos invitar, y es mejor así. Tendrás mejores oportunidades de alternar con el Conde. ¿No te das cuenta de que Dragomira te lo quiere birlar? No se lo permitas.

–Se lo regalo de todo corazón.

–Eres una bobita.

Ya se oían entrar los primeros carruajes. Oguinski se había colocado en lo alto de la escalinata y se esmeraba en lucir, en medio de suspiros, sus largos brazos enfundados en ajustados guantes blancos. Las damas ya iban entrando en el salón de recepción; pero el primero que había llegado era naturalmente Soltyk.

–¡Tan puntual, mi querido Conde! –exclamó, en un susurro que quería sonar dulce, la Señora Oguinska.

–Cuando uno está ansioso por llegar, no se pierde ni un minuto.

–Me hace muy feliz que se sienta tan a gusto entre nosotros.

Anita no dijo ni una palabra. Estaba junto a su madre como una figura inerte; sus ojos oscuros estaban fijos en el vacío y completamente inanimados.

Pasó, entretanto, bastante tiempo hasta que toda la alta sociedad hubiera hecho su aparición. Todavía en el momento de la polonesa que Solyk abrió en pareja con la dueña de casa, seguían llegando los más retrasados.

Dragomira, por su parte, se detuvo en el vestíbulo junto al guardarropa, donde Henryka aparecía como su humilde servidora. Recién entró en el salón de baile, cuando se oían los acordes del primer vals. Estaba vestida por completo en seda blanca adornada con encajes del mismo color; por sobre el atuendo se destacaban una cascada de perlas. Apenas la divisó, Solyk dejó a su compañera de baile en un asiento y se acercó a Dragomira, y, sonriendo, dijo en un tono áspero: –Viste Usted una *toilette* muy simbólica: “Hielo y Nieve”.

–Y lágrimas –dijo ella, con gran displicencia. Al decirlo, había aferrado las perlas que rodeaban su brazo y las hacía deslizar entre sus dedos.

–¿Me permite que la invite a bailar un vals?

–Le agradezco, pero no bailaré ahora.

–¿Tampoco una danza francesa?

–Solo bailaré... con disfraz. No pude negarme, pero no bailaré hoy ninguna otra danza.

–¿Eso significa que tomará parte en la charada que nos tienen preparada?

–Sí.

–Entonces mi curiosidad aumenta de minuto en minuto.

–¿Tales entretenimientos tienen todavía valor para Usted?

–¿Por qué no? Yo amo el lujo y el brillo, la luz, los colores; en fin, todo lo que nos ofrezca una imagen inusitada. Amo todo lo que nos

permite olvidar esta monótona y gris realidad que amenaza con asfixiarnos.

–Si entiendo bien, nosotros le suministramos una especie de “opio” con nuestra sorpresa.

–¿Y cómo no? Un bello sueño es algo que no se puede despreciar. La vida es también un sueño aunque no es bello.

–¿Le parece? –dijo Dragomira, al tiempo que escrutaba a su interlocutor con vivo interés.

–Sí.

–¿Y esto que Usted me está declarando es su íntima verdad? ¿O acaso depende solo de su variable humor de sultán?

–Lo digo en el nivel más serio que darse pueda.

–Entonces, estrécheme la mano, pues somos camaradas en el dolor.

Con un rápido movimiento Soltyk estrechó la mano de esa bella esfinge y la presión se desplegó en los dos sentidos, produciendo un golpe eléctrico en ambos brazos.

Cuando el obligado vals hubo terminado, Oguinski atravesó la sala para avisar desde el guardarropa que estuvieran listos los que tomarían parte en la escenificación de su idea, pero lo hizo con unos gestos enigmáticos, al estilo de los usados en la francmasonería. Después de una corta pausa, aparecieron doce parejas vestidas con el traje nacional polaco para bailar una mazurca. Dado que cada pareja portaba en su ropa un color diferente, el rápido intercambio de las figuras que se alternaban de manera aparentemente caótica entre las fuerzas contrapuestas de Polonia, con su rojo, azul, verde, amarillo, blanco y lila, desencadenó un vivo entusiasmo en la concurrencia gracias a los atrayentes cuadros plenos de agilidad y gracia. Entretanto los conjurados, apoyados en esta distracción del público, tendrían tiempo para asumir los disfraces que consustanciarían la sorpresa. Así sobrevino otra nueva pausa en medio de gran diversión. En un momento dado, sin embargo, se abrieron las puertas dobles que comunicaban con el salón para que entrara una encantadora procesión. A la cabeza de ella avanzaba Oguinski con el traje de un Mariscal polaco, llevando

el bastón en una mano como heraldo de la fiesta. A él le seguía una orquesta en traje turco del siglo XVIII. Detrás de este grupo se desplegaba un juego de naipes franceses vivientes con la presentación de las más elegantes cuatro potencias bélicas de la época de la Guerra de los Siete Años.<sup>10</sup>

Primeramente, aparecía Francia, con el emblema del Corazón y el estandarte real en la figura de Luis XV, acompañado de la mano por la Marquesa de Pompadour, que era Anita. Detrás de esta pareja se veía marchar al Duque de Soubise, como su *Valet*.<sup>11</sup> Con este grupo marchaban también las restantes cartas como guardias francesas; y cada figura portaba en su pecho la insignia del naipe que representaba.

El segundo conjunto se dedicaba a Prusia en las figuras emblemáticas de la Pica. Con el estandarte del As aparecía un *Junker*<sup>12</sup> artesano disfrazado de Federico el Grande con Henryka como la Reina; como *Valet* les seguía el personaje de Ziethen. Las restantes barajas personifican, desde el número 2 al 10, granaderos prusianos.

En el tercer grupo se veía preceder la marcha al emblema del Diamante representando a Austria. La corpulenta y robusta Livia con su rubia cabellera personificaba a la Emperatriz María Teresa y su pres-

---

10 La Guerra de los Siete Años se desarrolló en parte por la apropiación de Silesia (capital Breslau), al Sur de la Polonia actual, entre 1756 y 1763 y en ella intervinieron más de cuatro potencias, pero las implicadas en esta zona fueron sobre todo Prusia, Austria, Francia y Rusia. A partir del Congreso de Viena en 1814-15, las dos primeras naciones se hicieron con buena parte de estos territorios de habla alemana, polaca, rusa e yiddish. Y esto explica que Sacher-Masoch fuera súbdito del Reino Austríaco y se ocupara de las costumbres de este enclave, siempre en litigio y encerrado en un sistema feudal agrario, ajeno a los cambios que pedían la modernización de los Estados. Esta zona de la narración de Sacher-Masoch, hoy bajo dominio de Ucrania, se hallaba en una región no lejana de Silesia y de Galizien (capital Lemberg, ciudad natal del autor), como de Hungría, de los Cárpatos y Transilvania, portando consigo la violencia que se producía tanto desde los niveles inferiores como superiores y que de por sí contiene el horror del gótico centroeuropeo que nos recuerda a la Condesa húngara Elzbeth Báthory del siglo XVII. (Nota del traductor)

11 El *Valet* es la insignia equivalente a la Sota española o al Jack inglés. (Nota del traductor)

12 Título honorífico prusiano que significaba "joven noble". (Nota del traductor)

tancia era justamente lo adecuado para ese rol. Ella avanzaba con arrogancia de la mano de su esposo, Francisco I. Detrás marchaba el arquero con el estandarte. En este grupo figuraba como *Valet* el Mariscal Daun, a quien seguía un séquito que representaba una milicia privada, los *Panduren*, formada por nobles húngaros con sus trajes rojos.

El último conjunto representaba a Rusia con la insignia del Trébol, un soldado de la Guardia Imperial Preobrazhenski con su estandarte. Dragomira aparecía como la Zarina Elizabeta Petrovna; y en lugar del Rey, venía con ella su favorito, Alexis Razumovski. Al final de la procesión se veía al Conde Apraxin con sus cosacos.

La impresión general fue la de un completo éxito. La concurrencia mostraba caras de sorpresa y satisfacción. Por momentos un murmullo de aprobación recorría el salón. Después de tres giros la inmensa procesión de naipes vivientes se agrupó en forma de *tableau*, en el que la magnificencia y el colorido eran las notas principales. En la delantera de este cuadro se ubicaron sus majestades respectivas. Este fue el momento en el que el público estalló en un aplauso sin reticencias; todo el mundo aplaudía y gritaba “bravo” como en el teatro.

Después de que la guardia francesa y los granaderos prusianos escenificaran todavía una especie de danza bélica, bailaron también los cosacos rusos y los *Panduren* húngaros juntos una danza cosaca, salvable y pintoresca. Por último, las parejas reales se detuvieron a cerrar el espectáculo con un minué.

Estos cuadros de una ostentación sin precedentes finalmente se disolvieron; este fue el momento en que los caballeros se apresuraron a felicitar a las cuatro reinas de los cuadros animados. Dragomira fue la primera que, con su frialdad marmórea habitual, se escabulló de la asamblea galante y de sus fuegos de artificio; sin embargo, buscó con la mirada a Soltyk, quien, por su parte, se había instalado hacia un lado, contentándose con mostrar su admiración con sus gestos. Con todo, a una señal del abanico de la dama, Soltyk se acercó presuroso.

Nuevamente había vuelto la orquesta al podio y ya se oían los acordes que llenaban de melodías el vasto y magnífico salón. De nue-

vo se pobló el recinto con las intrigas tenues del acordar y rechazar, del amable juego de los ojos, del suave cuchicheo de tantos labios en flor, del dionisiaco furor de la danza. Sin embargo, fuera de este cálido ajeteo, había dos personas que se sentían atraídas dentro de su propia isla y que parecían respirar solo el uno para el otro. El Conde y Dragomira se habían refugiado en un pequeño gabinete al que la música, las voces alegres y el roce de las sedas femeninas solo llegaban como el lejano bramido de un mar distante. Ella se había ubicado sobre un pequeño sofá en un rincón del cuarto, mientras Soltyk se hallaba en una silla frente a ella. De a ratos intercambiaban algunas palabras, nada más que eso; sin embargo, no dejaban de mirarse tratando de leer los signos en la mirada del otro.

Soltyk se había inclinado hacia ella; solo el abanico de la dama los separaba. Dragomira no necesitaba, sin embargo, ninguna protección especial, pues sabía bien que no era la debilidad la cualidad que la caracterizaba. A pesar de esto y a pesar del hielo con que ella sabía rodear sus apariciones, en este momento en ese ambiente sobrevolaba cierto aire cálido que habría de conducir al Conde a abrigar ciertas esperanzas, basado en algo que creía adivinar en los ojos de la muchacha. Sin esperar un minuto más, Soltyk aferró la mano libre de Dragomira. Ella se lo permitió e inclusive bajó la mano con el abanico que la protegía; pero fueron sus ojos los que le obstruyeron al Conde una avanzada mayor.

–¡Dra-go-mi-ra! –dijo Soltyk en un balbuceo.

–¿Conde?

–¿Quiere Usted escucharme?

–¿Para qué? Ya sé lo que ha de decirme. Y también Usted debería saber de antemano mi respuesta.

–¿Cómo habría de saberlo?

–Tengo una sola formulación para Usted: ¡No se olvide de sus deberes!

–¿Usted no creerá por ventura que yo pueda ser ese tipo de hombres que se acostumbra a arrastrar las cadenas que le impiden la marcha?

–No, de ninguna manera. Pero por ahora es suficiente. Ahora déjeme sola –dijo Dragomira, con decisión, después de haber escrutado por unos minutos el rostro de Soltyk.

El Conde obedeció, sin osar levantar sus ojos en señal de oposición. Dragomira permaneció solo un instante en soledad, pues poco después se oyó el roce del cortinado que cubría la entrada y apareció la figura de Anita. –¡Perdón! Pensé encontrar aquí al Conde.

–¡A quién se le ocurre! –dijo Dragomira, exhibiendo una sonrisa malvada.

–En su caso lo bizarro es lo habitual.

–¿Cómo debo entenderlo?

–Bueno, aprovecho para contarle que no pienso en lo más mínimo indisponerme con Usted por la posesión de Soltyk.

En ese momento Dragomira se puso de pie, tomó la mano de Anita y lanzó sobre la muchacha una mirada que era fría y a la vez amenazante, mientras le decía en un susurro estremecedor: –¡No se entrometa en mi camino! Se lo advierto. Todavía siento piedad por Usted; pero no exija más de lo que puedo dar.

Dragomira abandonó la habitación lentamente, mientras Anita la miraba salir, sobrecogida por un horror al que no podía ponerle palabras.

## 4. En el laberinto del amor

*“Está alimentando las serpientes  
Que devorarán su corazón”.*

SHELLEY, *La reina Mab*

Después de la fiesta de los Oguinski pareció llegar el turno del padre de Henryka, el Señor Monkoni. En este caso el anfitrión había imaginado un festival invernal con trineos en su feudo de Romshinó, que quedaba más allá de Meshkov, sobre el camino real a cuatro horas de Kiev.

Un determinado mediodía se había reunido delante de la mansión de los Monkoni en Kiev una buena cantidad de trineos. Los visitantes iban ascendiendo las escalinatas que llevaban a la entrada principal para disfrutar de pie de un caldeado recibimiento en el comedor. La reunión suponía el servicio de un amable “tente en pie” a la manera de Polonia que incluía un surtido de las tortas polacas llamadas “mazurcas”, acompañadas de distintas bebidas. Había sido aclarado que en cada vehículo iría sentada una dama acompañada por un caballero y que el conjunto debía dar la impresión de un paseo en trineos de la época del Príncipe Estanislao Augusto; eso implicaba que el rococó debía servir para expresar la riqueza de los trajes de la vieja Polonia.

Entre los invitados se hallaba también Zefim Yadevski. Esta había sido idea de Dragomira y Henryka se había apresurado a poner el nombre del Oficial en la lista de invitados. Cuando el muchacho ascendía la escalinata de los Monkoni, a la primera que divisó en el

primer rellano fue justamente a Dragomira. Él la reconoció solamente cuando la vio sonreír casi cariñosamente con el especial brillo de sus fríos ojos azules y para saludarlo le tendió una mano que sacó por entre su amplia manga del abrigo de terciopelo verde bordeado con piel de cibelina en color dorado. Dragomira se le apareció al muchacho exóticamente bella a causa de esas partículas blancas que la nieve, iluminada por el sol, dejaba en sus cabellos. Sin embargo, Zefim vaciló al momento de estrecharle la mano.

–Parece que ya no me reconoces... –dijo Dragomira con un dejo de sorna.

–¡Así es! ¿Cómo he de comprender lo que de ti se cuenta? ¿En qué se ha transformado aquella monja de Boyary?

–Bueno, ¿y qué importa todo ese pasado?

–Has devenido una dama de mundo.

–Era justamente lo que tú querías de mí.

–¡No! Eres una coqueta exitosa.

–Fue el natural resultado.

–Como ídolo del Conde Soltyk.

–También con esas estamos, ¿y qué más falta?

–Dragomira, ¿quieres torturarme o simplemente ya no amas?

–Eres simplemente un tonto. ¡Dame el brazo! –dijo ella con una gracia inimitable.

Zefim obedeció y le dio el brazo. Mientras tanto Dragomira empezó a explicarle: –Cuando yo trato de cautivar a Soltyk, es porque estoy persiguiendo un objetivo. Eso no tiene nada que ver con un enamoramiento.

–Pruébamelo hoy mismo, dándome el lugar de tu caballero.

–De buena gana, pero eso no dependerá de mí, sino del Padre Glinski.

Ambos se dispusieron luego a continuar subiendo las escaleras. Finalmente, cerca de la entrada, Zefim llamó aparte al jesuita para pedirle que pusiera a Dragomira en el mismo trineo que él. Pero el Padre Glinski le contestó que eso había que dejarlo librado a la suerte. Zefim, empero, confiaba en que la suerte estuviera de su parte. El jesuita terminó sonriendo, pero estrechándole la mano con cierto dejo de incomodidad.

Acto seguido, aparecieron dos cosacos con recipientes donde se echarían a la suerte los lugares. Anita y Dragomira fueron las encargadas de sacar los papeles enrollados con los nombres de todos los participantes; mientras el jesuita asumió el rol de leerlos. El Padre Glinski iba echando los resultados en un tercer recipiente, de modo que ahí terminaba el control. Con este procedimiento resultó que Soltyk devino el caballero acompañante de Anita y Zefim el de Dragomira.

Una vez que todos los lugares en los trineos estuvieron repartidos, cada uno se apresuró a envolverse en su abrigo. Cuando todos estuvieron listos, la asamblea se largó escaleras abajo a ocupar los trineos que poco a poco fueron emprendiendo el viaje. A la cabecera de la excursión viajaba un heraldo en traje polaco con el escudo de los Monkoni. A este personaje le seguían seis trompeteros y dos tamboriles, además de veinte cosacos; este convoy iba acompañado también por un gran trineo con un coro musical cuyos miembros vestían trajes turcos. Otro trineo especialmente llamativo iba cargado con enmascarados de modo grotesco (que aparentaban ser osos, judíos polacos, monjes mendicantes, gallos gigantes y figuras de la *commedia dell'arte*). La parte más elegante de la comitiva la formaban los trineos con las damas y los caballeros, donde se ubicaban Oguinski con la Señora Monkoni y Monkoni con la Señora Oguinska. Soltyk viajaba con Anita; Henryka lo hacía con Béliarov y Zefim con Dragomira. Junto a los trineos cabalgaban también jóvenes jinetes en traje polaco. También estaban los "Cracovianos", que se distinguían por sus gorras rojas y cuadradas adornadas con plumas de pavo real, pues, cerrando la procesión, montaban en pequeñas cabalgaduras cuyas melenas aparecían ornadas con cintas de todos colores.

Apenas habían abandonado Kiev, las caballerías alzaron el vuelo, como palomas lanzadas al horizonte, surcando las magníficas superficies nevadas. Con una velocidad de vértigo, los trineos cruzaban aldeas y caseríos, atravesando bosques y colinas, guiados por un hada buena que hizo que arribaran antes de lo previsto en Romshinó, don-

de los campesinos en trajes domingueros se regocijaron recibiendo a los excursionistas de la ciudad con gritos de júbilo.

Al pie de la escalinata de la residencia rural esperaba el heraldo con el bastón de ceremonias, rodeado de la servidumbre en traje del siglo XVIII, mientras detrás del palacio disparaban salvas de bienvenida los cañones de hierro, antiguos vestigios de la nobleza de la época del minué y de la más rancia aristocracia.

Las parejas de visitantes ascendieron entonces la escalinata palaciega. Después del momento de desembarazarse de los abrigos y de que las damas retocaran su *toilette*, se dio la orden de apertura del comedor. En las grandes mesas preparadas al efecto se lucía la antigua y maciza vajilla de plata de la familia, sobre la que se elevaban las tortas “babi” o “babilónicas”, en forma de torres que podían alcanzar alturas impensables.

Durante la hora del banquete, el cielo se puso de color plomizo y cuando llegaban los postres ya nevaba copiosamente. Parecía en ese momento que el toque invernal hubiera llegado a su apogeo, haciendo que la tierra se desmoronara sobre sí misma. Entonces se desató una bestial tormenta que hizo resonar con fuerza los cristales de puertas y ventanas; también los muros parecían vibrar por la energía huracanada de los vientos, como si los trombones del Juicio Final anunciaran el Apocalipsis.

El Maestro de Ceremonias anunció con un gesto preocupado que se hallaban ante un imprevisto tornado de nieve que debía ser seguramente obra del conocido viento Samum que barre periódicamente las llanuras sarmáticas. En un primer momento la preocupación recorrió todos los rostros, dado que no faltaban anécdotas en las que este huésped salvaje de las estepas había cubierto el paisaje por varios días, haciendo que la gente estuviera sepultada en sus casas bajo una capa, pesada como un sudario, formada por paredes de hielo y nieve. Sin embargo, el Señor Monkoni tomó la cosa con humor, dándole a la situación el mejor de los giros.

–Como anfitrión, ¿qué mejor podía tocarme? Es como si todos mis amables huéspedes fueran mis prisioneros durante una semana. No hemos de pasar hambre. Tampoco ha de faltar la música. Lo único negativo (que yo inmediatamente anuncio) es que los caballeros jóvenes se verán obligados a dormir en el salón de baile sobre jergones de paja.

Aquí se desató la algarabía general y hubo aplausos por la ocurrencia. El mal humor se disipó como por encanto. Cada uno se arrojó con impaciencia al puro disfrute del ocio, mientras afuera tronaba el huracán.

Ante estas circunstancias la mesa fue levantada mucho más tarde de lo habitual. Un velo blanco de nieve separaba este palacio rural del resto del mundo y también la noche llegó antes de lo esperado. Se encendieron pronto las velas en los candelabros dorados aplicados a las paredes y, como parecía demasiado temprano para iniciar la danza, los jóvenes se dedicaron a sus juegos de salón, mientras los mayores se reunían alrededor de las mesas de naipes.

Después de que Zefim, Solyk y Sesavin hubieron agotado todas sus ocurrencias para entretener a los acantonados por la tormenta de nieve, el Padre Glinski sugirió formar cuadros vivos. La idea fue aclamada por todos y enseguida trataron de ponerla en práctica. En un cuarto lateral se improvisó un escenario, se quitaron las puertas dobles y allí se colocó un cortinado, delante del cual se colocaron las butacas para el público.

El primer cuadro habría de representar a Judith y Holofernes. Para eso Solyk aceptó el papel del jefe militar que aparecería durmiendo sobre un diván turco, delante del cual se hallaría Dragomira. Ella se presentó vestida con el drapeado hecho con una carpeta de mesa con dibujos dorados, pero además se la veía realzada por el efecto de su abundante cabellera rubia de donde sobresalía el adorno de numerosas perlas. En la mano tenía lista el arma con la que descabezaría a su enemigo. Cuando el telón cayó al cierre del cuadro, Dragomira se sentó en el diván junto a Solyk y le susurró con una sonrisa: –¿Se dio cuenta del simbolismo del cuadro con el que han querido precaverlo? Representa un aviso para que cuide su cabeza.

–La advertencia me llega demasiado tarde.

–¡Lo dice con un tono tan trágico!

–Porque me siento en un estado tan particular, como si un corsario turco me tuviera atado a su galera. Tengo en claro su juego y, sin embargo, no puedo liberarme.

El jesuita se puso, entonces, a organizar la presentación del segundo cuadro. Dragomira aprovechó el momento para retrotraerse a un rincón de la sala donde había un viejo sillón, pero Solyk la siguió. Entonces ella le dijo: –¿Me está haciendo reproches, pero no sé qué derecho tiene para ello?

–Por cierto, no tengo ninguno. Pero Usted me llama su “camarada en el dolor”; por lo tanto, yo me atrevo a esperar que entre nosotros dos se cree un lazo que nos mantendría alejados de los otros seres. Sin embargo, tengo que venir a descubrir que Usted dedica a un joven e insignificante Oficial sus mismas amables sonrisas y cálidas miradas que a mí.

–¡Ah! Eso significa que está celoso.

–Sí. Lo estoy.

–Es una preciosura. Me divierte mucho.

En ese momento sonó una campanilla. El segundo cuadro estaba listo para ser presentado ante el público. Se trataba de las cuatro estaciones del año: Anita como la primavera, Henryka como el verano, Kathinka como el otoño y Livia como el invierno.

Después de eso, el Padre Glinski quería cooptar a Solyk para el tercer cuadro, pero el Conde le contestó de mala manera:

–¡Déjeme en paz!

–Ahora es el peor momento para dejarlo afuera. ¿No se da cuenta de que su conducta llama la atención y también podría ofender?

Solyk siguió al cura contra su voluntad. Y en el camino le preguntó con sarcasmo: –¿Tiene ahora entre manos una nueva alegoría?

–Entonces quiere decir que finalmente me ha entendido. Usted está necesitando un espíritu protector, y yo he nacido para la tarea. No sé todavía qué es lo que esa muchacha se propone, pero sospecho y siento que por ese lado se avecina un gran peligro.

–¿Un peligro? Pero justamente ese peligro es lo que me atrae y, por lo tanto, me atrae también esa bella hechicera –le contestó Solyk en un tono de soberana arrogancia.

El tercer cuadro representaba una escena de la gesta *Grazyna* de Adam Mickiewicz. Livia aparecía como Grazyna con armadura y piel de oso, yaciendo en el campo de batalla como heroína victoriosa. Allí la encontrarán sus seguidores y allí tendrá lugar la ceremonia de duelo por su muerte. Un aplauso atronador coronó la presentación de este cuadro que fue mostrado varias veces. Todavía hubo más: Kathinka apareció como domadora de osos y Béliarov como un oso domesticado. Luego los miembros de la orquesta afinaron sus instrumentos y comenzó el momento de la danza con una polonesa, que abrieron Monkoni y la Señora Oguinska. A esta elegante pareja le seguía una comitiva de máscaras magníficas que formaban una especie de serpiente enorme ondulando entre las salas comunicadas por las puertas en fila de palacio de un recinto a otro.

Solyk acompañaba a Anita como su caballero para guardar las formas ante los demás. Sin embargo, apenas hubo terminado la primera danza, el Conde buscó a Dragomira que se ocultaba a la sombra de una columna.

–¿De nuevo solitaria?

–Lo estaba esperando.

–¿Pero no termino de entender qué papel juega Usted, Dragomira? ¿Es un ángel, un demonio, una hechicera o una coqueta?

–Quizás todo a la vez.

–¿Y qué espera de mí?

–¿Todavía no se ha dado cuenta? –dijo Dragomira con toda calma, mientras fijaba en él sus ojos misteriosos que ningún corazón podía rechazar.

–No, no lo sé.

–Yo no lo amaré nunca, dado que no nací para amar; pero mi objetivo es que Usted me ame.

–¿Y cuando yo llegue a amarla, qué pasará después?

–Entonces... Eso lo sabrá a su debido tiempo.

El baile duró toda la noche hasta la mañana temprano. Entretanto se había disipado la tormenta y miles de campesinos habían sido empleados para tallar brechas en los aludes de nieve con el propósito de liberar los caminos. Alrededor de la residencia de Romshinó el sol ya doraba las copas de los álamos rociados con las partículas de nieve, cuando cada uno de los visitantes se retiraba para descansar. Mientras afuera avanzaba el día en medio de los velos artificiales por el claroscuro entre la nieve y los vahos de las tinieblas; dentro del palacio, como Monkoni había preanunciado, los jóvenes caballeros habían tomado su refugio en las salas de baile sobre jergones de paja.

## 5. El Purgatorio

*“Con rehenes, bajo guardias y ayunos,  
Me hallo peleando con el Infierno”.*

EICHENDORFF

Hacia el mediodía cuando el sol alumbraba ya de modo más amable, la asamblea festiva fue despertando de su letargo. Después de que el Maestro de Ceremonias con su hueste de servidores hubo echado de los salones a los caballeros durmientes, se limpiaron los salones de la paja de los jergones y se prepararon los ambientes para la comida. Poco a poco fueron reuniéndose nuevamente los invitados y, haciendo gala de buen humor, se dispusieron a tomar todos juntos el desayuno tardío. Solo faltaba Dragomira.

Según la información que transmitió Henryka, la distinguida invitada no se sentía bien y prefería permanecer más tiempo acostada. Entonces, Henryka les pidió a sus padres que le permitieran quedarse junto a Dragomira, para evitar otros trastornos; y ellos consintieron. Entretanto, después del encuentro general en el comedor, los trineos estuvieron listos y el resto de la comitiva emprendió el regreso a Kiev.

Dadas así las cosas, Henryka y Dragomira permanecieron solas en Romshinó, lo que había sido el secreto plan primitivo de ambas. Desde su cama, Dragomira constató que todos hubieron partido y reafirmó con una sonrisa de satisfacción que todos creyeran lo de su indisposición.

Henryka se lo confirmó, diciendo: –Soltyk se mostró inclusive inquieto y me preguntó si realmente estabas indisputada.

Dragomira se incorporó entonces en la cama dispuesta a levantarse, al tiempo que ordenaba: –¡Ven, mi esclava! ¡Sírvenme!

–¿No quieres tomar el desayuno primero?

–Sí, pero con toda rapidez. –Y pegándole a Henryka una palmada en la mejilla, Dragomira agregó: –En cambio, tú tendrás que ayunar. ¿Lo entiendes?

Henryka hizo un gesto de asentimiento y salió del cuarto, para volver enseguida con la bandeja del desayuno. Mientras Dragomira desayunaba, Henryka se arrodilló delante de la cama sosteniendo la bandeja. Así la dominadora sorbió en toda calma su café.

Cuando hubo terminado con su desayuno, Dragomira quiso tomar un baño, que Henryka tendría que prepararle sin pérdida de tiempo. La servidora se apresuró a cumplir con ese pedido; y cuando regresó para informar que todo estaba dispuesto, Dragomira se levantó de la cama, mientras Henryka, de rodillas, le calzaba las pantuflas. Luego la servidora le colocó a su ama un abrigo cálido de pieles y la condujo a la sala del baño, cuyo suelo estaba alfombrado y cuyas ventanas mostraban espesos cortinados color púrpura.

En todo este proceso Dragomira se comportaba como una sultana, dejándose desvestir por Henryka y haciendo que la servidora la lavara. Cuando el operativo estuvo listo, Henryka ayudó a Dragomira a salir de la tina y la secó con unos enormes lienzos turcos de gran suavidad. Luego el ama se despezó envuelta en pieles sentada en un sillón junto al calor de la estufa, mientras Henryka, como una servidora del harén, yacía extendida en la alfombra frente a ella, aprovechando ese momento para terminar de secarle los pies y volver a colocarle las pantuflas.

De nuevo en el dormitorio, Dragomira ordenó a Henryka ocuparse de sus cabellos y peinarla. La servidora ya había cobrado miedo a su ama por la forma en que esta impartía las órdenes y sus manos no le obedecían todo lo bien que se esperaba. Entonces Dragomira tornó a dar órdenes y subrayó su pedido, golpeando a la servidora en las meji-

llas. Henryka enrojeció y sus bellos ojos se cargaron de lágrimas. Acto seguido, Dragomira repitió sus golpes. La servidora cayó entonces a los pies de su ama y besó la mano que la había golpeado, diciendo:

–¡Golpéame! ¡Me lo merezco! ¡Fue una torpeza infantil!

–¡Fuera! ¡Sal de mi vista, si no quieres servirme como corresponde!

–¡Lo haré como tú mandes! –contestó Henryka, con las manos extendidas en señal de sumisión.

–Eres todavía una niña aristocrática. Debes aprender a ser más humilde aún. Yo te enseñaré pisándote la cabeza. ¡Espera y verás, palomita!

Después de que Dragomira, con la ayuda de Henryka, estuviera lista con su peinado y con su vestuario, el ama exigió que se le trajera la comida. La servidora puso enseguida la mesa en el cuarto contiguo y atendió a su ama como correspondía.

Luego llegó el trineo y ambas mujeres se pusieron en camino hacia Meshkov. Ya se acercaba el crepúsculo cuando llegaron a destino. El sol se ponía en el horizonte y una niebla gris y fantasmal llenaba todos los espacios, inclusive la entrada principal de la finca, cuando las viajeras descendieron en ese patio oscuro y lleno de vapores que sería la boca del Infierno. No había nadie a la vista en ese entorno. La morada parecía completamente sin vida. Al llamado del cochero, sin embargo, apareció una vieja y abrió el portón. Mientras el trineo, siguiendo las órdenes de Henryka, volvía a Kiev, haciendo resonar sus campanillas al perderse en la distancia, Dragomira condujo a la novicia a través de esos pasillos tenebrosos hacia un cuarto pequeño, cuyas paredes no exhibían ningún adorno y cuyas ventanas estaban selladas con maderas cruzadas. La vieja había colocado una lámpara sobre la mesa que estaba en un rincón y después de eso se había esfumado. Recién en ese momento descubrió Henryka una puerta-trampa que se disimulaba en una pared y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

–¿Tienes miedo? Si te falta el valor, todavía tienes tiempo de dar media vuelta. Yo no te obligo a nada en contra de tu voluntad.

–No. Yo te sigo a ti y te obedeceré en todo lo que ordenes.

Dragomira le dio la orden, por consiguiente, de despojarse de la ropa y las alhajas que ella llevaba puestas. Henryka debía vestir, en cambio, una túnica penitencial gris que se hallaba lista sobre una silla. Luego la dominadora levantó la puerta balancín y mandó a Henryka pasar por allí. Después de descender algunos peldaños, ambas mujeres se hallaron en un recinto abovedado del subsuelo que solo estaba iluminado por una tenue lamparilla. En un rincón se veía un haz de paja y junto a él se hallaba fijado en la pared un anillo de hierro. Dragomira ciñó a la temblorosa Henryka en las manos y los pies con cadenas, cuyos eslabones luego aprisionó en el anillo del muro.

–¡Reza y haz penitencia! –dijo Dragomira, con una severidad en su mirada y en el tono que no dejaba lugar a dudas. La victimaria reascendió rápidamente los peldaños y cerró tras de sí la puerta-trampa. En ese momento tocó una campanilla y enseguida apareció el Apóstol.

–¿Has traído una nueva discípula? –preguntó el cura.

–Sí. Está abajo y ya ha comenzado su período de penitencia.

–¿Es valerosa?

–Sí, pero todavía le queda un resto de orgullo. Todavía hace falta quebrar esa arrogancia.

–¿Quién habría de lograrlo, si no tú misma? Ahora ella está en tus manos. No seas demasiado bondadosa. Los seres humanos deben ser domesticados como perros, si es que se ha de sacar algo bueno de ellos. En cada uno hay todavía un resto demoníaco. Extírpaselo. Ponla bajo tus pies. La serpiente, una vez que la pisotees, se transformará en un ángel. Muéstrate fuerte y Dios estará siempre de tu lado.

Después de que Henryka había pasado algunas horas sumida en la más profunda soledad, llorando y rezando, apareció Dragomira otra vez. El ama le quitó las cadenas a su esclava y luego la condujo al piso superior.

–¿Estás preparada para el segundo paso de la penitencia?

–Sí. Lo estoy –dijo Henryka, al tiempo que se desplomaba sobre sus rodillas, mostrando la más profunda sumisión. Dragomira le bajó hasta la cintura la túnica penitencial, a la vez que aferró un látigo.

Cuando vio que Henryka se había retorcido de espanto ante su gesto, Dragomira tiró lejos el instrumento del castigo y se desnudó ella misma.

–Quiero darte un ejemplo de valor –dijo Dragomira, con una sonrisa llena de desprecio de sí y de todos–. Toma el látigo y castígame tú a mí. Yo soy tan pecadora como tú. ¡Golpéame!

Mientras Henryka se ponía de pie y mecánicamente tomaba el látigo, Dragomira se arrodilló ante ella, mirando arrobadamente hacia el cielo y recitando un salmo de penitencia. –¡Azótame! ¡No muestres cobardía!

Henryka alzó el látigo y golpeó una vez, dos veces. Luego dejó caer su brazo. –No puedo. Elige otra víctima, pero a ti no puedo castigarte –dijo la muchacha, en un susurro.

–¡Tontita! –Dragomira se irguió nuevamente y se envolvió con lentitud en sus pieles–. Tú no tienes ni el valor para la penitencia ni tampoco el de propiciar la penitencia en los demás. Ahora no me resta más que volver a atarte.

–¡Hazlo, por favor! –dijo Henryka, presentando sus dos manos en señal de aceptación. En cuestión de minutos Dragomira le ató las manos a Henryka a la espalda y tomó de nuevo el látigo.

–¡Reza y arrepiéntete de tus pecados! ¡Invoca la bondad del Altísimo!

En voz apenas audible Henryka comenzó a rezar un salmo que le había enseñado Dragomira, mientras su ama ya elevaba el azote.

Bajo los primeros golpes, Henryka se retorció dolosamente. Por un largo rato no se oían más que los siseos del látigo y los ayes de la penitente. De repente, la víctima gritó: –¡Por Dios, apiádate de mí! –Al mismo tiempo Henryka caía de bruces delante de la figura ominosa de Dragomira.

–Me apiado de ti, en la medida en que te doy la oportunidad de limpiarte de tus pecados –dijo Dragomira, poniendo su pie sobre la nuca de su víctima.

Y aquí empezó realmente el momento del Purgatorio. En vano se refugiaba Henryka de la furia de Dragomira, buscando arrastrarse por entre el polvo del suelo, mientras lloraba a lágrima viva. A Dragomira no le temblaba el pulso; tampoco mostraba ningún remordimiento

ante lo que sobrevendría. Al contrario, estaba completamente convencida en su fuero íntimo de servir así a Dios, aunque ese su Dios fuera tan terrible como el Moloch de los fenicios.

Finalmente, Dragomira se detuvo. Henryka yacía en el suelo completamente anonadada entre la suciedad del piso. Era eso lo que el ama había avizorado. Sin embargo, solo sobrevino una señal de parte de la dominadora y la esclava se irguió nuevamente para confirmar el pacto, mostrando su temor y su sumisión.

–¡Besa la mano bienhechora! –dijo Dragomira, y Henryka se apresuró a cumplir la orden, besando esa mano cruel.

–¡Besa también el pie que te ha sometido! –agregó Dragomira, y también obedeció.

Solo entonces, el ama liberó a la esclava de sus ataduras, aunque Henryka no se atrevía todavía a ponerse de pie.

–¡Vístete!

Henryka vistió el atuendo que cubriría sus hombros ensangrentados. Mientras tanto, Dragomira prosiguió:

–El tercer paso de la penitencia ha de mostrar si eres capaz de crucificar tu propio corazón; es decir, si sabes sobreponerte a la compasión. También deberás mostrar si tienes la valentía de realizar los mandamientos que nuestra Fe exige. ¡Toma tus pieles y sígueme!

Dragomira descendió con la novicia por segunda vez al subsuelo de esta singular morada. Primeramente, llegaron al recinto en el que Henryka había comenzado su penitencia. Allí Dragomira abrió una puerta de hierro y el ama y su esclava se deslizaron a través de unos pasadizos que las llevaron hasta una segunda puerta. Por ella se comunicaron con un segundo recinto abovedado que aparecía despiadadamente iluminado por un fanal rojo. Sobre un jergón de paja yacía un hombre de edad madura que mostraba cabellos y barba desgreñados. Delante de él se hallaba sentado el Apóstol, mientras que a su lado se veían dos figuras masculinas en trajes campesinos.

–Aquí está ella –dijo Dragomira, mientras Henryka se postraba ante el Apóstol.

–¿Tienes valor? –le preguntó el Apóstol, mirándola con atención.

–Sí.

El Apóstol hizo que Henryka se irguiera y, luego, se dirigió al prisionero, diciéndole: –Por última vez, ¿vas a confesarte y hacer penitencia?

–No. Me han traído aquí con triquiñuelas y por la fuerza. No sois más que unos canallas miserables –gritó el prisionero–. Podéis asesinar-me, pero no haréis que me humille ante vosotros.

–No exigimos que te humilles ante nosotros, sino ante Dios.

–Vuestro Dios es Satanás. Vosotros negáis a Jesús, pues su doctrina es el amor.

–Estás poseído por el demonio. ¡No nos queda más que intentar salvar tu alma! ¡Será obra de Ustedes, muchachas!

En ese momento el Apóstol se erguía frente al prisionero como un Ángel Exterminador. A una señal del cura, los dos acólitos varones aferraron al desdichado y le soltaron las cadenas para atarlo de pie al muro. A varios pasos de allí se veían moverse las llamas poderosas de una hornalla en la que se calentaban varias picas de hierro al fuego vivo. Entonces Dragomira llamó a Henryka a su lado y le dijo: –Con estos hierros debes quitarle de su cuerpo todo lo diabólico.

–¿Cómo dices? –preguntó Henryka como desconcertada; pero, entretanto, en sus ojos, por lo común tan dulces, apareció como una fiebre salvaje de goce asesino.

–¡Tortúralo sin piedad! Si lo haces, obrarás bajo la suprema gracia de Dios. ¡Aplicale los hierros en el pecho y los brazos!

Henryka aferró el primero de los instrumentos candentes al rojo vivo y se aproximó a la desgraciada víctima con una especie de furia antigua, como siguiendo una doctrina religiosa demencial.

–¿Vas a confesarte? –le preguntó al prisionero nuevamente el cura.

–No.

En ese momento el hierro produjo un siseo extraño sobre la piel y el desdichado dejó escapar un lamento.

–¡Bien, hija mía! –dijo el cura, mirando a Henryka.

La muchacha, así alentada, siguió con su labor con una premura nerviosa y un extraño placer en la aplicación de su tarea. Entretanto la víctima, sometida a increíbles sufrimientos se desplomaba a los pies de la torturadora, gritando de manera terrible. Todavía dos veces más se oyó el silbido de los hierros sobre la carne hasta que el desgraciado cayó postrado en una semi-conciencia, habiendo mordido el polvo bajo la derrota que le infligía el cura. Antes de su caída había pedido clemencia, se había declarado sometido y, finalmente, había abandonado la lucha, dejando que hicieran con él lo que quisieran.

Después de que el Apóstol hubo bendecido la tarea de Henryka, los varones asistentes y las dos muchachas abandonaron la bóveda, dejando a la víctima sola con el cura; es decir, con su torturador.

## 6. Se levanta el velo

*“Te sigo fielmente, aunque sea  
Hasta las llamas del Infierno”.*

MOORE

Era cerca del mediodía cuando el jesuita se presentó en el gabinete de trabajo del Conde. El Conde Soltyk se había levantado hacía poco y se hallaba sentado en su sillón. Enfundado en la suavidad de su bata persa, bordada con hilos de oro y orlada y forrada con marta cibelina, el Conde sostenía en sus manos una esquila que delataba haber sido escrita en el papel más a la moda que uno pudiera imaginarse.

–¿Una nueva aventura? –se burló el Padre Glinski.

–Se equivoca. Se trata solo de unas líneas de Dragomira, tan gélidas como una mañana invernal, en la que me comunica que se halla nuevamente recuperada.

–¿Eso significa que Usted había inquirido por su estado?

–Sí.

–Bueno, mucho mejor.

–¿Usted me dice eso?

–Por cierto. Ella no tendría que sospechar que nosotros le estamos siguiendo el rastro, ni que empezamos a descubrir la verdad en las tinieblas de su enigmática personalidad.

–¿Es realmente así?

–Ahora estoy completamente seguro de que Dragomira abriga un plan en lo que a Usted respecta; es decir que ella persigue fines enteramente definidos que tendrán terribles consecuencias. Cuídese de esta muchacha. Con ella no se tratará, por cierto, de recoger los laureles de una galantería amable.

–Tampoco ese era mi propósito.

–Dragomira es más peligrosa de lo que Usted piensa.

–¡Siempre repitiendo las mismas fantasías! –dijo Soltyk, largándose a reír.

–Nunca se había tratado de fantasías, sino más bien de sospechas; pero ahora son certezas las que poseo.

–Me está despertando la curiosidad.

–Con Dragomira no estamos ante una vulgar coqueta. Tampoco se trata en ella de abrigar esperanzas como esposa y ni siquiera de ganar su corazón.

–¿Y entonces qué es lo que queda?

–Dragomira tiene que cumplir una importante misión en Kiev. Quizás esto tiene que ver con un costado político, aunque no me resulta todavía muy claro. Sobre lo que, en cambio, no tengo dudas, es que ella sostiene vínculos secretos. Es parte de una red de puntos de apoyo como instrumentación útil. Esta es la razón por la que de tiempo en tiempo desaparece. Sin ninguna duda, lo hace para informar a alguien poderoso al que le debe obediencia. Mi Orden ha tenido siempre el mejor sistema policial y también en este caso tiene excelente información que es mejor que la que circula en otras esferas. La entrada de Dragomira en los círculos sociales de Kiev está íntimamente ligada a esa misión. Ella, por su parte, no tiene en ese tema ni intereses personales ni simpatías propias; la entrada en sociedad le sirve exclusivamente para llevar a cabo un proyecto. En tanto su propio corazón se mantenga libre, ella será más capaz que cualquier otra conquistadora mundana de cautivar corazones a la expectativa. Ella lanza sus redes, por eso, no sobre un individuo, sino sobre varios hombres a la vez, de modo tal que cada uno se sienta el elegido y

abrigue las acostumbradas esperanzas; sin embargo, con cada uno de los cautivados hay algo más por detrás. También Zefim Yadevski es su víctima. Hay que consignar además que ella realiza sus conquistas también en el ámbito de su propio sexo. Henryka Monkoni es ahora su esclava, llana y simplemente, como lo digo; con un parpadeo Dragomira la dirige a su gusto.

–Todo eso me parece un cuadro salido de la mente más fantasiosa que darse pueda.

–Se lo repito. Para mí todo esto y mucho más se ha tornado de una certeza completamente ajena a cualquier fantasía. Y si Usted lo requiere, puedo presentarle las pruebas enseguida. Además de la Dragomira que Usted conoce, existe otra, una especie de figura demoníaca, que durante la noche...

–¡Un momento! –exclamó Soltyk, pues de golpe, como con el brillo instantáneo de un relámpago, recorrió su mente el recuerdo del primer encuentro con Dragomira en la calle–. En lo que me acaba de decir puede haber algo de verdad, si me dejo guiar por la increíble aventura que me aconteció con esta muchacha la primera vez que la vi.

–¡Cuénteme Usted! ¿Qué sabe de las excursiones nocturnas de esta muchacha?

–Se lo diré enseguida. Cuénteme Usted primero de dónde toma las pruebas de que lo dicho no sale de su imaginación.

–Con mucho gusto y hoy mismo, no bien Usted esté dispuesto por una hora a ponerse bajo mi guía de modo absoluto.

–¿A qué hora?

–Esta noche, pero la hora exacta todavía no la puedo precisar.

–Estaré en casa para esperarlo con impaciencia, no bien oscurezca.

El jesuita dio su asentimiento y desapareció. Más tarde, cuando sonaban las diez de la noche, el Conde y su acompañante dejaban el palacio. Ambos se habían vestido con ropas campesinas de la región de la Pequeña Rusia y nadie hubiera adivinado la presencia de los dos poderosos de la ciudad bajo ese ropaje que constaba de un traje hecho de manera zafia que se cubría con una larga piel de cordero. Para

completar el disfraz, ese atuendo rural llegaba a su perfección con una gorra negra de piel y botas altas. Detrás de ese enmascaramiento se hallaba, por un lado, el favorito de las damas y, por otro, el más elegante miembro de la Orden de los Jesuitas.

El Padre Glinski condujo al Conde, haciendo un zigzag, hasta alcanzar callejuelas estrechas y deshabitadas para llegar a la calle donde se hallaba la casa del comerciante Serguich. Enfrente de ese domicilio se encontraba un local de bebidas. Ambos falsos campesinos entraron a la taberna y permanecieron un buen rato mezclados con cocheros medio borrachos y obreros; estuvieron así sentados sobre un banco destaralado en medio del local lleno de humo de tabaco. En un momento dado, sin embargo, entró al lugar un judío flaco vestido con un *kaftán* negro; el recién llegado hizo una señal al jesuita. Impulsados por esa indicación, Soltyk y el Padre Glinski dejaron la taberna para ubicarse por fuera, adosados lo mejor posible a las paredes, desde donde, amparados en la oscuridad, podían observar la entrada de la casa de Serguich, sobre la que se difuminaba la luz mortecina de un farol de gas.

No había pasado mucho tiempo, cuando una dama se aproximó al lugar apurando su paso. A pesar de la largura de las pieles que cubrían la esbeltez de una fina figura femenina y el velo espeso que tapaba el rostro, para Soltyk no hubo ninguna duda de que se trataba de Dragomira. Solo ella caminaba con ese porte arrogante de una cabeza acostumbrada al éxito; solo ella daba esos pasos elásticos y majestuosos a la vez. Cuando la figura había desaparecido entrando a la casa del comerciante, el Padre Glinski giró su cabeza hacia Soltyk, mirándolo inquisitivamente.

—Sin duda se trata de ella. Sin embargo, yo quiero ir más lejos para convencerme. Venga Usted.

Ambos espías cruzaron la calle y permanecieron un tiempo en la cercanía de la puerta de la casa de Serguich. Para no despertar sospechas en la espesa oscuridad que rodeaba todo y disponer de algo de luz, el Padre Glinski sacó su pipa, la llenó con tabaco y mantuvo listas la piedra para encender y la pequeña esponja. Cuando después

de un rato se abrió la puerta, el jesuita se puso de espaldas, produjo una chispa y colocó la esponja encendida en la pipa; mientras tanto el Conde, con los cabellos tapando sus sienes, pudo fijar su mirada sobre los rasgos de Dragomira sin equivocarse. Era justamente ella la que ahora salía en ropas masculinas y casi se sobresaltaba ante la presencia de dos hombres, pero enseguida se componía y cruzaba la calle con paso rápido.

–¿Qué significa ese disfraz? ¿Se trata acaso de un encuentro amoroso?

–No. Esta muchacha está hecha de mármol, y el mármol no produce chispas. Aquí estamos ante algo completamente diferente.

–Quiero seguirla –dijo Soltyk.

–No lo haga. Si lo hiciera, me arruinaría el plan que me ha costado tantos esfuerzos y agudeza para organizar.

–Bueno. Seré precavido. Pero, ¿cómo lograré adquirir las certezas que me hacen falta, si no la sigo?

Soltyk se desembarazó de la compañía del jesuita y se puso a perseguir a Dragomira. A pesar de la ventaja que ella le llevaba, pronto se puso a sus talones. Ella se dio cuenta de la presencia de su perseguidor solo cuando se hallaba en la cercanía de la taberna roja. Por tal motivo, Dragomira se detuvo un momento para permitir que ese individuo siguiera adelante, pero se esmeró en descubrir sus rasgos al tenerlo cerca. Soltyk, sin embargo, tuvo la genial ocurrencia de fingir que era un borracho. Imprimiendo a su paso un vaivén zigzagante, el Conde travestido se puso a cantar una melancólica canción cosaca con una voz desfigurada y más próxima a un graznido. Dragomira no lo reconoció. La muchacha entró en la taberna sin sospechar siquiera de la presencia del Conde. Tampoco entró en la duda, cuando Soltyk empezó a golpear la puerta con el puño, exigiendo bebida. Y así también le franquearon la puerta al borracho.

En la taberna no había nadie más que Raquel; sin embargo, la judía desapareció luego de cambiar algunas palabras con Dragomira. Poco después entraba al lugar el domador Karov. La aparición de esta figura atlética puso de mal talante a Soltyk, haciéndole subir la sangre

a la cabeza. Sin embargo, el Conde se contuvo, vació el vaso de aguardiente que tenía delante; luego se hizo el adormecido, cruzando los brazos sobre la mesa y poniendo la cabeza sobre ellos.

Karov se había sentado en la mesa de Dragomira y hablaba por lo bajo con ella. Soltyk oyó sin embargo lo siguiente: –De hace un tiempo a esta parte la están siguiendo a cada paso que Usted da. He venido solamente para precaverla.

–¿Quién me observa? ¿La policía?

–No. Un judío que ha sido visto en la cercanía de su casa y de la casa de Serguich. Lo conocemos como agente secreto del jesuita.

–¡Ah! Es el Padre Glinski.

–Sí, muy probablemente. Solo puedo aconsejarle evitar por un tiempo venir a esta taberna. Y tampoco recibir en su casa a Raquel.

–Tiene razón. Le agradezco el aviso.

Cuando Dragomira abandonó la taberna y se acercaba a la casa de Serguich, oyó unos pesados pasos detrás de ella. Se detuvo un momento, y enseguida reconoció al campesino borracho que se le acercaba. En el momento en que quería retomar su camino, una mano inesperada se posó en su brazo, mientras unos ojos oscuros la escrutaron con insistencia. En ese instante también una voz familiar pronunció su nombre. Esta muchacha aguerrida y valiente se recompuso enseguida de su alteración y dijo con naturalidad: –¡Ah! Es Usted. ¿Quién le permite a Usted seguirme de esta manera?

–¿Y todavía me lo pregunta? ¿Acaso ignora lo que yo siento por Usted?

–¿Ah, entonces está celoso?

–Sí.

Dragomira se largó a reír.

–¿Quién es ese hombre con el que Usted tenía una cita? Me habían dicho que Usted estaba enamorada de Yadevski, pero ahora veo que su corazón pertenece a otro. ¡Dígame su nombre! Uno de los dos ha de morir.

Dragomira volvió a largar la carcajada, al tiempo que decía: –Aquí tiene mi mano como fianza; ese hombre no es ni mi admirador ni mi amigo.

–Si esto es verdad, entonces comprendo finalmente por qué todos me alertan contra Usted. ¿Qué significan esas relaciones misteriosas que Usted frecuenta? ¿Cuál es el secreto que Usted tan cuidadosamente oculta ante mí y ante el mundo?

–Esto suena realmente como una inquisitoria policial. ¿Qué le permite a Usted pensar que estoy obligada a responderle? ¿Así que le están diciendo que tenga cuidado conmigo? ¿Acaso alguna vez le he exigido que confíe en mí? ¿Acaso alguna vez me he esforzado en atarlo a mi destino? Usted está libre, yo no lo detengo junto a mí.

–¿Dragomira! –exclamó el Conde, tomándole las manos–. ¿Le parece que me merezco estos reproches? ¿Merezco el lenguaje que utiliza conmigo? Usted sabe, Usted debería saber que no hay nada en el mundo que pudiera determinarme a huir de Usted. Yo no soy uno de esa especie, de esas mariposas efímeras que aletean en los salones. Yo espero que Usted me trate como a un hombre y entonces me adjudique la valentía de amarla, inclusive cuando Usted sea una conspiradora.

–¡No lo soy!

–¿Entonces qué, Dragomira? ¡Deje ver su verdadero rostro detrás de la máscara! ¿No me considera digno de su confianza? ¿No quiere hacerme partícipe del grupo de los conjurados? Y aún si para ese papel no me considera digno, transformándome en su instrumento, yo soy capaz también de obedecer. ¡Sí! ¡A Usted la seguiría adónde quisiera, en cualquier peligro, hasta la muerte, si así debiera ser!

Dragomira lo miró con atención por un rato y luego le dijo, dándole la mano: –Le agradezco. Pero por ahora confórmese con que yo le crea y no abrigue desconfianza ante lo que Usted me dijo. Yo sé ahora que Usted no habría de traicionarme, pero aquí no se trata de un secreto mío el que yo guardo y que también tengo que dejar oculto ante Usted. Tenga paciencia por lo menos todavía durante tres días. Entonces le tendré preparada una respuesta. ¿Está conforme ahora?

–Sí.

Solyk acompañó a Dragomira todavía un trecho y terminó despidiéndose cuando ella se lo pidió expresamente.

A la mañana siguiente la muchacha abandonó su casa con Karov, vestida con ropas campesinas; subió a una carreta rural que la estaba esperando en la cercanía. Así atravesó todo el paisaje nevado cubierto de irisada niebla en dirección a Meshkov, donde la esperaba el Apóstol.

## 7. Un nuevo paso hacia la meta

*“Tu rostro es como un libro  
en el que están escritas las cosas más singulares”.*

SHAKESPEARE, *Macbeth*

Tres largos días esperó el Conde Soltyk para recibir alguna noticia de Dragomira, lo que se le hizo una eternidad. En la tarde del tercer día en el club que frecuentaba Soltyk apareció Barijar, vestido con la librea de un servidor personal de un aristócrata, y le entregó una carta. El Conde sobrevoló rápidamente su contenido.

Soltyk le puso a Barijar una moneda en la mano y le pidió que transmitiera que iría sin demora. Con la rapidez de un rayo, el Conde se precipitó escaleras abajo; subió a su carruaje y, una vez en su casa, se dedicó con excesivo esmero a hacer su *toilette*.

Una hora más tarde su coche se detenía delante de la casa de Dragomira. Soltyk le dijo a su cochero que no lo esperara y, acompañado por Barijar, subió los escalones hasta el salón superior, donde se hallaba el vestíbulo de recepción. En el momento en que se quitaba su abrigo, se adelantó Dragomira a estrecharle la mano.

—¿Está Usted sola? —le preguntó el Conde, llevándose los dedos de ella a sus labios.

—Sí. —Al decir esto, Dragomira retiró la mano y se sentó cerca de la chimenea. Mientras tanto, el Conde, que había apoyado las dos manos en el respaldo de la silla que ella le había indicado, trataba de

leer una señal en el rostro de la muchacha; sin embargo, esa página aparecía, como de costumbre, fría e insondable. Tampoco los bellos ojos azules de Dragomira expresaban otra cosa que el consuetudinario brillo glacial.

A pesar de la excitación en la que se encontraba, Soltyk tuvo la capacidad de notar que la muchacha se había arreglado especialmente para recibirlo. Dragomira aparecía por primera vez ante él vestida informalmente en *negligée*, un atuendo del que las mujeres saben hacer el mejor uso. Daba la impresión de que Soltyk la hubiera visitado de improviso, interrumpiendo su intimidad, y por eso la dueña de casa se había enfundado en lo primero que tenía a mano para poder recibirlo. Sin embargo, todo encajaba de modo para nada improvisado. Cada acorde coincidía con el siguiente en una sonora melodía. Bajo el terciopelo púrpura orlado con cibelina dorada de la chaqueta de pieles, como también de sus amplias mangas, florecían en volados cascadas de seda azul, que inundaban todo el entorno con las puntas blancas de los encajes de esa bata matinal, como si fueran la combinación del aroma de flores con los copos de nieve. Además, sus cabellos rubios lucían maravillosamente bien en su desarreglo, cayendo sin concierto generosamente sobre sus hombros. No era tampoco casualidad que ella calzara unas babuchas de seda negra bordadas con perlas o que como única joya de su brazo exhibiera un ancho brazalete de oro. Tampoco era debido al azar que sus cabellos estuvieran coronados simplemente por una camelia roja.

También Dragomira se dio cuenta de inmediato del tiempo que Soltyk había pasado frente al espejo antes de visitarla, aunque lo había hecho en toda su premura. Sin embargo, aunque el Conde había abrigado esperanzas de que ella lo encontrara galantemente bello, Dragomira casi se largó a reír al percibir su cabello especialmente rizado, el perfume que inundaba sus ropas y el extraño corbatín que el visitante se había anudado al cuello. En ese singular instante Soltyk se le apareció por primera vez como una criatura débil y, por lo tanto, esa

aparición le dio energía para sentirse tan fuerte como para tomarlo como un juguete.

–¿Será capaz de revelarme finalmente el misterio por el que desde hace semanas me siento torturado?

–Sí –dijo Dragomira, con absoluta displicencia.

–Usted es la mujer más bella que yo haya visto nunca. Pero también tan enigmática como una esfinge; igualmente misteriosa y quizás también igualmente cruel.

–Tiene razón. Yo no tengo corazón. –Mientras decía esto, Dragomira sumergía sus dedos en el espesor de sus pieles y, al mismo tiempo, fijaba su mirada sobre su interlocutor para escrutarlo.

–Bueno, nunca creeré que es verdaderamente diabólica.

–Yo no soy ni buena ni malvada.

–Pero, ¿qué es Usted realmente?

–Yo estoy al servicio de una idea, que no implica ni amor ni odio.

–¿Cuál es esa idea?

–Se lo confiaré, Conde Soltyk, a pesar de haber descubierto en Usted un rasgo negativo, que es doblemente negativo, por ser pequeño y dar muestras de gran debilidad.

–¿Qué rasgo?

–Usted es vanidoso, mi querido Conde. Y es palpable que hace esfuerzos para congraciarse conmigo. Eso me llena de regocijo. –Al decir esto, una leve sonrisa recorrió los rasgos habitualmente gélidos de Dragomira.

Soltyk se puso al rojo vivo. –Con lo que me acaba de decir, se ha mostrado inmensamente cruel. Es Usted una hermosa tigresa que, como está segura de su presa, juega con ella con la mayor gracia.

–¡Sí! Usted es vanidoso. Lo reafirmo. A pesar de ello, entre marionetas se muestra como un hombre; y entre larvas se destaca como poseyendo un rostro humano. Justamente, por todo eso, hoy le mostraré cómo puedo confiarme en Usted.

–Le aseguro que puede tenerme confianza. No necesito repetirle que, aunque me sea incomprensible, no creo que Usted tenga pode-

res diabólicos. También sé que Usted no es el tipo de muchacha a la que uno le haría confesiones íntimas. Usted sabe, a partir de los rostros, leer tanto los pensamientos humanos como sus sensaciones. Por ello, hace rato que ha comprendido que yo la quiero.

–Sí. Lo sé.

–¿Ha comprendido también el grado de mi amor?

–También eso.

–Usted tiene que saber también, Dragomira, que mis más íntimos deseos la incluyen y que mi mente solo la tiene a Usted en su centro, que yo me lo paso soñando con Usted y que Usted ocupa mis fantasías cotidianas. También tiene que saber que yo estoy dispuesto a abandonar todo por Usted, a sacrificar todo en su beneficio.

Dragomira hizo un gesto de asentimiento, mientras Solytk continuaba: –¿Y debe saber también que su frialdad y su sarcasmo me vuelven loco?

–¿Mi sarcasmo? ¿Cómo podría burlarme de su pasión, puesto que justamente es mi objetivo que me ame? ¿Cómo podría expresar sarcasmo, siendo mi meta que se muestre tan ardiente, tan locamente apasionado, como me lo está probando ahora? No, yo no me río de Usted. Me regocijo del ardor que yo he sabido encender.

–¿Y cuál es el objetivo?

–Pronto lo ha de saber.

–¿Acaso hacerme un instrumento para sus andanzas? Esto si yo, claro está, me plegara a sus designios. Lo haría gustoso, siempre y cuando Usted antes fuera mía. Sé que Usted no me ama. Sé que Usted no tiene corazón. Bien, lo acepto. No exijo que sienta algo por mí. Sin embargo, dígame que está dispuesta a tornarse mi esposa.

–Eso nunca.

–¿Es hasta ese punto insensible? –Diciendo esto, el Conde se echó a los pies de Dragomira y con un apasionamiento indescriptible pasó los brazos alrededor del cuerpo de la muchacha. El Conde hundió su rostro inflamado de pasión entre las olas de seda, puntillas, terciopelo y pieles que se derramaban de la figura de esa belleza fría y descon-

soladamente ausente. Dragomira se desprendió con un gesto brusco de reprobación.

–Se lo repito, Conde. Si se acerca otra vez de esta manera, se acabará todo.

–¡Perdón! –pidió humildemente el Conde, conservando su posición de postración ante ella–. No era mi intención ofenderla. Me coloca en una posición injusta, si piensa que quería avanzar por encima del decoro y de su orgullo. ¡Por Dios, no querría hacer nada que pudiera enojarla!

–Está bien. No necesita decirlo –exclamó Dragomira.

–No tengo otro pensamiento que transformarla en la dueña de todo lo que poseo, de hacerla mi esposa.

–Lo sé; pero allí se halla justamente el desafortunado error que se enseñorea ante nosotros como un precipicio insondable. Usted me considera una mujer común. Yo no lo soy. Nunca daré mi corazón a ningún hombre y tampoco otorgaré mi mano a nadie.

–¡Qué extravagancia!

–Lo digo con toda la seriedad del mundo.

–¿Y es realmente tan despiadada?

–Se lo estoy demostrando. ¡Póngase de pie, Conde! Podrá conmover con más facilidad a una imagen sagrada milenaria que a mí. ¡Póngase de pie, por favor!

Cuando Soltyk se irguió, Dragomira continuó: –Ahora siéntese a mi lado y escúcheme bien.

El Conde obedeció y la muchacha dijo entonces: –Olvídese del entorno en que se halla ahora. Imagínese que todos estos muebles modernos y esta estufa rusa no existieran. Borre de su mente mi atuendo; haga desaparecer de su vista esta envoltura sarmática, estas puntillas, estas babuchas que recuerdan un harén... En su lugar, imagine que yo porto una simple túnica larga y blanca, un velo y unas sandalias. Solo así podrá comprenderme.

–¿Cómo una Vestal?

–Como una Sacerdotisa.

–Tiene razón. Solo falta el cuchillo del sacrificio. La víctima ya está dispuesta.

¿Qué sucedió precisamente en ese instante como para que las palabras del Conde produjeran un estremecimiento en esa estatua de mármol virginal? Soltyk había ofrecido una imagen que a él mismo le era ajena: se trataba del cuadro en el que la leona aparece en el redondel del circo romano y a esa bestia se le opone un gladiador desarmado.

–¿Qué le sucede? –preguntó Soltyk, notando el estremecimiento que había recorrido a su interlocutora.

–Nada, nada –contestó Dragomira, apoyándose en el respaldo del diván y entrecerrando los ojos.

–Está claro que Usted pertenece a una secta religiosa –dijo el Conde, después de una pausa.

–Pertenezco a una pequeña comunidad... –lo corrigió Dragomira, volviendo a abrir los ojos– ...que se ha comprometido a cumplir una misión que es grande y sagrada a la vez. Traiga ahora a su mente la situación del mundo actual, el estado generalizado que reina en todos los espíritus. Por un lado, tiene esas creencias de la iglesia que son ciegas y mortales, pues dependen solamente de formalidades que han perdido su sentido. ¿Qué significa susurrar rezos que nadie oye y confiar su alma a sacerdotes que no tienen otro cometido que saciar sus apetitos carnales? Por otro lado, puede Usted notar la acción de los descreídos, para los que nada es ya sagrado. Estos seres ponen todo el peso de su interés en el círculo de las estrellas o en los cráneos de animales y personas. Ellos pesan todo, calculan todo, fragmentándolo en partes elementales, que encuentran en los vegetales, en las piedras, en los planetas, sin esperar nada de Dios, porque no lo pueden descubrir mirando por sus telescopios. ¿No comprende Usted que en medio de esta hipocresía y adoración de la letra, que en medio de esta animalización de la persona y en medio de este des-endiosamiento de la naturaleza, que generan igualmente tanto repugnancia, esterilidad y desencanto, existan almas que anhelan la cercanía de Dios; un

Dios que se halla más allá de las estrellas, más allá de las células, más allá del caldo de los orígenes? ¿No comprende Usted que estas almas añoren entrar en contacto con un nuevo tipo de mundo espiritual al que tienden por un impulso intuitivo?

–¿Usted cree que existe Dios?

–Sí. Lo creo.

–¿Y Usted cree también que existe un mundo más alto que es superior al terrenal?

–Sí.

–¿Y cree que es posible adentrarse en ese mundo superior?

–Eso no solamente lo creo, sino que lo sé y estoy convencida de ello.

–¿Entonces Usted se dedica al espiritismo?

–No. Esas no son cosas para tomar a la ligera y jugar con ellas. ¡Ay de aquellos que de modo afebrado extienden sus manos hacia el cortinado que nos separa del Más Allá! ¡Solo la Fe puede indicarnos el camino hacia la Luz Eterna!

–¿Entonces esa es su fe?

–Sí. En eso creo.

–¿Usted cree también que Dios la ha elegido para una misión? Solo ahora comienzo a comprenderla –dijo Soltyk. Su excitación era tan grande que se había puesto pálido; sus ojos se habían agigantado y vueltos más brillantes. –¿Y quiere que yo la ame, como para que confíe en Usted? ¿Que la ame para que Usted pueda señalarme el camino que, según su concepción, es el único que conduce a la salvación?

–Sí.

–Pruébeme, entonces, que existe un solo Dios.

–Eso no está dentro de mi dominio.

–Pruébeme que existe un mundo diferente de este en el que respiramos. Pruébeme que existen espíritus que obedecen al Eterno y con los que nosotros podemos entrar en contacto con la ayuda de su fe.

–Eso sí puedo probarlo.

–La conmino, Dragomira, a que sea sincera. No me engañe. Sería terrible que en tales cosas se pudiera jugar con ellas.

- No estoy burlándome. Usted solicita pruebas de mi parte. Se las daré.
- ¿Cuándo?
- Muy pronto. Quizás ya mañana mismo.
- ¿Me da su palabra?
- Aquí va mi palabra. Y he de cumplirla.
- ¡Entonces le pertenezco, Dragomira!

## 8. Desde el Más Allá

*“El mundo de los fantasmas no está cerrado”.*

GOETHE, *Fausto*

A la mañana siguiente el Conde Soltyk recibió una esquila de Dragomira, participándole lo siguiente: “Esta noche me encontraré en casa de los Monkoni. Venga sin falta. Allí podremos conversar tranquilos sin ninguna interrupción”.

En efecto, en casa de los Monkoni se estaban dando los preparativos para presentar una velada teatral. Esa noche tocaban los ensayos y, además de los participantes de la pieza, se encontraba allí también Dragomira, de tal modo que a Soltyk no le resultaría difícil acercarse a ella. Mientras los actores interpretaban una comedia de Musset basada en un proverbio, Dragomira y Soltyk se refugiaron en un rincón apenas iluminado de la sala, tomando asiento en un pequeño diván.

–¿Qué tiene para decirme hoy? –preguntó Soltyk, no disimulando su ansiedad.

–Estoy dispuesta a introducirlo en el mundo de los espíritus. Sin embargo, necesitamos algunas claves preparatorias de su parte. Por un tiempo debe retraerse de ese mundo de ajeteo brillante en el que vive. Ese retiro le permitirá dirigir su alma con toda energía hacia el cielo.

–¿Cómo lo conseguiría?

–Vaya por unos tres días a algún monasterio y allí, alejado del mundo y de los hombres, alejado de la abundancia y del goce, medite

seriamente con ayuda de oraciones. Ayune también. Haga penitencia. Y al tercer día confiécese y, luego recién, dedíquese a la santa cena.

—¿Bajo la supervisión de un cura católico?

—¿Por qué no? La cuestión no radica en la forma, sino en el contenido. Tiene que humillarse ante Dios. Tiene que despertar el arrepentimiento dentro de sí y también el sufrimiento. Esto es no solo importante, sino también necesario. El lugar en que lo realice es secundario.

Dado que Soltyk se hallaba ya bajo la completa influencia de tal bella sacerdotisa, obedeció en todo sus indicaciones. Así se retiró por tres días en el monasterio de Carmelitas y durante ese tiempo realizó las penitencias más serias posibles. Cuando regresó a la ciudad al cuarto día, recibió unas pocas líneas de Dragomira para citarlo a las once de la noche en su casa.

Al llegar a la casa, Soltyk encontró ya a Barijar esperándolo en la puerta, dispuesto a conducirlo al piso superior. Dragomira estaba lista. Ella lo tomó del brazo y lo condujo por la ciudad a través de un sinfín de callejuelas hasta llegar a una pequeña plazoleta aislada donde había un carruaje que los estaba esperando. Apenas habían subido al coche, el carruaje se dirigió con presteza hacia los confines de Kiev.

Aislada en ese paisaje se veía una vieja edificación que se hallaba rodeada de un alto muro de separación. Delante de ella se detuvieron. El cochero descendió y golpeó tres veces. Finalmente abrió la puerta un anciano vestido con traje campesino. Dragomira y Soltyk entraron en la casa, después de despedir al cochero. El anciano condujo a los visitantes a través de un descuidado jardín hacia el centro de la vivienda que de primera impresión parecía completamente deshabitada. No se veía ninguna luz. Las ventanas estaban condenadas con tablas cruzadas sobre ellas. No se oía ningún ruido, ni siquiera el ladrido de un perro. Hasta allí se habían guiado por el farol que el anciano portaba en una mano y a su luz mortecina el Conde había percibido un muro blanco invadido de moho que en algunas partes mostraba señales de decadencia en sus grandes grietas. Subiendo por una escalera des-

vencijada y casi apolillada, fueron a dar a un corredor donde colgaba sin marco la imagen de una dama de la época del rococó.

El anciano empujó la puerta que daba a un salón, cuyo cielorraso exhibía restos de adornos de estuco. El mismo servidor encendió las velas que se hallaban en un candelabro de latón depositado sobre una cómoda de tiempo inmemorial. El anciano echó también unos buenos rollizos de leña dentro de la estufa holandesa en la que ya ardía un buen fuego y, luego, se quedó de pie a la entrada del cuarto, esperando otras órdenes.

–Puedes retirarte, Apolón –le dijo Dragomira–. Si te necesito, volveré a llamarte con la campana.

El anciano se alejó y Dragomira se sentó en una silla que se hallaba cerca de la estufa, sin quitarse las pieles oscuras que vestía ni la capucha turca –*bashlik*– de seda negra recamada en oro, pues circulaba por el cuarto un aire húmedo y gélido, además de expandirse constantemente un olor a moho. El recinto se veía, por lo demás, casi vacío. Además de la cómoda con el candelabro y la silla que había ocupado Dragomira, había allí otra silla y una mesa. Sobre la estufa de azulejos se encontraba un reloj cuyas agujas señalaban las once y media. El salón poseía tres ventanas que estaban protegidas por cortinados oscuros y dos puertas, una de las cuales conducía evidentemente hacia un cuarto lateral. Sobre las paredes colgaban dos cuadros que representaban a una Virgen bizantina de piel negra y a la Santa Olga. Entre ambas imágenes se alzaba un crucifijo. Sin embargo, en el fondo de la sala se distinguía también un enorme cortinado que ocultaba otra parte del salón. El Conde no dejó de preguntar qué significaba esa división con la cortina.

–Separa el santuario de la parte profana del mundo –le contestó Dragomira–. En cuanto llegue la medianoche y todo lo que es invisible e inaudible para nuestros oídos se torne visible y posible de percibir, esa parte del recinto devendrá su refugio. Nadie deberá osar traspasar ese límite. Y ahora para Usted llegará el momento de presenciar la prueba que ansía.

Solyk se acercó al cortinado y lo abrió. Detrás había solamente un ambiente vacío con paredes lisas sin adornos. Hacia ese lado no había ni ventanas ni puertas; no había nada, absolutamente nada que pudiera llamar la atención o levantar cualquier sospecha.

–Todavía no confía en mí plenamente –le dijo Dragomira, cuando él volvió de su inspección.

–Tengo el más serio propósito y el deseo más ardiente de que Usted me convenza. Justamente eso me determina a buscar quitarle base a cualquier tipo de duda que pudiera echar raíces con posterioridad en cualquier dirección.

En ese momento el reloj marcaba las doce menos cuarto. Dragomira dejó caer sus pieles y se quitó el *bashlik*. Con su vestido de terciopelo negro aparecía como una fantasmal figura venida de otros mundos. Su bello y severo rostro había perdido el color y solo se destacaban en él sus grandes ojos azules que irradiaban una rara luminosidad. La muchacha se arrojó a los pies del crucifijo para rezar con unción por un largo rato. Luego con un movimiento brusco Dragomira se alzó, tomó la mano de Solyk y lo condujo hasta la estufa. Allí ella se sentó y con gran excitación e indescriptible ansiedad le indicó a Solyk permanecer de pie junto a ella.

Las agujas del reloj indicaban ahora exactamente la medianoche. En ese momento se distinguieron doce campanadas ahogadas que el viento trajo desde las lejanas torres de la ciudad. De repente se apagaron por sí mismas las velas de los candelabros. El recinto se tiñó de una espesa oscuridad y una extraña calma se apoderó del lugar. Luego, lentamente, empezó a flotar en el aire algo imponderable hasta llenar todo el espacio. Se trataba de una tenue y vacilante titilación, unida a un débil sonido y a un opaco y volátil aroma que colmaba los sentidos. Una sutil niebla invadió entonces la tierra, amenazando con espesarse cada vez más. Por fin se hizo casi visible una figura, pero con contornos imprecisos. Esa silueta se acercaba, se erguía sobre el suelo, para desaparecer luego tan sutilmente como había surgido.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó Solyk en voz baja.

–No lo sé.

–¿Se puede hacer resurgir ante nosotros a personas fallecidas que nos han sido muy queridas?

–Sí.

–¿De qué modo?

–Conjugué todos sus pensamientos, sus sensaciones y su voluntad sobre esa persona que Usted quiere volver a encontrar.

Se originó una pausa. Luego el cortinado se abrió y se vio salir por allí una enorme figura masculina.

–¡Mi padre! – exclamó Soltyk.

–¡Háblele!

–¿Puedo acercarme?

–Usted puede hacer todo lo que su voluntad le dicte.

Soltyk desenfundó su revólver. –¿Me permite que dispare sobre la aparición? –preguntó Soltyk, sumido en la mayor excitación.

–¿Por qué no? –contestó Dragomira–. ¡Dispare!

Se originó una luz y un estallido. La figura no se movió de su lugar. –¡Hombre de poca fe! –exclamó una voz ahogada, que parecía venir de ultratumba.

Soltyk se adelantó de modo decidido hacia la aparición, tratando de asir su túnica blanca y etérea, pero los contornos de ella se desvanecieron entre las tinieblas en sus propios dedos, mientras también se deshacía la forma humana ante su vista. –Siento que he ofendido a ese espíritu.

–Esa ha sido la impresión.

Soltyk volvió al lugar donde se hallaba Dragomira, murmurando: –Me resisto en vano contra lo que aquí veo y oigo. Tendría que creer en esto, aún contra mi voluntad. Si no me vuelvo loco antes, le será factible a Usted empeñarse en su enseñanza conmigo.

En ese momento se hizo presente una segunda figura, en la emotiva forma de una mujer que, con sus ojos fijos sobre el Conde, expresaba un amor sobre-terrenal.

–¡Oh! ¡Mi madre! –gritó Soltyk.

–¿Me oyes, hijo mío?

–Sí.

–¿Por qué te has apartado de Dios? ¡Vuelve a Él, mientras todavía haya tiempo! Yo rezo por ti ante el Altísimo. Él ha de apiadarse de ti.

–¿Desde dónde vienes? –preguntó Soltyk con una voz vibrante.

–Desde un mundo distante.

–¿Y hacia dónde marchas?

–Hacia las altas esferas. Una fuerza me arrastra desde el pesado miasma de la tierra hacia las sagradas ondas estelares. ¡Adiós, hijo mío, adiós!

La aparición se disipó en el aire y con ella se desvaneció su luz y su aroma. De nuevo reinó una tiniebla total y se extendió un total silencio en el recinto.

–¿En quién está pensando ahora? –preguntó Dragomira.

–En mi hermanita.

De golpe se hizo de nuevo la luz y desde el jardín pareció soplar una amable brisa que traía consigo el perfume de las flores a través de las ventanas. Una pequeña nube se hizo visible delante del cortinado en esa especie de escenario. La nube se dividió en dos y de ella surgió una niña de apenas diez años, vestida de blanco y adornada con cintas azules. Su cabeza se mostraba enhiesta con negros cabellos rizados que flotaban en el aire. Ella mantenía fijos sus grandes ojos negros sobre Soltyk. En un momento dado esa niña extendió los brazos hacia el Conde, mientras con una voz clara y melodiosa dijo entre risas: –¡Bóguslav, por fin estás aquí! Hace tanto tiempo que no juegas conmigo. ¡Ven! ¡Ven, por favor! Me dejan salir solo un ratito.

La impresión que causó esta aparición fue enorme. El Conde dio dos pasos hacia adelante, puso sus manos sobre su rostro y comenzó a llorar desconsoladamente. Al mismo momento sintió que dos brazos suaves y no corpóreos lo ceñían y que lo tocaban dos manos pequeñas, cuya cualidad era ser perfumadas y frías, casi como pétalos de rosa cubiertos de escarcha. Un estremecimiento profundo le reco-

rrió todo el cuerpo, pero no era el causado por el horror, sino el más dulce de los temblores, aquel que otorga alegría y esperanza.

–¡Quédate conmigo! –le pidió a la aparición.

–No puedo. Pero tú estás acompañado, ella no ha de abandonarte.

–¿Dragomira?

–Sí. Ella ha de indicarte el camino terrenal que lleva al lugar sacrosanto de la eternidad. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡No te olvides de mí! Yo pienso siempre en ti.

La aparición se volatilizó en el aire. En vano quiso Soltyk saltar tras de ella, tratando de aferrarla con sus brazos. Con una risa tenue la imagen se alzó, como una mariposa. Todavía se veían flamear sus ropas, todavía se mecían sus rizos en el aire, pero, luego, unos segundos más tarde, se disipaba toda la luminosidad que se había creado, y tornaron las tinieblas a reinar sobre el recinto. Los tonos fantasmales que habían atravesado el salón se extinguieron y también sobrevino en el lugar un sepulcral silencio. Del mismo modo desapareció el perfume que había inundado todo el espacio.

–¡Basta! –dijo Soltyk, girando hacia Dragomira con suma cautela–. Me encuentro en un estado que está en la frontera con la pérdida del juicio. ¡Ponga fin a todo esto!

–Eso no depende de mí.

–¡Que traigan luces!

Dragomira accionó la campanilla. Al momento apareció el anciano con el farol y encendió de nuevo las velas del candelabro, que ahora iluminaban el lugar como si nada hubiera pasado.

–¡Descorra el cortinado! –exigió Soltyk.

El anciano cruzó una mirada casi imperceptible con Dragomira y, luego, ejecutó la orden.

–¡Déjenos ahora!

Apenas había salido el anciano, el salón fue recorrido por un tenue y lamentoso sonido y a la luz clara de las velas surgió una figura blanca desde el piso.

–¿Dudas todavía? –preguntó una voz bella, sonora y festiva como el acorde de un órgano.

–¡No, no! –contestó entonces Soltyk. En ese mismo momento cuando Soltyk pronunciaba esas palabras, la figura se evaporaba en la niebla.

–¿Me cree ahora? –preguntó Dragomira.

En lugar de responder, Soltyk se derrumbó de rodillas a los pies de la muchacha, ocultando su rostro pálido en su seno. Dragomira lo miró con gran calma y sin evidenciar su desprecio, pero tampoco su piedad.

## 9. Quitándose las máscaras

*“¡Oh! Eres cruel,  
Matas todo lo que te demuestra amor”.*

LOPE DE VEGA

Con honda preocupación notó el Señor Oguinski que las mejillas de su hija se ponían cada día más pálidas y que ella, que habitualmente era, de la mañana a la noche, alguien alegre y juguetona, se mostraba ahora siempre seria y callada. También había hablado del tema con su esposa, quien sabía limpiar su cabeza de todas las penas, pero los esposos no llegaron a ninguna conclusión. Sin embargo, ambos cónyuges se sintieron aliviados cuando Anita pidió permiso para iniciar clases de pintura. Veían con buenos ojos que buscara distracción y que frecuentara algunas mañanas a un viejo pintor que era toda una personalidad de viejo cuño polaco. Esas salidas no despertaron tampoco ninguna sospecha, cuando Anita empezó a dar por pretexto visitar a su maestro por las tardes, dado que iba siempre acompañada por el viejo Taras, una persona fiel en la que se podía confiar.

Nadie sospechaba tampoco que esas clases daban solo pie para que la muchacha conquistara un poco más de independencia y que las veladas que pasaba fuera de la casa paterna en compañía del criado las utilizaba ella para seguir los movimientos de Dragomira y sus intrincados tejemanejes.

Un buen atardecer, Anita había espiado a Dragomira, siguiéndola hasta la taberna roja, pero esta última se había dado cuenta también del espionaje ordenado por el jesuita. Por ese motivo Dragomira se había detenido de golpe y enfrentado a su perseguidora, todavía sin comprender de quién se trataba. En esa ocasión, Dragomira, mirando fijamente a quien la interceptaba, exclamó:

–¿Puedo preguntarle qué se le ofrece? Usted está desde hace rato sobre mis talones. ¿Cuál es el motivo? –En ese momento del reconocimiento, Dragomira experimentó un sobresalto y dijo con gran sorpresa: –¿Será posible? ¿Anita? ¿Usted aquí?

–Sí. Soy yo –contestó Anita, también sobresaltada; sin embargo, se sobrepuso enseguida.

–¿Y qué es lo que desea, si puede saberse?

–¡Quiero decirle que su jueguito ha sido descubierto! –repuso Anita, con creciente resolución y calma–. Yo la tenía por una coqueta; ahora sé, en cambio, qué planes Usted abriga y que solo pueden cumplirse en las tinieblas de la noche...

–¿Qué podría saber Usted? –murmuró Dragomira, mientras tomaba a Anita con energía de las muñecas.

–¡Suélteme! ¡No va a amedrentarme! –dijo Anita enérgicamente, empujando a Dragomira y dando un paso hacia atrás.

–¿Qué sabría Usted de mis planes? –repitió su interlocutora.

–Sé muy poco, pero lo que sé es suficiente para comprender que Zefim Yadevski corre grave peligro bajo su influencia. Usted también está enredando al Conde Soltyk. Muy bien, al Conde se lo concedo, pero deje de intrigar en torno a Zefim para hacerlo su víctima.

–¿Realmente? –preguntó con gran sarcasmo Dragomira–. ¿Con que me regala a Soltyk, como si él fuera su esclavo; y, a cambio, debo yo entregarle a Zefim? Desgraciadamente no tengo poder ni sobre uno ni sobre el otro.

–¡Esas son argucias! Me entiende mejor de lo que parece. Quiero que renuncie a Zefim; no en mi favor, sino porque sé que él, bajo su influencia, corre hacia su ruina, como tantos otros. En todo esto hay

algo en juego que yo todavía no entiendo, pero intuyo que Zefim estará en peligro, mientras respire el mismo aire que Usted respira.

–¡Tus esfuerzos son vanos, querida! –contestó Dragomira, poniendo en sus palabras una frialdad majestuosa–. No pretendo que me entiendas, pues para mí eres una pobre muchachita malcriada... pero algo podrás comprender: yo amo a Zefim, y, justamente por eso, quiero salvarlo, pues eres tú la que lo lleva por la mala senda; y no yo.

–¿Lo quieres? ¿Tú? ¿Tú, a la que rodea un halo de sangre?

–¡Cállate!

–No voy a callarme. Tú llevaste a la muerte a Pikturmo. Tú matas a todo el que te quiere. También sacrificarás a Zefim. No sé todavía con qué objetivo, pero exiges también su sangre. Me lo dice el corazón y, por eso, he de desgarrar la red en la que lo tienes enzarzado. Pero te doy una ventaja: ¡suéltalo!

–¡Nunca!

–¡Entonces, cuídate!

–¡Tonta! Eres tú la que tienes que cuidarse

–Abajo las máscaras. El mundo verá pronto tu verdadero rostro; muestra la cara que tienes cuando sales de noche, como una loba, acechando por las calles. ¡Muéstrate en tu verdadera luz!

Dragomira reflexionó por un minuto, si debía sacarse de encima a Anita de una manera violenta y asestarle un frío golpe de acero para que se callara, dado que la acusaba de una manera tan certera. Sin embargo, se dijo a sí misma que Anita no sabía nada, que no podía saber nada y que nada se había arruinado todavía; que, en rigor, esa muchacha se hallaba impulsada por una vaga sospecha y que una puñalada en el medio de la calle echaría, por el contrario, todo a perder, poniéndola a ella misma bajo el riesgo del castigo.

–¿Qué hechos me estás echando en cara? –preguntó Dragomira con frialdad y displicencia–. ¿Cuáles son las fantasmagorías que te están torturando? Si yo por azar perteneciera a una sociedad secreta que quiere lo mejor para la gente, ¿no sería más noble no traicionarnos? ¿Quién puede afirmar que Pikturmo fue empujado a la muerte

por mis manos? Si él se ha enamorado de mí y mi frialdad lo ha llevado, desahuciado, a quitarse la vida, ¿sería yo quien tuviera que cargar con la culpa? También podría ese polaco haber sido un traidor, cuyos correligionarios han ultimado.

–Puede ser. Quiero creer que es así y tampoco voy a develar tu secreto; pero exijo que dejes libre a Zefim.

–Eso no puedo hacerlo.

–Entonces yo he de salvarlo, contra tu voluntad.

–¡Inténtalo!

–¿Quieres la guerra? Entonces, ¡sea! Tú no me conoces. Yo no le tengo miedo a nada. Tampoco me espanta la muerte; una de nosotros puede morir. ¡Sea!

–Conmigo está Dios –clamó Dragomira.

–Eso es una herejía –dijo Anita, dando por terminada la conversación y ya yéndose.

–Todavía algo más –Dragomira siguió a Anita unos pasos y la aferró por la mano–. No lo divulgues. Sentiría piedad y me dolería, si caerías como víctima de tu amor.

–No me asustarás. Yo tengo tanto para perder como tú misma, ni más ni menos –dijo Anita, al tiempo que se alejaba junto con Taras, que había permanecido a cierta distancia.

Dragomira se quedó un rato mirándola y, luego, en lugar de entrar a la taberna roja, como era su intención, volvió haciendo zigzags a la casa de Serguich; como para cambiar de nuevo sus ropas por las de una dama mundana, elegante y coqueta que tuviera a toda la ciudad rendida a sus pies.

Anita volvió a su casa, nerviosa y agitada, pero, en el fondo, satisfecha consigo misma. De repente había sentido la fuerza que la inundaba. Su alma valiente y pura no temía de ninguna manera la lucha que había iniciado. Al mismo tiempo, era lo suficientemente sagaz como para pesar las ventajas y desventajas de su posición. En ese momento se dijo que debía buscar adeptos para la batalla. Entre ellos estaba en primer lugar el Padre Glinski, y por eso le escribió enseguida unas

líneas, que Taras tuvo la misión de transmitir. Así mientras al atardecer del día siguiente sus padres iban a una velada social, ella recibía a su viejo amigo en su propio dormitorio de jovencita.

–Bueno, ¿cuáles son las novedades? –empezó diciendo el jesuita, todo sonrisas–. ¿Has vuelto finalmente al redil? ¿Podré congratular al Conde?

–No se preocupe. Él ni piensa ya en mí.

–¿Y en quién si no?

–No perdamos tiempo. Tengo cosas importantes que comunicarle. Tenemos que juntar nuestras manos y unir nuestras fuerzas.

–¿Con qué fin?

–Contra una rival común; contra Dragomira Malútina.

Gliniski pegó un salto de asombro. –¿Qué sabes tú de ella?

–Dragomira tendió sus redes al mismo tiempo sobre Soltyk y Zefim. Usted está defendiendo al Conde y yo a Zefim, a quien mi corazón y toda mi vida estarán puestos en la lucha para salvar. Si Dragomira fuera simplemente una vulgar coqueta, entonces yo me sentiría herida en mi orgullo como para querer arrebatárselo. Pero ella pertenece a una sociedad secreta, que persigue enormes objetivos políticos; para ellos Dragomira sigue la consigna de engatusar a ciertos hombres, a los que se acerca con el fin de hacerlos útiles a esa célula. Pikturmo fue una de las víctimas de esa comunidad. Dragomira no dudará ni un segundo en conducir a la ruina tanto al Conde como a Zefim, si dentro de sus planes eso fuera necesario.

–¿Cómo llegaste a saber que Pikturmo ha caído en las redes de Dragomira?

–No es exactamente lo que quería decir. Lo cierto es que ella tiene alguna responsabilidad en su fin, que no dudo ha sido sangriento.

–Me parece que hay mucha fantasía en eso.

–No. Estoy convencida de eso. Un azar me llevó a descubrirlo y Dragomira terminó casi por admitirlo.

–Eso sí que es una noticia.

–Yo podría decirle más cosas, pero Usted no debe hacer nada sin mí; por otro lado, tiene que prometerme que dejará de torturarme por mi consentimiento a Solyk.

–Bueno, te doy mi palabra –al decir esto, el jesuita le dio la mano a Anita; y ella reaccionó besando esa mano que se le tendía con una fruición infantil.

Acto seguido, el Padre Glinski fue todo oídos ante las singulares peripecias que Anita tenía para relatarle. Cuando la muchacha hubo concluido, el jesuita se reconfortó con la idea de que había ganado una enérgica y brillante camarada en la lucha que tenían por delante.

Una vez en su casa, el Padre Glinski quiso hacer un último intento con Solyk y entonces increpó a su protegido de esta manera:

–Permítame advertirle nuevamente en qué enorme peligro se encuentra.

–Otra vez con esas historias.

–Ya le había dicho que Dragomira persigue planes definidos con respecto a su persona...

–¿Podría darme más detalles acerca de esos supuestos planes?

–Sí.

–Bueno. Explíquemelo.

–Dragomira pertenece a una sociedad secreta.

Al oír esto Solyk frunció el ceño y agregó: –Padre Glinski, me veo obligado a refutar su aseveración. No es conveniente hablar de tales cosas; y todavía es más peligroso meterse en los secretos de la gente que no nos conciernen. Si Dragomira está participando realmente en una empresa de ese tipo (cosa que no creo), eso habla de por sí de que se trata de una muchacha fuera de lo común. Por eso no tenemos ningún motivo de denunciarla y provocar así la venganza de sus camaradas.

–Como en el caso de Pikturmo.

–¿Qué tiene que ver en este asunto?

–Lo han asesinado, porque no podía callar. Quizás su muerte esté en el dorso de esa mano pequeña y nívea que Usted besa con tanta efusión

–¡Qué absurdo!

–No soy yo el único que está enterado de esos operativos. Se comenta en voz baja por todos lados. Sería horrible que Usted mismo se viera implicado en esos hechos.

–¿Qué es lo que se dice?

–Se habla de una conjura.

Soltyk miró al jesuita con atención y luego se largó a reír con todas sus ganas.

–¿Por qué se ríe? –preguntó el Padre Glinski.

–Porque Usted parece poco enterado.

–Entonces, Usted sabe que no se trata, en realidad, de una conjura.

–Usted me considera muy comprometido en la cosa. No lo estoy, en verdad. Sin embargo, algo puedo decirle que Dragomira no tiene contactos que puedan poner en peligro las leyes vigentes. Y con esto le he dicho todo.

Soltyk dio por terminado el diálogo con una señal y el jesuita se alejó. Rumiando por su cuenta sobre lo sucedido, el Padre Glinski quiso poner en limpio sus pensamientos, diciéndose: “Entonces no hay conjura política de por medio. Pero, ¿qué es lo que hay, entonces?”.

Sentado delante de la estufa, el cura siguió reflexionando. De repente se le ocurrió una idea que a él mismo lo hizo estremecer. Apretó su sien con las manos. “¿Por qué no? En este país de los más extraordinarios contrastes se dan las más alocadas equivocaciones. Es cierto que, dado que por estos lares la naturaleza parece intrigante como una esfinge a la que los seres humanos consultan cada día por nuevos misterios, también es cierto que aquí todo es posible. Sin embargo, ¿cómo puede una muchacha que es brillante, rica, bella, ingeniosa y creada para ser feliz y hacer feliz a los demás, proveniente de una familia respetada, terminar recorriendo este camino? ¿Cómo fue posible que ella viniera a dar en un error que está lindando con la locura? ¿Cómo es posible que se internara por un sendero cuyos oscuros carriles están manchados de sangre? No, no puede ser posible. Aunque, sin embargo, es posible. ¿No llegó a saberse, acaso, que hace algunas décadas una mujer elegante del gran mundo, que era además dama

de compañía de la Zarina, se había convertido en la Madre de Dios de la secta hereje y demencial de los Adamitas?<sup>13</sup> Dragomira pudo haber recorrido el mismo camino. Lo que me detiene es que sería temerario levantar semejante acusación no teniendo pruebas concretas. Por ahora las pruebas faltan”.

El Padre Glinski no hacía más que pesar unas y otras ideas. Recorrió mentalmente todos los hechos. Finalmente llegó a la conclusión de que no estaba todo perdido, si permanecía fiel a las ideas de Anita.

“¿Una conjura? ¿Acaso no basta una sospecha de este tipo para alertar a la policía? ¿Bajo esa sospecha se puede conseguir que transitoriamente se vigile a Dragomira y a sus camaradas tendiendo a su alrededor una red de espías, de modo tal que se pueda entregarlos a la justicia en el momento adecuado? La meta que debía alcanzarse estaba en este mismo camino. En ese camino se hallaba algo inclusive seguro y rápido de lograr. ¿Para qué echar mano a cosas que tal vez son engañosas y peligrosas?”.

El Padre Glinski se había decidido por fin. De modo espontáneo escribió lo más necesario sobre un papel y enseguida envió a un ayudante a solicitar una entrevista al Comisario de Policía Bédrosev.

---

13 Los Adamitas eran miembros de una secta muy antigua que promovía el amor libre, además de la exhibición de la desnudez. Elegían como jefa a una mujer a la que llamaban “Madre de Dios”. Una noticia sobre su existencia apareció en la propia ciudad de Viena en 1876, poco antes de la aparición de esta novela, dando cuenta de los movimientos de la secta en pleno centro del Imperio Austriaco. En 1883 Sacher-Masoch habría de publicar una novela con ese tema bajo el título de *La Madre de Dios*. (Nota del traductor)

## 10. Nuevos descubrimientos

*“Ahora pediréis ayuda con  
hechizos mágicos y amuletos”.*

SHAKESPEARE, *Enrique IV*

El gabinete en el que Bédrosev recibió al jesuita era pequeño y confortable. Bédrosev le estrechó la mano a su visitante y enseguida le ofreció un cigarro. Glinski aceptó y lo encendió, mientras ambos hombres se sentaban en un sofá de cuero bajo la imagen del Zar. Así comenzaron su conversación.

–Estoy aquí por un asunto muy delicado y, por lo tanto, quiero contar con su absoluto silencio.

–Espero que en ese punto no tenga nada que objetar. ¿Se trata otra vez de una de esas picardías del Conde en las que Usted se presenta como su ángel salvador?

–Sí. Algo parecido en esa dirección. El Conde Soltyk alberga desde hace algún tiempo una pasión demencial por una damita, que es de buena familia y que, por lo tanto, él podría tomar como esposa; pero que, por otro lado, se presenta también como un partido peligroso.

–¿Quién es esa dama?

–Una cierta muchacha de apellido Malútina.

–¿Dragomira?

–¿Usted la conoce?

–¡Oh! ¿Cómo no iba a conocerla? Conozco a sus padres desde hace mucho y a ella misma desde que era pequeña; yo también tengo contacto con ella aquí en Kiev.

–¿Usted la conoce, entonces, bien de cerca?

Glinski se preparó para decir algo grave, mirando al Comisario de Policía fijamente a los ojos: –¿Por supuesto no la hará capaz de un asesinato?

Bédrosev largó una carcajada. –¿Cómo ha llegado Usted a una idea tan absurda?

–¿Eso significa que Usted la considera incapaz de realizar un hecho de tal calibre, o de maquinarlo, inclusive si hubiera motivos que desencadenaran en un ánimo exaltado el más profundo fanatismo?

–Pero, Eminencia, Dragomira no es ni una exaltada ni una extraviada; sino, por el contrario, una muchacha fría, sagaz y de un espíritu muy estable.

–Usted está convencido de que ella está lejos de ser una fantasiosa.

–Dragomira es completamente incapaz de fantasías.

–¿Tampoco en el dominio político?

–Estoy repitiéndole que en todos los dominios.

–Sin embargo, está probado que ella mantiene relaciones secretas.

–¿Con quién?

–Con el comerciante Serguich.

–Lo conozco. Fui amigo de su madre. Es un individuo que no hace mal a nadie, tranquilo y bondadoso.

–Ella acostumbra vestir ropas masculinas en casa de Serguich y luego frecuentar la taberna roja.

–Es posible.

–¿No se trata de un local sospechoso?

–Sí, es cierto, pero eso no prueba nada. Dragomira es cortejada por el Teniente Yadevski y le está dando esperanzas de conseguir su mano; pero, por otro lado, ella es lo bastante astuta como para tentar devenir la Condesa Solytk. El Conde la pone en la palma de su mano frente a todo el mundo, mientras ella le oculta su relación con Yade-

vski. Por eso ella debe encontrarse con él en secreto para verlo y hablarle. De ahí esas andanzas nocturnas. Ya ve Usted que todo esto no podría ser más ingenuo. Dragomira es en todo sentido una muchacha de un decoro inmaculado; ni siquiera es una coqueta en el modo corriente. Para mí ella es suficientemente artera como para querer conquistar la mano de un magnate rico y respetado. Pero eso no es algo que pueda pensarse por la ley.

–Pero, también se pone en su cuenta la muerte de Pikturno.

–También conozco esa historia. Posiblemente fue Dragomira la causa de un duelo al estilo americano entre Solytyk y Pikturno; y fue el polaco el que llevó la peor parte.

–A pesar de todo lo que Usted argumenta, temo yo que aquí se trate de conjuras políticas, en las que el Conde podría aparecer mezclado, a su pesar.

–Le repito: se trata de aventuras amorosas –contestó Bédrosev entre sonrisas–. A pesar de todo, no dejaré de hacer averiguaciones que puedan echar algo de luz en el asunto y, al mismo tiempo, aprovecharé sus indicaciones.

–¿Hará Usted seguir a Dragomira?

–Sí.

–Por otro lado, haría bien en tener una entrevista con la muchacha que fuera de lo más personal; algo que se comprenderá por haber sido Usted amigo de su madre. Su agudeza de olfato seguramente le hará percibir alguna cosa que se nos está escapando.

–También seguiré su consejo en este sentido. Por su parte, vea al Conde con el objetivo de apartarlo de Dragomira todo lo que sea posible. Hay que conseguir que él se ocupe de algo, que se distraiga.

–Es mi propósito. Y, en cuanto tenga alguna novedad, no dejaré de informarle sin pérdida de tiempo.

Ambos hombres se despidieron con un apretón de manos y una sonrisa. En el caso del Comisario de Policía esos gestos querían significar algo así como: “Eres un poco ingenuo, amiguito, lo que en el caso de un jesuita es muy extraño”. Padre Glinski, en cambio, salió del

gabinete con un pensamiento: "Eres un poco corto de vista, amiguito, lo que en el caso de un Comisario de Policía es bien singular".

Acto seguido, Bédrosev sin perder un minuto se dirigió a uno de sus agentes que acreditaba una probada finura en sus pesquisas, de modo de consultar con él el asunto y, luego, darle ya las necesarias indicaciones.

El jesuita, entretanto, mandó un mensaje al Señor de Taraievich, un pariente del Conde, con quien este guardaba buenas relaciones en base a conjuntas francachelas nocturnas. Taraievich respondió al llamado y ambos se encontraron en el Hôtel de l'Europe, un lugar de obligado buen gusto, donde solía alojarse el aristócrata. La entrevista fue rápida y expeditiva. Ambos estrecharon contactos de modo efectivo, pues el pariente del Conde estaba siempre listo para ganarse algún dinero y ser convencido de algo; además, el jesuita no ahorró palabras de su retórica, que adornó en base a algunos rublos con la imagen de Catalina la Grande para darle más fuerza a su pedido.

Una hora más tarde este pariente relamido se presentó en el gabinete del Conde, haciendo muchas zalamerías, y diciendo: –¡Querido Bóguslav! –a la par que abrazaba y besaba sonoramente a Soltyk–. Estoy otra vez aquí en Kiev y quería brindarte una gran alegría. Por eso te tengo preparada una sorpresa. Eso significa que me alojaré en tu casa y, por eso, podremos divertirnos a pleno.

Como Soltyk estaba seguro de que Taraievich permanecería solo un par de días, respiró tranquilo. El queridísimo pariente dio por ello la orden de que trajeran sus maletas del hotel.

–Bueno, ¿por dónde empezamos? –dijo el visitante, una vez que se hubo acomodado–. Lo que necesitamos antes que nada es un programa.

–Yo aceptaré tus proposiciones de buena gana.

–Bueno, para hoy primero una buena cena elegante en el club y más tarde nos largamos a unos jueguitos. Luego a la ópera. ¿Qué darán hoy?

–"La Traviata".

–Muy bien. Después de la ópera vamos a ver cantar a los gitanos. He oído que allí actúa una hembra formidable, la Zemira. ¿No la conoces?

–Sí. Yo también he oído su nombre.

–Muy bien. Es una pantera humana, la más auténtica bayadera<sup>14</sup>.

Solyk no encontró mal el programa de su primo. Una imponente figura de mujer era lo que nunca se podía rechazar. Así, según el programa, cenaron primero en el club. Luego se encarnizaron en el juego llamado “Macao”. Taraievich jugaba tan sin sentido que inclusive Solyk empezó a sentir cierta incomodidad, de modo tal que después de un rato de aburrimiento y repugnancia propuso terminar con el juego. Taraievich se colgó de su brazo, impulsado por la alegría que dan unas buenas copas de vino y por un bolsillo pleno de dinero.

Haciendo una pausa para cambiar de trajes, enfilaron luego hacia el teatro. Taraievich se condujo como un loco, enviando una caja de bombones a la diva y, a cada una de sus arias, gritando “Da capo!”, para que la cantante repitiera su parte.

Solyk se sintió aliviado cuando finalmente subieron de nuevo al carruaje para ir a ver el número de los gitanos.

–Escúchame un momento –empezó diciendo Solyk–. Ten cuidado. No vas a hacer una tontería con las chicas. Ellas son unas coquetas frívolas, según tengo entendido, y están siempre dispuestas a aceptar los halagos de los varones; sin embargo, su decoro está fuera de discusión. A la menor infracción nos veremos envueltos, por parte baja, en un escándalo; y, también puede acaecer, en el peor caso, que sus galantes caballeros saquen a relucir los puñales.

–Lo sé, lo sé –se apresuró a confirmar Taraievich.

El café-concert estaba decorado como gran pabellón oriental, copiado de un palacio de “Las mil y una noches”. La rotonda formada en el centro lo constituía la pista de baile, donde tocaba una orquesta de gitanos sus melodías un poco salvajes y un poco melancólicas. A lo

---

14 Bailarina y cantante típica de la India. (Nota del traductor)

largo de las paredes había generosos divanes sobre los que se inclinaban palmeras y otras plantas de zonas tropicales. Sobre estos divanes estaban sentadas o recostadas una infinidad de muchachas, que con sus posturas pintorescas, sus trajes blancos recargados de orfebrería y sus ojos de gacela se presentaban como dignas hijas de la India. Ellas reían y charlaban con diferentes hombres y algunos oficiales, que evidentemente las cortejaban.

De rato en rato una media docena de ellas saltaba a la pista para bailar una danza exótica acompañada de sonoros tamborines. Taraievich dejó al Conde reclinado sobre una columna y fue a entablar una conversación secreta con una vieja gitana, cuya presencia le había señalado y recomendado Glinski.

Poco tiempo después, en ese ambiente feérico e iluminado como el paraíso de Mahoma, se acercaba a Soltyk la más bella *hurí*<sup>15</sup> y se ofrecía a darle la mano. La figura de la muchacha era esbelta y bien formada, no teniendo nada que envidiar a las estatuas de Venus. En su rostro maravillosamente bien cincelado y suavemente bronceado brillaban dos enormes ojos negros que irradiaban un fuego sobrenatural. Sus cabellos, que le caían generosamente sobre los hombros, estaban adornados con perlas y corales. En los pies mostraba unas babuchas bordadas de oro. Vestía unos pantalones turcos amplios y encima de ellos llevaba una chaqueta corta y colorida; además, exhibía en su blusa una cantidad de amuletos. La tela de su vestuario exterior era de seda color púrpura; los brazos estaban alhajados con infinidad de brazaletes de oro.

–¡Buenas noches, Conde! –saludó ella con una sonrisa.

–¿Me conoces?

–¿Y tú? ¿Me conoces tú a mí? Soy Zemira, a quien llaman la estrella de Kiev. ¿Te gusto?

–¡Pregúntaselo a tu prometido!

---

15 Mujer de gran belleza, que, según el Corán, habita en el Paraíso y acompaña a los creyentes cuando llegan a él. (Nota del traductor)

–No tengo ninguno, ¡por Dios!

–Si quieres encontrar a alguien realmente, entonces búscate un varón que esté bajo la ley de los gitanos.

–¡Oh! Eres muy sabio –respondió la joven oriental–. Sin embargo, esta vez te equivocas. ¿Cómo puede ser que alguien como tú, por quien laten todos los corazones femeninos, no estés en condiciones de seducir el de una gitanilla pobre? ¡Ven, dime que me encuentras bella!

–No tengo ninguna duda de que eres hermosa.

–Y a la belleza se la ama. ¡Quiéreme entonces!

Solyk se echó a reír.

–No te rías –exclamó Zemira, dando pataditas en el suelo–. ¡Quiero que me ames! Toma, bebe de este frasco y vas a morir de amor por mí.

–La gitana sacó una botellita de sus ropas y se la dio a Solyk.

–No, gracias. No me embrujarás. Ni con tus ojos ni con tu filtro.

Zemira lo penetró con su mirada, levantó sus brazos y atrajo a Solyk hacia sí, como si quisiera extraerle el alma con un gesto hechicero; al mismo tiempo, pronunció un conjuro en una lengua incomprensible.

–Un hechizo solo tiene efecto, si uno cree en él –dijo el Conde.

–¿Acaso eres de mármol? ¡Déjame leer en tus manos! –Zemira afeórró las manos de Solyk con un movimiento brusco. Las examinó, luego volvió a mirar al Conde y, con un gesto de horror, agitó la cabeza. Esta vez no se trataba de ninguna comedia que la gitana estuviera representando.

–¿Qué lees en mis manos que te causa tal horror?

–Es mejor no saber todo lo que está escrito en nuestro destino.

–Pero yo lo quiero saber.

–La línea de tu vida está partida. Aquí, justo aquí de golpe. Tu fin está más cerca de lo que piensas. Y ese final será violento y horrible.

Solyk se encogió de hombros y le dio a la gitana una moneda de oro; luego llamó a Taraievich.

–¿Quieres irte ya?

–No. Pero bebamos algo. El vino aleja los malos espíritus. A mí me resulta todo este jardín embrujado un sitio ominoso. Estas flo-

res exóticas con su aroma narcotizante y esos violines que susurran como ángeles caídos que parecen lamentarse y llorar son inquietantes; pero lo son especialmente estas hermosas mujeres color betún con sus ojos pecaminosos. Tengo la fantasía de que ellas en cualquier momento se transformarán en serpientes u otras monstruosidades, dispuestas a devorarme.

Mientras Soltyk se dedicaba junto a su acompañante a vaciar una botella tras otra; el agente secreto de la policía pudo pasar el siguiente informe: "Es seguro que Dragomira frecuenta la taberna roja vestida de varón y que Pikturmo era allí un parroquiano constante. También no cabe ninguna duda de que el muchacho polaco cortejaba a la judía Raquel. Asimismo, fue constatado que en la época en que Pikturmo desaparecía, Dragomira se había ausentado de Kiev y también que la judía estuvo ausente en aquella noche en que el joven fue visto por última vez".

## 11. La cacería humana

*“Ahora estás tú ahí  
Con tu propia soga al cuello”.*

OEHLENSCHLÄGER

Después de haber visitado varias veces a Dragomira en su casa sin encontrarla, Zefim le escribió una carta llena de reproches. Ella le contestó con un dejo de burla, pero le pidió que la visitara ese mismo atardecer. Cuando Zefim apareció poco antes de la puesta del sol, Dragomira salió a recibirlo más bella y seductora que nunca, interceptándolo con su sonrisa más hermosa.

–¿De nuevo con tus celos, amigo mío? –fueron las primeras palabras de la muchacha; y, al pronunciarlas se dio cuenta de que eran fáciles de expresar y llevaban al triunfo,

–Pareces disfrutar viéndome penar.

–No. Por supuesto que no. Pero, en verdad, no tienes razón de quejarte de mí. Ya te he dicho, con toda sinceridad, lo que debes esperar de mí y lo que no. Ya una vez al regreso de Meshkov te estreché mi mano para cerrar ese pacto para siempre, pero eso implicaba determinadas condiciones; algo que tú no cumples, porque no me tienes confianza.

–No, por supuesto que no –exclamó Zefim, tomándola por el talle y apretándola contra su pecho– ...pero te quiero tanto y por eso...

–El amor significa tener confianza. Y tú te torturas a ti mismo y a mí con tus fantasías.

–Es que tu contacto con el Conde...

–Es un contacto que me es necesario. Tengo que cumplir una importante misión en lo que a él respecta.

–Siempre las mismas razones, las mismas expresiones.

–Eso es una prueba de que soy coherente.

–Pero, ¿acaso no te das cuenta cómo sufro?

–¿Es mi culpa? ¿Acaso te he hecho promesas que no cumplo? ¿No te había dicho de antemano cómo serían las cosas?

–Tienes razón. Soy un tonto. ¡Perdóname! –Al decir esto, Zefim se arrodilló y comenzó a besar sus manos.

Dragomira se sonrió. Y Zefim fue nuevamente feliz, pero no por largo tiempo, pues al rato se presentó Bédrosev y lo puso de mal humor con su risa estentórea.

–¿Llego en mal momento? –preguntó el Comisario de Policía, haciéndole un gesto con los ojos a Dragomira–. Da la impresión de que no fuera el momento adecuado, pero le adelanto, Señorita, que necesito hablar con Usted unas pocas palabras.

–Déjame sola con él –le dijo, entonces, Dragomira a Zefim–. Él es un viejo amigo de mi familia y seguramente tiene un encargo para mí.

Zefim se retiró, pero realmente sintiéndose irritado y, dando lugar a su rabia, maldijo al Comisario por lo bajo.

Dragomira se sentó en una punta del sofá y Bédrosev tomó asiento en una silla frente a ella. Había sido tan astuta como para que el mayor haz de luz cayera sobre él y no sobre ella. Tenía la intención de observarlo hasta en el menor detalle, al mismo tiempo que quería estar a salvo de la inspección detallada del Comisario.

–¿Usted trabó conocimiento con Pikturño? –empezó diciendo el visitante, como quien no quiere la cosa–. Creo que Usted me lo había adelantado.

–Sí. Lo vi una o dos veces.

–Usted me había dicho también que él había sido víctima de un duelo al estilo americano.

–Sí, así lo creo.

–Su rival habría sido Soltyk.

–Es solo una sospecha.

–Hoy puedo decirle algo más definido: Usted se había equivocado. –Bédrosev dijo lo siguiente de modo abrupto con la intención de confundir a Dragomira–: Pikturmo fue asesinado.

–Ah, muy interesante. ¿Y ya han atrapado a los agresores?

–Estamos sobre la pista.

–En base a su proverbial olfato y habilidad nadie lo hubiera dudado. ¿Y cuáles pueden haber sido los motivos? ¿Un robo?

–Sobre esto no le puedo adelantar nada todavía.

–¿Por qué? Yo no voy a contar nada –diciendo esto Dragomira se acercó a Bédrosev y lo tomó de las manos–. No es de caballero, despertar mi curiosidad y luego dejarme fuera de la puerta.

–Tenemos aquí en Kiev un local de mala fama... –dijo entonces el Comisario– ...en el que se reúne todo tipo de gente de avería. Se la conoce como “la taberna roja”.

Dragomira se largó a reír.

–¿Qué le sucede? ¿Por qué esa risa?

–Yo creía que allí más bien se reunían parejas de enamorados; también muchachas, que han dado su corazón en contra de la voluntad de sus padres, mujeres...

–Sí. De eso también estoy enterado; sin embargo, la patrona, una experimentada judía y sus secuaces están sospechados de organizar contrabando y estar en contacto con ladrones. Allí un robo o un asesinato no sería cosa del otro mundo.

–¿Realmente? Es muy oportuno que me lo diga.

–¿Por qué? –dijo el Comisario, siempre al acecho–. No puedo creer que alguna vez haya puesto su pie sobre el umbral de esa taberna.

De nuevo Dragomira comenzó a reírse con ganas.

–¿Entonces, ha estado allí?

–Sí, pero se lo digo muy en confianza. Fui unas cuantas veces. Mi tía es muy cautelosa y me protege con mucha severidad. ¿Usted me entiende?

–Completamente. ¿Se ha citado allí con Zefim?

–Eso no se lo puedo decir.

–¡Oh! Yo sé más de lo que Usted supone.

–¿Qué sabría Usted, por ejemplo?

–Que Usted algunas noches sale a deambular por las calles vestida con ropas irreconocibles.

De nuevo resonó una clara carcajada. –Ahora entiendo por qué los ladrones y asesinos se mueven sin ser descubiertos. Esto es porque la policía no tiene mejor tarea que ocuparse de las muchachas enamoradas. ¡Es una delicia de actividad! –Y de nuevo Dragomira largó una carcajada cantarina. Todavía reía, cuando entró Henryka y se colgó de su cuello.

“Eso significa que yo tenía razón”, pensó el Comisario. “Todo quiere decir que ese misterio son las andanzas de un ser ingenuo. Y el jesuita, que se las da de más astuto que yo, ve fantasmas en pleno día”.

–¿Qué sucede? ¿Estás tan extrañamente contenta? –preguntó Henryka.

–Lo que pasa es que el Señor Bédrosev aquí presente me ha contado la historia más cómica del mundo. Pero volvamos a nuestro tema.

– Le ruego que acepte que mis noticias eran estrictamente privadas.

–Si se refiere a la más pequeña de ellas, sí –dijo Dragomira, mientras acariciaba el cabello de su protegida–. Y no necesito saber de qué se trata, en rigor, pero debo decirle que la cosa me interesa inmensamente. A mí me parece que la profesión policial y su actuación son la forma más excitante y más elevada de una cacería, la cacería humana. Dado que soy una inveterada cazadora, comprenda bien mi interés. No conozco mayor placer que perseguir liebres y zorros a caballo y acompañada de perros de caza. Pero, ¡qué emocionante y qué placentero debe de ser ponerse sobre la pista de personas, cercarlas dentro de una red y estrechar los hilos para cazarlas! Hágame saber los progresos en ese demoníaco goce del que Usted disfruta.

–Se equivoca. A menudo se trata de una tarea difícil y triste.

–Quizás para Usted. Para mí sería un trabajo cruel que se combinaría con placer. Y, por eso, le ruego en serio que me haga su agente secreto. Créame que las dos partes ganarían con la unión. Me interesaría muchísimo descubrir al hombre que poseyera más sangre fría que yo y que fuera más decidido y más astuto.

–Un agente secreto de la policía a quien la naturaleza ha dotado con tantas buenas cualidades sería, en realidad, impagable –exclamó Bédrosev entre risas.

–Bueno. ¡Hecho! –dijo Dragomira estrechándole la mano.

–Estamos de acuerdo, entonces –contestó el Jefe de Policía, pero enseguida agregó–: Será divertido.

–Se lo decía muy en serio.

–Tómeme a mí también a su servicio –intervino Henryka–. Yo me imagino la cosa como tremendamente excitante.

–¿También Usted? Ahora contrataré a todas las damas más bellas de Kiev, después de haber empezado por aquí –dijo Bédrosev, riendo con la mayor alegría. Mientras descendía la escalera, se decía a sí mismo: “¡Qué despropósito sospechar de esa manera de una criatura inocente! Bien puede ser que Pikturmo fuera su cortejante; y también que ella fuera el inocente motivo de su muerte, pero todo lo demás es de un sinsentido sin nombre”.

Desde el primer piso, Dragomira miraba por la ventana en silencio, mientras sostenía enlazada la mano de Henryka en la suya. Cuando la puerta se cerró detrás del Comisario y ella se sintió segura, su rostro tomó de golpe una expresión severa y de gran fanatismo. En sus ojos brillaba una siniestra impiedad. –¡Está sobre nuestra pista! –le susurró a Henryka.

–¿Cómo? ¿Qué es lo que ha descubierto? –dijo Henryka, poniéndose pálida hasta en sus labios.

–Sabe que Pikturmo ha sido asesinado. Y su sospecha recae sobre nuestra gente de la taberna roja. Sabe también que yo los he visitado. Por el momento se ha quedado conforme, pero ¿quién nos asegura que en la próxima noche o en la próxima hora no nos denuncie y en-

tregue al castigo? –mientras decía esto, Dragomira se paseaba por el cuarto de un costado al otro.

–¿Qué vas a hacer?

–Antes de que sea descubierta todo, tengo que ganarle la partida, jugándole un toque maestro.

–¿Quieres llevarlo a la muerte? ¿Pero no era un amigo de tus padres y amigo tuyo?

–A partir de ahora es solamente el enemigo de nuestra sagrada comunidad. Eso significa, a mis ojos, que es el enemigo de Dios. No puedo dejarlo afuera. Sería una locura tener piedad hacia él, una piedad que nos precipitaría a nuestra ruina.

–Tienes razón.

–Su muerte ya está decidida –siguió diciendo Dragomira–. Yo misma habré de llevarla a cabo; pero tú habrás de atraerlo hacia la red.

–Puedes contar conmigo. ¿Cuál sería mi cometido?

–Te lo diré cuando llegue el momento oportuno. El propio cazador de seres humanos devendrá la presa humana que nosotras cazaremos. ¡Y él a mí no se me ha de escapar! Y cuando lo tenga en mis garras, lo sacrificaré sin piedad en función de la Gran Misión, a la que servimos tú y yo.

## 12. Con la soga al cuello

*“Así rueda la locura en su firme carril,  
Redoblando en cada paso su marcha”.*

KRUMMACHER

Al atardecer del día siguiente apareció por la Jefatura de Policía una dama velada que pidió hablar con el Comisario Bédrosev. Dado que la solicitante impresionó por su aspecto de distinción, fue anunciada y conducida enseguida a la presencia del Comisario. Cuando la dama entró en el gabinete, Bédrosev fue a su encuentro con la mayor galantería para ofrecerle un asiento, mientras ella cerraba tras de sí la puerta con varias vueltas de llave.

–¿Podemos hablar aquí sin ser oídos? –preguntó una voz que al Comisario le resultó familiar. Recién cuando él le aseguró que no había oídos indiscretos cerca, la dama se levantó el velo y, así, fue visible el pálido y excitado rostro de Henryka.

–¡Usted, estimada Señorita! –dijo Bédrosev–. Pero, ¿qué le sucede? ¿Por qué se la ve en este estado? –El Comisario hizo sentar a la muchacha en una silla que había acercado para ella.

–He venido con el fin de comunicarle un importante hallazgo; pero prométame que nadie debe enterarse, pues no quiero que se divulgue que obro como agente secreto suyo. Y menos que menos debe llegar a saber Dragomira que yo he estado aquí. Yo quiero todo el mérito para mí de haberlo puesto en la pista correcta.

–¿De qué pista se trata?

–He descubierto a los asesinos de Pikturno.

–¡Aha! ¿Usted me está hablando de la gente de la taberna roja?

–No. No es a esa gente a la que me refiero.

–¿Quiénes, entonces?

–No me pregunte. Venga conmigo en este mismo momento, pero para eso debe vestir las ropas de un campesino.

–Bien. Permítame tomar algunos recaudos y hacer que uno de mis agentes nos acompañe.

–Por supuesto, pero él debe vestirse también de campesino.

–Lo agenciaremos enseguida.

–Lo espero, entonces, en la cercanía de nuestra casa, pero su venida debe suceder lo más rápido posible.

–De acuerdo. Estaremos en media hora.

Henryka hizo un gesto de asentimiento, le dio a Bédrosev la mano; y cuando salió se dirigió a la casa de Serguich, donde debía cambiar su vestuario.

No había transcurrido la media hora, cuando Bédrosev se hallaba en compañía de su agente secreto, Mirov, acercándose al palacio de los Monkoni. Aproximadamente a cincuenta pasos del edificio se veía un trineo campesino muy simple, a cuyo yugo se uncían tres caballos flacos. Del trineo asomó una esbelta figura femenina que le hizo una señal al Comisario. Bédrosev se aproximó al trineo. Allí se hallaba sentada Henryka con botas, una falda corta de percal, una piel de cordero como abrigo y un pañuelo cubriéndole la cabeza, como auténtica campesina de la Pequeña Rusia. Ella lo saludó, estrechándole la mano. Bédrosev y su acompañante vestían, por su parte, como campesinos de la misma región, con botas largas, pantalones abullonados y largos abrigos de una tela rústica color marrón. El disfraz se completaba en ellos con gorras de piel de cordero. Tanto Bédrosev como Mirov estaban armados con puñales y revólveres y así abordaron el trineo. Entonces, Henryka dio la orden al cochero Doliva, que conducía los caballos, y el trineo se puso en marcha.

Cuando habían dejado atrás la ciudad, Bédrosev tuvo la intención de iniciar en un tono relajado y bonachón una inquisitoria sobre Henryka. La muchacha ya estaba preparada para lo que vendría, y, por ello, pudo contestar con gran artimaña todas las preguntas, de modo tal de no despertar sospechas.

–¿Qué fue lo que la determinó, estimada Señorita, a llevar a cabo tan gran servicio?

–Su última conversación con Dragomira –contestó Henryka con una sonrisa–. No podía reprimir el deseo de vivir algo nuevo, inhabitual, que me llevara realmente a sentir el atractivo de buscar enfrentar todos los peligros.

–Para una muchacha de su edad, se trata de un motivo completamente inusual.

–Sí, pero yo soy valiente.

–¿Y cómo ha llegado Usted a descubrir la pista del asesinato?

–Por un puro azar.

–El azar ha sido siempre el mejor compañero de la policía.

–Una muchacha de nuestra aldea –continuó diciendo Henryka– nos relató una noche dónde se citaba la juventud para contarse cuentos folklóricos, cantar canciones e hilar. Por este motivo, ella fue involuntariamente testigo de cómo un muchacho corpulento fue sacado, atado y encadenado, de la taberna que se halla no lejos de Meshkov en el camino hacia Kiev; y luego puesto sobre un caballo y trasladado a unas colinas cercanas en la espesura del bosque. Más tarde los ladrones, que llevaban las caras tapadas con máscaras negras, volvieron a la taberna sin el joven y allí negociaron. Uno de los asaltantes ofreció a la patrona un anillo de oro para que lo comprara.

–¿La patrona había colaborado?

–Por lo menos parecía conocerlos.

–¿Cómo se llama?

–Palachna Votrubeshko.

–¿Y la muchacha de su aldea?

–Ella habrá de confirmar lo dicho, si ejercen un poco de presión.

–¿Cree Usted que Pikturno tiene que estar enterrado en el bosque?  
–Sin ninguna duda. Dado que los asesinos no volvieron con él; y luego se dieron a la fuga.

–¿Y Usted cree que eran ladrones?

–No.

–¿Conjurados?

–Quizás, quizás tampoco eso.

–¿Y qué fines podrían tener que no fueran esos?

–¿Usted nunca oyó hablar de los Donadores Celestiales?

–¡Oh! Sí, por cierto –contestó Bédrosev, completamente tomado por sorpresa–. Desde hace años persigo a esa secta cruel y demencial sin poder apresar a ninguno de sus miembros para hacerles pagar caro sus delitos.

–Bueno, si muestra cautela y procede exactamente como yo le aconsejo, quizás esta vez tenga éxito como para descubrir los hilos de esa secta secreta tan horrible.

–¿Usted, entonces, está convencida de que Pikturno fue una víctima de esa secta?

–Sí. Yo, por mi parte, estoy convencida de eso.

–Sin embargo, al parecer la muchacha de la aldea hablaba de “ladrones”.

–¿Por qué no habría de ser realizado ese hecho por habituales canallas bien experimentados? Los cerebros de la organización no necesariamente tienen que ser los asesinos.

–Es cierto. Se lo agradezco y me pongo bajo su dirección.

–¿Y nunca habrá de contar que yo fui la descubridora?

–Bajo ninguna condición.

Después de un largo viaje que los llevó por sobre campos nevados, praderas abandonadas, chozas miserables, arroyos y estanques congelados, el trineo se fue acercando al bosquecillo en cuestión y a la taberna sobre la que recaían todas las sospechas.

–Haríamos mejor no detenernos delante del propio edificio. Podría despertar inquietud. Podría ser también que yo, a pesar de mi

transformación, sea reconocida. Mi consejo sería dejar la ruta e internarse en el bosque. Yo permaneceré en el trineo con los caballos y Usted vaya con su agente secreto hacia la taberna a pie, tomando al cochero como guía, porque él es bien conocido en la región. Si llegan en su compañía, se los tomará por campesinos de la zona. No se olvide de encender antes su pipa. En esta época del año por estos lugares nadie se puede imaginar a un campesino sin su pipa.

–Admiro su astucia –dijo Bédrosev, con suma galantería–. Resulta fácil obedecer a una guía tan artera y juiciosa.

Todo sucedió como Henryka había previsto. El trineo dejó la carretera y se internó en el bosque. Solo se podía marchar a paso lento, pues se había hecho de noche en la superficie nevada y las estrellas no servía para dar luz. En medio de la espesura Doliva detuvo los caballos, Henryka se hizo cargo de las riendas y los tres hombres se bajaron del trineo.

–En un punto no estoy de acuerdo con su plan y quisiera modificarlo. Es imposible dejarla a Usted sola en este lugar; muy fácilmente podría sobrevenirle una desgracia –dijo Bédrosev.

–Yo no le temo a nada.

–A pesar de eso, quiero dejar a mi agente secreto con Usted. Es suficiente si me acompaña su cochero.

–Como a Usted le parezca –respondió Henryka con mucha calma, pues también estaba preparada a este posible giro de las cosas.

El agente tomó las riendas, mientras Bédrosev encendía con la piedra y la esponja su pipa; y dirigiéndose a su ayudante le dijo:

–Si es necesario, le haré una señal. Por ejemplo, si se oye un disparo, acuda en mi auxilio.

El agente asintió. Bédrosev le tendió la mano a Henryka y luego se encaminó con Doliva hacia la taberna. En la cercanía del edificio no parecía haber nada que despertara sospechas. Un perro pastor alemán que vigilaba la entrada saludó a los visitantes con un potente ladrido y en el local de parroquianos brillaba una luz. Eso era todo. En los alrededores no se veía, por el contrario, una sola alma vivien-

te; ni siquiera un vestigio de que hubiera habido alguna. Bédrosev se acercó a una de las ventanas medio tapiadas y echó una mirada al interior. La inspección no arrojó ningún resultado, pues el aspecto de esa taberna era como el de cualquier otra en la que se cruzaran judíos y campesinos de la región. Una sucia lámpara de petróleo echaba una triste luminosidad con destellos verdosos. A una mesa rústica estaba sentado un campesino de melena enmarañada que había cruzado los brazos ante él y dormía con el vaso vacío de aguardiente cerca. La patrona estaba detrás del mostrador contando dinero. Sobre la estufa de mayólica dormía un gato atigrado.

Bédrosev le hizo una señal a Doliva y ambos entraron al local. Mientras que el Jefe de Policía tomaba asiento en una mesa de un rincón oscuro, Doliva pidió en voz alta aguardiente y luego se sentó donde estaba Bédrosev, con la espalda hacia la barra. La patrona se levantó, llenó dos vasos con vodka Kontuchuvka y, después de llevarlos a la mesa de los recién llegados, se quedó ante ellos con los brazos en jarra. Ella hablaba con Doliva de modo juguetón, dándole de vez en cuando un fuerte golpe sobre el hombro. Esto le dio oportunidad a Bédrosev de observarla con calma. Se trataba de una mujer robusta de alrededor de treinta años, de estatura mediana y formas redondeadas. Calzaba unas babuchas y vestía una falda colorida más una chaqueta corta de piel de cordero; como adorno exhibía unos corales en el cuello. La mujer cubría su cabeza con un amplio pañuelo blanco, del que asomaba su generosa cabellera negra, enmarcando un rostro cuyas características principales eran la nariz roma y el pequeño labio superior. Esos dos rasgos le prestaban a la patrona de la taberna una dureza y obcecación singulares.

–¿Cómo se llama tu camarada? –dijo la dueña, echando una mirada inquisitiva a Bédrosev–. Tengo la impresión de haberlo visto ya antes, pero no sé su nombre.

–Iván Kluchanko.

–¿Es alguien de Romshinó?

–Sí. De Romshinó.

–¿Ahora vienen de Kiev?

–Así es.

Una vez roto el hielo, Bédrosev se comidió a iniciar el interrogatorio con la patrona, diciendo: –Nos mandaron por aquí. Resulta que un muchacho fue asesinado en esta taberna y esos jueces tan curiosos de la ciudad, que meten la nariz en todo, quieren saber qué podíamos decirles.

–¿Qué podrían saber Ustedes? En todo caso, sería yo la que tendría que dar cualquier información.

–¿Entonces la cosa es cierta?

–Sí. La cuestión es que una noche se apareció por aquí un joven noble; pero al mismo tiempo, se presentó también en la taberna una dama muy elegante, aunque completamente velada. Luego, irrumpió una banda de extraños, me ataron y taparon los ojos y atraparon al muchacho. Yo oí cómo pedía auxilio. Luego se hizo el silencio y todo el grupo desapareció con su presa. Cuando regresaron me desataron y uno de los hombres enmascarados me ofreció un anillo para que se lo comprara.

Entretanto, mientras Bédrosev le sacaba información a la patrona de la taberna, en el bosque Henryka y el agente secreto Mirov esperaban en silencio, Durante largo rato apenas habían intercambiado una palabra. Henryka tenía las manos cruzadas rezando para que Dios le otorgara energía y valor. Un espíritu resolutivo y valor necesitaba en demasía, en realidad, pues en esa tragedia le había tocado uno de los papeles más peligrosos.

Por fin, el agente se animó a decir: –Parece que en la taberna no se presentará ningún problema.

–Así lo espero. Siempre y cuando Bédrosev no se aventure demasiado pronto o deje caer una indicación que lo traicione.

–¿Usted es amiga de la Señorita Dragomira Malútina? –preguntó el agente, girando su cabeza hacia Henryka.

–Sí. La conozco muy bien.

–¿Piensa que ella habría sido capaz de participar en cosas de este tipo? –Mientras Henryka guardaba silencio, el agente continuó di-

ciendo—: Le asombrará que yo me atreva a expresar tal sospecha. Sin embargo, hace rato que me dedico a observar a la Señorita Malúтина y, por lo tanto, tengo motivos para afirmar que ella sabe algo sobre el triste fin de Pikturno y que, inclusive, quizás tuvo alguna participación en el hecho.

—No es imposible.

—¿Entonces, opina Usted que se le podría achacar una relación con esta secta y sus sangrientos crímenes?

—Sí.

—¿Y Usted misma ha notado algo en ese sentido?

—No, pero Dragomira está llena de fantasías. Y, por eso, no creo que pueda retroceder ante el hecho de tener que verter sangre.

En ese momento a lo lejos surgió entre los árboles una figura femenina a caballo, quien le hizo a Henryka una señal con un pañuelo blanco. El agente secreto no se dio cuenta de nada, pues tenía el torso dirigido a Henryka, tratando de traspasarla con la mirada.

—¿Qué pasa? Allí se aproxima alguien a caballo

El agente secreto giró la cabeza y en ese momento Henryka desfundó un revólver y disparó sobre él. El tiro se oyó casi como una salva festiva en medio del silencio nocturno. El agente hizo un movimiento automático hacia la muchacha y luego al caer del trineo, enterró su cara en la nieve.

Henryka saltó a tierra y lo levantó. Mirov no podía hablar, pues un chorro de sangre le salía de la boca, pero todavía estaba vivo y miraba a su ejecutora con grandes ojos de asombro.

—¡Qué Dios te reciba piadosamente en su seno! Estás todavía en mis manos y yo te sacrifico como castigo de todos tus pecados —exclamó entonces Henryka, apegada al ritual.

Mirov levantó todavía sus manos cerrando sus puños, pero enseguida se desplomó sobre la nieve. Henryka le puso la boca del revólver en las sienes y apretó otra vez el gatillo. El primer acto de este drama sangriento había llegado a su fin.

Al oír el primer disparo, Bédrosev se había erguido atento y echado mano a su revólver. –¡Ven, rápido! –le gritó a Doliva, saliendo de la taberna en dirección al bosque. Sin embargo, el Comisario fue interceptado a medio camino por Karov.

–¡Alto! –le gritó Bédrosev–. ¡Alto, o disparo!

Karov se detuvo, pero al instante se aproximó a todo galope Dragomira. Iba vestida como campesina, con botas de cuero de cabra y una enorme piel de oveja bordada de modo colorido. El cabello y el pecho los llevaba colmados de adornos de coral y lucía, además, un pañuelo sobre la cabeza. Dado que cabalgaba erguida como un varón parecía una verdadera amazona escita. Sin perder un minuto Dragomira lanzó una soga alrededor del cuerpo de Bédrosev y apenas tuvo a su víctima enlazada arrastró al desdichado con su caballo a toda velocidad. Los pedidos de auxilio resultaron ahogados en la quietud de la noche. A los pocos pasos Bédrosev cayó al suelo, agonizante, pero la cacería salvaje siguió todavía adelante, entre la nieve y el hielo. Era la más cruel cacería humana y la cazadora no mostró piedad alguna.

## 13. Una red de mentiras

*“Fácil es reconocer la maldad,  
La bondad es difícil”.*

PROVERBIO CHINO

A la mañana siguiente se presentaron en el Departamento de Policía el Señor Monkoni y su hija. Henryka, por su parte, se desplomó sobre una silla, mostrándose pálida y con los ojos llorosos. En ese estado la muchacha comunicó que la tarde anterior había partido hacia Meshkov con Bédrosev y Mirov, pero que allí habían sufrido el ataque de una banda de hombres foráneos enmascarados, quienes habían atrapado al Comisario de Policía y a su agente secreto.

Hubo toda una requisitoria sobre Henryka, a la que ella respondió con calma y sin contradecirse, contando lo siguiente:

“En ocasión de una visita de Bédrosev en casa de Dragomira, las dos muchachas se habían ofrecido, en tono de burla, a trabajar como agentes secretos para la policía. Por tal motivo, todos enmascarados como campesinos habían salido hacia Meshkov en el trineo del cochero Doliva, real campesino. Cuando estaban en la cercanía de la taberna, habían sido atacados por una banda de enmascarados a caballo. Después de obligar a bajar del trineo al Comisario y al agente, los agresores habían llevado atados a Bédrosev y a Mirov, a la vez que habían conminado al cochero a volver a Kiev”.

Acto seguido, el interrogatorio recayó sobre Doliva, quien dio exactamente la misma información.

Entonces el policía de rango superior se puso en marcha hacia el lugar, acompañado de algunos funcionarios, además de Doliva y un piquete de cosacos. Al llegar al lugar, encontraron la puerta de la taberna cerrada y, por ello, la violentaron para entrar. Enseguida fue evidente que el sitio estaba vacío y que la dueña había huido. Sin embargo, sobre la mesa había una nota. El policía a cargo la tomó y leyó lo siguiente: “¡Será tiempo perdido! Nunca habréis de encontrar a los severos y justos jueces. Pikturmo era un traidor y encontró el castigo que se merecía”.

El siguiente paso fue rastrear con meticulosidad el bosque cercano. Allí encontraron colgados de un alto roble al Comisario de Policía Bédrosev y al agente Mirov. En las ramas del imponente árbol había un cartel que anunciaba: “Veredicto de muerte: Bédrosev, Comisario de Policía en Kiev; Mirov, su agente; ambos juzgados por el Tribunal Revolucionario como pasivos de la muerte, fueron aquí ejecutados. Firmado: el Gobierno Secreto de la Región de Kiev”.

El encargado policial ordenó bajar a las víctimas del árbol para trasladarlos a Kiev sobre un trineo campesino que fue requisado en la aldea. El mismo funcionario regresó inmediatamente a la ciudad con su gente, completamente convencido de que se había tratado de una venganza de conjurados.

Inclusive el Padre Gliniski se dejó engañar por esas circunstancias. El jesuita, por lo tanto, se apersonó a casa del Conde para darle la noticia de que se estaba a las puertas de descubrir una conjura. Además, aseguraba que no había dudas de que, a partir de las próximas averiguaciones, se llegaría al resultado de que Dragomira había tenido participación en la misma; y que lo mejor sería cortar toda comunicación con esa dama.

Solyk rechazó la infidencia con un gesto insolente. —¡Dragomira no tiene nada que ver con todo eso! Yo lo sé mejor que Usted. ¡Deje de acusarla o ponerla bajo sospecha!

De todos modos, desde hacía algunos días el Conde no la había visto ni hablado con ella. Por lo tanto, Solyk se había resuelto quedar libre de sus obligaciones, costara lo que costase, para poder ir en su busca. Por eso le dijo a su compañero de juerga Taraievich: –Me es imprescindible ir a ver a Dragomira. Tengo que encontrarla y advertirle que están tras ella. En una hora estaré de regreso.

–No, no. No te soltaré –dijo quien funcionaba como agente del jesuita–. Si quieres ir para allá, te acompañaré.

–De ninguna manera. Tengo que hablar a solas con ella.

–Esas son excusas.

–Veo que estás emperado en querer ser mi tutor. Eso puedo permitirlo durante un par de días, pero no a la larga.

–Si crees que voy a presenciar, con toda calma, cómo te despeñas hacia tu ruina, es porque no me conoces. En todo caso, voy a llamar a un consejo de familia o voy a apelar a la ayuda de un tribunal.

–Me parece que estás volviéndote loco.

–Conozco mis obligaciones.

–Haz lo que se te antoje. Yo voy a ir a verla. –Y, diciendo esto, Solyk empezó a vestirse.

Taraievich reflexionaba, entretanto, en cómo hacer para detenerlo:

–Me habías prometido que fuéramos a una de tus fincas a cazar lobos.

–Sí.

–Bueno, puedes ir a ver tu sirena, pero mañana partiremos hacia Komchinó para salir de cacería por algunos días.

–De acuerdo.

Un cuarto de hora más tarde, Solyk se presentaba en casa de Dragomira y le comunicaba: –Se está anudando una verdadera intriga contra nosotros. Taraievich se ha mancomunado con Glinski. Me vigilan como si fuera un criminal o un niño que necesita tutela. Mañana me secuestrarán en Komchinó, donde poseo un castillo. Estaremos allá de cacería; y esto me da el mejor pretexto para invitarla a Usted a mis posesiones. También lo invitaré a Monkoni. ¿Viene con él o con su

tía? Una vez que estemos en Komchinó, encontraremos los medios de estar más en contacto.

–A mí me repugna cualquier tipo de intriga. ¿Por qué no echa a Taraievich?

–Eso no puedo hacerlo. Tiene mucho poder en la familia. Y si lo trato mal, me echará a todos los parientes al cuello; me está amenazando inclusive con ir a los tribunales.

Dragomira reflexionó un momento. –Lo que hay que hacer lo más rápido posible, es tornarlo inocuo.

–¿Tiene un plan?

–Eso lo podremos decidir una vez que estemos en Komchinó. Pero si Usted acredita tanto valor y energía como yo, no hay nada que temer.

–Puede contar conmigo.

–Hasta mañana, entonces.

–Le agradezco –dijo Soltyk mientras le besaba la mano a su anfitriona, una mano que era fría como el mármol. Acto seguido, el Conde abandonó la casa de Dragomira para aprontar los preparativos de la excursión.

La muchacha, por su parte, garabateó unas líneas y se las mandó a Henryka a través de Barijar. Un cuarto de hora más tarde cabalgaba también un mensajero con una carta a Boyary. Así como estaban ahora las cosas, Dragomira tenía necesidad de que estuviera su madre cerca, puesto que no era decoroso que partiera a Komchinó sola. Y en el caso de que aprovechara la compañía caballeresca de Monkoni, eso significaría que lo tendría siempre a su lado. Con Monkoni estaría también su esposa; y esto no era conveniente en el caso de que ella tuviera que quedarse más tiempo de lo previsto en Komchinó. Por eso estuvo esperando con afiebrada impaciencia la contestación de su madre y así pasó una noche intranquila.

A la mañana siguiente, Soltyk, acompañado de Taraievich, se dirigió a su viejo castillo que estaba solo a dos horas de Kiev y donde se podían apreciar estupendas zonas boscosas rodeando la antigua edificación. Apenas llegado, hubo un conciliábulo con el guardabosque

como para iniciar al día siguiente el operativo para la cacería. El resto del primer día los dos primos lo dedicaron a recorrer las inmensas instalaciones y luego se pusieron a jugar a las cartas. Taraievich era un jugador consumado, pero también algo alocado. Soltyk, en cambio, era calculador y reflexivo; sin embargo, esta vez no podía concentrarse y, por ello, Taraievich le ganaba constantemente. Eso ponía naturalmente de buen humor al visitante.

Entretanto Dragomira había tenido una conversación con Zefim. Ella le había explicado que tenía necesidad de ir a Komchinó; pero que, en caso de que lo invitaran a él también, no tendría obligación de trasladarse al castillo. Zefim le hizo duros reproches, pero aceptó la situación, cuando ella le pasó, como con unas cuerdas mágicas, sus hermosos brazos al cuello. Con ese gesto el muchacho se declaraba nuevamente hechizado y realizaría todo lo que ella quería. Entretanto el mensajero a Boyary regresó con la noticia de que la Señora Malúтина venía ya en camino. Efectivamente, llegó una hora después, lo que le permitió a la madre tener una entrevista a solas con su hija para arreglar los últimos preparativos.

A la tarde de ese mismo día, viajaron en tres trineos hacia Komchinó Monkoni con la Señora Malúтина, Sesavin con la Señora Monkoni y Dragomira con Henryka. Ya era de noche cuando arribaron al castillo. El Conde recibió a la comitiva en la escalinata del edificio. Una vez que el anfitrión hubo besado las manos de las damas y estrechado las de los caballeros, subió las escaleras escoltando a la madre de Dragomira. Los demás siguieron detrás. Taraievich, por su parte, palideció al ver aparecer a Dragomira, y no pudo evitar que una nube se le cruzara por la mente. A partir de ese momento un mal presentimiento acompañó al primo de Soltyk.

Después de que los huéspedes se hubieron acomodado en los diferentes aposentos del castillo, llegó la hora de una reunión en el salón para tomar todos juntos un té tardío de bienvenida. Soltyk, por su parte, se mantenía distante del lugar donde se había ubicado Dragomira. La muchacha había tenido tiempo a su llegada de susurrarle al

oído algunas palabras; y ese hecho estaba dictando ahora su conducta. Además, a nadie le llamó la atención que el anfitrión se acercara a Henryka para conversar con ella animadamente ni que ella le pasara con disimulo una nota al dueño de casa. Durante la cena se originó un pretexto para dejar el comedor que Soltyk aprovechó para leer el mensaje de Dragomira que decía: “Tengo que hablar con Usted y tiene que ser hoy mismo, pero en secreto. ¿Cómo podemos realizarlo?”.

Soltyk reflexionó un momento, luego llamó al administrador para que en completo silencio adjudicara otros cuartos diferentes a la Señora Malúтина y a su hija. Hecho esto, el anfitrión escribió otro mensaje a Dragomira; luego volvió al comedor y puso la nota debajo del mantel en el lugar vecino donde se sentaba Henryka.

Cuando los invitados regresaron al salón, Henryka se acercó a una de las ventanas donde se hallaba de pie Dragomira y le puso el papel en la mano. La Señora Malúтина hizo entonces la sugerencia de retirarse temprano a las habitaciones esa noche, dado que al día siguiente habría cacería. Todos estuvieron de acuerdo y pronto cada uno se alejó deseando las buenas noches a los demás.

Llegadas a su cuarto, madre e hija se entendieron con pocas palabras. La Señora Malúтина permaneció en su cuarto y Dragomira se encerró en el suyo. Entre las dos habitaciones había un pequeño lugar de recibo, cuya puerta de comunicación también permaneció cerrada con llave; pero pocos instantes después golpearon suavemente en ella. –Quién es? – preguntó Dragomira.

–Yo, Henryka. Tu servidora.

Dragomira abrió. Henryka entró y volvió a cerrar con llave.

–Vine para ayudarte a quitarte la ropa.

–No me desvestiré. Estoy esperando a Soltyk.

–¿Quieres que me retire?

–Me voy a poner una ropa un poco más cómoda. Puedes ayudarme y luego permanecer en el cuarto contigo.

Henryka ayudó a Dragomira a dejar sus pesados vestidos de terciopelo para cambiarlos por una bata con suave cola de seda y una

ligera *kazabeika* y, luego, de rodillas le puso las pantuflas. Entretanto se había hecho la noche cerrada alrededor del castillo y todo estaba en silencio; por ello se oyó con nitidez un tenue golpe, pero esta vez no era de las puertas, sino del tapizado de una de las paredes del aposento. Dragomira se puso el dedo en la boca, indicándole a Henryka que se ausentara sin hacer ruido; y luego apretó un botón oculto que Soltyk le había indicado en su nota. Al momento una puerta secreta se abrió de par en par y Soltyk surgió de las sombras.

–¿Me permite entrar?

–Por supuesto.

Soltyk entró y cerró la puerta secreta tras de sí.

–¿Qué es lo que tiene que comunicarme?

Dragomira tomó asiento junto a la chimenea y Soltyk se ubicó enfrente de ella.

–¿Usted me ama y quiere conquistarme al precio que sea? Aquí le ofrezco mi mano. Le permito ahora abrigar todas las esperanzas del galardón, de arribar a exactamente todo lo que desea, pero primero debe asegurarme que Usted es un verdadero hombre, así como yo soy una auténtica mujer, y que no habrá de retroceder ante nada, en tanto eso conduzca a una meta elevada y sagrada.

–Le he de dar todas las pruebas que Usted exija de mí. ¿Y ahora puedo decir que esa mano es mía?

–Sí.

–¿Qué es lo que de mí exige?

–He llegado a saber que Taraievich está llevando adelante una intriga por encargo de su familia, con el último beneficio de la Orden de los Jesuitas. Habrán de arriesgarlo todo para alejarlo de mí y unirlo a Anita. Si no lo logran, habrían de emplear todos los medios contra Usted, sin escatimar inclusive los mayores esfuerzos empleando horripilantes artimañas. Primero lo estamparán con la etiqueta de dispendioso, de modo de limitarlo en sus gastos.

–Eso es imposible.

–Créame. Es así. Y, si a pesar de todo eso, Usted no cejara en lo que a mí respecta, se lo declarará simplemente un incapaz y se lo encerrará en un asilo.

Soltyk dio un salto y exclamó:

–¡Ese es un plan demoníaco!

–Tenemos que adelantarnos. En mí encontrará Usted una aliada incondicional. Tenemos que obrar inmediatamente y aniquilar a sus enemigos.

–¡Oh! ¡Usted es mi ángel salvador! –balbució Soltyk, al tiempo que se echaba de rodillas a los pies de Dragomira y llenaba sus manos de besos.

## 14. La confabulación

*"Llegar a verlo es todo mi anhelo".*

CALDERÓN, *Semirámide*

Era un fabuloso día de invierno, con escarcha pero diáfano y refulgente; solo a la distancia, en torno al bosque y al río, se levantaba una fina niebla, como el velo de un hada bordado de rayos dorados. El cielo estaba descubierto y era de un azul intenso. El sol alumbraba amablemente con su claridad; su luz cálida hacía que la nieve se fundiera en gotas brillantes sobre la nieve que cubría la tierra, los árboles y los techos de las chozas, donde se formaban carámbanos de hielo que colgaban en hilachas desde las vigas y las ramas. Los arrieros que ayudaban en la cacería a cercar las presas eran campesinos de las aldeas del Conde; eran ellos quienes se habían levantado a la madrugada y, orientados por los guías, habían salido temprano para rodear los cotos y encender fuegos, de modo de asustar a los lobos y encerrarlos, al impedirles cruzar los puntos señalados.

En el patio del castillo estaban reunidos los cazadores bajo la conducción del guardabosque y alrededor de ellos había un círculo formado por los galgos, que acollarados en pares se desperezaban y por momentos alegres e impacientes hacían oír sus ladridos.

Entretanto, en el comedor del piso superior del castillo, adornado con cornamentas y cabezas de caza mayor, osos embalsamados, lobos y búhos, así como con piezas de muestras y armas, se había re-

unido la comitiva para tomar el desayuno. La Señora Malúтина había expresado el deseo de no ser parte de la excursión, pero la Señora Monkoni, en cambio, participaría. Esta última era una mujer bonita y robusta que andaba por los treinta y seis años. También estarían en el grupo para la cacería Henryka y Dragomira.

Se había decidido así que cada dama sería escoltada por un caballero y para eso se echaría a la suerte cómo sería cada pareja. Dragomira, sin embargo, insistió para que la elección del caballero fuera libre. Solo quedó librado al azar el turno para elegir parejas. La Señora Monkoni y su hija apoyaron esa moción. A los varones no les quedó más remedio que aceptar la proposición. Henryka escribió los nombres de las tres damas en papelitos que echó en la gorra de Taraievich. Primero apareció el nombre de Dragomira, quien eligió a Solytk. La Señora Monkoni, del segundo papel, decidió conceder el honor de ser su protector a Taraievich y, finalmente, Henryka tuvo que tomar a Sesavin como su acompañante. Como inicio de la excursión los participantes brindaron con un vaso del vodka Kontuchuvka y así bien dispuestos abordaron los trineos para dar inicio a la cacería, acompañados por los alegres ladridos de los perros, los estallidos de los látigos y los gritos de los cazadores.

La Señora Monkoni lucía un traje de terciopelo verde y una chaqueta del mismo color recamada y forrada con cibelina. Esta aguerriada amazona mostraba bajo su falda más corta de lo habitual unas botas masculinas de las que tienen pliegues y en su cabeza exhibía una gorra de cibelina al estilo de Catalina II, a la vez que completaba su sofisticado aspecto no solo con un fusil, sino también con una daga. Por ello, su disposición entusiasta hizo que su trineo se colocara en la línea de avanzada. Las otras dos damas estaban ataviadas de manera similar, solamente que Henryka, combinando su atuendo con sus cabellos oscuros, había elegido terciopelo púrpura con zorro azul; mientras que Dragomira, en tanto combinaba el rubio de sus cabellos con el color azul de la tela forrada también con zorritos.

Estaba estipulado que las tres primeras parejas usaran un trineo para sí, de modo tal que el Señor Monkoni, acompañando a los hombres de la aldea que tomaban también parte en la cacería, venía en el cuarto trineo, uncido con seis caballos y tenía por sus dimensiones gigantescas el aspecto del Arca de Noé.

El trineo de Dragomira y Soltyk exhibía la figura de un dragón y, por eso, la muchacha preguntó a su acompañante, señalando la figura:

–¿Es este emblema una casualidad?

–No. Es el símbolo del poder de una hechicera que domina los elementos y las fuerzas secretas de la naturaleza, así como hace de los hombres sus esclavos.

–Tengo la impresión de que el Conde Soltyk nunca devendrá el lacayo de una mujer.

–No se burle. Él ya lleva el yugo sobre su nuca, pues no conoce otra voluntad que la suya.

–Bueno, eso habrá que probarlo.

–¡Póngame a prueba y verá!

–Eso lo sabremos hoy mismo.

Después de un corto recorrido en el que los trineos volaron sobre las superficies lisas de la nieve, la expedición llegó al borde la zona boscosa y los participantes descendieron para acampar donde el guardabosque les indicaba. Dragomira se había ubicado con Soltyk en un sector del bosque delante de un macizo roble. Delante de ellos se extendía un claro y a los lados había unos espacios de árboles jóvenes que permitían un buen panorama de conjunto. Soltyk cargó primero el fusil doble de su dama y, luego, se dedicó a su arma.

Unos diez pasos detrás de ellos había otro cazador, quien utilizaba un apoyo con bayoneta, y a su lado un campesino con una pica. Había que estar sobre aviso, porque quizás en el coto cerrado que habían formado cayera también un oso y, por lo tanto, mucho más que con los lobos que pueden ser cobardes, ante ese héroe de los paisajes salvajes había que mostrar toda la cautela del mundo.

Durante un buen tiempo el silencio se enseñoreó en los alrededores y bajo las ramas del añoso roble. Nadie se movía ni nadie hablaba. En la lejanía se veía arder uno de los fuegos que cerraba el coto y que habían encendido los campesinos. Un cuervo enorme voló en medio del refulgente aire creado por la nevada abriendo sus alas negras y enseguida desapareció en las ramas de los robles y hayas. Finalmente resonó la señal de un cuerno. De inmediato se oyó la estampida de los arrieros y sus gritos retornaron en forma de eco en la inmensidad del bosque; eso se acompañaba de latigazos, ruido de campanillas y con los golpes intencionales contra los árboles provocados por los cazadores. En ese mismo momento soltaron a los perros; y así dos de ellos cruzaron con elasticidad aristocrática hacia la espesura del bosque. A esto siguió un silencio sepulcral, pero luego se vio un hocico rojizo entre las hojas cargadas de nieve y la figura de un zorro enorme se mostró entre las ramas bajas. Y Dragomira apuntó su arma, pero el Conde la detuvo.

–Está prohibido disparar sobre los zorros.

–¿Por qué? –preguntó la muchacha en medio de su excitación por la cacería.

–Porque a causa de los disparos inoportunos los lobos se percatan y, en lugar de correr hacia nosotros, pueden escapar por los costados o romper la barrera formada por los arrieros.

El zorro pareció comprender que estaba a salvo, porque se alejó lentamente sin preocuparse de los cazadores. Poco después pudo percibirse todavía distante un animal enorme de color gris con los pelos hirsutos y ojos fulminantes.

–¿Es un lobo? –preguntó Dragomira.

Solyk asintió. La muchacha se puso en posición de lista. Todavía el lobo dio algunos pasos y luego se oyó un estallido y se vio una luz. La presa dio unos saltos en el aire regando el suelo con su sangre. Sin embargo, en el instante siguiente el animal se levantó en sus patas delanteras y lanzó un horrible alarido.

Solyk dio entonces dos pasos adelante y Dragomira le preguntó:

–¿Qué va a hacer?

–Quiero rematarlo con un segundo tiro.

–No. Déjeme a mí –dijo la muchacha, al tiempo que corría hacia el lobo agonizante, seguida de Solyk. Con un movimiento brutal sacó la daga curva llamada “yatagán” de la vaina que llevaba al costado y la clavó en el cuerpo del animal que todavía la amenazaba, mostrando los dientes. En ese momento el lobo se desplomó a sus pies todavía respirando, pero enseguida perdió la vida. Con una mirada de embotamiento no exenta de temblor, el Conde se había quedado paralizado ante la imagen que presentaba Dragomira, pues sus mejillas ardían y en sus ojos brillaba una luz siniestra que anunciaba el deseo de matar.

–La cacería le produce gran placer –dijo Solyk.

–¡Oh! Sí, por cierto –dijo Dragomira, mientras volvía a cargar su arma–. Creo que en cada persona se esconde algo divino y algo diabólico; por ello nos produce, por lo menos, tanto placer matar y destruir como engendrar.

–¡Qué formidable es en Usted el grado de sensibilidad!

–¿Recién hoy se da cuenta de que soy una muchacha fuera de lo común?

–No. Por cierto que lo sabía desde antes.

–No me avergüenzo de confesarle que esta manera de matar a un animal de presa me produce menos placer que cuando se da una caza que implica la fuga y la carrera. Esta que acabamos de vivir es demasiado breve. Se trató de un disparo; y, en el mejor de los casos, un golpe con el puñal de caza; y ya tenemos a la presa salvaje a nuestros pies. En cambio, cuando se da una cacería a la carrera, se disfruta de haber visto las huellas de la bestia, luego de seguirlas y finalmente de acorralarla para matarla.

–Usted es capaz de gran crueldad.

–Bueno. Soportar las torturas me resulta por lo menos tan hermoso como infligir torturas a otros. Yo sería capaz de entregarme al mismo entusiasmo entrando a la arena caliente del circo romano con un himno en los labios y dispuesta a ofrecer resistencia a las bestias salvajes, como antaño hicieron los mártires de la iglesia. La muerte es

tan solo horrible, en tanto y en cuanto la temamos. ¡Yo me río de todo temblor y de toda amenaza!

En ese momento se oyó otro disparo y enseguida un segundo, que tuvieron la virtud de espantar a una manada de lobos que se acercaba perseguida por la jauría de galgos. El Conde y Dragomira se atravesaron en su camino y dispararon con sus fusiles; el cazador del Conde hizo lo mismo, cuando los animales, acicateados desde todas partes, buscaban romper el círculo y escapar hacia la parte libre del bosque. La mayor parte de las bestias lo habían logrado, pero tres grandes lobos yacían cerca, tiñendo la nieve con su sangre. Los que se habían escapado debían resistir todavía en la persecución el ataque de los perros. Entretanto, este grupo dio la cacería por terminada. Soltyk dio algunas indicaciones y, enseguida, acercaron un trineo. El Conde ayudó a aborarlo a Dragomira y pronto se dirigieron en él hacia el castillo.

Cuando llegaron al edificio, los restantes participantes estaban todavía en el bosque con los fusiles en las manos, esperando la señal del guardabosque que anunciara el final del cerco. Cuando la señal finalmente llegó, Dragomira y Soltyk hacía un buen rato que estaban disfrutando del calor de la chimenea y de un té caliente. En esa pose, ambos así juntos ofrecían la imagen de un matrimonio de jercas tiránicos, como se los conoce bajo el cielo mahometano. Ambos eran hermosos, ambos eran arrogantes y soberbios. Ambos habían colocado sus pies sobre la inmensa alfombra de piel de oso. Soltyk vestía en ese momento una larga bata de pieles de tela persa bordada de oro y recamada y forrada de armiño; mientras ella se mostraba en su *kazabeika* de terciopelo rojo y cibelina dorada, de la que sobresalían sus cabellos rubios apenas atados por un pañuelo de seda roja a modo de turbante.

–Estamos de acuerdo –dijo Soltyk en voz baja.

Dragomira sintió. Y Soltyk prosiguió: –Ese rasgo que hoy terminé de descubrir, nos ha acercado aún más.

–Le aseguro que en mí no hay nada diabólico. Yo no soy cruel.

–Sí, por supuesto que lo es. ¡Qué maravillo debe de ser verla a Usted en acción, cuando se halle en sus manos un enemigo odiado!

–Bueno, bríndeme Usted la ocasión para ello.  
–¿Usted está pensando en Taraievich?  
–Sí. Él es su enemigo y el mío. Quisiera tenerlo completamente bajo mi poder.  
–Eso le será muy fácil, Dragomira. No bien Usted lo quiera.  
–No. Yo no puedo emprender nada al respecto. Eso levantaría sospechas. Pero, en cambio, Usted... Usted podría entregármelo.  
–Con gusto. Pero, ¿cómo? –dijo el Conde, al tiempo que miraba de modo rápido y siniestro en el vacío. Eso le toca decidirlo a Usted.  
Solyk se puso a reflexionar.  
–Nuestra confabulación está, entretanto, determinada... y será contra Taraievich –dijo Dragomira después de un momento.  
–Sí. Contra el mundo entero –dijo Solyk, tomando la mano que le extendía Dragomira-. Cuente conmigo para todo.  
–Hoy mismo hay que volver inoperante a Taraievich.  
–Tengo una idea. Quizás de aquí puede surgir un plan para llevar a cabo nuestros propósitos. Déjelo en mis manos.  
–De acuerdo.  
–Y cuando le entregue a Taraievich, ¿qué habrá de hacer? –preguntó Solyk, de una manera que ponía en evidencia de buenas a primeras una maldad neroniana, porque había despertado en él una magnitud demoníaca latente.  
–Todavía no lo sé.  
En ese momento se oyeron sonidos de campanillas y restallidos de rebenques. La comitiva de la cacería entraba al castillo.  
–Pido disculpas, queridas damas –dijo el Conde al ver avanzar a la Señora Monkoni y a su hija, besando la mano de la primera y haciendo una reverencia a la segunda-. Nos habíamos literalmente congelado afuera y, por eso, nos hemos enfundado en estas pieles para volver a la vida. Solo queda una solución a mi descortesía y esta es: que Ustedes se arrellanen lo más pronto posible al calor de la chimenea.  
–De acuerdo –dijo la bella Señora Monkoni. Entretanto correspondía retirarse por un momento para cambiarse de ropa.

Cuando todos estuvieron de nuevo reunidos alrededor de una mesa ricamente servida, nadie hubiera adivinado qué ominosas y demoníacas fuerzas estaban obrando en medio de esa brillante asamblea, dada ahora a una informal diversión. Entre esos miembros se tejían ahora las invisibles y amenazantes redes del destino.

## 15. La jugada perdida

*“La divinidad de la dicha nunca es fiel”.*

ULRICH VON HUTTEN

Después de que las Señoras Malúтина y Monkoni se hubieran retirado a sus aposentos, Dragomira y Henryka aprovecharon esos momentos para una conversación íntima en el saloncito de estilo turco que estaba adosado a sus dormitorios. Dragomira se había recostado sobre el diván, mientras Henryka se hallaba sentada a sus pies sobre una piel de pantera con los brazos rodeando sus rodillas. Esta última preguntó entonces:

–Bueno, cuéntame ahora hasta dónde has llegado con él.

–Ya lo tengo bajo mi dominio.

–¿Cómo lo conseguiste?

–Su mente fantasiosa lo condujo mí –dijo Dragomira–. A menudo me he preguntado cómo podía ser que las personas inmisericordes, apenas han logrado una grandiosidad evidente, sean idolatradas más que otras. Esto se percibe tanto en la historia del mundo como en la vida real. Una figura como Iván el Terrible se torna pintoresca; lo mismo pasa con el Emperador Tito o con Semirámide. Ellos tendrán más relieve que la virtuosa matrona Cornelia, madre de los Gracos. Solyk me considera cruel y eso lo embelesa.

–Bueno, Solyk no se equivoca.

–¿Yo? No. Lo cierto es que yo no siento ningún placer, cuando torturo a alguien o cuando lo llevo a la muerte; más bien, por el contrario,

a veces siento que la piedad que pudiera surgir en mí, sería capaz de jugarme una mala pasada. Tú, en cambio... tú sientes un goce ardiente cuando te entregan a una víctima. Lo noté en cada ocasión. Y por eso no estás libre y pura como debería estarlo una sacerdotisa. Tienes todavía que superar esa etapa. Yo realizo todo como una difícil pero sagrada obligación. Por tu parte, lo llevas a cabo con la alegría de un verdugo.

—¿Qué podría hacer para cambiarlo? ¿Por qué me ha creado Dios así como soy? Lo cierto es que me produce un infinito placer ver cómo una persona se retuerce bajo el poder de mi puñal. La sangre me brinda una celestial embriaguez.

—Y así como eres tú, también es Soltyk. Yo no soy cruel; pero, en cambio, él lo es. Soltyk es un déspota, que no conoce la piedad. Él se sentiría estupendamente si a la menor señal suya, rodaran las cabezas; si pudiera ponerles el pie a las nuca más orgullosas; si pudiera tornar a cada mujer un juguete suyo. En la época del apogeo polaco, hubiera llegado a ser un segundo Pan Kaniowsky. Estoy segura de que él no habría dudado ni un minuto en hacer azotar hasta la muerte a un individuo que no ha incurrido en ningún delito, solo para obtener una delicada compota de frutos rojos. Este tipo de personas es a medias demente; pero la exasperación de su energía vital las lleva a un regocijo ante la muerte y al placer de infligir la tortura.

—¿También eso obra en mí?

—También tú estás enferma.

Henryka bajó la cabeza y se quedó en silencio. Entretanto se oían los ruidos que venían desde el salón, donde los hombres jugaban y vaciaban una botella tras otra que el oficioso mayordomo les iba trayendo. Solo Soltyk se mantenía sobrio. Taraievich se encontraba ya en un estado de excitación máxima que no presagiaba nada bueno y que a los otros iba poniendo en un extraño estado de ánimo. El primero que se retiró a descansar fue Monkoni; luego sin hacer ruido ni sin ser notado emprendió la retirada Sesavin. Finalmente permanecieron en el salón solo el anfitrión y Taraievich. El dueño de casa echó las cartas a un costado, se puso de pie, abrió una ventana y luego la volvió a cerrar

enseguida; en el minuto siguiente Solyk apareció en el umbral del saloncito íntimo y le hizo una señal a Dragomira para que se uniera a ellos.

–¿No quieres seguir jugando? –dijo Taraievich, detrás de la pila de oro que había ido ganando en el juego, siempre a su favor–. Tendría que darte la oportunidad de una revancha.

–Te agradezco –le contestó Solyk, a la vez que regresaba a la mesa verde y le llenaba la copa a Taraievich–. El juego me está aburriendo. Además, aquí están todavía las damas y nos cabe, en la medida de nuestras posibilidades, el amable deber de pensar en un entretenimiento.

–Sigan jugando. Nosotras observaremos con mucho gusto –dijo Dragomira, mientras se sentaba a la mesa y ocultaba sus manos en las amplias mangas de su abrigo de cibelina.

–¡Si Usted lo ordena, jugaremos! –respondió Solyk, empezando a mezclar las cartas.

En ese momento se hizo un profundo silencio. Solyk y Taraievich, sentados frente a frente, se concentraron en el juego. Henryka estaba sentada al lado del invitado, con los brazos apoyados sobre la mesa, con el torso inclinado sobre ella. Así expectante, las pupilas de Henryka parecían dilatarse y sus labios sufrían algo así como estertores nerviosos. Mientras tanto Dragomira se mostraba en calma, dejando caer sus ojos fríos con absoluta displicencia sobre los naipes.

Los dos jugadores se habían enfrascado en el juego llamado “once y medio” y la suerte que hasta ese momento le había sonreído a Taraievich se dio vuelta en la primera mano que ahora jugaron. El perdedor, sin embargo, recibía esto sonriendo; y siguió sonriendo en las sucesivas jugadas, en las que perdía sin atenuantes. Luego, sin embargo, se le borró la sonrisa de la cara, pero su gesto facial empezó a indicar que era un hombre al que le resulta indiferente ganar o perder. Pronto todo el oro que Solyk había perdido hizo su camino de retorno hacia él. En esos instantes Taraievich dejó su postura fleamática y se puso nervioso. Y esto se fue intensificando a medida que, cuando Taraievich vaciaba su copa, Henryka se la volvía a llenar con el fogoso vino húngaro. Finalmente, Taraievich perdió toda compostura

y empezó a hacer apuestas más temerarias, más altas y más alocadas. Llegó un momento en que había ya perdido absolutamente todo lo que antes había ganado. Sin embargo, el juego seguía y seguía, porque Taraievich empezó a sacar de sus bolsillos dinero que terminaba en las manos de Soltyk. En ese proceso, el pariente aristócrata se puso rojo y su mirada se tornó vidriosa; entonces se reacomodó en la silla y metió sus manos en los bolsillos.

–¿No quieres seguir jugando? –dijo Soltyk con frialdad.

–¿Qué pregunta? Me dejaste desnudo.

–En todo caso, si quieres, te doy crédito.

–Puede ser. Aunque también tengo mi carruaje todavía; entre hermanas vale quinientos ducados. ¿Quieres aceptarlo?

–Te lo tomo por mil ducados –dijo Soltyk, comenzando a dar las cartas.

–Las damas actúan como testigos.

Se dio en ese momento un instante de gran tensión; y Taraievich volvió a perder.

–Ahora el diablo ha de llevarse todo. Sobre esta carta pongo mi propiedad en el bosque de Zborti; está libre de deudas, como sabes, y vale cuatro mil rublos.

–Aceptado.

Soltyk repartió las cartas. Taraievich pidió todavía otra; Soltyk se la pasó. Con cautela el jugador miró su juego y lo abrió poniéndolo sobre la mesa.

–Bueno. ¿Ahora ya es suficiente?

–Sí. Volví a perder. Esta vez pongo todo lo que tengo sobre una carta; es mi finca, mis rebaños de ovejas y mi participación en el pozo de petróleo en Skol. ¿Cuál es la apuesta?

–Todo lo que está sobre la mesa y todavía diez mil rublos.

–De acuerdo –dijo Taraievich–. Aquí las damas son testigo.

Se repartieron las cartas otra vez. Taraievich suspiró profundamente, había perdido todo nuevamente. Durante un instante se quedó callado; luego golpeó la mesa con el puño tan fuerte que las copas tintinearón.

–¿Qué soy ahora? Un mendigo. Y tú me has transformado en un indigente. Ha sido muy noble de tu parte atraerme hacia aquí solamente con el propósito de pelarme.

–No mientas. ¿Quién se ha colgado de mí? Tú, nada más que tú mismo. Yo había intentado todo para que me dejaras tranquilo.

–No. Quisiste jugar nada más que para estrujarme.

–No es cierto. Yo interrumpí el juego, cuando ibas ganando. Y tú me obligaste a seguir jugando.

Taraievich se puso de pie, pálido y tambaleante, mientras sus ojos estaban fijos en su contrincante. –Por cierto, porque yo creía que jugábamos limpio; pero, en cambio, me di cuenta de que tú entiendes perfectamente cómo jugar “corrigiendo la suerte”.

Eso había sido demasiado. Soltyk pegó un salto de su asiento, tomó al retador del pecho, lo lanzó al piso y puso su pie encima de él, como si fuera el enemigo derrotado. En ese momento le dijo en tono de burla: –¿Quieres más? Ahora podría azotarte como a un perro, pero soy bondadoso y te dejaré escapar.

Soltyk quitó el pie del cuerpo caído, y Taraievich se levantó, temblando de pie a cabeza.

–Si tú quieres hacer exhibición de tu bondad, entonces, devuélveme lo que me has robado.

–¡Aha! Entonces jugaremos una última partida.

Soltyk se sentó a la mesa, como si no hubiera ocurrido nada y Taraievich dijo:

–¿Por qué voy a jugar? No tengo nada; a mí no me resta más que pegarme un tiro en la sien.

–Si te comportas juiciosamente, te propondré algo: una especie de duelo americano. Yo te he transformado en un mendigo, según tú dices, y tú me has ofendido. Ahora pongo todo lo que te he ganado y, encima de eso, todavía diez mil rublos y tu participación consistirá en tu propia vida. Si pierdes, yo podré decidir sobre ella a mi voluntad.

Taraievich se quedó mirando fijamente a Soltyk y, luego, hizo un movimiento con la mano, diciendo: –Yo tendría que pegarme un tiro de todas formas. Tu decisión me da lo mismo.

–¿Entonces, aceptado?

–Aceptado.

–Las damas actuarán nuevamente como testigos.

–Pero, no debes dar las cartas tú mismo. El juego se juega por mucho. Le ruego a una de las damas que lo haga.

Dragomira tomó las cartas y las mezcló. Toda la asamblea estaba pálida y expectante. El silencio y la inmovilidad del grupo indicaban el grado febril de la espera. De repente Soltyk sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, se arrebujó más en sus pieles, cruzando los brazos sobre el pecho; mientras Taraievich tenía la mirada clavada sobre las manos de Dragomira. Se repartieron las cartas. Soltyk declaró que estaba satisfecho con las que había recibido. Taraievich pidió una carta más. El momento de la decisión había llegado. Casi se podían oír los latidos de los corazones de los allí presentes.

De golpe Taraievich se desplomó hacia atrás en su asiento, dejando caer su cabeza sobre el pecho. Las cartas se le escaparon de las manos. Había perdido otra vez.

–Las damas pueden atestiguar –exclamó el Conde, al tiempo que se levantaba de su asiento–. Taraievich ha perdido su vida en un juego honesto. Yo puedo proceder con ella como me plazca.

Dragomira observaba con fría atención el rostro empalidecido del desdichado que seguía desplomado en su lugar. De golpe, sin embargo, Taraievich saltó de su asiento y golpeándose las sienes con sus puños empezó a gritar:

–¡Oh! ¡Qué idiota he sido! Como un estúpido, me he puesto en las manos de mis enemigos. ¡Ríase Usted ahora, Señorita! Puede festejar su triunfo. Nadie va a ponerse ahora en su camino y Usted será la Condesa Soltyk.

–¡Silencio! –le ordenó el Conde.

–Sí, me callaré, pero si me quieren asesinar, tendrá que ser pronto. Dame la pistola. Pongamos fin a esto, enseguida.

–Ni por un momento pensé en matarte –dijo Soltyk con una sonrisa–. Tú estás en mis manos; y eso me basta.

–¿Eso significa que me otorgas la vida?

–No. No precisamente. Eso significa que puedo disponer de ti a mi gusto. ¿No es cierto, damas aquí presentes? Tú debes quedarte aquí y esperar mis órdenes.

Taraievich lanzó una fuerte carcajada. –¡Oh! Ahora veo que todo había sido una broma. ¿Cómo pude haber creído que iban a querer derramar mi sangre? Pero, ¿por qué me pusieron en esta situación de terror? Muy bien, eso fue pensado como mi castigo. Me lo tengo merecido. Ahora no volveré a mezclarme en intrigas. Fue una broma pesada. Bueno, ¡ahora escáncieme el vino, bella Hebe! ¿Olvidemos esta coyuntura repugnante!

Mientras Henryka llenaba la copa, el Conde y Dragomira cruzaron una mirada. Taraievich bebió y enseguida empezó a perder el equilibrio; su copa cayó al suelo y él mismo se desplomó en la silla y luego también al piso. El vino húngaro había hecho su efecto.

El Conde tocó la campanilla y ordenó que trasladaran al invitado que se hallaba inconsciente; luego el anfitrión condujo a las dos muchachas al saloncito turco para fumar allí en toda calma.

–Querido Conde, dado que Usted puede disponer a gusto de Taraievich –comenzó diciendo Henryka–, eso quiere decir que él le pertenece.

–Sin ninguna duda.

–Una posesión también se puede regalar.

–Por cierto.

–Entonces, le pido que me la regale a mí.

El Conde se puso a reír. –¿Y qué pretende hacer con él?

–Eso no se pregunta. ¡Démelo!

–Lo siento. No podré satisfacer su pedido.

–¿Y por qué no? ¿Quiere perdonarlo?

–Al contrario. Y justamente por eso quiero tenerlo bajo mi yugo.

–¡Oh! No me está diciendo la verdad. Ahora me doy cuenta. Quiere entregárselo a Dragomira. Se lo había prometido.

–Así es. Yo tengo su palabra, Conde. Taraievich es ahora mío –dijo Dragomira.

Solyk asintió, haciendo una reverencia.

–Yo voy a conservar su preciosa existencia, tanto como sea posible. Por lo tanto, Usted no necesitará tener escrúpulos de conciencia.

–¿Mis escrúpulos de conciencia? Póngalo, si quiere, sobre una hoguera ardiente. En lo que a mí respecta, yo no diré nada; pero, me divertiría más que lo dejara vivir –dijo Solyk, sonriendo.

–¿Y eso por qué?

–Yo mismo, por mi parte, preferiría estar muerto que vivo en sus manos, porque los muertos no sienten nada –contestó el Conde.

Dragomira se encogió de hombros y dijo: –Yo no coincido con esa imagen fantasiosa con la que Usted me asocia, cuando me considera una Semirávide, como su ideal de mujer. Esa figura ideal, en cambio, está delante de Usted y es Henryka.

–¿Esta palomita?

Henryka se había puesto de todos colores, pero se sobrepuso finalmente y desafió al Conde con la mirada. Luego, la jovencita dijo en un susurro: –Usted no me conoce. Tenga cuidado de que algún día no le brinde una sorpresa que pase todos los límites.

–¿Sabe, bella y dulce diablesa, que Usted empieza a resultarme peligrosa?

Henryka lanzó una mirada suspicaz a Dragomira, al tiempo que agregaba con un suave movimiento de cabeza y mirándola: –¡Déjame a mí! ¡No vas a tener ninguna queja!

## 16. La diosa de la venganza

*“¡Ninguna bestia es tan cruel, buscando  
Ávida su presa de noche y de día, como ella!”*

PETRARCA

–¡Déjame a mí! –repetía Henryka a la mañana siguiente, cuando se hallaba de rodillas ante la cama de Dragomira. –Yo lo pondré en manos del Apóstol, y lo puedo hacer tan bien como lo harías tú.

–¿Qué es lo que te sucede? ¿Acaso te has enamorado de él? –le preguntó Dragomira.

–No. Solamente que quiero castigarlo, porque me considera una ingenua.

–Esos son siempre motivos personales, Henryka. Estás todavía muy lejos de comprender nuestra elevada doctrina. Lo que nosotros realizamos basándonos en nuestra fe sagrada y por misericordia te resulta a ti solo una agradable excitación. Entiendo por qué son justamente las mujeres las que gustan de presenciar las ejecuciones. Tienes que dominar ese goce malvado, esa codicia de sangre, porque de lo contrario eso te perderá.

–Quiero obedecerte en todo, porque veo que tienes razón; pero ¡deja en mis manos a Solyk!

–Eso no será una tarea para ti. No tienes la suficiente calma para eso.

–Y tú. ¿Estás convencida de que puedes dominarlo?

–Sí.

–¿Tu intención es convertirlo y conseguir que transija en tornarse tu víctima por propia voluntad?

–Sí. Lo ansío por la salud de su alma.

–¿No sería mejor hacerlo camarada de nuestra comunidad? Él es bello, rico, valiente, ingenioso. Sería como a propósito para poner bajo el yugo férreo de su voluntad a otros.

–Sí, por cierto, pero, al mismo tiempo, él es un demonio con contornos humanos. Y nuestra comunidad no existe para que él sacie sus impulsos que son los de un tigre. Él se dedicaría a torturar con el diabólico goce de un inquisidor o de un pashá; y así maltrataría o asesinaría, apilando, como servicio a la religión, pecado sobre pecado.

–A veces me confundes. ¿Habría de ser un pecado llevar a cabo con alegría lo que existe con el favor de Dios?

–Con entusiasmo y unción debemos servir a Dios, pero no con un goce cruel y con deseos inhumanos en nuestro corazón.

–¿Eres tú humana?

–Sí. Yo lo soy. Dios mira en mi corazón. Yo cumplo con mis mandamientos como con un pesado deber. Si existiera otro camino, como para hacer escapar de la perdición a los desdichados que yo sacrifico, entonces nunca tocaría a una víctima y nunca vertería una gota de su sangre.

–¿Y en el caso de Taraievich, lograrás aprisionarlo en tu poder?

–Sí, pero no porque él sea mi enemigo, sino porque ha osado interponerse en nuestros planes respecto a Soltyk. Si yo lo odiara, entonces sería indigno castigarlo y pedirle al Apóstol que cumpliera ese deber, librándome a mí de ello.

Henryka se quedó en silencio. La muchacha se esforzaba en vano por entender a Dragomira; quien siempre permanecía siendo un enigma para ella, como para todos los otros.

Poco a poco fueron despertando los otros huéspedes y empezaron a presentarse en la sala del desayuno. Taraievich no hacía más que preguntarse si había soñado. Cuando Henryka entró, él la llevó hacia un costado y le dijo:

–Discúlpeme, Señorita, pero le ruego me diga solamente una cosa: ¿realmente anoche perdí todo, mi dinero, mis caballos, mi finca...?

Henryka hizo un gesto de asentimiento.

–¿Y también mi vida?

–Eso fue un mal sueño.

–Ah, yo pensaba igual. No podía ser.

Después del desayuno el Señor Monkoni y su esposa regresaron a Kiev. Y a ellos se le unió también Sesavin. Los demás acompañaron a los viajeros hasta la imagen de la Madonna, donde los caminos se bifurcaban hacia Kiev y siguieron hacia Meshkov. Hacia este último destino iban Henryka con Taraievich y en otro trineo, que conducía Soltyk, se ubicaron Dragomira y su madre. En Meshkov detuvieron los trineos en la explanada de la finca, donde la misma vieja de siempre les abrió el portón. La casa, como de costumbre, parecía deshabitada. Soltyk le pasó las riendas a la experimentada Señora Malúтина que se quedó esperando en el carruaje, levantó a Dragomira en el aire desde el trineo y la llevó en andas hasta la casa. Taraievich los siguió, acompañado de Henryka.

En el pequeño salón, en el que antes la Señora Zamati recibía a sus huéspedes, Dragomira se sentó en una silla, mientras Soltyk se aproximaba a la ventana y Henryka con la pistola en la mano vigilaba la puerta.

–¿Te acuerdas de nuestro juego de anoche seguramente? –comenzó diciendo el Conde, clavando sus ojos oscuros y llenos de desdén sobre Taraievich.

–Sí. Sé que había perdido todo.

–También tu vida.

–No. Eso solo fue una pesadilla. Eso me lo confirmó la Señorita Henryka.

–Bueno, lo dije para darle un poco de seguridad –intervino Henryka–. Nosotros, Dragomira y yo, somos testigos de que Usted puso en juego su vida y la perdió. De tal modo, él puede disponer de ella como le guste.

–Sí, ahora lo recuerdo. Fue una broma pesada.

–No, no fue una broma. Tú me ofendiste y tu vida está en mis manos.

–Bueno, ¡Mátame! Estoy listo.

–No, no voy a matarte. Pero, como no sabría qué hacer con tu vida (que no tiene ningún sentido), entonces la pondré en las manos de la Señorita Malúтина como un regalo muy especial.

–Esa es una nueva broma. Yo no soy un esclavo que cualquiera compra y vende o al que se maneja a voluntad –dijo Taraievich, con obstinación.

–Eres libre; solo tu vida pertenece a Dragomira... –dijo Solyk entre sonrisas– ...y ella va a disponer. Tienes que esperar sus órdenes.

Solyk hizo una reverencia a las damas y abandonó la casa. Taraievich quedó solo en presencia de las dos muchachas y entonces preguntó: –¿Qué es lo que tienen decidido, entonces?

–Le dejo a Usted la elección. ¿Va a obedecerme de ahora en adelante sin protestar y con ciega sumisión o preferirá morir? –dijo Dragomira, mientras dejaba relucir un puñal y daba unos pasos hacia su víctima.

–Obedeceré. Considéreme de ahora en adelante como su esclavo –balbuceó Taraievich.

–Usted se quedará aquí. Yo viajaré a Kiev; y entretanto Henryka lo va a vigilar hasta mi regreso. Usted tiene que obedecerle a ella igual que a mí –dijo Dragomira escondiendo de nuevo el puñal entre sus ropas.

Taraievich asintió.

–De ahora en adelante Usted es mi prisionero. Cuídese mucho de hacer algo que se parezca a desobediencia o traición. Yo soy capaz de derribarlo al momento de un tiro –dijo Henryka, amenazándolo con la pistola.

Cuando Dragomira se dirigía hacia la puerta, el desdichado Taraievich se atrevió todavía a preguntar: –Solo una cosa: ¿qué planean hacer conmigo?

–Ha de saberlo, cuando yo regrese.

–Quieren matarme, porque yo era su enemigo. Vénguese de alguna manera, pero otórgueme la vida –dijo, entre suspiros, la víctima.

Dragomira lo miró con desprecio y se encogió de hombros.

– ¡Piedad! –rogó Taraievich, poniéndose de rodillas–. ¡Tenga piedad de mí!

–Usted es un aliado del jesuita –dijo con arrogancia Dragomira–. No debería mostrar misericordia ninguna, pero quizás podría Usted prestarme un servicio en otro rubro; por ello quiero preservarlo por el momento. Esta situación será temporaria y solo a causa de una astuta maquinación. ¿Me entiende?

–Le agradezco.

–No me lo agradezca. No le he prometido nada.

Dragomira salió de la casa con la majestuosidad despótica de una reina, dejando a su víctima sumido en la desesperación. Unos momentos después, se oyeron restallar en la explanada los rebenques del Conde y luego se hizo el silencio. Los trineos habían partido.

–Ahora me han confiado a mí su vigilancia –comenzó diciendo Henryka–, y, por lo tanto, yo soy responsable de lo que le ocurra. Convéznase de que no podrá recibir ningún auxilio y que, si quisiera huir, los guardias dispararían sobre Usted.

En este momento Taraievich avanzó mecánicamente hacia la ventana y en el patio vio apostados dos hombres con fusiles.

Y con la pistola preparada en sus manos, la muchacha le preguntó:

–¿Va a obedecerme, sí o no?

–Sí.

–Entonces, venga conmigo. –Taraievich se desembarazó de sus pieles y siguió a la muchacha a través de las habitaciones hasta aquel recinto donde se encontraba la puerta secreta. Una vez allí Henryka le ordenó accionar la apertura. Así bajaron por esos peldaños en dirección a la cárcel del subsuelo, donde la misma Henryka había penado, llorado y rezado. Allí ella golpeó la pared y de ese modo se abrió otra puerta secreta que dio paso a un segundo ambiente, todavía más estrecho y oscuro, donde se encontraban dos muchachas corpulentas en trajes campesinos que constaban de botas de cuero rojas y largas pieles de oveja bordadas. Esas jóvenes estaban esperando a la nueva víctima a la que miraron de modo calmo, pero también con indiferencia.

–¡Atenlo! –ordenó Henryka.

–¡Quieren matarme! –gritaba Taraievich.

–No le permitiremos que ofrezca resistencia –le dijo Henryka, poniéndole la pistola en el pecho.

En el mismo momento una de las muchachas en traje campesino lo había agarrado de la nuca con la soltura de una pantera; mientras la segunda, que estaba detrás de él le había echado una soga alrededor de los pies y tirado del lazo.

Taraievich cayó al piso como un leño, dando con la cara en el suelo. Enseguida una de las servidoras lo sujetó poniéndole las rodillas sobre el cuerpo. Hubo un pequeño forcejeo y ya la víctima había quedado atada de pies y manos a la cadena que estaba fijada a la pared.

–¿No le acababa de prohibir que opusiera resistencia? –le preguntó Henryka, a la par que lo pisaba con el pie. Taraievich no pudo responder nada a esto; y la muchacha prosiguió dando sus órdenes: Castíguenlo. Y enséñenle también a rezar. Toda su vida no fue más que caer en el pecado.

Las dos muchachas servidoras le quitaron a Taraievich la ropa, mientras sacaban a relucir los látigos que llevaban en sus cinturones debajo de las pieles de oveja, junto con los rosarios,

Entretanto. Soltyk había conducido a Dragomira a Kiev y luego volvió con la Señora Malúтина a Komchinó, donde lo esperaba el Padre Glinski.

Dragomira, por su parte, se dirigió prontamente a ver a Karov, con quien mantuvo un corto diálogo, y luego le escribió a Zefim.

–Te diré unas pocas palabras –comenzó diciéndole Dragomira a Zefim, cuando este la visitó – ...estamos mucho más cerca hoy de nuestra dicha. Todavía necesito algunos días más y, entonces, espero poder decirte que estoy dispuesta a subir al altar contigo.

Zefim, que estaba desesperanzado y venía mascullando su enojo, cayó nuevamente a los pies de la muchacha, jurándole nuevamente su amor y fidelidad. Cuando se hizo la noche, Dragomira le pidió que

se fuera; y el Oficial se retiró esta vez sin hacer reproches, con el sol y la primavera alumbrando su corazón y con una canción en sus labios.

Poco después, Dragomira partió en un trineo. En la cercanía de la casa en la que Soltyk había entrado en contacto con los espíritus de sus muertos queridos, la esperaba Doliva con un caballo. Ella saltó a la montura y salió al vasto espacio en la oscuridad de la noche y en medio de la nieve y la escarcha. La muchacha no se dio cuenta de que detrás de ella venía una figura oscura; era un jinete que había dejado atrás Kiev en el mismo momento que ella. Cuando llegó a Meshkov, allí ya estaban listos también Henryka y Karov. Dragomira le preguntó a la primera:

–¿Ha terminado por aceptar su destino?

–Sí, pero después de que lo hiciera azotar.

–Eso seguramente lo hiciste después de que te ganara un goce diabólico.

–No. Solamente para la salvación de su pobre alma.

–Yo te conozco mejor.

En ese momento Dragomira le hizo una señal a Karov y todos juntos se dirigieron al subsuelo de la antigua finca, donde ahora se elevaba un templo. Allí adoraban a su Dios sus secuaces, alentados en la demencia de esa doctrina con sus nuevos ídolos. Cuando llegaron al estrecho espacio donde yacía Taraievich sobre un camastro de paja, se aproximaron también las dos servidoras del templo trajeadas como campesinas. Una de ellas colocó una antorcha encendida en un sostén de hierro fijado a la pared mohosa, mientras la otra quitó las cadenas a la víctima y le desató las ligaduras. Taraievich miró a medias sorprendido y a medias aterrorizado a Dragomira, quien ahora se detuvo delante de él con los brazos en forma de cruz sobre el pecho y fijando su vista en el ajusticiado con una mirada que expresaba severidad y amenaza.

–Usted tenía el plan de apartar a Soltyk del camino de la salvación, que yo le tenía preparado, arrastrándolo hacia la oscuridad del vicio.

El cielo lo ha castigado. Usted quería hundirme; pero ahora está en mis manos.

–¡Castígueme! –respondió Taraievich–. Pero devuélvame la vida. Usted lo había prometido.

–Se equivoca. Yo no le he prometido nada. No espere piedad de mi parte. Lo que resta es servir a Dios.

–Ahora entiendo. Quiere vengarse.

–No. Yo no soy una mujer común que busque el amor y que cuando alguien se interponga enfrentando sus deseos, mueva cielo y tierra por ansias de venganza. ¡No! Yo soy una sacerdotisa y sirvo al Altísimo. ¿Por qué se inmiscuyó en mi entramado y rompió los hilos? Ahora está Usted mismo atrapado en mi red y lo he de llevar al sacrificio; no para vengarme, sino solamente para abstraerlo de las torturas eternas que se sufren con el castigo de la vida sobre la tierra. Hoy habrá de morir.

–¡Tenga piedad, piedad! –rogaba Taraievich, cayendo de rodillas y elevando las manos hacia lo alto.

–Póngase de pie! ¡Síguenos! Ahora va a deponer su confesión de arrepentimiento por todos los pecados cometidos delante del sacerdote que lo está esperando. Ante él va a tener la oportunidad de expiarlos mediante su buena voluntad para una muerte sacrificial.

–¡Ay, ay! ¡Son dementes! –clamaba Taraievich.

–Si quiere congraciarse con Dios, elija entonces el camino que yo le mostraré. Pero si permanece obstinadamente en su negativa a la expiación, entonces trataré de salvar su alma, arrastrándolo a la fuerza hacia el altar para sacrificarlo allí, como una vez Abraham lo hizo con Isaac.

–¡No! No quiero morir –susurraba Taraievich, con el cuerpo convulsionado–. Yo voy a purgar todo con la expiación; pero no ofreceré mi vida al sacrificio. Dios no puede exigir eso de mí. ¡Eso sería una locura!

–Todavía es libre –dijo Dragomira–. ¡Elija! El camino de la luz eterna se abre delante de Usted.

–¡No! ¡No! ¡No quiero morir!

–Entonces, adelante. No tenemos más tiempo que perder.

Karov se lanzó rápidamente sobre el prisionero y con su fuerza atlética lo desplomó a tierra, mientras luego le ponía la rodilla sobre la nuca. Entretanto a las dos muchachas en trajes campesinos les resultó fácil volver a atar a la víctima que se resistía. Así, atado de pies y manos, Taraievich fue conducido al vasto recinto abovedado donde ardían las antorchas y donde ya esperaba el sacerdote. La comitiva que se formó seguía la ceremonia con unción.

Cuando el desdichado fue colocado a los pies del Apóstol y este comenzó a apostrofarlo, Taraievich vislumbró la posibilidad de salvación mediante la demostración de humildad y entrega. Por ello, hizo una confesión completa, pidiendo además que se lo castigara y se abriera así el camino hacia la expiación.

–Ahora te pertenece. Tómallo. Yo te lo ofrezco –dijo el Apóstol.

–¡No! No a ella. Ella va a matarme –rogaba Taraievich.

–Nadie ha de ponerte la mano encima. Dios mismo ha de decidir si estás maduro para entrar en el Más Allá o si todavía necesitas de mayor expiación en la tierra –dijo el Apóstol.

Dragomira hizo una señal a las dos muchachas campesinas y ellas aferraron enseguida a Taraievich para conducirlo por corredores mal iluminados hacia un segundo recinto abovedado, donde una de sus paredes estaba compuesta por un masivo enrejado de hierro. Mientras las aldeanas liberaban al prisionero de sus ataduras, Karov abrió en el enrejado una puerta y varios brazos potentes arrojaron a la víctima en un recinto en completa oscuridad. La puerta volvió a cerrarse con un ruido sordo. Dos antorchas encendidas fueron fijadas en la reja. Al brillo rojo sangre que la luz desprendía se vislumbraron unos magníficos ejemplares de tigre y de pantera, que se hallaban echados en esa espaciosa jaula. Taraievich se erguía allí como un mártir cristiano en el medio de un circo de la época romana. En un primer momento las bestias se comportaron con calma, pero cuando Taraievich empezó a clamar a Dios, pidiendo clemencia; los animales se levantaron lentamente y, extendiendo sus músculos elásticos, se dispusieron a investigar a la presa con sus ojos fogosos y siniestros.

–Quiero entrar a la jaula –dijo en ese momento Dragomira a Karov.

En vano trató Karov de hacerla desistir. Dragomira hizo abrir la puerta de la jaula y se metió entre los animales con el revólver en una mano y en la otra, el látigo con pinchos.

–¡Despierten, dormilones! ¡Hagan su trabajo! –grito ella, con una voz tonante e imperiosa, al tiempo que hacía restallar con fuerza el látigo contra las bestias. Los animales se retiraron primero hacia el fondo de la jaula, con gran cautela; pero luego empezaron a mostrar los dientes, lanzando grandes aullidos. Dragomira golpeó después al tigre con el látigo; pero este en lugar de abalanzarse sobre ella, se escapó de su mirada dominante con el terror de un esclavo y, finalmente, enfilando hacia la reja, cuando Taraievich hizo un movimiento de miedo, se lanzó sobre el prisionero. Se oyó un grito aterrizado y, enseguida, el otro animal siguió el ejemplo del tigre. En ese momento se podía ver una madeja de cuerpos encrespados que rebotaban sobre el suelo y dejaban un charco de sangre. Entre los lamentos humanos se mezclaban los gruñidos brutales del tigre y de la pantera. Entretanto, Dragomira, vestida con su negro abrigo de pieles que la protegía hasta los pies, enarbolaba su pistola y en esa pose se erguía como una verdadera diosa de la venganza.

–¡Salga, antes de que sea demasiado tarde! ¡Venga! –gritó Karov.

Dragomira se dirigió lentamente a la puerta del enrejado, dando una sacudida con el pie a la pantera que le cerraba el camino; y siempre dirigiendo su severa mirada hacia las bestias, salió de la jaula, justo en el momento en que la víctima había dejado de respirar.

## 17. Corazones de piedra

*“Ahora tú estás en mis garras”.*

MICKIEWICZ

Cuando a la tarde siguiente Dragomira volvió con Henryka a Komchnó, vieron que Solytk había salido de cacería, mientras que la Señora Malúтина jugaba al ajedrez con el Padre Glinski. Apenas entró, Dragomira besó a su madre, pero saludó al jesuita con una fría cortesía. En ese momento había medido de una sola mirada todas las ventajas de la situación; y con una segunda mirada le bastó para ponerse en connivencia con su madre. Después de algunas pocas palabras con Henryka, el plan de Dragomira estuvo listo y consistía en que las tres mujeres tejieran una red para atrapar al cura.

–Estas muchachitas tienen el aspecto de haber pasado frío afuera. Voy a encargarme que traigan un buen té caliente –dijo la Señora Malúтина.

–Permítame que yo... –empezó diciendo el jesuita con toda la galantería del mundo.

–No, no. Me corresponde a mí. Aquí hay otros servicios caballerescos, querido Padre, que le dejo a Usted –lo interrumpió la Señora Malúтина.

Acto seguido la madre de Dragomira dejó el cuarto y Glinski se apresuró a ayudar a las damas a quitarse sus abrigos y las botas que las habían mantenido cobijadas en medio de la nieve.

Dragomira agradeció el servicio con un gesto, mientras le dijo a Henryka:

–Ven. Vamos a cambiarnos de ropa; me siento incómoda así vestida.

–Espera un momento; te traeré todo lo que necesites –dijo Henryka y sin esperar un instante salió del cuarto.

Dragomira se sentó, entonces, junto al fuego de la estufa para calentarse, diciendo:

–Hace un frío terrible afuera. ¡Es cosa de congelarse!

En este momento el Padre Glinski le ofreció unas esteras de piel de tigre e hizo el gesto de envolverle los pies con ellas.

–Le agradezco –se adelantó a decir la muchacha con una sonrisa–. A los enemigos que se muestran tan galantes se les permitirá todo.

–Yo no soy su enemigo –replicó el Padre Glinski–. Solo que yo he querido hallar la felicidad de Soltyk, a quien amo como a un hijo.

–¿Usted piensa que yo, en cambio, lo conduzco a su ruina? –exclamó Dragomira, mirando fijo a su interlocutor–. Yo deseo su dicha tanto como Usted, pero la cuestión es quién alcanzará sus objetivos antes, Usted o yo.

–Usted puede obrar con cierta ventaja.

–Se lo concedo. Pero, ¿es sagaz tomar posiciones opuestas cuando se persiguen los mismos fines? Sería mucho más fácil, en cambio, unir fuerzas. Usted tendría que tener claro a esta altura que a su Conde no lo podrá enlazar con Anita.

–Sí. Desgraciadamente.

–Póngame, en cambio, a mí en ese lugar.

–Eso habría que considerarlo.

Entretanto había vuelto Henryka; traía la chaqueta de pieles sobre un brazo y las pantuflas de Dragomira en la mano. La muchachita dijo, entonces:

–¿Me permites que te ayude?

–No. ¿Para qué existen en el mundo jesuitas galantes? –dijo Dragomira con el tono de una coqueta dama mundana–. Puedes ir a cambiarte también; no quiero que te nos enfermes con esa ropa húmeda.

Henryka besó la mano de Dragomira y se alejó.

–Aunque pensándolo mejor, Padre Glinski, déjeme un momento sola y pase a la habitación contigua –agregó de pronto Dragomira.

Cuando el jesuita volvió a la sala, Dragomira se había desembarazado de su *corset* y se había arrebujado en sus pieles. La muchacha estaba sentada mirando hacia la chimenea y, desde la perspectiva del Padre Glinski, ella aparecía como acariciada por las llamaradas rojas que rodeaban sus pechos de joven amazona y sus magníficos brazos inmersos en la blandura de las pieles cibelinas. Por lo demás en el amplio recinto reinaba una semi-oscuridad gris azulina y, por ello, esos brazos jóvenes y esa bella nuca nívea con su cascada de cabellos dorados inundaba el ambiente como un rayo de sol.

El jesuita sintió un extraño estremecimiento ante esta visión y esa sensación inusitada aumentó todavía más, cuando Dragomira abrió sus ojos, grandes y encantadores, para mirarlo, y cuando ella con la sonrisa más cautivante del mundo salida de esos labios seductores le ofreció la mano. El Padre Glinski permaneció en silencio, pero se inclinó ante esa mano marmórea que se le ofrecía y la besó.

–¿Sellamos, entonces, nuestra amistad? –dijo Dragomira en ese momento supremo.

–Eso depende de Usted. No se me oculta que Usted persigue planes, planes políticos, que pueden arrojar a Soltyk en peligros impensables. ¿Es Usted capaz de cortar sus relaciones secretas?

–Yo no cultivo relaciones secretas.

–Perdóneme, pero yo tengo más información que nadie; salvo los propios conjurados.

–¿Eso significa que Usted nos ha entregado a la policía?

–No. Eso no. Solamente por cautela he pasado algunos datos.

–¡Padre Glinski! –dijo Dragomira en toda calma y amonestando al jesuita con el dedo en alto–. ¡No se ocupe de cosas que no le concierne si es que quiere conservar la cabeza sobre los hombros!

Glinski palideció. –¡Usted no me va a entregar al cuchillo! Estoy seguro de que yo puedo confiar en Usted.

–Puede estar tranquilo; pero bajo la condición de que deje de intrigar.

–Se lo prometo.

–Y yo le prometo a Usted retirarme de todo manejo político.

–En ese caso nuestra alianza será firme –aseguró el Padre.

–¿Y Usted dejará de promocionar a Anita?

–Sí.

–Y, por eso, póngame a mí entre sus aliados. ¡Entiéndame bien! ¡No me haga un instrumento de sus intrigas, Padre Glinski!

–Comprendo.

–Dragomira sintió un escalofrío –Por favor, llame a alguien –dijo la muchacha de golpe–. Tengo que quitarme estas incómodas botas de los pies; de lo contrario, si sigo con ellas, me enfermaré.

–Permítame. Yo lo haré –dijo el Padre Glinski.

–Bueno. ¿Por qué no? –Dragomira extendió un pie al jesuita arrodillado ante ella; y luego el otro. El Padre Glinski, haciendo uso de toda su galantería, le quitó las amplias botas de cuero plegado, como un paje de rodillas ante la dama, ofreciéndole a cambio un par de pantuflas de abrigadas pieles. En ese momento en que él ofrecía ese servicio de esclavo, resonó una risa cantarina que venía de Henryka entrando con Soltyk en el salón.

El dueño de casa aprovechó entonces para burlarse de su educador, diciendo:

–Ah, Es por eso que Usted actúa como predicador en el desierto. Si yo hubiera sabido que Usted sabía apreciar la belleza femenina hasta este punto como para homenajearla en ropa de caballero, habría aceptado con mayor humor sus advertencias morales.

Entretanto el jesuita se había erguido nuevamente y, rojo como la grana, así como temblando de indignación, miró desmoralizado a Dragomira y al Conde; sin embargo, la muchacha tuvo la astucia de ponerse de su parte, diciéndole, en parte, a uno y a otro: –No se burle del Padre Glinski. Yo lo aprecio a él más que a Usted. Desde ahora nos entenderemos perfectamente. ¿No es cierto? Nada ha de estorbar nuestra amistad, querido Conde, ni su burla ni sus celos.

–Para que aprenda, Conde. ¡Sepa que ahora estoy cortejando a la Señorita! –dijo el jesuita, tomando la mano de Dragomira y llevándosela dos veces a los labios.

La muchacha, entretanto, se levantó de su asiento y condujo al jesuita hacia la ventana, mientras, mirando a Soltyk le ordenó: –¡Déjenos solos! Tenemos que arreglar un secretito entre nosotros.

–¿Cuáles son sus órdenes? –preguntó ahora el Padre Glinski a Dragomira.

–¿Quedará, entonces, entre nosotros todo lo que hemos conversado?

–Sí. En cuatro semanas Usted será la Condesa Soltyk.

Dragomira le dio un apretón de manos al jesuita, mientras le decía por lo bajo: –Y ahora ocúpese de mi madre y de Henryka; con mi madre podrá jugar al ajedrez y, en cuanto a Henryka, no tendré inconveniente en que la haga rezar el rosario.

–Déjelo por mi cuenta –dijo Glinski, besándole la mano a Dragomira, quien ahora tenía al jesuita en sus garras. El Padre Glinski, obediendo las instrucciones de la muchacha, salió del salón acompañado de Henryka.

Dragomira, entretanto, se quedó a solas con Soltyk; pero, como si no prestara atención a su cortejante, se dirigió hacia la chimenea, se sentó en una silla y con los pies sobre la piel de tigre que servía de alfombra, concentró su mirada sobre las brasas.

El Conde había seguido sus movimientos y acercándose por la espalda, le dijo en voz muy baja: –¡Dragomira!

–Ah, ¿estaba Usted todavía ahí?

–¿Qué pregunta? ¿Después de no haberla visto durante tanto tiempo? ¿Después de la cruel ausencia que debí soportar?

–Esas son solamente frases –dijo Dragomira con la cabeza inclinada hacia un costado.

–Parece de mal humor hoy.

–Todo lo contrario.

Soltyk se sentó enfrente de ella, tomando las manos de la muchacha entre las suyas.

–¿Acaso Taraievich logró escapársele?

–¡Oh! Nadie se me escapa tan fácil de mí.

–¿Qué es lo que hizo de él, entonces?

Dragomira permaneció callada; solo una leve sonrisa recorrió tales labios inexpresivos sobre un bello rostro marmóreo. Esa sonrisa, sin embargo, produjo en Soltyk un escalofrío. Por eso el Conde preguntó:  
–¿Lo mató?

Dragomira asintió.

–¿Por qué no se me permitía entonces estar presente?

–Porque Usted asesina solo por crueldad; yo castigo y mato en nombre de Dios, sin misericordia, pero tampoco sin odio.

–¿Y, por lo tanto, yo estoy para siempre condenado a permanecer en el umbral del santuario?

–¡Es increíble cómo gimotea Usted para que se le brinde a una víctima!

–No. Solo quiero ser testigo, testigo de cómo Usted administra su cargo como sacerdotisa y jueza.

–También esto es un anhelo que resulta inhumano. Usted debería haber nacido en la época de las luchas de los tártaros, cuando florecía uno de aquellos Khanes que arrastraba a las personas como ganado para transformarlos en sus esclavos, mientras encerraba a las mujeres en un harén. En aquella época los tambores eran hechos con piel humana, a la par que se apilaban pirámides de cráneos de hombres y mujeres.

–No puedo negarle que yo la amo mucho más desde que sé que sus manos están manchadas con sangre humana.

–Eso es simplemente demencial.

–Llámelo como quiera. Yo la quiero a Usted y amo lo que dentro de Usted caracterizaría a una escita salvaje o a una tigresa. Eso despierta más mi amor que la imagen del ángel virginal y mortífero.

–Yo nunca llegaré amarlo, mientras Usted persista dominado por esas desagradables pasiones. Me lo habían descrito como un demonio. Usted es mucho peor. Usted tiene un corazón de piedra.

–Igual que Usted.

–Eso no es cierto.

–Sí, igual. No sigamos actuando el uno para el otro esta ridícula comedia. Yo la conozco ahora a Usted, tan bien como Usted me conoce a mí. En Usted están encarnados los mismos rasgos neronianos, los mismos titánicos impulsos de dominar y humillar, como me sucede a mí. Usted quiere poner su pie en la nuca de todas las personas; y llegar a aniquilar a aquellos que se le resisten, justamente como quiero yo. Ambos poseemos un corazón marmóreo. Y para ser sincero, yo, en el fondo, soy tan incapaz de amar como Usted. Por eso no le haré una declaración de amor formal. Lo que yo siento por Usted es algo más que Amor. Es: Admiración, Afinidad o Armonía del Alma. En realidad, la lengua no tiene vocabulario para expresar lo que yo siento ante Usted. Yo he encontrado a la compañera que me corresponde; esto quiere decir que Usted posee una naturaleza que es capaz de desafiar a Dios y al mundo entero, igual que la mía. Usted es capaz también de extender sus manos hacia las estrellas, sin temor de que la Venganza Eterna la fulmine con sus rayos.

Por primera vez en su vida, se sintió Dragomira conmovida hasta el fondo de su alma ante la mirada de un hombre. En un momento había sentido así un estremecimiento y en el siguiente una sensación de encantamiento. Y cuando el Conde se inclinó ante ella y la rodeó, exaltado, con sus brazos, ella no lo rechazó. Su pecho se henchía en lucha con sensaciones contradictorias, pero ella no era capaz de encontrar las palabras para detenerlo y por eso nada salió de sus labios. Y cuando el Conde buscó de manera afebrada esos labios también ardientes, la muchacha rodeó de la misma forma a ese hombre con sus brazos, devolviéndole el beso que él le había dado, olvidada de sí y del mundo.

–¿Mía, entonces? –balbuceó Soltyk, volviendo en sí de su exaltación.

–Sí.

–¿Para siempre?

–Para siempre.

–¿Será mi esposa?

–Sí.

–¿Me permite que hoy mismo hable con su madre?

–Sí, por favor.

–¡Ah! Dragomira, ¡qué feliz soy!

Soltyk volvió a mirarla con toda su atención, tomó luego su cabeza entre las dos manos y la besó con nueva fuerza. Dragomira actuó de golpe como si fuera otra mujer.

Con un entusiasmo salvaje, Soltyk pegó un salto y fue en busca de la Señora Malúтина, mientras Dragomira permaneció sola sumida en sus reflexiones.

“¿Qué ha sucedido? ¿Acaso lo amo? ¡No, no! Pero, ¿qué es, entonces, lo que acontece? ¿Cómo ha logrado ese poder sobre mí? ¿Acaso ha llegado con su mirada al fondo de la oscuridad de mi alma? ¿Acaso penetró hacia allí, donde nunca había llegado un rayo de luz, desnudándome y diciéndome aquello que yo misma no sabía? ¿Fue realmente eso? No sé, solo sé que en esos momentos, cuando él hablaba, yo me sentía tranquila y segura; y que él me arrastró consigo en un torbellino hacia hondonadas desconocidas que me producían una semi-conciencia? ¿Hacia dónde marchó? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No me abandones!”.

## 18. La cazadora de almas

*“A cada persona le llega un momento,  
En el que el cochero de su constelación  
Le pasa a él mismo las riendas”.*

FRIEDRICH HEBBEL

La Señora Malúтина había expresado su aceptación de la unión entre su hija y el Conde y, por ello, Solyk se sentía en la gloria y como ya habiendo alcanzado su objetivo. Estaba, pues, en la plena posesión de esa mujer adorada y bella, en el umbral de la mayor dicha terrenal.

A la mañana siguiente, entonces, Dragomira empezó a tomar las previsiones necesarias, actuando ya completamente como la dueña del palacio y como la tirana despótica de la fortaleza, a quien todos obedecen sin oponer la menor resistencia. Mientras todo el mundo se hallaba tomando su desayuno, el Conde, con una mirada que brillaba de encantado entusiasmo, no quitaba los ojos de encima de Dragomira. Ella, por su parte, había ordenado uncir un trineo y le había pedido al jesuita que la acompañara a Kiev. Glinski cumpliría la misión de informar a la familia Oguinski, a la vez que apaciguarla, mientras la muchacha consumaría una entrevista con Zefim.

–Usted permanecerá aquí –ordenó Dragomira a Solyk–. Mi madre y Henryka han de hacerle compañía. Yo regresaré hoy mismo o, en su defecto, mañana temprano.

El Conde contenía apenas sus suspiros, pues una separación de unas pocas horas le parecía una eternidad; por eso, le pedía a la muchacha que lo dejara viajar con ella a la ciudad, insistiendo en que de ninguna manera entorpecería su acción allí. Sin embargo, Dragomira se mantuvo firme en su plan y, finalmente, el Conde tuvo que aceptarlo, aunque a regañadientes.

El trineo estuvo uncido, Dragomira besó la mano de su madre y subió al peldaño del carruaje ayudada por Soltyk. Cuando estuvo ya acomodada junto a Glinski y abrigada por las suaves y preciosas pieles que acolchaban el asiento en toda su extensión, ofreció al Conde sus rojos y cálidos labios para que él la besara; luego restalló el látigo y el carruaje ligero se puso en movimiento.

Una vez llegada a Kiev, Dragomira se despidió del jesuita y mandó a Barijar a buscar a Zefim, quien se presentó inmediatamente.

–¿Qué tiene para decirme? Estoy asombrado de que todavía se preocupe por si yo existo o no.

–De nuevo tus reproches –le dijo Dragomira, poniendo una mano en su nuca–. ¿Qué es lo que quieres? Me perteneces, yo te tengo y no te soltaré.

–Te equivocas –le contestó Zefim.

–¿Eso significa que ya no me quieres?

–¿A mí quieres culparme? ¿A mí? Justamente tú, que has pasado un montón de tiempo con Soltyk en su castillo.

–En compañía de mi madre.

–En todo caso, con el propósito claro de traicionarme con él.

–No tienes ningún derecho a decirme esas cosas –le contestó Dragomira con toda calma–. Yo nunca te traicioné. Yo siempre te dije con toda sinceridad que con respecto al Conde persigo un objetivo. Hace poco te conté, además, que yo estaba cerca de lograrlo y que, una vez logrado, no habría obstáculos para nuestra unión. Confía en mí, inclusive ahora, cuando he tenido que dar el paso más osado, según parece, para la consecución de mis propósitos.

–¿Qué es lo que todavía tienes que confesarme?

–Ayer a la noche me he comprometido con Solyk.

–¡Dragomira!

–No me interrumpas. Óyeme hasta el final. Yo tengo que llevar a cabo una importante y sagrada misión. Esta comedia la tenía que representar con el propósito de tener al Conde bajo mi poder. Ahora está en mis manos completamente. Tienes mi palabra que la boda no tendrá nunca lugar. En pocos días iremos con Solyk y mi madre hacia Boyary. Allí se definirá todo. Cuando regrese, seré tuya y habré de seguirte al altar.

–¿Cómo podría yo creer este cuento de hadas? –exclamó Zefim, pegando un salto de su asiento–. Quieres engañarme para que yo no me interponga en tu casamiento con Solyk. Una vez que seas la Condesa Solyk, te reirás de mí, el desdichado que te ha amado y adorado.

–Si desconfías de mí, entonces hemos llegado al final –dijo Dragomira, poniéndose de pie y acercándose a la ventana–. ¡Vete! Yo sé ahora qué es lo que se puede esperar de tu amor. Un amor sin confianza es simplemente un embeleso y ya no merece llamarse tal.

–Yo tendría que haber perdido la razón para seguir confiando en ti.

Dragomira no estaba preparada para semejante oposición, pero en ese momento se le ocurrió un nuevo plan. Tenía que dominar a Zefim en ese propio instante, si no quería perderlo para siempre. Tenía que hacerlo su prisionero hasta que los dados con Solyk estuvieran definitivamente echados. Ella no iba a retroceder ante nada; cada medio que la llevara a sus fines le parecía permitido y digno. –¿Y si te diera una prueba de mi amor? –dijo de pronto Dragomira, girando su cuerpo hacia él–. ¿Y si me pusiera completamente en tus manos?

Zefim la miró asombrado, sin comprender lo que ella pretendía.

–Aquí no te puedo recibir, pues tenemos espías alrededor, pero yo tengo una amiga confiable que habita en una casa sola en los suburbios. Allí podría esperarte. ¿Quieres?

Zefim se arrojó a sus pies y cubrió sus manos de besos.

–¿Vendrás?

–Sí.

–Bueno, esta noche a las diez, puedes estar en esa misma calle. – Ella le dio el nombre del lugar y le describió la casa–. Una persona de mi confianza estará en el lugar y te conducirá hacia mí.

–¡Perdóname! –rogó entonces Zefim, irguiéndose y apretando a Dragomira contra su pecho. Ella sonreía bajo sus besos, dulce y avergonzada como una novia.

Cuando Zefim se había marchado, Dragomira mandó a Barijar a buscar a la judía. Raquel apareció, después de haber tomado todos los recaudos, y Dragomira se encerró con ella para tramar la confabulación que estaba preparando.

–Esta misma noche hay que hacer inocuo por lo menos por un tiempo al joven Oficial Yadevski que ya conoces.

–Si eso no implica verter sangre, puede contar conmigo –le dijo Raquel.

–La cosa es así: yo lo esperaré dentro de aquella casa esta noche. Tú estarás ya en la puerta y lo conducirás a mi presencia. Tu gente tendría que estar preparada una hora antes como para ocultarse en la casa misma. Llegado a mi cuarto, Zefim ha de deponer sus armas. Mientras él me esté dando un beso ya desarmado, tu gente lo enlazará con una cuerda por el cuello; ellos mismos lo llevarán a la bóveda del subsuelo y allí será nuestro prisionero hasta que yo misma vuelva y lo libere; pero debes asegurarte de que tu gente no lo lastime ni lo maltrate.

–Comprendo.

Después de ponerse de acuerdo en varias pequeñeces más, Dragomira dio por finalizada la entrevista y la judía se apresuró a dejar la casa con la misma cautela que a su llegada.

Entretanto el Padre Glinski no cumplió tan rápidamente la misión que se le había encomendado, pues no encontraba la manera de realizarla. En rigor, diseñó una docena de posibilidades, pero siempre terminaba despreciando cada uno de esas estrategias. Se había puesto como tarea pensar en diferentes formas de iniciar el tema, pero, al final, las consideraba banales o inservibles. En un momento dado, sin embargo, creyó encontrar la solución. Se decidió, por lo tanto, hablar primeramente con Anita, pues estaba seguro de que ella tomaría la

cosa menos a la tremenda, e inclusive más bien con cierta alegría. El jesuita no se equivocaba.

Cuando esa tarde se presentó en casa de los Oguinski y después de varios rodeos y subterfugios fue al grano y contó a Anita las novedades, la muchacha se le lanzó al cuello y lo besó. Luego ella misma bajó corriendo en busca de sus padres y les gritó con el mayor júbilo y sin preámbulos: –El Conde Soltyk les devuelve la palabra empeñada, pues ha comprendido que jamás habrá de conquistar mi corazón ni mi acuerdo. Por eso renuncia a mi mano y decide contraer matrimonio con Dragomira.

Oguinski no salía de su asombro, mientras su esposa prefirió tomar aparte al jesuita a quien empezó a llenarlo de reproches. El Padre Glinski se había deslizado con el mayor sigilo detrás de Anita, usándola como escudo. Fue Anita justamente la que puso freno a la situación del enojo de su madre.

–Yo jamás me hubiera casado con Soltyk. Yo amo a Zefim Yadevski y he de ser su esposa o, de lo contrario, me meteré en un convento. Dígame al Conde, por lo tanto, Eminencia, que yo le quedo muy agradecida y que, por ello, espero que seguiremos siendo buenos amigos.

Con esto se dio la cosa por zanjada y, así, el Padre Glinski podía volver de buen ánimo a encontrarse con Dragomira. Anita, por su parte, se esforzaba en conseguir que sus padres dieran su consentimiento para la boda con Zefim. Por ese lado, se formaron dos partidos, porque mientras el Señor Oguinski aceptó las nuevas circunstancias, su esposa seguía considerando al Conde el pretendiente de su alma. Anita, sin embargo, no se amilanó. La muchacha, considerándose libre, abrigaba ahora nuevas y dulces esperanzas. La cuestión más urgente era ponerse de acuerdo con Zefim. Con esa determinación le escribió una carta a su amado y mandó al cosaco Taras a entregarla.

Cuando Taras regresó ya era de noche y Anita se encontraba, por suerte, sola, dado que su padre había ido al casino y su madre a la ópera. Taras, con cara apesadumbrada y seria, volvió para informarle a la muchacha que Zefim no estaba en su casa, pero que un servidor

le había contado que el amo tenía una cita con una dama esa misma noche en casa de ella.

–¡Con Dragomira! –exclamó Anita.

–No queda otra alternativa que ponernos a sus talones –dijo el viejo servidor–. Zefim está ahora en la taberna roja; y también me he enterado de que la judía visitó hoy a esa dama. Yo temo por la suerte del Señor Yadevski; pues, por otro lado, se cuenta que la Señorita Malútina se ha comprometido con el Conde.

–Sí. Tenemos que vigilar a la judía también. Iré contigo.

Poco rato después Anita dejó el palacio de sus padres, vestida de campesina, y en compañía de Taras, quien, por su parte, aparecía con el atuendo típico de un aldeano de la Pequeña Rusia<sup>16</sup>.

–Ella se ha esmerado en evitar las calles conocidas; ahora llega siempre a la casa de Dragomira utilizando una barca por el río. Y seguramente regresará por la misma vía. Lo mejor es imitarla –dijo Taras.

Anita y Taras se guiaron tomando río abajo, porque esa vía estaba ya completamente liberada de los hielos invernales. El buen tiempo empezaba a anunciarse, pero no todavía trayendo las acostumbradas violetas y campanillas más el gorjeo de los pájaros, sino primero con tormentas intempestivas, algunas neviscas y lluvia helada. Sin embargo, en esa noche brillaba un cielo sin nubes con un bello claro de luna; aunque el río se les presentaba con sus olas llenas de espuma formadas por el soplo hostil del viento.

–¿Nos atreveremos? –dijo Taras, expresando sus dudas.

–Por él soy capaz de todo.

Los perseguidores encontraron una barca, subieron a ella y se dirigieron con ímpetu pero despacio costearo la orilla. Cuando se hallaban cerca de la taberna roja, notaron que había por allí amarrada con una cadena otra embarcación, que golpeaba quejosa contra el borde,

---

16 Como ya se dijo, esta denominación de un territorio de lengua eslava, aunque bajo influencia tanto polaca y austríaca como rusa, corresponde a la actual Ucrania. (Nota del traductor)

moviéndose al ritmo de las olas. Entretanto en la taberna se veían las luces encendidas.

–Ella no ha salido todavía –dijo Taras–. Vamos a escondernos en la oscuridad para esperarla.

El servidor remó hasta un muro próximo y amarró allí el bote. Anita y Taras esperaron en sumo silencio. No se oía absolutamente otra cosa que el canto de las olas y el rugido de la tormenta y cerca se distinguían las edificaciones de esa antigua ciudad de la época de gloria de los Zares.

Después de una larga espera, salieron dos figuras de la taberna que marcharon en dirección a las barcas. Una de ellas correspondía a un hombre que se podía tomar por pescador. Este individuo desamarró un bote y tomó el remo; la segunda sombra también subió a la barca. Esta segunda figura era de gran altura pero esbelta y se arrojaba con la piel de oveja bordada al estilo de las que llevan los aldeanos de la Pequeña Rusia. En un momento dado, su rostro fue iluminado por la luz de la luna y eso le permitió a Anita, a pesar del pañuelo blanco que le cubría la cabeza a esa sombra, descubrir los cabellos rubios que caracterizaban el perfil de Dragomira. La barca se apartó de la orilla y se deslizó río abajo. Taras dejó que ese bote se le adelantara y lo siguió a cierta distancia. Después de un corto trecho, Dragomira arribó a la zona de los límites con el suburbio de Kiev; Taras se apresuró, entonces, a alcanzar la misma orilla, y atando el bote a un poste, ayudó a su ama a descender.

Dragomira caminó a grandes pasos hacia una calle siniestra. La zona estaba en la más completa soledad; no había faroles encendidos ni alma viviente a la vista y las casas parecían deshabitadas. Ante el ominoso edificio en el que una vez Dragomira había convocado a los fantasmas queridos de Soltyk, ella se detuvo y llamó golpeando con las palmas tres veces. A ese ruido abrieron el portón, pero en ese mismo momento Anita agarró del brazo a Dragomira.

–¿Qué quiere de mí? –dijo Dragomira con arrogancia y extrema frialdad.

–Aquí te tengo, por fin. Has develado tu máscara. Atrajiste a Soltyk a tus redes y ahora también a Zefim. ¿Debo decirte para qué?

–A lo que parece se ha vuelto loca.

–Dices que amas a Zefim, No. Eso no es cierto. Solo te interesa su sangre, como la bestia salvaje que eres. Tus secuaces esperan con el cuchillo preparado.

–¡Suélteme! –gritaba Dragomira, tratando de liberarse de las manos de Anita, pero sin lograrlo.

–¿Puedes negarlo? Tú asesinaste a Pikturno, tú empujaste a Taraievich a las fieras en Meshkov. Tú has de asesinar tanto a Soltyk como a Zefim, si no te lo impido yo. Tu corazón esta sediento de muerte y de sangre, porque eres la sacerdotisa del infierno. ¡Tú, la bella Dragomira, la cazadora de almas!

Dragomira, debatiéndose así aferrada, emitió de modo inconsciente un grito salvaje y desarticulado que era el rugido de una leona, y todavía tuvo la fuerza de sacar a relucir su yatagán, la daga curva, e intentar lanzar un golpe diestro hacia el pecho de Anita. Sin embargo, en ese mismo momento se interpuso Taras y la desarmó.

Dragomira se vio perdida, y por eso se refugió huyendo hacia los muros de la casa. El portón se cerró detrás de ella. Por el momento la cazadora de almas estaba a salvo. Inclusive cuando el peligro había sido de un grado infinito, ella no había perdido su presencia de ánimo. Desde adentro juntó a toda su gente y dio las órdenes necesarias. Yuri mandó a varios de los secuaces a advertir a Raquel, saltando sobre el muro por los patios. Entretanto, Dchika salió por la puerta trasera para ir al encuentro de Zefim y, de ese modo, citarlo en la encrucijada hacia Komchinó ante la imagen de la Virgen. Tabich, por su parte, ensilló el caballo que utilizaría enseguida Dragomira.

Yuri llegó pronto al lugar donde acechaba la judía en una esquina y ambos juntos, yendo en zigzag, llegaron pronto a la taberna. En cambio, no sucedió lo mismo con los otros emisarios: el trineo de Zefim fue detenido por Taras, antes de que Dchika pudiera alcanzarlo.

–¿Qué sucede? –preguntó el joven Oficial, mostrando su impaciencia.

–Ha sido descubierto el intento de un atentado contra su vida. En aquella casa lo espera la sacerdotisa y el cuchillo del sacrificio.

–¿De quién estás hablando?

–De Dragomira.

En ese momento se acercó al trineo una esbelta figura femenina y una voz conocida le dijo: –Soy yo. He conseguido desenmascararla y, por poco, he pagado mi amor por Usted con mi propia vida.

–Con esta daga quería ella matar a mi ama –dijo Taras, mostrándole a Zefim el yatagán.

–Pero Taras ha detenido el golpe.

–¿Dragomira? ¿Es posible? ¿Ella, una sacerdotisa de una horrible secta? –murmuraba Zefim, sin poder comprender nada todavía.

–Sí. Dragomira. Ese demonio en la encarnación de un ángel. Ella lo ha atraído hasta aquí, solamente con el propósito de llevarlo al altar del sacrificio de sus dioses. Usted se ha creído amado, pero, en realidad, había caído en las garras sangrientas de la cazadora de almas.

–¡Dios! ¡Dios! –exclamaba Zefim, cubriéndose el rostro con las manos.

–Tiene que alejarse inmediatamente de aquí –agregó Taras–. Sus secuaces nos rodean. ¿Quién sabe de qué son capaces todavía?

Anita subió entonces apresuradamente al trineo de Zefim, mientras Taras se ubicaba en el pescante junto al cochero.

–¿Hacia dónde? –preguntó el conductor del trineo.

–Hacia la casa de mis padres –contestó Anita.

–No. Hacia el Departamento de Policía –interpuso Taras–. Y tan rápido como sea posible. De otro modo no nos libramos de esta banda de asesinos.

## 19. La fuga

*“Te conduciré a la ciudad de los martirizados”.*

DANTE

Cuando Dchika regresó con la información de que Zefim había escapado con Anita en su trineo y que la calle estaba, por lo tanto, libre; Dragomira montó en el caballo que Tabich le traía, mientras, al mismo tiempo, ordenaba a sus secuaces ir a advertir a Cirila y a Serguich del peligro. El anciano que custodiaba la casa hasta ese momento, abrió el portón para la salida de Dragomira y, luego, una vez que la muchacha hubo partido la cerró desde afuera. Ella tomó el camino hacia Komchinó, mientras el viejo se apresuró a llegar a la orilla del río donde estaba todavía amarrada la barca.

Dragomira cabalgó a marcha forzada, como si tuviera los enemigos a los talones, a través de los caseríos aledaños a Kiev y luego tomó el camino real en dirección al castillo de Soltyk. De rato en rato alentaba a su fogoso caballo ucraniano con gritos o le pegaba con el largo rebenque cosaco que llevaba colgado a la montura. A sus oídos llegaba el rugido del viento, pero hacia arriba se podía ver un claro cielo estrellado iluminado por la luna llena que le indicaba el sentido de su camino.

La muchacha no se cruzó con nadie, pues en todo ese recorrido no había ni aldeas ni tabernas; solo existía la amplia superficie plateada, brillante por el resplandor de la luna filtrado por una leve neblina.

Dragomira, entretanto, luchaba en su última y decisiva batalla. En ese momento se consideraba traicionada, por eso sabía que tenía que negociar y que el tiempo de la astucia y del engaño había quedado atrás. La máscara ya no obraría tampoco para Zefim; y si no actuaba con valentía, arriesgando todo, lo habría perdido a él para siempre. Había llegado la hora de preguntarse de nuevo si realmente lo quería; y una voz que era más fuerte que su mente lúcida y su férrea voluntad, le contestaba que sí. ¿Y a Soltyk? ¿Qué sentía por el Conde? Tampoco Soltyk le era indiferente. El Conde la había absorbido de una manera casi misteriosa. Sí, ahora podía contestarlo: Soltyk era el individuo a su altura, alguien a quien su espíritu, su imaginación y sus sentidos tendían. Sin embargo, su corazón hablaba en voz alta en pro de Zefim, y quizás, justamente eso sucedía por una especie de diferencia, porque ella se sentía superior al muchacho y porque él le parecía débil y vacilante. Sentía una especie de cariñosa compasión por él, pero, además, los celos y la creciente arrogancia en su corazón de mujer se aglutinaban en una forma de pasión y de frenesí.

Mientras las herraduras de su caballo echaban chispas, ella levantó el puño cerrado hacia el cielo, jurando que en tanto pudiera respirar, Zefim no habría de pertenecer a otra mujer. De modo extraño, el pensamiento de la muerte con el que estaba tan familiarizada le producía ahora horror. Un estremecimiento le recorrió por eso todo el cuerpo y de golpe sintió miedo. Hasta hacía poco no había amado ni tampoco se había sentido realmente amada. Todas esas fantasías que rondan el alma de todas las muchachas le habían sido ajenas, hasta la reaparición de Zefim. Ahora, de repente y de modo inusitado, sintió un febril anhelo que le dictaba que no quería morir antes de haber experimentado la dicha del amor. Todavía, sin embargo, estaba segura de su poder para enfrentarlo y confesarle todo. ¿En ese caso podría Zefim quedar indiferente? ¿Podría él defenderse ante esta estrategia? Su corazón le decía que no, que él se rendiría. Ella quería y debía volver a conquistarlo. Quería tornarse su esposa, pecar con él y morir con él. Sin embargo, primero tenía que entregar a Soltyk; sacrificarlo bajo

el cuchillo. Tan pronto como hubiera cumplido con esa misión, sería libre. Y, entonces pertenecería a su amado. ¿Quién podría quitarle a Zefim, cuando lo tuviera realmente en sus brazos?

Ya era noche cerrada cuando arribó a Komchinó. El Conde se hallaba en su estudio. Por lo pronto, evitó toparse con él; lo primero que hizo fue informar a su madre de todo lo ocurrido, del peligro en el que todos se encontraban y, luego, se apresuró a organizar su jugada.

Lo importante era ahora confundir a sus perseguidores y pronto se dio cuenta cómo habría de lograrlo. Se sentó, por eso, así vestida como había llegado, y escribió una carta a Zefim, que, en realidad, estaba pensada para que cayera en las manos de sus enemigos. Era una carta en la que ella preparaba, por una parte, a Zefim para sus próximos movimientos, pero, por otra parte, en la que su intención era confundir a todos sobre su paradero. Por eso mandó la esquila por medio de un mensajero hacia Kiev.

Se disponía a ir a encontrar a Soltyk, cuando se presentaron Henryka y Karov, vestidos con ropas campesinas. Ambos estaban pálidos, completamente agitados y al borde de sus fuerzas. Henryka se desplomó sin decir una palabra sobre una silla, mientras Karov le informaba que todo había sido descubierto, que la policía había puesto en marcha su maquinaria y que ella estaba en la mira.

–Lo sé –contestó Dragomira con toda su sangre fría–. Esta advertencia nos sirve de poco ahora. Dios me ha venido protegiendo y me ha hecho posible informar a todos a tiempo para que puedan salvarse. No creo que ninguno de los nuestros esté realmente en peligro.

Karov miró con estupor a esa muchacha que seguía mostrándose siempre valiente y convencida de su éxito en los peores momentos. Por eso, le dijo: –¿Quién le garantiza que esté segura aquí? Piense ahora en su propia salvación. Todos nosotros no somos nada respecto de Usted.

–Sé que no tengo tiempo que perder –dijo ella en voz baja–. Pero no dejaré este castillo hasta que no haya llevado a cabo mi cometido.

Quiero conducir esta misma noche al Conde como mi prisionero, sacándolo de aquí conmigo.

–Estoy aquí para obedecerla. Me declaro completamente a su servicio –dijo Karov, haciéndole una profunda reverencia llena de sumisión.

–También yo –agregó Henryka–. ¿Qué ha de suceder? ¿Qué papel deberé cumplir?

–Ahora me toca solamente a mí poner manos a la obra. Enseguida iré a buscarlo; entretanto, será importante que os mantengáis cerca, para el caso de hacer falta.

Cuando Dragomira entró en el gabinete del Conde, él se hallaba junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche. Como la espesa alfombra turca había silenciado los pasos de Dragomira, él no la había oído entrar y solo se dio cuenta de su presencia, cuando la muchacha le puso la mano en el hombro. Soltyk se dio vuelta sorprendido y, besándole la mano, le dijo: –¡Ah! Es Usted. Tan tarde, ya no la esperaba.

–Se trata de un instante difícil para mí, pues he venido para despedirme, quizás para siempre.

–¿Una despedida y para siempre? ¡No, Dragomira! ¿Acaso ha olvidado que nada puede ya separarnos, que yo la seguiré hasta el fin del mundo?

–Usted conoce mis secretos solo en parte –dijo Dragomira, desmoronándose sobre una silla que estaba junto a la ventana–. Por ahora tampoco puedo confiarle mucho más. Por eso, me resultará difícil convencerlo de que me es necesario abandonar en las próximas horas este castillo y esta región.

–Por mi parte, no le exijo ni pruebas ni explicaciones. Tampoco le preguntaré en absoluto si Usted debe o si quiere partir. Solo le rogaré que me otorgue el permiso de acompañarla.

–¿Acompañarme? ¿En qué condiciones? Usted no entiende que eso no funcionaría.

–¿Por qué no? Lo haría en la condición de su servidor, de su esclavo.

–También eso sería inconveniente.

–Entonces, como su cónyuge.

–Bien, supongamos que yo transigiera en devenir su esposa. ¿Podríamos realizar las necesarias disposiciones para una boda al cabo de una hora?

–No son necesarios grandes preparativos para eso. Dígame que pondría fin al juego cruel en que me tiene inmerso, que Usted finalmente estaría dispuesta a cumplir con mis más íntimos deseos, que Usted por fin me aceptaría como esposo; y, entonces, el capellán del castillo nos uniría.

–Estoy dispuesta –dijo Dragomira, mirando fijamente a Solytk a los ojos.

–Por favor, no se burle, se lo ruego.

–No me burlo. Y, por el contrario, quiero que de inmediato mande cumplir los requerimientos necesarios. Quiero devenir en un cuarto de hora más la Condesa Solytk y, luego, al bajar del altar, subir a un trineo y partir con Usted.

–¡Dragomira! ¡No lo puedo creer! –exclamó el Conde, arrodillándose ante ella–. ¡Mía y para siempre!

–¡Sin más palabras! Apresúrese. Llame rápidamente al capellán. ¡Póngase de pie! ¡Obedezca! –ordenó Dragomira, deteniendo al Conde de mayores efusiones.

Solytk tiró de la campanilla y exhortó a su mayordomo, quien apareció en el acto, a que tomara nota de las indicaciones correspondientes; luego volvió a arrodillarse frente a la muchacha, que ahora había condescendido hasta aceptar poder sonreír, pero desde la altura de su posición.

–Es tan lindo sentirse amada; especialmente cuando una misma puede mantener la cabeza fría y despejada.

–Eso significa que no me ama.

–No. Y, sin embargo, yo siento algo por Usted que es algo que no he sentido por ningún hombre antes –dijo Dragomira, acariciándole el pelo al Conde.

–Tampoco es lo que siente por Zefim.

–Tampoco por él.

–¿Realmente?

–Realmente. –Al decir esto, Dragomira lo miró de manera intensa, pero también con algo de extrañeza y, de golpe, rodeó al Conde con sus brazos, atrayéndolo hacia sí para besarlo. El beso que le dio, sin embargo, no fue el de una mujer, sino el de una tigresa.

–No me amas, pero si esto que sientes es odio, entonces tu odio hace más feliz que el amor de otras mujeres.

–No lo sé. Quizás te ame. ¿Ama acaso una mujer igual que otra? Quizás sea esta mi manera de querer el anhelo de matarte en mis brazos y hacerlo sea mostrar el valor de ahogarte con mis besos. Pero, ¿qué pasa contigo? ¿No sientes miedo ante el avance de mi amor? ¿No tiembles ante estas olas que como llamaradas amenazan con devorarte?

–Nada temo. Tampoco a ti. Aprópiate de mi sangre, si te produce placer.

–Yo he de recordarte siempre esto que acabas de decirme.

–Haz como quieras –dijo Soltyk, apretando a Dragomira contra su pecho y besándola más y más, hasta que el mayordomo entró para anunciar que todo estaba listo.

–¿También está preparado el trineo? –preguntó Dragomira.

–Acaba de caer otra intensa nevada... –contestó el mayordomo– ...y también sopla un viento despiadado sobre los campos. Por eso, he hecho preparar dos trineos con techo y he decidido uncir a cada trineo seis caballos.

–Muy bien hecho.

Dragomira tomó del brazo al Conde y ambos dejaron el cuarto marchando con solemnidad hacia donde Henryka y Karov estaban esperándolos. Mientras Soltyk iba en busca de la Señora Malúтина para prepararla ante la próxima ceremonia, Dragomira intercambió algunas palabras en voz baja con Karov y luego se apartó con Henryka hacia la ventana para darle otras indicaciones que serían necesarias en el operativo que sobrevendría. En el momento siguiente, Henryka se dirigió con premura hacia la explanada del castillo, montó de un salto en el caballo que la había traído a Komchinó y se dirigió ahora hacia Okotsin para que todo estuviera listo de antemano.

Entretanto Soltyk reapareció en la sala con la Señora Malútina del brazo. El *Kastelián*, un viejo noble empobrecido, y Karov los seguían. Los dos hombres habrían de actuar como testigos. En la pequeña capilla del castillo que estaba increíblemente bien iluminada, el capellán esperaba a la singular pareja que formaban Dragomira y el Conde. En pocos minutos la ceremonia llegó a su fin. Rápidamente se intercambiaron los anillos y los novios se unieron para la eternidad bajo el poder de la estola del sacerdote. Hubo luego una corta plegaria y ya Dragomira abandonaba la capilla del brazo de su esposo como la Condesa Soltyk. Enseguida la pareja volvió por unos momentos al gabinete privado del Conde.

–¡Ahora eres mía! –dijo Soltyk, pasando sus brazos alrededor del esbelto torso de su joven esposa–. ¡Mía para siempre!

Dragomira no repuso nada; se contentó con besarlo y mirarlo con embelesamiento. Luego le ordenó a su marido que se sentara al escritorio y escribiera lo que ella habría de dictarle. Se trataba de una carta al jesuita, porque Dragomira creía necesario asegurarse de que no sería perseguida; por ello en la carta Soltyk tenía que comunicarle que se había unido en matrimonio con Dragomira y de que ambos se habían dirigido hacia Moscú. Desde allí los esposos tenían el plan de pasar al extranjero. Por lo tanto, el Conde rogaba a su antiguo educador mantener en silencio sus movimientos, no traicionarlo y, al contrario, ayudar a difundir el rumor de que Dragomira había huido hacia Moldavia<sup>17</sup>.

Después de enviar al mensajero del castillo a caballo hacia Kiev con esa carta, la pareja descendió la escalinata exterior, seguida por Karov y la Señora Malútina. Allí esperaban dos trineos cubiertos; en el primero subió la madre de Dragomira con Karov, quien se ubicó en el pescante para obrar como cochero. Tabich, por otro lado, iba a conducir el segundo trineo, al que Soltyk había ayudado a subir a su joven

---

17 La región de Moldavia, hoy una república independiente, era un reino entre las actuales Rumania y Ucrania, que siendo de habla eslava estuvo siempre en litigio entre potencias mayores. (Nota del traductor)

esposa. Esta disposición para el viaje le garantizaba a toda la comitiva cierto secreto acerca de su paradero, pues nadie dentro del castillo habría de saber la dirección que tomarían los trineos. Aparentemente los vehículos habían tomado el camino hacia Kiev, pero luego doblaron hacia el Sur para dirigirse hacia Okotsin, pasando por Kasinka.

El trineo en el que viajaban Dragomira y Soltyk se parecía a una góndola veneciana con un baldaquín negro, del tipo del que los amantes de la ciudad italiana prefieren utilizar para darse cita en un paisaje que conjuga cielo y agua; también así, como una sutil góndola se deslizaba este trineo sobre la superficie ligera de un mar de nieve blanca que cubría las praderas. Todo el espacio donde se apoltronaba la pareja estaba forrado de cojines y acondicionado con magníficas pieles de animales salvajes, mientras por encima la parte superior de ese refugio cálido estaba cerrado por pesados tapices que cobijaban de la escarcha y la nieve del exterior.

Durante largo rato los viajeros permanecieron en silencio. Luego Soltyk buscó la mano de su esposa y la encontró cálida y dispuesta al contacto. Ella correspondió a su presión de modo cariñoso y la apretó igualmente debajo de la piel de oso que servía para darle calor.

–¿Eres feliz? –preguntó Dragomira.

–Infinitamente.

–Te haré todavía más feliz –agregó ella, apoyando su cabeza en su hombro y ofreciéndole sus labios con una sonrisa. Él la atrajo hacia sí y se besaron nuevamente. A partir de ese momento las palabras sobraron. Ambos se entregaron sin límites al goce del momento, que los rodeaba como un círculo de luz y de fuego y hacía estremecer cada fibra del cuerpo. Afuera, a la luz de la luna, aleteaban y graznaban los cuervos como mensajeros de la muerte; los viajeros, entretanto, no prestaban atención a ese anuncio, pues delante de ellos se abría la vida, la alegría y la dicha.

## 20. Sueño de amor

*“Deja que pliegue mi rodilla ante ti  
Y bese el borde de tu vestido”.*

CONDE KRASINSKI

Cuando los trineos se detuvieron en la explanada del viejo castillo de Okotsin y el Conde rescató a Dragomira alzándola en sus brazos y sacándola del refugio formado por una nube de tapices y pieles que la habían protegido, miró con asombro a su alrededor, preguntando: –¿Dónde estamos? ¿Es esta una propiedad de tu madre?

–Sí. En Boyary tenemos nuestra finca principal y siempre vivimos allí. Esta, en cambio, es una fortaleza casi en ruinas, donde antaño se refugiaban los salteadores de caminos y que por largo tiempo estuvo deshabitada. Aquí nadie nos encontrará y aquí hallaremos nuestra dicha.

Dragomira tomó la mano del Conde y lo condujo al vestíbulo abovedado que ya resplandecía de luces. En las paredes colgaban retratos de príncipes de la iglesia, de figuras imponentes y de damas elegantes de siglos pasados. Entonces apareció Henryka, vestida a la usanza campesina, quien llamó aparte a Dragomira y le dijo algunas palabras al oído. Ella asintió y dirigiéndose al Conde le informó con su mejor sonrisa: –Tengo que dar todavía algunas órdenes. Tendrás que tener algo de paciencia aún. Enseguida seré tuya. Sigue a Henryka, quien te ha de guiar y hacer compañía por un rato.

Soltyk se despidió de la Señora Malúтина, a quien le besó con unción la mano y subió por una amplia escalinata interior a los pisos superiores, siempre conducido por Henryka. Ambos marcharon por un largo corredor alfombrado lleno de cuadros ancestrales. Al final del pasillo Henryka abrió una puerta y se adelantó entrando a una amplia sala, adornada de manera opulenta pero también con un gusto rancio. Ante la chimenea donde ardía un buen fuego y en cuya repisa había un candelabro encendido que iluminaba todo el recinto la muchacha se sentó en una silla pequeña y fijó su mirada en el Conde, apoyando sus pies en una piel de oso que allí estaba. Entretanto, Soltyk, carcomido por una cruel curiosidad, no hacía más que pasearse por el cuarto.

–El amor le quita la galantería, según creo –dijo Henryka, después de un rato, elevando el labio superior y mostrando sus dientes blancos y pequeños como signo de burla.

–Perdone Usted, Henryka –repuso Soltyk–. Me siento como en un trance.

–Ya comprendo. Está ansioso para que Dragomira le ponga el pie en la nuca, esa nuca llena de aristocrática arrogancia.

–Tiene razón.

–¿Eso le dará finalmente la felicidad?

–Cuando alguna vez ame, Henryka, entenderá mis razones.

–¡Oh! Por mi parte, ya conozco un poco ese sentimiento.

–¿Realmente?

–Sí, y el elegido de mi corazón es Usted.

–Está burlándose, Henryka.

–No me burlo. Yo inclusive le había dicho a Dragomira con toda seriedad que me lo cediera, pero ella no quiso. Una presa de este tipo no se hace todos los días.

–No la entiendo.

–Enseguida va a entenderme por demás.

–¿Qué sucede con Usted, Henryka? La veo transformada.

–Disfrute de su dicha y no formule preguntas. Es el momento de embriagarse con la felicidad y callar. Llegará la hora en la que yo he de

poseerlo, así como lo posea ella. ¡Oh! ¡Cómo ansío ese instante en el que Usted tiemble a mis pies y yo no muestre la menor piedad!

–Según parece, Usted me considera una persona frívola e infiel.

–No. No era ese el sentido que quería dar a mis palabras.

–¿Y entonces?

–Eso ha de saberlo en su momento oportuno.

–Gusta expresarse misteriosamente.

–Yo juego con Usted, como el gato con el ratón. Eso es todo.

–¡Es Usted todavía una niña!

Henryka se largó a reír. –¡Qué poco me conoce! Si pudiera leer en mi alma, no solo se asombraría, sino que se llenaría de temor.

Entretanto, Dragomira había entrado al salón de la planta baja, donde la esperaba el Apóstol. Con estupor el sacerdote miró a la recién llegada. Así como Dragomira aparecía ahora, él nunca la había visto antes. La muchacha de otrora estaba ante él con un velo blanco sobre el rostro, con el largo abrigo color púrpura de marta cibelina que le cubría hasta los talones y la cabeza erguida con arrogancia, en la que se destacaba una mirada fogosa y desafiante. Ella ya no era la discípula humilde, la temblorosa penitente que se le había acercado antaño, sino una mujer bella, dominadora y consciente de su poder.

–Te hallaste en una situación difícil y peligrosa. Sin embargo, astuta y valiente como siempre te demuestras, solo a ti podemos agradecer que todos los nuestros de Kiev pudieran escapar a tiempo. Tendrás el premio divino con toda seguridad.

–Tienes que mandar sin pérdida de tiempo otro contingente a Kiev –contestó Dragomira con fría calma–. Esa gente tendrá que ser decidida y confiable, pues nos hace falta saber qué es lo que está ocurriendo allá.

–Serguich está todavía en la ciudad.

–Él no basta. Hay que tender una nueva red para cazar a Zefim y a Anita. Ellos no tienen que escurrírsenos.

–Me ocuparé de eso también –dijo el Apóstol, mirando el suelo. Después de una pausa, levantó sus ojos celestes, fijando una mirada

inquisitiva en Dragomira y, con una sonrisa en los labios, le preguntó: ¿Te has casado con Solytk?

–Sí.

–¿Lo has hecho para poder entregármelo de modo más fácil y con las manos atadas?

–Sí, pero no de forma inmediata.

–¿Por qué no?

– Porque lo quiero –dijo Dragomira con una extraña arrogancia en su declaración–. Él me pertenece. Esto no me lo puede negar nadie. Es mi esposo. No temas que yo me muestre débil y busque salvarlo. No temas, si yo demoro en entregártelo. Lo has de tener y, por cierto, bastante pronto, pero no antes de que yo lo decida.

–¿Vas a permanecer aquí en Okotsin con él?

–Sí.

–Entonces, procede como a ti te parezca mejor.

–Te agradezco –contestó Dragomira, con menor dureza–. Quiero que me otorgues este corto sueño de felicidad. Estoy segura de que nuestro proyecto se acaba; eso me lo dice el corazón. A mí misma me espera una serie de martirios en carne propia, pero no nos rendiremos antes de que la muerte esté sobre nosotros; y así seguiremos alabando al Señor. Una vez que haya sacrificado a Solytk, también te entregaré a Zefim. Tu labor será, en cambio, proporcionarme a Anita. Quiero castigar de mano propia a esa traidora. ¡Prométemelo!

–Aquí está mi mano –contestó el Apóstol–. Voy a mandar a Kiev a un hombre ya fogueado. Él cazará para nosotros a esa palomita, y entonces, podrás disponer del cazador y de la presa como quieras.

–¡Oh! Eso me producirá un enorme goce –contestó Dragomira con fuego en los ojos–. Ella tendrá primero que transformarse en mi esclava; colocarse bajo mis pies, torcerse ante mi látigo a cada golpe y, luego, cuando esté completamente vencida, habré yo de imaginar los peores martirios que desacreditarán la inventiva del propio demonio.

Entretanto, en el piso superior un leve sonido de campanilla advirtió a Henryka para que acudiera a recibir más órdenes, de modo tal

que Soltyk permaneció un tiempo solo. Luego la muchacha regresó con el propósito de conducir al Conde a otra sala más pequeña y mejor caldeada, que, además, estaba bien iluminada y donde había una mesa puesta para dos personas.

–Dragomira vendrá en un instante –dijo Henryka y desapareció detrás de un cortinado.

Enseguida desde el cuarto contiguo se hizo presente esa esposa joven y bella, quien sonriendo satisfecha tendió la mano a su cónyuge. Soltyk besó con galantería ceremoniosa esa mano que se le tendía. Ella, luego, le pidió que se sentara a la mesa, al tiempo que le contaba: –He prescindido de todos los servidores de manera que nadie interrumpiera nuestra intimidad. Por eso, deberás obrar tú mismo como mi criado.

–Con sumo gusto –dijo el Conde, sirviendo los platos y escanciando el vino.

Así cada uno de los deseos de la dama en la mesa fue cumplido por el Conde en la labor de un esclavo obediente. Ambos comieron, bebieron y charlaron de manera amena e informal, y tan cariñosa como una parejita en su mejor momento de la boda. Una música invisible llenaba el banquete con sus melodías tenues y amables. En un momento dado, Dragomira elevó su copa con el vino dorado en ella para brindar con su esposo, mientras Soltyk decía: –¡Por el futuro!

Ella frunció por un momento el ceño de modo casi imperceptible y exclamó: –No. ¡Brindemos por el presente! –Enseguida, se apresuró a agregar con un gesto báquico–: Esta hora nos pertenece. ¡Que podamos disfrutarla por completo; pues quién sabe lo que nos espera después!

Las copas tintinearón en el cruce y Dragomira vació la suya con un movimiento brusco, mientras el Conde la imitaba. Enseguida el caballero llenó las copas nuevamente.

–¿Me sigues amando? –preguntó Dragomira, tendiendo sus manos a Soltyk por sobre la mesa. Sus brazos marmóreos se tendían hacia él y sus ojos azules se le brindaban como una revelación.

–¿Hace falta que preguntes?

–Me gusta oírlo de tu boca.

–Hoy sé que nunca antes había amado. Tú eres la primera que me ha sometido de esa manera.

Otra vez sonaron las copas en el brindis; otra vez bebió Dragomira con fruición un vino fogoso, casi como si bebiera sangre caliente. Luego ella se reclinó más atrás en su asiento y se puso a hacer bolitas con la miga del pan que utilizaba para bombardear a Solytk. Y luego dijo: –Voy a ponerme cómoda; este vestido me ajusta demasiado. Henryka te dirá cuando yo esté lista y, entonces, tomaremos juntos la infusión caliente de la noche.

Dragomira accionó la campanilla. Enseguida calló la música y Henryka apareció en el umbral. Ante un gesto mínimo de la Condesa Solytk, la servidora obedeció y siguió a su ama a un cuarto contiguo. Durante un largo rato reinó el silencio en el lugar; luego Solytk percibió el siseo que hace la seda de los vestidos femeninos y ese ruido se mezclaba también con una tenue risa. Como fondo de lo que se oía desde la habitación de al lado, en la sala donde estaba Solytk crujía el fuego y la nieve golpeaba con fuerza en los cristales de la ventana de modo que los hacía vibrar.

En el tocador Henryka descalzaba a su ama y le besaba los pies, antes de ponerle las pequeñas pantuflas de piel. Cuando la preparación para la noche de bodas estuvo lista, Dragomira pasó un rato observándose en el gran espejo adosado a la pared. –¿Estoy bien así? ¿Le gustaré? –preguntó la nueva Condesa Solytk.

–Siempre estarás magnífica –le contestó Henryka que ahora se arrojaba ante su ama y la adoraba como si fuera la sublime imagen de Afrodita en el templo–. ¿No sabes cómo envidio a Solytk en este momento?

–No entiendo por qué no me envidias a mí.

–Porque hay muchos hombres como él, pero una mujer como tú no hay otra. Y, además, ser amada por ti tiene que ser una maravilla; sería como si una estatua de mármol cobrara vida.

–Ve ahora a decirle que lo estoy esperando.

Dragomira pasó a la alcoba, mientras Henryka hacía una señal a Soltyk para que se acercara.

–¿Dónde está ella? –preguntó Soltyk al ver a Henryka sola.

–Allí –dijo Henryka, mientras indicaba el cortinado que separaba el tocador de la alcoba y ella misma se escurría fuera de la vista con la suavidad y elasticidad de una serpiente. Soltyk recorrió la cortina y por un momento se quedó como engeguado por el brillo que se le brindaba.

En un recinto no demasiado amplio se veía una especie de baldaquín magnífico formado por tapices persas que cubrían paredes, ventanas, puertas y cielorraso, de modo tal que en el medio se levantaba una construcción de estilo turco, iluminada por una luz roja que colgaba de su plafón. Desde el centro de este escenario sobre cojines de seda y pieles de tigre, Dragomira lo miraba, esbozando una tierna sonrisa. Así posando con displicencia, ella parecía una joven sultana dispuesta a torturar a sus esclavos. Ahora Dragomira vestía pieles bordadas en oro, como las de una concubina del harén, calzaba babuchas turcas y se dejaba acariciar por el armiño principesco que también la abrigaba. En sus cabellos, en el cuello y en los brazos lucía monedas y anillos de oro. La esposa estaba, además, iluminada por una luz rosácea, mientras que el recinto condensaba el aroma pesado de flores, de modo tal que el lugar más bien parecía un altar sagrado. El Conde se aproximó a ella experimentando un temblor de gozo y, sin poder contener los latidos de su corazón, dijo con un hilo de voz, mientras se desplomaba sobre una piel de oso a sus pies: –¡Oh! ¡Qué bella eres!

Dragomira sonreía todavía cuando sacaba lentamente sus estuendos brazos de entre las amplias mangas, que parecían iluminadas por el oro del sol y perfumadas por la fragancia de la nieve recién caída, y lo atrajo hacia ella. Otra vez se renovaron los besos, tan ardientes como ninguna mujer sabe darlos, solo una hechicera; y en ese momento Soltyk pareció tener un desmayo y se llevó las manos al pecho.

–¿Qué tienes? –preguntó Dragomira.

–Tuve por un instante la impresión de que tú tenías garras en lugar de manos y como si con ellas quisieras arrancarme el corazón –dijo Soltyk.

Ella se largó a reír. Él le tomó la cara con ambas manos y la miró con atención. Y luego se llevó el borde de sus pieles a los labios para besarlos. De golpe, ella se levantó bruscamente, lanzó lejos las babuchas y le puso el pie desnudo sobre la nuca. Solyk no se defendió, sino que murmuró como hipnotizado:

*Eres Dios y el mundo y la libertad para mis sentidos,  
¡Tu bello pie desnudo ponlo sobre el cuello del esclavo!  
¡Ama y Señora mía!*

–¿A quién pertenecen esos versos?

–A Chateaubriand.

–También él tiene que haber sabido qué es el amor. Es lo único verdadero, lo único que, haciéndonos olvidar de nosotros mismos, nos entrega a otro ser y nos somete a una voluntad extraña. Por eso el amor es eso que nunca toma nada, sino siempre está dispuesto a dar.

En lugar de responder, Solyk aferró el pie que parecía escapársele y lo llenó de besos.

–¡Ven! Cálzame otra vez las babuchas y dejemos el juego para ser razonables.

–¿Razonables? Hace bastante que he perdido esa capacidad y eso fue cuando te conocí. Y yo te estoy reconocido por esa pérdida, pues todo el tiempo en que uno fuera razonable, no se podría ser feliz. Y yo, en cambio, aferro la dicha con las dos manos. Esta hora nos las deparó el destino; no hay que preguntar lo que traerá la siguiente.

Dragomira experimentó un ligero escalofrío, pero solo por un segundo; en el siguiente instante ella, olvidada de sí misma, buscó los labios del Conde, mientras sus manos se perdieron cariñosamente entre los cabellos de su esposo.

## 21. Salvados

*“Las sombras huyen y rompe el día”.*

PUSHKIN

En la misma noche sucedían también en Kiev extraños e inesperados acontecimientos. A mitad de camino hacia el Departamento de Policía, Anita le pidió de repente a Zefim retornar, pues, antes del paso definitivo que iban a dar, debía ponerlo al tanto de algo importante.

– ¿Hacia dónde quiere que vayamos? ¿Hacia la casa de sus padres?

– No. Hacia su casa.

Zefim ordenó al cochero dirigirse a su propia casa, donde enseguida llegaron, y también le indicó que esperara en la puerta, mientras él conducía a Anita hacia el piso superior. Taras los siguió, porque Anita le hizo también a él una señal en ese sentido. Una vez en el salón, Anita se desembarazó de la piel de oveja que la abrigaba y tomó asiento. Ahora la muchacha, con sus botas de cuero rojas, la falda colorida, el corsé, la blusa blanca bordada, el cuello y el pecho adornado con cuentas de coral, con sus largas trenzas rubias por donde corrían anchas cintas azules, era la viva imagen de la más completa simplicidad e inocencia. Zefim se plantó frente a ella, sin poder dejar de sentir el encanto que de ella emanaba.

– Escúcheme bien –empezó diciendo Anita con dulzura y seguridad–. Tengo mucho que pedirle. Yo soy en todo culpable de lo que ha sucedido, pues yo misma lo impulsé a que cayera en la red de Drago-

mira. Si yo hubiera tenido la valentía de oponerme a la voluntad de mis padres, habría huido con Usted y entonces nunca habría sido posible que esa sangrienta profetisa de una doctrina demencial lo cazara.

–No. No es Usted la culpable. Yo, yo soy el único culpable. Yo debería haber confiado en lo que Usted me decía. Yo debería haber resistido para no abandonarla. Perdóneme Usted, si eso es posible.

–Yo no tengo nada que perdonarle, Zefim. Solo sé una cosa: que yo lo he querido siempre y que mi único pensamiento fue siempre la necesidad de salvarlo de esas garras. Y quiero hacerlo y lo llevaré a cabo. Pero eso puedo lograrlo, si Usted me ama.

Zefim se arrodilló ante ella y llenó sus manos de besos. –Le repito que yo estuve engegucido, embriagado, pero yo la quiero. ¡Perdóneme, perdóneme!

–Bueno, entonces... –exclamó Anita, abrazándolo con cariño– ... lo salvaré, al decirle que yo también lo amo, que yo le pertenezco, que yo lo he de seguir hacia donde Usted quiera. Nada ha de separarnos de ahora en adelante. Ahora tengo el valor de osar absolutamente todo.

Zefim la atrajo hacia sí y la besó, luego se puso de pie y empezó a dar grandes zancadas por la habitación. –Ahora tenemos que tomar algunas decisiones y pensar qué vamos a hacer.

–En primer lugar, ir a informar a la policía, estimado Señor –se atrevió a decir Taras–. De lo contrario estos asesinos se nos escapan.

–No, no –exclamó Anita–. Si Dragomira ha sido descubierta y, como también anhelo, ha escapado, estoy segura de que cuenta con camaradas aquí en Kiev que querrán continuar con su obra. Y esto significa que querrán asesinarlo a Usted, Zefim.

–No soy yo el que está en peligro, sino Usted, Anita. Usted fue la que le hizo frente a Dragomira, Usted descubrió su intriga. Ella va a poner todo en el tablero para vengarse en su persona. Usted debe desaparecer ya. La voy a poner en manos de mi vieja ama de cría en mi finca de la Kasinka Chica. Allí estará segura, especialmente si sigue asumiendo el papel de campesina y no se deja ver fuera de la granja, hasta que no pase realmente el peligro.

–Yo haré todo lo que Usted considere que debemos hacer –dijo Anita–. Pero, Usted, ¿qué pasará con Usted? ¿Querrá permanecer aquí donde el peligro acecha? Yo me moriré de ansiedad.

–No tema. Apenas Usted esté en seguridad, todo ocurrirá de tal manera que esa banda de asesinos será desbaratada. Ellos están ya en este momento sobre aviso y tal vez amedrentados; no van a atreverse a un nuevo hecho sangriento tan pronto. ¿Está dispuesta entonces a seguirme?

–Completamente.

–Entonces, adelante. No tenemos tiempo que perder.

Zefim ayudó a Anita a ponerse su abrigo campesino y luego la condujo escaleras abajo. Enseguida auxilió a Anita, levantándola hasta la altura del trineo. Sin embargo, para adelantarse a cualquier infidencia, le pidió al cochero que abandonara su puesto y pidió, en cambio, a Taras que él condujera el vehículo.

–¿Hacia dónde? –preguntó el fiel servidor con un parpadeo nervioso.

–Ahora sí informaremos a la policía.

El trineo se puso en marcha, pero solo fue una simulación que tomara el camino hacia el Departamento de Policía, pues al cruzar la siguiente encrucijada, ya hizo un giro para dirigirse velozmente con gozosos estallidos de látigo y ruido de campanillas, en realidad, hacia Kasinka Chica, dejando a un lado la finca de Soltyk en Komchinó.

Zefim y Anita estaban sentados hombro a hombro, callados y en calma, viviendo la realidad como en un sueño. Tenían mucho para decirse, pero no encontraban todavía las palabras. Él tomó la mano de ella entre las suyas, mientras sentía la calidez de su respiración y también su dulce cercanía. Esto bastaba para hacerlo sentir feliz.

Ya era noche cerrada cuando arribaron a Kasinka. La casa que pertenecía al ama de Zefim, Kajna Beskorod, era como hecha a propósito para guardar un secreto. En rigor, se encontraba a la entrada de la aldea, pero aislada a un lado de la ruta y separada de ella por un enorme huerto frutal que estaba rodeado de un alto muro. Taras se detuvo frente al portal y le pasó a Zefim las riendas. El servidor se escabulló saltando por sobre el pequeño cerco para llamar menos la atención

a la entrada; un perro pastor le saltó encima ladrando furiosamente, pero él logró ahuyentarlo con algunas amenazas de su rebenque y así pudo acercarse a la casa. Allí en la ventana de Kajna dio unos golpecitos suaves para despertarla.

–¿Quién anda ahí? –preguntó ella.

–Tu joven amo está en un trineo.

–¿Quién?

–El Señor Zefim Yadevski.

–¡Por amor de Dios! ¿Cómo es posible? ¿Tan tarde? ¿Algo malo le ha sucedido? Enseguida le abriré.

Pasados unos momentos, Kaja apareció abrigada con una enorme piel de oveja y una vela de resina en una mano. La vieja tenía alrededor de cincuenta años, pero se la veía todavía fresca y vital como a una mujer joven. Kaja era corpulenta y su figura noble se destacaba por su rostro marcado, sus abundantes cabellos castaños y sus ojos brillantes y astutos también castaños.

–¿Dónde está el amo?

–No hagas mucho ruido –susurró Taras–. Se trata de una cosa seria. El Señor Yadevski ha raptado a la muchacha de la que está enamorado, porque ella no tenía el consentimiento de sus padres.

–¡Ay! ¡Mi Dios!

–Él piensa refugiarse en tu casa por un tiempo y nadie debe saber que ella está aquí. ¡Nadie!

–Comprendo –dijo Kajna, acercándose al cerco y abriendo el portal para que entrara el trineo.

–¡Salve, Kajna! –dijo Zefim.

–¡Dios sea contigo, niño mío! –dijo su vieja ama de cría.

Zefim saltó del trineo y la abrazó con fuerza; ella lo tomó de la cabeza sin dudarle un segundo y lo besó. Enseguida entraron en la casa.

–¿Con que esta es tu futura...? –dijo el ama, admirando el porte de Anita–. ¡Dios, qué bonita, pero es una niña todavía! Seguramente que estarás congelada, mi palomita. ¡Uy, uy, pobrecita! ¡Mi almita! ¡Sacarte

de tu nidito caliente en una noche como esta para llevarte por esas soledades de Dios entre la pura escarcha y la nieve!

Kajna encendió el fuego con rapidez y empezó a preparar un té bien caliente, mientras los enamorados discutían los próximos pasos. Zefim insistía en que el fiel cosaco Taras permaneciera allí para proteger a Anita. La muchacha consintió, aunque tenía mucho temor por lo que pudiera suceder a Zefim de ahí en adelante, dado que él quería regresar a Kiev. El joven Oficial terminó por convencerla gracias a su determinación. Así después de que Zefim se hubo calentado con el té, los amantes se despidieron con un largo beso.

A Zefim le costaba alejarse, pero finalmente saltó al trineo y se perdió en la blancura del paisaje. Una vez arribado a Kiev sin contratiempos, despertó a su servidor y se dirigió con él a la casa en la que hasta entonces había habitado Dragomira. La casa estaba en efecto en silencio y en la más completa oscuridad. Zefim tocó varias veces la campanilla, sin que nadie se acercara a abrir, tampoco hubo señales de vida cuando golpeó y gritó. Finalmente se resignó a que nadie le abriera y cambió su dirección para tomar la calle que llevaba a la taberna roja, donde se repitió la misma situación: profundo silencio, ventanas oscuras y oídos sordos. Evidentemente han huido todos, pensó Zefim, y entonces regresó a su casa. Aquí se le adelantó un hombre en traje campesino y le entregó una carta.

–¿Quién te manda? –preguntó Zefim, con desconfianza.

–No lo sé.

–Bueno, ¿pero quién te dio la carta?

–Una dama joven y muy bonita.

–Bien.

–Me encargaron que llevara una contestación.

–Entonces entra conmigo.

Ambos subieron por la escalera. El servidor encendió una lámpara y Zefim leyó la carta de Dragomira. Ella escribía con abierto desenfado, reconociendo que pertenecía a la secta de los Donadores Celestiales, y que consideraba esa doctrina como la única verdadera y, por lo

tanto, no habría de traicionarla. Dado que a ella se le había encargado guardar un sagrado secreto ajeno, como ahora le confesaba a Zefim, a él habrían de aclarársele muchas cosas de su conducta que antes podrían haberle parecido enigmáticas y quizás ambiguas. Su fe no le impedía, sin embargo, tornarse su esposa. En cuanto tuviera oportunidad habría de explicarle muchas cosas más. Y ella estaba segura de que él le perdonaría todo. Ella lo quería, lo quería solamente a él. Si él todavía sentía lo mismo por ella, solo le restaba seguirla. Ella lo esperaría en los próximos días en Moscú, donde esperaba encontrar refugio. Lo restante habría de saberlo más adelante, en cuanto él le contestara, diciéndole que todavía la amaba y que se uniría a ella para planear una huida al extranjero.

Zefim le contestó lo siguiente:

*“Todo ha sido descubierto. Es el deber de todo aquel que sienta como ser humano tomar partido contra una secta que está signada por el placer de asesinar y de verter sangre. Sus camaradas serán perseguidos. Si no la denuncio, es porque una vez la he querido y porque creo que Usted no tiene conciencia de la gravedad de los crímenes cometidos. Considero que los hechos terribles en los que Usted está implicada son un error atribuible al estado enfermo de su espíritu. Yo no la conceptúo como una asesina, sino como una persona que ha perdido el juicio; mejor dicho, como una persona seducida por el fanatismo de embaucadores. Por lo tanto, podrá comprender por qué no acepto la cita que Usted me propone. Sin embargo, yo no he de denunciar su paradero, pero me apresuro a decirle que a la larga tampoco estará segura en Moscú. Huya lo más rápido posible al extranjero, antes de que otros sigan su pista y la descubran. Tenga en cuenta qué es lo que la espera en caso de ser descubierta”. (firmado) Zefim.*

Esta carta fue entregada al mensajero que partió enseguida. Poco después, Zefim se dirigió al Departamento de Policía. Allí Zefim dio información detallada sobre el accionar y los principios de esa secta que había actuado hasta ese momento en Kiev en la oscuridad, tendiendo redes siniestras y seduciendo a sus víctimas a las que llevaba al sacrificio más cruento. Zefim señaló cuáles eran sus guaridas y mencionó a algunos de sus miembros, aunque calló qué responsabilidad le cabía a Dragomira en esa horrible trama.

El Jefe de Policía puso en movimiento toda la maquinaria a su servicio y envió a gente de su confianza en todas direcciones. Primeramente, se encargaron de rodear la taberna roja. Una barca sobre el río, llena de agentes, vigilaba la vía por agua como posible escape; mientras que otro funcionario, acompañado de policías, golpeó a la puerta, que nadie abrió y, por lo tanto, se hizo venir a un cerrajero para irrumpir en su interior. El patio estaba vacío y toda la casa parecía muerta. Cuando la policía se metió en la taberna propiamente dicha, se descubrió que sus habitantes habían huido con gran prisa y confusión. Todo estaba patas para arriba y algunas cosas inclusive aparecían desparramadas sin sentido en el vestíbulo. Un interrogatorio a los vecinos echó algo de luz, porque se supo que la patrona se había escapado río arriba en una barca con sus secuaces. Por otra parte, la casa en la que Dragomira había conjurado a los espíritus amados por el Conde Soltyk también estaba vacía.

Entretanto, un funcionario se había apersonado a la casa del comerciante Serguich y lo había interrogado. Serguich se comportó como si él no tuviera nada que ver, pues su conducta iba acompañada de un gesto de ingenuo estupor a todas las preguntas que se le formulaban. Por momentos también mostraba un increíble escepticismo ante lo que oía, como si se le estuvieran narrando cuentos de hadas.

—A pesar de todas sus negativas, tenemos la prueba de que una dama ha venido a su casa de vez en cuando para cambiarse con ropas masculinas y así vestida dirigirse hacia la taberna roja.

–¿Han llegado a saber eso? –dijo Serguich con gran presencia de ánimo. Entonces ya no puedo proteger más a esa dama. Se trataba de la Señorita Malútina, con cuya madre yo me hallo desde hace muchos años en estupenda relación amistosa. Ella asumía ropas masculinas en mi casa, porque asistía a una cita con el Conde Soltyk. No tengo idea de dónde se realizaban esos encuentros y si eran en la taberna roja.

Enseguida el funcionario registró la casa de Serguich pero no halló nada comprometedor. Sin embargo, las afirmaciones del comerciante dieron pie para hacer registrar también la casa de Dragomira. Como allí los funcionarios se encontraron con la casa cerrada a cal y canto, pudo averiguarse en el vecindario que los dueños habían partido. Con una orden policial pudo irrumpirse en la vivienda, violentando la puerta principal. Los agentes encontraron de igual modo aquí también el nido vacío y tampoco el allanamiento arrojó nada sospechoso. La policía se encontró, por lo tanto, en un callejón sin salida, tanto más cuando al día siguiente, se enteró de que los camaradas de Dragomira realmente no habían escapado, sino que habían extendido su accionar.

Cuando a la noche siguiente Zefim volvía del Casino de Oficiales y cruzaba una callejuela solitaria y oscura, se aproximó a él una muchacha muy acicalada y vistiendo con extravagancia. Zefim tuvo la intención de dejarla pasar, pero la dama lo detuvo y le pidió fuego para su cigarrillo. Cuando el joven le extendía la llama, sintió un fuerte golpe en su pecho, mientras vio relucir ante sus ojos la hoja de un cuchillo. Zefim dio de modo instintivo dos pasos hacia atrás y desenvainó su sable; pero cuando lo hizo, la atrevida atacante ya había desaparecido en la esquina. Trató de perseguirla, pero enseguida descubrió que la dama se había evaporado. Por suerte, el golpe recibido había sido atenuado por la cigarrera de plata que había obrado de escudo.

La misma noche un agente de policía que tenía como misión vigilar la taberna roja fue agredido por dos sujetos, que primeramente actuaron como borrachos, para luego golpearlo con palos; sin embargo, cuando el agente sacó a relucir su revólver, se escabulleron y dispararon tiros al vacío. Ambas figuras también parecieron tragadas por

la tierra, cuando el agente quiso ir en su persecución, pero era claro que habían desaparecido río abajo.

## 22. Los sufrimientos de los condenados

*“Dejad toda esperanza,  
Los que aquí entréis”.*

DANTE

Un día de placer, de dulce embriaguez parecía seguir al otro sin pausa, pues, al parecer, Dragomira había encontrado en los brazos de su esposo el modo de olvidarse del mundo, de los peligros que la amenazaban, de su misión y de los temibles deberes que su comunidad le imponía.

Una noche determinada reapareció Henryka. Unos días antes el Apóstol había mandado a la muchacha a Kiev para que se interiorizara sobre la situación en la ciudad y diera un informe detallado del estado de la cuestión. Cuando la joven emisaria, ya de regreso, golpeó con delicadeza a la puerta de la alcoba de Dragomira, esta se sobresaltó, porque el ruido le sonó como una ominosa y seria advertencia. Por ello, Dragomira se irguió, ordenó sus suaves cabellos que caían hasta sus hombros como una cascada jubilosa en amonestadoras oleadas de oro y de sol, y se comió a atender el llamado inoportuno que venía del exterior.

–¿Qué novedades traes? –le preguntó a Henryka. La jovencita, entretanto, se echó a sus brazos y la besó con pasión. Luego ambas se sentaron junto a la chimenea y en voz baja se internaron en los temas que las ocupaban.

–Vengo de la ciudad –empezó diciendo Henryka–. La situación es mala, aunque hasta ahora no han descubierto a ninguno de los nuestros. Sin embargo, los sabuesos están sueltos buscando en cada rincón como animales salvajes por el campo abierto sin dejar nada sin olfatear. La policía no cesa, siguiendo la pista de nuestros secuaces y lo peor es que está también detrás de nuestras huellas. Anita ha desaparecido no se sabe por dónde y Zefim es el más obstinado de nuestros perseguidores.

Dragomira dejó su mirada vagar por las llamas de la chimenea y se quedó en silencio.

–¡Vuelve en ti! Es el momento de obrar, si no quieres que todo se pierda. El peligro es inminente. No puedes seguir inmersa en sueños y galanteos.

Dragomira experimentó un fuerte temblor como alcanzada por un escalofrío. –Tienes razón. No hemos nacido para la alegría, sino para la renuncia, el dolor y el martirio. Dile al Apóstol que debe concederme esta noche como la última. Mañana estaré nuevamente junto a él; le entregaré a Soltyk apenas amanezca.

Así la noche transcurrió entre rosas y risas; y, cuando empezó a clarear el día, cuando entre las espesas cortinas empezó a filtrarse la pálida luz del amanecer, Dragomira se levantó, se arrebujó en sus pieles bordadas de hilos de oro que le llegaban hasta los pies, ató sus cabellos rubios con una cinta roja, atizó las brasas en la chimenea y agregó un macizo tronco al fuego para enseguida despertar a su esposo.

–¿Cuáles son tus órdenes? –preguntó Soltyk, irguiéndose sobre la piel de oso que se extendía a los pies de Dragomira.

–Ya hemos vivido inmersos en los sueños tiempo suficiente. Ahora ha llegado la hora de despertar. Fuimos felices, pero la dicha es solo una sombra pasajera en este valle de lágrimas. Prepárate para el dolor y el martirio, amado mío, pues ellos son la parte verdadera de esta vida. Pero si los aceptamos por propia voluntad alcanzaremos la bienaventuranza eterna.

–¿Enseña esas cosas la cofradía a la que perteneces?

–Sí. Esto y mucho más. Hemos pecado por haber sido felices. Inclusive pecamos al respirar. Por eso tenemos que expiar esa dicha, así como el hecho de existir, pero lo haremos no solo renunciando, sufriendo y martirizándonos; sino, finalmente, con la muerte.

–No hables de muerte –dijo Soltyk.

–No sospechas, amigo mío, qué cerca estás de ella.

–¿De mí? ¿Te has vuelto loca?

–¡Prepárate! –contestó Dragomira con la mayor calma–. Yo seré la sacerdotisa y tú, la víctima. Así has de expiar tus pecados. Y cuando la humillación y el martirio hayan limpiado tu alma, entonces yo te indicaré el camino hacia Dios, como una vez Abraham se lo indicó a Isaac.

–¿Quieres matarme?

–Sí. Yo voy a sacrificarte.

–¿Estoy soñando? –exclamó Soltyk dando un salto–. ¿He perdido el juicio? ¿O eres tú la que ha perdido el juicio? ¿Dónde he venido a parar?

–Estás en mis manos.

–¿Y tú vas a traicionarme? ¿A quién me entregarás?

–Tú me lo habías dicho: “Toma mi sangre, si eso deseas” –contestó Dragomira–. Yo la tomaré ahora; ese es mi deseo.

–¿Sabes bromear? –Soltyk largó una carcajada, mientras Dragomira lo miraba. Ella se puso de pie y apretó un botón oculto en la pared.

–¿Qué haces?

–Llamo a mis camaradas.

–¿Para qué?

–Porque veo que tú no te entregas de propia voluntad a tu destino.

–¿Vas a utilizar la violencia? –clamó Soltyk–. ¿Contra mí al que amas, contra tu propio esposo?

–Sí.

–¿De dónde surge de pronto este odio, este impulso a matar?

–No se trata de odio, sino de amor. Porque te quiero, voy a salvar tu alma de la perdición eterna.

–¿Piensas que no sabré defenderme? Todavía soy libre; no dejaré que me maten como a un cordero.

–No comprendes que eres mi prisionero. Para ti ya no existe la fuga.

–¡Mujer endemoniada! ¡Serpiente! ¡Quieres que me vuelva loco!

El Conde la llevó a Dragomira hacia un rincón y empezó a ceñir su cuello con las manos. Y la habría estrangulado, aunque Dragomira se defendía, si Karov no hubiera aparecido de modo inesperado desde atrás y no hubiera tirado al suelo al Conde. En el instante siguiente se lanzaron otros dos hombres sobre él y, cuando lo habían reducido completamente, Karov le puso el pie sobre la nuca. Así fue enlazado Solytk de manos y pies con la rapidez de un verdugo. Cuando luego lo alzaron, Solytk echó una mirada llena de odio a Dragomira, quien lo observaba tranquila y sin experimentar lástima.

–¿A quién se lo entregamos? –preguntó Karov.

–Al Apóstol.

En ese mismo momento se descorrió el cortinado y el sacerdote se mostró en el umbral.

–Aquí está la víctima del sacrificio que habías solicitado –dijo Dragomira–. Tómalo. Mi misión estará así cumplida. Espero ahora tus próximas órdenes.

Como primera medida, el Apóstol ordenó que llevaran al prisionero a la cárcel subterránea y que allí se lo cargara de cadenas, dejándolo en total oscuridad y soledad, sin comida ni bebida, hasta la mañana siguiente. Luego de ese tiempo, apareció él mismo en la celda para exhortar al pecador al arrepentimiento y la penitencia. Sin embargo, al principio Solytk no contestó a ninguna de las preguntas que le formularon, y, solo cuando el Apóstol se adentraba más y más en su insistencia de analizar su conciencia, el prisionero reaccionó con orgullo, diciendo: –Con astucia, traición y violencia has conseguido tenerme en tus manos y ahora puedes hacer conmigo lo que te plazca. Pero nunca conseguirás que yo por propia decisión me someta a vuestros sangrientos designios. El Conde Solytk puede que sea un pecador, pero nadie deberá decir que fue cobarde y pusilánime.

Después de que el Apóstol hubo desplegado todo su arte retórica tratando de convencer al prisionero, ascendió al piso superior de ese

castillo devenido templo y dijo a sus acólitos: –Es más arrogante que ningún otro que hubiéramos tenido aquí antes. Tendremos que doblarlo antes de poder pensar en que haga penitencia.

–Permíteme a mí quebrar su resistencia –pidió Henryka.

–No. El peligro crece de día en día. No podemos perder tiempo. Para vencer a este malhechor, hacen falta otros brazos más fuertes que los de una simple muchachita.

A una señal del sacerdote descendieron al subsuelo Karov y Tabich con sendos látigos. Una hora más tarde, Karov informaba que ellos habían hecho todo lo posible, pero que el prisionero no se daba por vencido. El Apóstol frunció el entrecejo y se dijo como para sí: –Eso ha de verse.

Después de esto, el sacerdote bajó él mismo a las profundidades del castillo, una vez propiedad de un *stárosta*, ordenando que se le trajera al prisionero a la zona más aislada. Soltyk fue conducido maniatado a un amplio recinto abovedado, que aparecía siniestramente iluminado por una lámpara y un cantero lleno de brasas ardientes. El Apóstol se sentó en una silla junto a la pared, mientras sus pies descansaban sobre una piel de oso. Hacia un lado se ubicaron sus secueces, prontos a obedecer cualquier señal que se les diera.

–¿Vas a resistirte todavía? –le preguntó al Conde que se erguía maniatado frente a él–. Yo me hallo aquí ante ti como representante de Dios. Soy tu Amo y tu Juez. ¡Arrodíllate y adora a tu Señor en la figura de su Supremo Sacerdote!

Soltyk no respondió.

–¿Te niegas?

–No lo haré.

El Apóstol hizo una señal y dos hombres se acercaron, agarraron a Soltyk y lo acostaron sobre una plancha provista de pinchos punzantes de hierro que tenía como base una mesa de piedra. Una vez que el condenado a la tortura fue encadenado a la pesada piedra de la base, los verdugos comenzaron a tensionar hacia arriba las manos ya ligadas para que coincidieran con la parte superior de la tabla de la tortura. Soltyk resistía con una valentía demoníaca ese cruel martirio,

sin decir una palabra, sin dejar escapar de sus labios ni un solo sonido. Cuando la tortura había durado lo suficiente, el Apóstol liberó al condenado por unos pocos minutos.

–¡Contigo hay que emplear medidas más extremas todavía! El diablo se ha posesionado de tu cuerpo en un grado mayor del que yo suponía.

El Apóstol hizo otra señal a Karov para darle instrucciones. Del cielo llovió un aro de hierro y ahora se lo colgaría a Soltyk de ese sostén. Siguiendo ese programa, se lo encadenó ahora a Soltyk suspendiéndolo de sus brazos. Cuando Soltyk ya estaba en esa posición, de entre las sombras surgieron las figuras de Dragomira y Henryka para tomar en sus manos los hierros puestos al rojo vivo en las brasas.

–¡No te enojas conmigo! –le dijo Dragomira a la víctima, mientras por otro lado le acariciaba el cabello que caía de una frente bañada en sudor–. Haré lo que es necesario hacer. Te haremos padecer aquí en la tierra las torturas de los condenados; aquí donde ellas durarán un instante, para precaverte de las torturas eternas del más allá. Por amor debo hacer te padecer. Por amor debo incrementar tus sufrimientos. Y esto sucederá hasta que la verdadera humildad cristiana penetre en tu corazón.

Sintiendo un goce diabólico, Henryka aplicó el primer contacto de los hierros a esos ojos tan cautivantes y soñadores. Dragomira le siguió, produciendo en su aplicación de los hierros el siseo siniestro del contacto con la carne. Todavía el orgullo podía servirle de escudo ante la horrible tortura al martirizado, pero no por mucho tiempo más. De repente Soltyk dejó escapar un suspiro de su pecho ante esos dolores sobrehumanos, luego llegó un quejido y enseguida un alarido. Sus torturadoras hicieron una pausa, esperando el resultado.

–¿Vas a humillarte mostrando arrepentimiento y dolor como para confesar todos tus pecados? –le preguntó el Apóstol.

–¡No!

El sacerdote hizo un gesto y de nuevo las dos terribles discípulas repitieron su trabajo. Nuevamente se oyó un alarido de horror y Soltyk pidió clemencia.

–¿Vas a deponer tu actitud?

–Sí.

–¿Estás dispuesto a mostrar humildad?

–Sí.

El Apóstol ordenó entonces desatar al prisionero. Cuando Soltyk estuvo de pie ante él, con la mirada hacia el piso y las manos atadas a la espalda, se había transformado en una sombra del ser soberbio que una vez había causado la admiración de toda Kiev.

–La penitencia que logramos por medio de la violencia no tiene el mismo valor que la voluntaria sumisión ante el mandato divino. ¡Piénsalo bien! En tu caso me parece que lograr la humildad es un arrepentimiento incomparablemente mayor que el que lograría cualquier otro martirio. Espero ver si tú mismo puedes dominar tu soberbia y te humillas ante mí por propia voluntad. Si lo hicieras con alegría y entusiasmo, entonces sería mucho mejor para ti y la salud de tu alma.

En este momento le quitaron a Soltyk las ligaduras y el Apóstol ordenó: –¡Ven para aquí! –Y con su largo y oscuro abrigo de pieles el sacerdote parecía corporizar la fría majestuosidad despótica de un tirano asiático sentado sobre su trono–. Yo estoy en el lugar de Dios y tú has de postrarte sobre el polvo ante mí, como un pobre y pecador ser humano.

Soltyk dudó por unos segundos, luego se desplomó de rodillas ante el sacerdote.

–¡Más cerca, hijo mío! Acuéstate a mis pies, con el rostro hacia el suelo, para que yo pueda doblar la soberbia sobre esa nuca.

Soltyk hizo lo que le pedían.

–Yo soy tu Señor y tú eres mi esclavo –dijo el Apóstol, poniendo su pie sobre la nuca del Conde.

Sin embargo, en el momento en que Soltyk sintió el contacto del pie del sacerdote, se despertó en él de nuevo el viril orgullo; pegó un salto y se abalanzó furioso sobre el Apóstol. El sacerdote estaba siempre preparado para este tipo de conductas y, por eso, con la rapidez de un rayo golpeó al Conde en el rostro con el mango del látigo que

llevaba escondido entre sus ropas. Frente a este golpe, Soltyk trastabilló y así lo prendieron los dos secuaces y volvieron a atarlo.

–¡Sigues siendo indomable! ¡Que vuelva a probar el gusto de los hierros!

Otra vez las discípulas pusieron mano a la obra, aunque ahora fue la víctima la que se declaró más rápidamente vencida. Soltyk gemía, gritaba y, al mismo tiempo, pedía piedad. Y, cuando finalmente, lo soltaron, el Conde cayó a tierra como un bulto inanimado. Por un rato lo dejaron en esa postura. A una indicación del Apóstol, Karov abandonó la sala de torturas junto con los otros hombres; solo permanecieron allí las dos muchachas y el Apóstol junto a su víctima.

Cuando el Conde volvió en sí, las discípulas le quitaron las ligaduras y lo guiaron hasta el lugar donde estaba sentado el Apóstol.

–Óyeme bien. Mi paciencia está al límite. No bien muestres cualquier indicio de resistencia o desobediencia, caerán sobre ti nuevos martirios que comparados con los que ya sufriste, los superarán con creces. Por eso te ordeno ahora: ¡Arrodíllate!

Soltyk cayó sin decir una palabra a los pies del sacerdote.

–¡Tú, esclavo miserable, has atentado contra mí, el representante de Dios en la tierra! Y yo soy aquí tu Sacerdote, tu Juez y tu Amo. Por ello has de ser domeñado como un perro –diciendo esto, el Apóstol le pegó una bofetada al Conde, al tiempo que agregaba–: ¡Besa la mano que te castiga!

Soltyk besó esa mano.

–¡Póstrate ante mí!

Soltyk obedeció y el Apóstol empezó a pisarlo como un sultán irascible que castigara a su esclavo indócil, pero también como un amo a su perro. Luego, el sacerdote ordenó al Conde que le besara el pie con que lo había pisado. En ese momento Soltyk apretó sus labios contra el pie del Apóstol. Repitiendo sin cesar las humillaciones, se lograba así una sumisión que estaba llamada a ser aquella de un perro domesticado ante las órdenes caprichosas de un amo airado.

Dragomira tuvo un momento de estremecimiento al ver de ese modo humillado y maltratado justamente al hombre con el que hasta hacía poco había vivido los más dulces sueños de la dicha; pero esto no sucedía porque ella sintiera lástima, sino porque una sensación misteriosa recorrió su médula espinal que aparecía como mezclada entre el goce y el horror. Y este sentimiento era tan sobrehumano que, cuando después encerraron a Solyk de nuevo en la cárcel subterránea, ella corrió a postrarse ante el Apóstol para besarle también los pies.

## 23. La última carta

*“Los dioses de la venganza obran en silencio”.*

SCHILLER

Zefim había regresado del campo de ejercicios, cuando vio aparecer al Padre Glinski. En el último tiempo se había operado una transformación en la figura de este jesuita, quien había sido una vez un modelo de elegancia, amabilidad y distinción. El Padre Glinski parecía haber envejecido en muchos años; su rostro estaba desfigurado por las arrugas y la palidez. Sus cabellos, antes tan esmeradamente peinados, aparecían ahora en desorden sobre las sienes. Sus ojos, siempre chispeantes antes, miraban ahora con opacidad delante de sí, acreditando una increíble preocupación. Su atuendo también aparecía descuidado; pues era evidente que había estado muchos días y noches con la misma vestimenta. Agotado, el jesuita se sentó en la primera silla que encontró y miró al joven Oficial con una mezcla de tristeza y desconcierto.

–¿A qué debo el honor de su visita?

–¿Acaso no sabe lo que ha sucedido?

–¿En qué dominio, pues en estos días las noticias se suceden sin interrupción?

–Hace rato que yo estaba detrás de estos crímenes, detrás de las pistas de todo esto –dijo el jesuita–; pero en el momento decisivo me comporté como un débil y un ciego; dejé que me confundieran. Nunca me lo perdonaré. ¡Oh, mi pobre Conde!

–¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué le pasó a Soltyk de malo?

–Esa fatalidad se ha dado de modo tan repentino que yo me siento perdido. Dragomira es un miembro de esa terrible secta que pretende adorar a Dios mediante la conducción de seres humanos al sacrificio más sangriento. Ella es una cazadora de almas que tiene como misión atraer a su red a los desprevenidos para después entregarlos al cuchillo del sacerdote. Ella enredó primero a Soltyk, ganando su amor hasta conseguir embriagarlo con su pasión; luego con toda prisa consiguió tornarse su esposa. Ambos han escapado hacia Moscú, y desde allí pretenden salvarse, pasando al extranjero. Esto es lo que me ha escrito el Conde.

–Lo mismo me ha escrito Dragomira a mí –dijo Zefim.

–¿Y Usted cree todo eso?

–Hasta ahora no he tenido motivos para dudarlo.

El jesuita agitó la cabeza. –Nos han escrito esto para engañarnos. Si realmente hubieran viajado a Moscú y luego al extranjero, las noticias habrían sido distintas. ¡No, no puede ser! Tengo un inmenso temor; mejor dicho, estoy seguro de que Dragomira mantiene al Conde en alguna madriguera secreta de esa banda asesina y espera darle la muerte después de hacerle sufrir torturas indecibles.

Al decir esto el anciano se puso a llorar.

–Creo que Usted ve todo de modo demasiado tenebroso –dijo Zefim, tratando de confortarlo.

–¡Oh! Eso me lo dice el corazón –dijo el jesuita–. El Conde está perdido. Nadie podrá ya salvarlo.

Zefim empezó a recorrer el cuarto de un extremo al otro y luego se detuvo delante de Glinski. –Tengo que confesarle algo: yo he querido salvar a Dragomira, a causa del amor que le había profesado. Si me promete no dañarla, podría ponerlo sobre la verdadera pista.

–¡Por amor de Dios, aquí tiene mi palabra de que no emprenderé nada que esté en contra de lo que Usted desea. Dígame, por fin, qué es lo que sabe.

–Una vez acompañé a Dragomira hasta Meshkov, donde ella debía encontrarse en una antigua finca con el sacerdote de su secta. Quizás sea esa una guarida de los Donadores Celestiales; quizás se lo haya llevado a ese lugar.

–Puede ser. En Meshkov asesinaron a Taraievich y también en las cercanías embaucaron a Pikturmo –dijo el jesuita, presa de la mayor agitación.

–Entonces tengo una sospecha bien fundamentada de que también en la finca de la Señora Malúтина en Boyary y en el cercano castillo de Okotsin esta secta realiza sus mayores fechorías.

–¿Cómo podríamos proceder irrumpiendo en esos lugares sin precipitar a Dragomira a su perdición?

Zefim se quedó por unos momentos callado. El Oficial luchaba dentro de sí mismo una singular batalla. Por fin le dio la mano a Glinski, diciendo: –No puedo hacerme cargo de la responsabilidad de querer salvar a Dragomira, cuando por otro lado eso significaría enviar a la muerte a otro ser humano. Yo le he contestado su carta; le he advertido del peligro que la rodea y le he aconsejado huir. Si ella ha preferido quedarse, no puedo reprocharme nada. Seguir protegiéndola querría decir que me convertiría en cómplice de sus crímenes. Venga conmigo. Vamos al Departamento de Policía e inmediatamente organizaremos el modo de liberar al Conde de las garras de esa banda de dementes fanatizados.

–Le agradezco. Por fin puedo respirar un poco con un rayo esperanza. Estoy listo. ¡Pongámonos enseguida en camino!

Los dos hombres bajaron precipitadamente las escaleras, llamaron a un cochero que pasaba, subieron al trineo y se dirigieron al Departamento de Policía, donde enseguida fueron recibidos por el Jefe. Zefim comunicó de inmediato todo lo que sabía. Y con suma rapidez se activaron todos los mecanismos para la pesquisa por parte de la policía. Como se podía contar con una resistencia armada, se destinaron todas las fuerzas posibles para equipar a los agentes que se pondrían en camino. No había pasado ni un cuarto de hora cuando ya

estaban listas para partir tres expediciones: una iría hacia Meshkov, la segunda a Boyary y la tercera a Okotsin.

Sin embargo, en el mismo momento partieron también mensajeros a caballo enviados por Serguich en las mismas direcciones para advertir a los hermanos y hermanas de la sangrienta comunidad acerca del inminente peligro que a todos acechaba.

El jesuita y Zefim, por otro lado, se habían unido a los funcionarios que con media docena de agentes y otro número igual de policías rasos se dirigirían con toda prisa hacia Meshkov. Arribaron allí al mediodía y lo primero que hicieron fue rodear el edificio principal de la finca con intención de allanarlo. Durante un largo rato no hubo respuesta desde adentro, hasta que finalmente apareció una vieja en traje aldeano y les abrió. En ese instante preguntaron si había alguien en el edificio aparte de ella y la aldeana contestó que no había nadie y que todo pertenecía a una hermandad piadosa.

–Sí. Ya conocemos esa banda de asesinos.

Ante esta afirmación, la vieja se persignó y dijo: –Son gente bondadosa. Son amigos de los desdichados. Cuidan enfermos y alimentan a los hambrientos.

–Abre la casa –ordenó el funcionario.

La vieja abrió, de modo que un grupo, formado por el mismo funcionario, tres agentes con el revólver en la mano, Glinski y Zefim, entró en ella. La tarea fue registrar cuarto por cuarto, pero no se halló nada sospechoso. La policía se encontró allí desconcertada.

–Tiene que haber algún recinto en el subsuelo que se nos escapa –dijo el jesuita al funcionario. Este último se puso, entonces, a interrogar a la vieja, quien negaba saber algo, pero afirmó que existía una habitación subterránea. Por ello, el funcionario con Zefim y uno de los agentes fueron a investigar el sótano, mientras que el jesuita con los otros dos agentes trataban de descubrir alguna trampa en el suelo de las habitaciones.

Después de levantar algunas pieles y alfombras del piso, lograron descubrir un vestíbulo, cuya superficie estaba cubierta con tapices de

cuero y esto despertó muchas sospechas. Investigando de esta manera, un agente se puso a golpear en distintos puntos y se dio cuenta de que en algunos lugares sonaba a hueco. Los agentes quitaron el recubrimiento de cuero, que estaba asegurado con clavos. Allí apareció una trampa en el piso que enseguida se vio estaba provista de una manija. Todos se apresuraron a levantar la trampa desde los ángulos y encender todas las lámparas que encontraron para poder descender con cautela en las tinieblas del subsuelo. Dos de los agentes iniciaron la marcha y el funcionario, Zefim y Glinski los siguieron, mientras el tercer agente permaneció en la entrada del pasadizo.

Una vez abajo, la comitiva empezó a penetrar en ese submundo tenebroso y secreto. La primera cámara que encontraron fue el pequeño habitáculo oscuro, donde Henryka había hecho su primera prueba de noviciado. Luego se toparon con una puerta de hierro que estaba cerrada y que no podían abrir a pesar de emplear toda la fuerza posible. Uno de los agentes subió, entonces, a buscar barras y hachas para violentarla. Así, después de muchos esfuerzos consiguieron hacer saltar los goznes y de ese modo estuvo libre el camino para pasar por un corredor a las siguientes celdas y a la sala abovedada, donde habían sido torturadas las víctimas. Aquí solamente encontraron los instrumentos de tortura; pero luego pudieron quebrar puertas de los otros recintos, lo que les permitió venir a dar a un escenario del horror.

En la primera celda encontraron una tumba cerrada de reciente excavación, pero en la segunda sobre un jergón de paja había un hombre al que se lo había enceguecido y quitado la lengua. Este pobre individuo alzaba los brazos pidiendo auxilio, mientras trataba de articular sonidos que solo resultaban los de una bestia herida. Luego había una serie de celdas vacías; pero en la penúltima se hallaba una mujer, a medias desnuda y atada a una cadena, que a causa de los innumerables acosos que había sufrido, se había vuelto loca. Sus hombros mostraban las huellas de los latigazos y sus miembros estaban ensangrentados, pero la desdichada cantaba una canción alegre y, ante sus salvadores, lanzaba carcajadas.

En la última celda encontraron a otro hombre sobre una tabla de tortura donde sobresalían los clavos de hierro. Este individuo era la única persona que podía dar alguna información. Sin embargo, tampoco de él se pudo extraer demasiado que pudiera servir para trazar las huellas de los asesinos piadosos. Se pudo saber, sin embargo, que una bella muchacha había hechizado su corazón y sus sentidos; mediante esta intriga se lo había conducido a este antro, donde el incauto debía confesar sus pecados y hacer penitencia bajo horribles torturas. Este hombre describió a la cazadora de almas como una muchacha de pequeña altura, pero robusta y de cabellera oscura. Por lo tanto, no se trataba de Dragomira. Con todo, este perfil coincidía con otra imagen que Zefim tenía en su mente, aunque el Oficial no pudo decir cuál. Entretanto, el funcionario hizo que los rescatados fueran conducidos a los cuartos superiores.

En un momento dado, se decidió que había que abrir la tumba excavada en el primer recinto. El temor de Glinski de que Soltyk hubiera sido asesinado y enterrado en este lugar se mostró infundado. Lo que se encontró en la fosa fue el cadáver de una mujer que presentaba marcas de cuchillos como causa de su muerte. Por otro lado, se arrestó a la vieja encargada que decía no saber nada. Los policías rasos permanecieron de vigilancia en el lugar. El funcionario principal regresó a Kiev con dos de los agentes. El resto de la comitiva se dirigió hacia Boyary, pasando por Komchinó, la finca de Soltyk. En la finca de la Señora Malúтина se reencontraron con el funcionario que había registrado la casa y cuestionado a la gente de la aldea cercana. Nada que suscitara la sospecha había podido colegirse de estos registros. Los servidores, así como los aldeanos, habían asumido que los dueños habrían viajado a Moscú. Tampoco el registro de los subsuelos arrojó nada conclusivo.

La expedición que había registrado el castillo de Okotsin regresó a Boyary sin ninguna conclusión. Allí se habían investigado los subsuelos, pero todo en vano.

–Yo doy por sentado que han ido a Moscú para pasar de allí al extranjero –dijo finalmente Zefim.

–Tendríamos que creerlo. Bueno, al menos hemos cumplido con nuestro deber. No tenemos otros puntos de referencia para continuar con la persecución por el momento. Quizás el azar nos pueda ayudar y traiga un poco de claridad en todo este mar de incertidumbres. Todo esto no solo me tiene en ascuas, sino que me angustia sobremedida –dijo, por su parte, el jesuita.

Llegados a ese punto de la investigación, toda la comitiva decidió regresar a Kiev. Glinski fue hacia el Departamento de Policía para solicitar que se continuara la pesquisa con un agente experimentado en Moscú. Zefim volvió a su casa y aquí encontró, para su gran sorpresa, a Henryka, quien lo esperaba desde hacía dos horas.

Henryka se veía cansada y pálida. Se hallaba recostada en un diván y con una dolorosa sonrisa le ofreció su mano.

–¿Qué es lo que la incita a verme? –preguntó Zefim, sin preámbulos.

–Los terribles sucesos de los últimos días. Y, además, el deseo de advertirle del peligro. Por otro lado, el miedo que me provoca el destino de Anita. ¿Sabe que ha desaparecido? ¿Y que nadie conoce su paradero? ¿No teme que haya caído en las manos de Dragomira, así como Soltyk?

–No. Con respecto a eso no tiene que preocuparse.

–¿Usted sabe dónde se encuentra Anita?

–Sí.

–Eso me alegra. Me devuelve la tranquilidad al cuerpo. ¿Y dónde está Dragomira? ¿Tiene noticias de ella?

–Ella me escribió que iría a Moscú y que de allí quería huir al extranjero.

–Eso no es más que una mentira y un engaño. Ella quiere confundirlo. Yo estaba aquella noche en Komchinó cuando se casó con Soltyk. En aquel momento, ya me había quitado su confianza, dado que a mí se me había caído la venda de los ojos. Yo había comprendido que

debajo de la máscara piadosa se ocultaba su verdadero rostro. Yo sé, sin embargo, que no han ido a Moscú, sino a Moldavia.

–¿Con el Conde?

–Sí.

–¿No cree que ella lo haya asesinado?

–A Dragomira se le puede suscribir un hecho de esa naturaleza también. Ella es una bestia salvaje, sedienta de sangre como un tigre. ¡Oh! ¡Cómo la había querido! ¡Y cómo me ha desilusionado y maltratado! –Al decir esto, Henryka se cubría la cara con las manos y lloraba desconsoladamente–. Yo creí en su misión, sin sospechar hacia dónde me llevaba. Yo fui su discípula, su servidora, su esclava. Yo tengo conmigo la marca de los latigazos que me ha propinado, pero yo era tan sumisa, tan obediente, porque la adoraba como a una diosa. Entretanto hice el horrible descubrimiento de que ella pertenece a esa secta que busca borrar los pecados del mundo vertiendo ríos de sangre.

–¿Y a Usted no se le ocurre ningún medio como para salvar al Conde?

–No. Yo a él lo considero ya perdido –dijo Henryka. ¡Si pudiéramos proteger a Anita de la venganza de Dragomira! Ella ha jurado llevarla a la muerte. ¿Dónde estará la pobrecita? ¿Está realmente segura? Dragomira tiene por todas partes espías y medios extraños. Ella habrá de saber cómo encontrarla; y, en ese caso, Anita estará a su merced.

–Su miedo es contagioso –dijo Zefim–. Es necesario que tome algunas medidas.

–¿Anita se encuentra aquí en las cercanías?

–Sí.

–¡Entonces llévela lejos, si es posible al extranjero! Ella no estará segura por aquí. No lo dude. No vacile ni un minuto.

Unos minutos después Henryka abandonó la casa con Zefim. Ella se despidió de él y simuló alejarse; pero, en realidad, lo siguió desde cierta distancia hasta verlo tomar un trineo y partir. Cuando el cochero del mismo trineo volvió a su puesto y ya había desuncido sus caballos, se acercó a él una dama muy elegante.

–¿Hacia dónde condujiste al Teniente Yadevski? –le preguntó.

-No debo decirlo.

-¿Tampoco si te diera veinte rublos?

-Yo he llevado al Señor a Kasinka Chica. Pero no le diga a nadie que yo se lo había dicho.

## 24. La víctima

*“No encuentro yo piedad...  
Los quejosos gritos por mi torturada agonía  
Se esfuman en la lejanía sin encontrar respuesta”.*

KOLZOW

Henryka se dispuso a viajar en un trineo desde Kiev hacia Kasinka Chica, disfrazada con traje aldeano. El plan era realizar un discreto espionaje allí y, luego, seguir camino hacia Okotsin. Cuando le contó a Dragomira que ya había detectado el paradero de Anita, esa mujer marmórea se sintió renacer; su pecho se hinchó y las aletas de su nariz se estremecieron como las de una bestia salvaje que huele el olor de la sangre, mientras que sus fríos ojos azules y sus mejillas se tiñeron de energía.

–¡Por fin! –exclamó Dragomira–. ¡Por fin, la tengo en mis manos! Te agradezco tanto, Henryka. Me has hecho inmensamente feliz –al decir esto atrajo hacia sí a su discípula y la besó.

–No es suficiente tener en nuestras manos a Anita; además tenemos que utilizarla como señuelo para atrapar a Zefim. A ti no te resulta difícil desarrollar tu inventiva, como para enlazarlo. Esboza un plan y enseguida lo ejecutaremos.

–Primero tenemos que sacrificar ante Dios a la víctima que ya poseemos. Después podremos dedicarnos a una nueva empresa.

–Tienes razón –dijo el Apóstol, quien había entrado a la habitación sin hacer ruido–. Si postergáramos la tarea, sería nuestra perdición. El peligro crece en cada hora que pasa. No sabemos cuánto tiempo todavía estaremos aquí seguros. Una vez hemos logrado engañar a nuestros perseguidores, pero no sabemos si lo conseguiremos una segunda vez. Voy a avisar que se reúna toda la congregación; vamos a celebrar una cena de amor y caridad y, luego, podremos consagrar la víctima a Dios. Quizás sea nuestra última consagración. Luego nos desperdigaremos y cada cual elegirá su destino. Yo permaneceré aquí y esperaré el final.

–También yo –dijo Dragomira, y Henryka la abrazó con entusiasmo, decidida también ella, a unir su destino para siempre con su maestra.

–Soltyk ha de morir –dijo Dragomira después de una breve pausa–. Yo estoy dispuesta a consagrarlo a Dios; pero, concededme una hora para prepararlo.

–Harás lo que encuentres correcto. Yo, por mi parte, voy a ordenar que todo el mundo te secunde. En una hora te espero a ti y a él en el templo ante el altar del Señor, a quien adoramos y ante quien buscamos la gracia eterna.

–Primero sacrificaré a Soltyk, y después a Zefim y Anita.

–¡Que Dios te bendiga! –dijo el Apóstol, regresando a su puesto.

Entretanto, Dragomira le pidió a Henryka que la asistiera con toda prisa para adornarse. Así, suntuosa y seductora, como una sultana bella y joven, Dragomira entró en la celda donde el Conde se hallaba acostado en un camastro. Ella aseguró en la pared la antorcha que había portado en sus manos y despertó al esposo de sus sueños. Soltyk la miró sin comprender.

–¿Tú, aquí? ¿Vienes a burlarte de mí? ¿O acaso has inventado nuevos martirios?

–No. Ya has hecho penitencia suficiente.

–No me engañes. Sería muy malvado de tu parte. ¿Te entiendo bien? ¿Me traes la libertad y la salvación?

–Ambas cosas. Pero no así como tú te la imaginas, mi amado. En una hora vas a morir.

–¿Morir? ¡Dragomira! ¿Esa es tu manera de amar?

–Yo voy a sacrificarte, porque te quiero; y porque ese es el único camino al paraíso.

–Es un cuento de terror.

–¡Domínate! Solo tenemos una hora, en la que todavía soy tu esposa.

–¿Y eso significará que no hay salvación?

–Ninguna.

–¿Y tú misma me llevarás a la mesa del sacrificio?

–Yo misma. Y lo haré también, porque pienso que la muerte por mi mano será una muerte dulce.

–Siempre y cuando yo la acepte.

Dragomira le quitó las pesadas cadenas, luego lo llevó hacia el mundo superior, hacia la luz. Dos jovencitos coronados de flores y vestidos con largas túnicas blancas, los esperaban. –¡Síguelos! –dijo Dragomira–. Ellos te han de adornar y, luego, te conducirán a mi presencia.

Soltyk la miró con desconfianza. –¡No temas! –dijo Dragomira, entendiendo su miedo–. No te defraudaré.

Los dos jovencitos condujeron al Conde a un recinto pequeño, pero ricamente decorado donde había preparado un baño para él. Allí lo atendieron como pequeños esclavos, desvestiéndolo, lavándolo con esencias perfumadas; y una vez que él había salido de la tina, lo unta-ron con otras esencias por el cuerpo y los cabellos. Al final le alcanzaron unas sandalias doradas y una túnica blanca, al estilo griego, que lo cubría hasta los pies, mientras le ponían una corona de rosas en la cabeza. Así ataviado lo condujeron al salón de estilo que parecía asiático por su decoración exagerada y se retiraron sin decir una palabra.

En ese salón se encontraba Dragomira recostada sobre un lecho cubierto con una piel de tigre. Su aspecto denotaba el cuidado que había tenido para vestirse: un pañuelo blanco bordado de oro contenía sus abundantes cabellos rubios a modo de turbante, mientras que

su cuerpo estaba ceñido por unas suntuosas pieles de armiño que forraban y adornaban el abrigo de seda también bordado de oro. En los pies asomaban unas babuchas de paño rojo todas recamadas. Ella le tendió la mano, al tiempo que le sonreía con una extraña sonrisa que era dolorosa y feliz a la vez.

–¡Qué bella luces así!

–¡Y tú también!

Soltyk estaba como embriagado a sus pies y la miraba con indecible placer. Ella, por su parte, le apartó los cabellos de la frente y luego con esos brazos de mármol o de marfil, animados de vida, lo rodeó por el cuello.

–¿Eres feliz?

–Permíteme ser feliz una vez más –murmuró Soltyk, en el colmo de la exaltación–. Y luego podrá llegar la muerte por tu mano y ser bien recibida.

Ella no le contestó, sino que lo atrajo con suavidad hacia su pecho para que sus labios ardientes se unieran en un beso.

–¿Ha llegado la hora? –preguntó Soltyk después de un rato.

Ella asintió.

–Prométeme una cosa –dijo Soltyk, arrojándose de nuevo a sus pies–. No me entregues a los otros. Mátame por propia mano.

–Te lo prometo –dijo Dragomira, en una especie de éxtasis salvaje–. Y todavía te prometo algo más. Mi misión todavía no estará completa ahora; pero una vez que ella esté terminada, lo que espero será pronto, yo te seguiré al más allá.

–¿Quieres morir?

–Sí, Yo anhelo salir de este mundo de miserias y de pecados. Ascender hacia la luz. Marcha tú primero, yo te seguiré.

–¡Júramelo!

Dragomira levantó ceremoniosamente su mano, diciendo: –¡Lo juro por el Omnisciente y el Todopoderoso!

Solyk la apretó contra su pecho y ambos se mantuvieron un rato unidos en una silenciosa bienaventuranza. Luego sonaron tres golpes abrumadores. El altar ya impregnado de sangre exigía una nueva víctima.

Solyk fue conducido a otro recinto. Se trataba de un amplio salón, bordeado con altas columnas, el que servía a los Donadores Celestiales como templo. Las paredes y las ventanas estaban recubiertas de seda celeste que aparecía bordada con estrellas de plata. Tres candelabros colgaban del techo y arrojaban una luz clara y como si fuera diurna. En el medio de la pared principal se levantaba el altar cuyo único adorno era una cruz de tamaño colosal con la figura de Cristo en agonía. Ante este altar mayor se encontraba otro menor, que se- mejaba a una piedra de sacrificio pagana, y estaba cubierta con flores y ramas de abeto y en su entorno crecían unas estupendas plantas exóticas que arrojaban un aroma dulce y embriagador. En el medio del salón se veía una mesa enorme en forma de U, cubierta con un mantel blanco como la nieve. Sobre ella había una vajilla preciosa de plata, con jarras y vasos de costosa hechura. La mesa estaba rodeada por silla de estilo antiguo. Hacia un extremo había un puesto más elevado que se reservaba para el sacerdote.

Un grupo de doce jóvenes de la más tierna edad era el encargado de distribuir la comida y la bebida del banquete. La Señora Malútna dirigía todo el operativo y así ella dio la señal de que todo estaba listo. Sonaron las trompetas que invitaban a la ceremonia de un banquete de amor y al posterior ritual del sacrificio. Se apartaron los cortinados que cubrían las puertas y por ellas entraron en pares los hermanos y hermanas de la comunidad; hombres y mujeres vestían túnicas blancas ceñidas por fajas rojas y estaban coronados de flores; también calzaban finas sandalias y en las manos portaban palmas rituales. Todos los grupos de la congregación rodearon el salón y luego se colocaron en dos hileras a ambos lados de la mesa.

En ese momento el nuevo sonido de las trompetas anunció que se aproximaba el Gran Sacerdote. Nuevamente se apartaron los cortinados y otro grupo de jovencitos hizo su aparición, tocando laúdes

y flautas; ellos vestían también túnicas blancas y estaban adornados con flores. A este grupo le siguió otro que tenía la función de arrojar flores a la asamblea y derramar incienso en la sala. Poco a poco fueron apareciendo más jóvenes: hubo uno encargado de la lectura de la Biblia y otro que portaba la cruz. Finalmente apareció el Apóstol vestido con una túnica blanca con bordados dorados a la que se agregaba un talar que tenía los bordes de marta cibelina. Sobre la cabeza esta vez el Apóstol lucía una especie de tiara papal. Después de bendecir a los congregados, quienes se habían arrodillado a su entrada, el Apóstol ocupó su lugar elevado, luciendo majestuoso como Sardanápalo en su trono. A una señal de su parte, toda la asamblea ocupó sus lugares para el banquete.

–¡Amados hijos! –empezó diciendo el Apóstol–. Quizás sea esta la última cena que podamos celebrar como recordatorio de nuestro Salvador Jesucristo, instaurándola según su doctrina y sus mandamientos. ¡Elevad, entonces, vuestra alma hacia Dios en esta ceremonia y recordad a su Hijo que una vez murió en la cruz! ¡Jurad de nuevo imitar su conducta y, cuando llegue la hora de entregar vuestra vida, como Él lo ha hecho así, hacedlo con obediencia y alegría!

A un gesto del Apóstol se acercaron dos jovencitos. Uno aportaba sobre una bandeja de plata un pan blanco sin levadura; el otro traía un cáliz de factura antigua con vino tinto. El sacerdote tomó el pan y lo partió, diciendo: –Lo hago como Jesús lo hizo y yo ahora digo en su nombre: “Este es mi cuerpo”.

Luego llevó el cáliz a sus labios, diciendo: –Esta es mi sangre. “¡Tomad ambos como recuerdo de mi sacrificio!”.

El pan y el vino fueron pasando de mano en mano, de boca en boca, mientras una música invisible sonaba con brío festivo y toda la asamblea cantaba loas al Señor.

Cuando los atributos cristianos hubieron vuelto al sacerdote, el sacerdote bendijo la comida y la bebida, diciendo: –Ahora disfrutad con un corazón puro y una alegría piadosa lo que Dios nos ofrece.

A partir de estas palabras comenzó la cena litúrgica. Se llenaron los vasos y se inició el murmullo de una charla amable. Nadie tenía puesto su pensamiento en la escena de sangre que sobrevendría. Alegres melodías acompañaban esta fiesta ominosa.

Cuando finalmente el Apóstol dio la señal para levantarse de la mesa, toda la asamblea obedeció como un solo hombre; hermanos y hermanas se colocaron formando dos largas hileras a ambos lados del altar. En un santiamén se quitaron las mesas. En ese momento sonaron las trompetas y una procesión de danzantes al estilo griego como bacantes y coribantes irrumpieron en el salón. En la delantera avanzaban muchachas calzando sandalias doradas con túnicas blancas con bordes de oro; sus brazos y hombros iban al descubierto, mientras sobre la cabeza portaban coronas entrelazadas con los cabellos. Estas bacantes y coribantes hacían sonar flautas y címbalos. Detrás de esta primera oleada de muchachas, venía una segunda que estaba cubierta con pieles de pantera. Este segundo grupo tenía varas de mando doradas en las manos y avanzaba cantando y danzando. Luego seguía el tercer grupo formado por las flagelantes con brazos y pies desnudos; ellas iban solo cubiertas con pieles y adornaban sus cabellos con cabezas de animales, aseguradas con cordeles de seda rojos; pero, además, esgrimían en sus manos los látigos. Finalmente aparecía el grupo sacrificial, con Henryka a la cabeza. Esta última agrupación calzaba sandalias doradas y vestía unas túnicas largas de seda blanca con bordes de armiño; los cabellos de estas sacrificiales caían sueltos, salvajes y brillantes, hasta sus hombros e iban adornados con lirios, aunque su detalle más llamativo eran los cuchillos de sacrificio en sus manos.

En el medio de este último grupo avanzaba Solyk y la procesión era cerrada por Dragomira quien marchaba con su traje blanco seguido de una larga cola; la cazadora de almas llevaba sobre los hombros una capa de seda roja forrada de pieles majestuosas de armiño y sobre la arrogante cabeza de dominadora una tiara de oro perlada de piedras preciosas.

Todas estas muchachas, jóvenes, bellas y seductoras, movían sus esbeltos y magníficos cuerpos en una danza de bacanal, mientras sus labios rojos que parecían ir en pos de sangre, gritaban alborozados y sus grandes ojos brillantes acompañaban gestos que subrayaban una risa cruel. Solo Dragomira caminaba como una estatua de mármol, con fría majestuosidad, y con una mirada sombría que expresaba la severidad e inexorabilidad de una sacerdotisa.

Cuando todos estuvieron reunidos frente al altar, el Apóstol se dirigió al Crucificado y pidió a Dios que tomara la sangre que habría de fluir a raudales como expiación por los pecados, tanto de los sacrificados como de toda la humanidad. Luego bendijo a la víctima del sacrificio y a toda la congregación, que se había arrojado de rodillas ante Él, y dijo la plegaria del sacrificio durante la cual todos los presentes asentían, golpeándose el pecho con los puños.

Así cuando resonó el “Amén” dicho tres veces, el Apóstol entregó a Solyk a la sacerdotisa. Ella se adelantó hacia el altar, haciendo una señal a su cortejo, para que la acompañara. En ese momento sonó una música salvaje y jubilosa, mientras una danza báquica se posesionó de los presentes. En ese momento, de manera cautelosa y felina, se acercaron, vestidas con pieles de panteras, cuatro de las bacantes que formaban el cortejo de la sacerdotisa, bellamente crueles, con la intención de abalanzarse de repente sobre Solyk, lanzando un grito salvaje. Una de ellas lo enlazó por el cuello con un cordel, mientras otra le colocaba una soga de seda alrededor de los pies.

Solyk cayó de rodillas y pronto las otras dos muchachas del cortejo le habían atado los brazos por la espalda. Ese momento aprovecharon las sacrificiales para acostar la víctima sobre el altar. Solyk clamaba, entretanto que tuvieran piedad.

Dragomira entonces contestó, levantándose los bordes de su amplia capa: –Encontrarás piedad en Dios.

En ese momento las pieles como de monarca que llevaba ella sobre los hombros cayeron al suelo, semejando una cascada de roja sangre. El cuchillo del sacrificio brilló en sus manos, mientras sus labios entre-

abiertos dejaban ver los dientes. De nuevo resonó la música; de nuevo iniciaron una loca danza las muchachas. Las varas de oro y los látigos, además de los cuchillos se movían balanceándose en torno al altar.

Dragomira se inclinó cariñosamente sobre su amado esposo y lo abrazó con un brazo por la nuca. Mientras aplicaba sus labios en los del Conde, su mano daba el primer golpe. El cuerpo tambaleante de la víctima exhaló el último suspiro, mientras las flautas y címbalos empezaron a sonar de modo dulce y melodioso, pero también con un tono salvaje. Entretanto, alrededor, la danza de las ménades se desataba en círculos furiosos, en la que ellas aparecían embriagadas por el olor de la sangre.

## 25. En la cruz

*“Sin lanzar un sonido muere el lobo”.*

LORD BYRON

Una madrugada el Padre Glinski fue despertado de repente. El judío que durante muchos años le había servido como espía exigía que lo recibiera con urgencia, pues traía una noticia importante. El jesuita se puso su ropa de cualquier manera, mientras su ayudante hacía pasar al informante.

–¿Tienes novedades de Solyk? –le preguntó el Padre Glinski a su fiel judío que vestía, como siempre, su largo *kaftán*.

–No. Pero he descubierto una pista importante que nos puede conducir adonde se encuentra el Conde.

–¿Qué has descubierto?

–Descubrí que Raquel, la que fuera la patrona de la taberna roja, ha encontrado refugio en Romshinó, en la finca de los Monkoni.

–¡Imposible!

–Sin embargo, es verdad. Si la Señorita Malúтина es una cazadora de almas, ¿por qué no ha de pertenecer a la misma secta la Señorita Henryka, que se había tornado su sombra?

–Tienes razón. Pero, ¿habrá de confesar esta Raquel, cuando hayamos conseguido arrestarla?

–Es una vulgar mujerzuela cobarde que no puede oler sangre. Evidentemente ella solo ha servido de auxiliar en estas cosas. Por lo

tanto, no le espera un castigo demasiado grande. Confesará. Y si no habla, se la obligará a hablar; pues es miedosa.

El Padre Glinski no dejó perder un minuto para comunicarse con la policía y, luego, con Zefim. Ambos se dirigieron acompañados de un funcionario y unos cuantos agentes hacia Romshinó. La comitiva tuvo la precaución de detenerse en un bosquecillo cercano y primeramente enviar a los agentes a diferentes puntos de la finca desde donde se podía divisar lo que ocurría en su interior. Recién después de ese rodeo, el grupo se presentó a la entrada, exigiendo libre paso. El *Kastelián* apareció mostrándose completamente turbado y declaró que no había nadie extraño en la finca. A pesar de ello, el funcionario exigió el paso y entró en el edificio con Glinski, mientras Zefim permanecía afuera, vigilando el pórtico. De repente se oyó un grito atemorizado que venía del jardín. A eso siguieron maldiciones, ruegos y, finalmente, se percibió un llanto desconsolado. No pasó mucho tiempo, cuando dos agentes reaparecieron con una muchacha en ropa aldeana que estaba tratando de evadirse por el parque.

–Soy de la aldea –clamaba la campesina.

–Ahá –dijo con sorna, uno de los agentes–. Yo te conozco mejor de lo que piensas. Tú eres Bassi Raquel. –Al decir esto, el agente le arrancó a la aldeana el pañuelo que cubría su cabeza.

La judía se hincó de rodillas, alzando las manos al cielo. –Yo no hice nada. No sé nada. Soy inocente.

–Eso habrá de verse –le contestó el agente–. ¡Adelante! ¡Marchando!

De ese modo la llevaron a una habitación de la casa, donde comparecieron también el funcionario y el jesuita.

–¡Ah! ¡Aquí estás tú! Vamos a ver. ¿Por qué te ocultas por aquí? ¿Qué fechoría has hecho? –empezó diciendo el funcionario.

–No he hecho nada. Soy inocente.

–¡No te lo creeremos! ¡Eres una asesina!

Raquel se desplomó a sus pies, diciendo: –Yo no he derramado sangre. Soy inocente.

–¿Dónde están tus cómplices?

–Yo no soy una asesina. Dios me habría de castigar, si hubiera hecho algo malo.

–Conoces a la Señorita Dragomira Malútina.

–Sí.

–¿Ella se presentaba seguido en la taberna roja?

–Sí.

–¿Por qué motivo?

–Se encontraba con diferentes señores.

–¿Con Pikturno y con Soltyk?

–Creo que sí.

–¿Sabías que ella era una cazadora de almas?

–No. ¡Por Dios! Yo no lo sabía.

–Estás mintiendo. También conoces a los otros. ¿Sabes que la Señorita Henryka Monkoni también pertenece a esta secta?

–Yo no sé nada. Yo conozco a la Señorita Henryka, pero a nadie más.

–¿Dónde se encuentra ahora Dragomira?

–No lo sé.

–No quieres hablar. Bueno, nosotros tenemos medios que te pondrán charlatana.

Raquel se quedó muda mirando el suelo. –¡Piedad! No sé nada. No puedo decir nada.

–¡Basta! –gritó el funcionario, dando un fuerte puntapié en el suelo–. Ahora vendrá el látigo y habrá dos damas en la punta de ellos que sabrán usarlo.

Uno de los agentes fue en busca de los medios para la memoria, mientras Raquel empezó a gritar, muerta de miedo: –¡Por favor! Soy una mujer. ¿Cómo pueden azotar a una mujer?

–Tanto mejor, así vas a confesar más rápido.

–¡No! ¡No! ¡A mí nadie me ha puesto nunca la mano encima! –gritaba la otrora patrona de la taberna.

El agente regresó con dos aldeanas corpulentas que traían en las manos sogas y *knuty*<sup>18</sup>. La temerosa judía, que se había echado llorando a los pies del funcionario, tuvo que tolerar que el policía la observara con una cruel sonrisa.

–¡Atenla!

–¡Piedad! ¡Piedad!

Raquel se defendía con todas sus fuerzas, pero no pudo resistir demasiado. La había atado y sentado junto a la estufa. Las dos aldeanas se habían colocado detrás cada una con un *knut* en la mano.

–¿Cuántas veces?

–Hasta que confiese.

Los látigos rusos comenzaron su horrible tarea. Después de cinco golpes, Raquel se entregó derrotada. –¡Basta! ¡Basta! Confesaré todo. ¡Desátenme, por favor!

–No. Hagan restallar el látigo otras cinco veces, así se pondrá bien blanda.

Los *knuty* continuaron su obra. Raquel gritaba y lloraba a todo pulmón, pero sus demostraciones no conmovían a nadie, ni al funcionario que seguía fumando su cigarro, ni a las aldeanas que nunca había tenido una presa tan extraña.

Cuando finalmente desataron a Raquel, ella confesó todo. Habló de su relación con el Apóstol y Dragomira, su participación en la muerte de Pikturmo y en otros horribles sucesos que hasta ese momento no tenían explicación. Reconoció que la secta tenía su guarida en la taberna roja, en Meshkov y en Okotsin; y que Dragomira había raptado a Soltyk con el propósito de sacrificarlo.

–¿Hacia dónde lo ha llevado?

–Eso no lo sé.

---

18 El *knut* es un instrumento proverbial en las obras de Sacher-Masoch, porque es el primer requisito de todas las escenas masoquistas. Se trata de una palabra rusa para un látigo de largas dimensiones que los propietarios de fincas en todos los territorios bajo dominio de los Zares usaban para domesticar a los siervos que eran de su propiedad. (Nota del traductor)

–¡Otra vez usaremos los *knuty*!

–¡Piedad! ¿Cómo habría yo de saberlo? Ella lo puede tener prisionero en Meshkov o en Okotsin.

El funcionario pasó a tener un conciliábulo con Glinski. Ambos decidieron que había que interrumpir el interrogatorio, regresar a Kiev y dirigirse sin pérdida de tiempo con todos los medios disponibles hacia Okotsin. Por ello, maniataron a la judía y la alzaron a uno de los trineos; y, de ese modo, toda la comitiva volvió a Kiev.

Entretanto en la aldea se había sabido del arresto de Raquel y, por eso, Yuri se dirigió a caballo con toda prisa hacia Kiev para advertir a Serguich, quien a su destino se enteró de que todos los secuaces del Apóstol ya se habían diseminado hacia los cuatro puntos cardinales, la mayoría de ellos habían huido hacia la Galicia austríaca<sup>19</sup> o Moldavia. Solamente Dragomira, Henryka, Karov y Tabich pensaban resistir junto al Apóstol, quien quería oponerse a todos los peligros del exterior con perseverancia. Sin embargo, cuando Serguich llegó al lugar, el recién llegado insistía en que había que escapar.

–¿Qué es lo que ha sucedido exactamente? –preguntó el Apóstol sin inmutarse.

–Raquel fue descubierta y arrestada en Komchinó. Emplearon el *knut* y ella terminó por confesar todo. Este lugar ya no será seguro

---

19 La región de la Galicia austríaca no tiene nada que ver con su homónimo español. La palabra "Galicia" contiene, sin embargo, la misma raíz "GAL" (también presente en la palabra latina "Gales") que hace referencia a los galos (o celtas) y evidencia las migraciones de estos pueblos hacia diferentes regiones de Europa y Asia antes de la expansión romana. En Galicia o Galizien (en idioma alemán) había nacido Sacher-Masoch (en su capital Lemberg en 1836; luego muerto en Mannheim, Alemania en 1895). Por otro lado, hay que recordar que tanto la Galicia austríaca (al Sur de Polonia), como Moldavia fueron zonas de gran absorción de los judíos de la Diáspora desde la Edad Media, porque los Zares rusos durante el siglo XVIII permitieron a la gente de esta confesión ocupar solamente los territorios marginales al Oeste del Imperio. El núcleo de la región que ocupaban las sectas, con centro en Kiev (Ucrania), era hasta el siglo XX, por lo tanto, la zona no solo agraria y feudal más alejada de cualquier modernización, sino un repositorio de oposición y resistencia desde distintas creencias que entraban en contacto entre sí, con cierta tolerancia mutua, como judíos, cristianos, ortodoxos y ortodoxos de la Fe Antigua; pero, al mismo tiempo, todos ellos profundamente fanatizados. (Nota del traductor)

ni por un día más. Si los perseguidores se apresuraran, estarían aquí dentro de dos horas. Solo existe la salvación por la fuga.

–Ofrezco la oportunidad de escapar a quien quiera hacerlo; pero, por mi parte, permaneceré aquí –dijo el Apóstol.

–También yo me quedaré aquí. No voy a abandonarte –exclamó Dragomira.

Henryka, como toda respuesta, abrazó a Dragomira.

–También yo permanezco –dijo Karov.

–De acuerdo –asintió el Apóstol, con una sonrisa triste–. Lo acepto, pues quizás necesitaré la ayuda de todos. Tú, Serguich, puedes ir ahora hacia Yasy, donde se han refugiado muchos de los nuestros y hazte cargo de la conducción de nuestra sagrada Hermandad, hasta que sea encontrado un nuevo sacerdote. ¡Que Dios te proteja!

Serguich se arrodilló ante el cura. El Apóstol lo bendijo y lo besó en la frente, y, luego, dirigiéndose a todo el grupo, dijo: –Dejadme ahora solo. Esperad cerca hasta que os llame.

Sus fieles seguidores salieron de la habitación. Serguich subió al trineo y, sin demora, puso rumbo al Sur. Transcurrió un largo rato en el que los restantes secuaces se sintieron acongojados por la espera. Todos intuían que algo extraordinario habría de acontecerles. Henryka rezaba de rodillas. En un momento dado, el Apóstol convocó a Dragomira a su presencia. Cuando la cazadora de almas entró donde se encontraba el sacerdote, este le dijo: –Ha llegado el final, Dragomira. Nos han vencido y no nos resta más que aceptar la muerte con valentía. Yo quiero iniciar ese camino para dar el ejemplo.

–¿Quieres abandonarnos? –dijo Dragomira, con un hilo de voz, alcanzada por una súbita sensación de terror.

–No tengo otra salida, porque no está en mis planes huir, y tampoco caer en las manos de nuestros enemigos, que son los enemigos de nuestra fe. ¿Crees que podría terminar contento arrestado sin fama ni gloria en las estepas de Siberia? No. Todavía hay tiempo de elegir el camino que me conduce a Dios, que es el que me abrirá las puertas del paraíso. De ese modo podré insuflar nueva esperanza a todos

aquellos que creen en el Dios verdadero. Mi muerte habrá de vencer a los que dudan y dará firmeza a los que vacilan, de modo tal de encender en las almas frías y tibias un nuevo fuego santo. Ya está decidido. No te esfuerces por disuadirme. No me lo reproches; repróchaselo a aquellos que permanecen en este valle de lágrimas y pecado.

–Haz lo que Dios te inspira hacer. Yo, por mi parte, he de llevar a cabo la venganza contra quienes te han impulsado a la muerte. Te lo juro.

–No, Dragomira –dijo el Apóstol, poniendo su mano sobre el hombro de la muchacha–. No es odio, lo que debe llenar tu corazón; sino amor. Por amor debes castigar a aquellos que pecan contra la ley divina. Debes castigar a aquellos que persiguen esos mismos patrones; para poder salvar a aquellos que son incapaces de alcanzar por sí solos el camino del reino de los cielos y de la bienaventuranza eterna.

–Voy a obedecerte hasta mi último aliento y obrar dentro de tu doctrina. Con la ayuda de Dios espero lograr mi cometido. Entonces, como no tendré más tarea por cumplir sobre la tierra, te seguiré en el camino de la luz eterna.

–Mi bendición vaya contigo. Y ahora confío en tu valor y tu fuerza en esta hora de la alegría y de la redención.

–¿Esperas que yo pronuncie tu última hora? –preguntó Dragomira, con un gesto de horror–. No, no. ¡Exige todo de mí, pero no eso!

El Apóstol sonrió en una mueca de dolor y dijo: –No. La muerte me vendrá de Dios. De ti espero solo el último apoyo y la última obediencia. ¿Harás lo que te ordene?

–Sí.

–Entonces convoca a los otros y alístate.

Mientras Dragomira realizaba lo que se le había pedido, el Apóstol se arrojó a los pies de la cruz para rezar con unción. El sacerdote se alzó solo cuando todo el grupo de sus seguidores había entrado y, haciéndole un gesto a Tabich para que se acercara, le dijo algo al oído. Tabich palideció, pero asintió calladamente con la cabeza; enseguida salió de la habitación para cumplir con lo indicado. Entretanto, el

Apóstol se dirigió con los otros a la sala del templo, donde nuevamente se postró ante el altar para rezar.

No había pasado mucho tiempo cuando reapareció Tabich con una gran cruz, hecha de madera sin pulir, que colocó en el suelo delante del altar. Después él mismo volvió con clavos y un potente martillo. Todos los presentes siguieron en silencio todos estos preámbulos; pero sus rostros estaban pálidos y sus miradas trasuntaban terror. Después de esos preparativos, el Apóstol se irguió ante la pequeña asamblea y exclamó: –¡Que se haga la voluntad de Dios! ¡Crucificadme!

Dragomira y Henryka se echaron entonces a sus pies, llorando.

–¡Valor, amigos míos! ¡Animo! ¡La tarea es acompañarme hasta las puertas de la muerte! –dijo el Apóstol.

Dragomira secó sus lágrimas y Henryka hizo lo mismo.

–Los conmino a que pongan manos a la obra –dijo el Apóstol, acostándose sobre la cruz con los brazos extendidos. –Dragomira, de tus manos quiero recibir el primer clavo.

Ella lo miró con intensidad y, luego, tomó, casi mecánicamente, el martillo y los clavos. –¿Dónde? –preguntó Dragomira, obrando de golpe con una gran presencia de ánimo y una gran decisión.

–Sobre la mano derecha.

Dragomira apartó su largo abrigo de pieles cibelinas para poder arrodillarse. Luego retrajo hacia arriba las mangas de modo que los brazos aparecieron en toda su belleza. Todavía un instante de duda se cruzó por su alma.

–¡Valor! –le dijo el Apóstol.

Dragomira fijó el clavo sobre la mano derecha y asestó el golpe con el martillo. Al instante manó roja sangre. El Apóstol, entretanto, le sonreía. Siguieron tres golpes más y la mano derecha había quedado clavada a la cruz.

–Ahora tú, Henryka, sobre la izquierda.

Henryka se desplomó de rodillas. Dragomira le pasó el martillo y Karov le alcanzó un clavo. Esta muchacha que normalmente aparecía sedienta de sangre y que, ante la visión las torturas a extraños, había

demostrado enorme placer, ahora fracasaba. Las lágrimas le vedaban la vista y el clavo erró su recorrido para ir a dar a las articulaciones de ese mártir voluntario.

–¡Me estás martirizando, pero eso también se debe a la voluntad divina!

Henryka recobró el aliento y cumplió, luego, a la perfección con la cruel tarea.

–Ahora Karov. ¡Pon tú el último clavo! –ordenó el Apóstol–. ¡Ayúdalo, Dragomira!

Dragomira sostuvo los pies del crucificado sobre la madera, mientras Karov aplicaba fuertes martillazos sobre un clavo más grande, de modo que rápidamente estuvo fijado al madero.

–¡Levantad la cruz! Quiero morir como una vez ha muerto nuestro Salvador.

Así, Karov, Tabich, Dragomira y Henryka elevaron la cruz, uniendo sus fuerzas, y la colocaron delante del altar, atándola con cuerdas. El Apóstol permaneció calmo y en silencio; solamente el temblor de sus labios expresaba el horrible dolor que estaba experimentando, mientras se concentraba rezando. Los otros lo rodearon callados. Una gran desesperanza había hecho presa de los seguidores: Dragomira se había acostado a los pies de la cruz, mientras Henryka había apoyado la cabeza en el cuerpo de su maestra, Karov se apoyaba contra una pared y Tabich se había refugiado detrás del altar, donde lloraba de rodillas.

Así transcurrió una hora. Luego el Apóstol levantó la cabeza de repente y dijo: –Basta, amados míos. Ya es hora de huir. ¡Dejadme!

–Yo me quedaré aquí hasta que mueras –dijo Dragomira en una especie de trance.

–¡Piensa en tu misión! ¡Huye!

–Pero, entonces, ¿caerás en las manos enemigas? ¡No! –dijo Dragomira como iluminada por un mandato repentino, como el que sufriría una visionaria–. Dios me ha revelado su suprema luz. Yo quiero obedecerle a Él y darte la muerte, Apóstol.

–Si es el mandamiento de Dios, ¡obedécele!

Dragomira aferró el cuchillo del sacrificio que se hallaba en el altar y se aproximó al Apóstol, bajando unos peldaños. La muchacha dijo ceremonialmente: –¡Marcha tú primero hacia la Luz Eterna! ¡Yo te seguiré!

En ese momento, rodeándolo con un brazo, mientras por primera vez sus labios aplicaban un beso sobre los labios de su maestro, la muchacha le clavó a su Apóstol el puñal en el corazón. Ni un sonido salió de la boca del sacerdote. Su cabeza cayó sobre el pecho. Una sonrisa de dicha quedó flotando sobre sus rasgos ya inanimados.

–¡Ha sido ejecutado! –exclamó Dragomira, con una majestuosidad salvaje. ¡Que tu sangre fluya!

## 26. Ante el juez eterno

*“Ha sonado la hora de las decisiones”.*

FRIEDRICH HALM

–¿Hacia dónde escapar? ¿Dónde podríamos refugiarnos? –preguntaba Henryka–. ¿No sería mejor seguir el ejemplo del Apóstol?

–Sí. ¡Afrontemos juntos la muerte! –exclamó Karov.

Todo el pequeño grupo se hallaba en un estado de impulsos salvajes. A todos los había embargado el sentimiento demencial de la inminencia de la propia muerte.

–¡No! –dijo Dragomira, que ahora se consideraba la conductora del grupo–. Nuestra misión todavía está incompleta. Primero tendrán que caer bajo el hacha del sacrificio Zefim y Anita. No temáis que nos arresten. Os conduciré fuera de este castillo. Conozco un lugar donde nadie nos encontrará. Pero antes de escapar, tendremos que dar muerte a nuestros prisioneros. Ninguno ha de salir vivo de aquí. ¡Traedlos a mi presencia!

Henryka y los dos hombres se precipitaron hacia abajo, a las sombrías cámaras del castillo, con el fin de arrastrar hacia al templo del piso superior a los prisioneros: hombres y mujeres, muchachas y varones jóvenes, y también ancianos. Todos esos desdichados estaban cargados de cadenas. Al subir, las víctimas vieron con terror al crucificado en la cruz y así comprendieron que lo que les esperaba no sería un martirio menor.

Por fin estuvieron todos los prisioneros reunidos. Eran en total veintiuno. Dragomira subió al altar y pidió a Dios que tomara a las víctimas bajo su protección. Luego, las dos sacerdotisas tomaron el cuchillo del sacrificio y comenzaron con una obra que ejecutaron sin piedad. Karov y Tabich, por su parte, agarraban a las víctimas que gritaban en vano por misericordia y que se retorcían ante el miedo a la muerte, y una por una, la acercaban al altar, donde se erguían las sacerdotisas que, con los brazos descubiertos y levantados, asestaban los golpes con sus armas relucientes. Por un largo rato, solo se oyeron los llantos, los suspiros, los gritos de dolor de los torturados y de los agonizantes. Avanzado el ritual, las sacerdotisas se sintieron imbuidas de una especie de furia piadosa, mientras la roja sangre caliente fluía entre sus manos. Por eso gritaban alborozadas bajo el placer de una ceremonia de bacantes. Por eso reían con un goce cruel y entonaban un cántico salvaje como habiendo perdido la razón. Una rara embriaguez las había colmado, lo que hacía que las aletas de la nariz se les hubieran dilatado. Sus labios se crispaban con movimientos involuntarios. Sus ojos se extasiaban, abriéndose ante la visión de la muerte. Los olores de la sangre, mezclados con el aroma animal de la carne, con los que sus cuerpos entraban en contacto, parecían ponerlas en un estado de borrachera como en la atmósfera de la arena de un circo romano. Por eso no descansaron hasta que la última víctima no hubiera terminado entre sus manos, hasta que en esa horrible hecatombe el Dios de la Ira y de la Venganza, que ellas decían conocer, no hubiera recibido la máxima ofrenda.

Entonces arrojaron los cuchillos lejos de sí, lavaron sus manos teñidas de sangre, se quitaron las vestiduras manchadas. Un cuarto de hora después bajaron hacia las profundidades del castillo los cuatro acólitos de esa extraña divinidad, vestidos como simples campesinos. Dragomira iniciaba la procesión con una antorcha en la mano. Detrás de sí estos ejecutores iban clausurando las puertas, cerrándolas con barras y piedras. Por esa vía subterránea los cuatro miembros de la secta llegaron a una segunda sala abovedada en la cual no parecía

haber una salida al aire libre. Sin embargo, la guía señaló una piedra, oculta bajo una pared rocosa, y, cuando después de mucho esfuerzo, consiguieron moverla, se abrió ante ellos un corredor oscuro que nadie conocía más que ella y el Apóstol. Una vez que hubieron penetrado por esa abertura, reptando por ella, cerraron nuevamente el espacio con la misma piedra, y se sintieron salvados. Nadie podría descubrir esa salida. Cualquier persecución por ese lugar habría de fracasar. De ese modo, siguieron recorriendo un pasillo que devenía ahora más amplio y cómodo, pues había sido bien tallado en la roca y parecía provenir de la época de las invasiones de mongoles y tártaros, de turcos y cosacos, cuando estos conquistadores ocupaban esta parte de Rusia, saqueando y devastando todo. El corredor desembocaba cerca de una hora después lejos del castillo, en el medio de un bosque espeso y en torno de un promontorio rocoso. Aquí levantaron una losa de piedra y así pudieron salir al cielo abierto, donde había una especie de mirador. Desde ese punto tenían una visión de las copas de árboles añosos y más abajo de los campos cultivados. Ante ellos brillaban las cinco cúpulas de la iglesia ortodoxa de la aldea de Kasinka Chica.

Enseguida enviaron a Tabich a investigar todo el escenario. Al poco tiempo el emisario regresó con la noticia que había gendarmes que habían rodeado el castillo, pero que el camino por el bosque estaba libre.

Mientras tanto un funcionario y los agentes conducidos por el jesuita, además de los soldados, habían derribado la puerta del castillo. En esos mismos instantes los fugitivos se dirigieron con cautela hacia la aldea en medio de la espesura del bosque. No lejos del poblado había un segundo promontorio, también rodeado de árboles y de pantanos, en el que se había tallado en la piedra una especie de madriguera segura. Hacía ya mucho tiempo, Dragomira la había avistado y designado como un último refugio para sus camaradas. Solo la conocía su madre, quien entretanto había huido hacia Moldavia, y el Apóstol. Aquí se hallarían completamente a salvo. La salida del túnel estaba disimulada por arbustos y hiedra y esa vegetación cubría con artificio una trampa que cedió a la presión desde abajo y que, luego,

se volvió a cerrar magníficamente. Un corredor oscuro conducía al interior del refugio, luego había unos peldaños tallados en piedra y, de repente, ese pasadizo se abría hacia dos recintos, a la derecha y a la izquierda, también excavados en la piedra, que recibían luz diurna de unas pequeñas aberturas camufladas con hiedra.

El piso y las paredes de los cuartos estaban tapizados con alfombras y también había tapices que cubrían puertas y ventanas. En ambos recintos había lechos improvisados cubiertos con pieles que, además, estaban iluminados por focos que colgaban del techo. El conjunto se completaba con nichos tallados en la roca, donde podían encontrarse todo lo necesario para hacer el lugar habitable. Unos pocos escalones más, pero hacia arriba, llevaban a la cima del promontorio, desde donde como en una especie de torre se podía tener una visión panorámica de la región.

Unos pocos días antes, Dragomira había hecho traer en secreto víveres, armas y municiones; de tal modo en este refugio se podía sobrevivir, dado el caso, por varias semanas, y también aquí se podía resistir a un asedio. Por ello, los fugitivos se sintieron completamente seguros en el lugar; y en uno de los cuartos se ubicaron las dos muchachas, mientras los dos varones ocuparon el otro. Más tarde, Dragomira puso a Tabich en conocimiento de cuáles serían sus próximos movimientos. Así, cuando este secuaz hubo descansado y fortificado, dejó la guarida y, con una pipa en la boca y un bastón en la mano, salió por el bosque hacia la aldea, completamente convertido en un campesino de la región.

Tabich halló en la taberna de la aldea a un muchacho campesino que, por dos rublos y un vaso de aguardiente, estuvo de acuerdo en llevar el mensaje que él le había entregado a Zefim. Cuando el joven había montado a su caballo y le había preguntado si había comprendido bien, el muchacho repitió la consigna: “Que la Señorita que vive con el ama estaba en peligro y que el Señor Oficial se apersona cuanto antes, pero no a la casa de Kajna, sino a la taberna”.

–Veo que eres un chico inteligente –dijo Tabich, mientras el mensajero se alejaba en su caballo para cumplir su cometido. Tabich, entretanto, calculó que Zefim no se presentaría antes del alba y, por eso, decidió rehacer su camino, volviendo feliz al refugio a través de la espesura del bosque, donde informó a Dragomira sobre lo acontecido.

Por otro lado, la policía había encontrado vacío el nido de los Donadores Celestiales y, por lo tanto, había regresado a Kiev, dejando apostados algunos centinelas en el castillo. Los fugitivos podían estar tranquilos, porque no serían perseguidos por el momento. La noche se había apoderado del paisaje, una armada de estrellas poblaba el cielo y un silencio sagrado reinaba sobre las copas de los robles centenarios. Pronto todo el mundo estuvo dormido; pero solo una loba con los ojos brillantes se deslizaba a través del bosque. Dragomira, que no podía conciliar el sueño, velaba sentada entre las pieles que la abrigan, pensando en nuevos planes. Finalmente, también ella cayó en cierto sopor; pero no por largo rato, pues el primer canto de las aves del alba la despertó.

Entretanto, el mensajero había llegado a Kiev, despertado a Zefim y entregado el mensaje. Siguiendo la consigna que se le había impartido, el joven no volvió a la taberna de la cita, sino que se presentó en la casa del ama en Kasinka Chica para anunciar que el Señor Oficial lo seguía de cerca y que en un cuarto de hora se haría presente en la taberna. La vieja ama de cría sintió, sin embargo, cierta extrañeza ante lo raro de la situación. Ella había atendido al mensajero por la ventana, había conversado con él y le había pedido que esperara hasta que comunicara la noticia a Anita.

–¿Niña mía, acaso había mandado Usted un mensajero a Zefim?  
–le preguntó el ama a Anita.

–¿Yo? ¡No!

–Está aquí un muchacho que trae aparentemente una respuesta de Zefim. Hable Usted misma con él –le explicó el ama.

Anita se vistió con rapidez, sintiendo un mal presentimiento que es lo que la guio en sus próximos pasos. La muchacha hizo pasar al

mensajero, quien dudó en el umbral de cómo comportarse, y una vez dentro de la casa debió pasar por un interrogatorio de lo más revelador.

–¿Quién te envía?

–El Señor Yadevski.

–¿Y quién te ha mandado a verlo a él?

–Usted misma, Señorita.

–Yo no te he dado nunca ese encargo.

–Sí, a través de un campesino que me premió con dos rublos ayer a la noche.

–¡Cuéntame todo! –lo instó Anita.

Cuando el muchachito había terminado con su relato, Anita se dio cuenta de que se trataba de una trampa para atraer a Zefim a Kasinka Chica y allí apresarlo. Dragomira podía haber fraguado todo eso. Por ello, Anita comprendió que Zefim estaba en peligro de ser raptado con la intención de matarlo. Había que actuar con suma celeridad.

–¡Despierta a los vecinos! –ordenó Anita al muchacho–. Todos deberán armarse y unirse a nosotros. Pero, date prisa, pues una vida humana se encuentra en peligro.

Kajna, por su parte, despertó a su propia gente. Anita llamó a Taras e hizo ensillar el caballo para que lo tuviera listo.

Por otro lado, Zefim había dejado Kiev después de despachar al mensajero y, por eso, llegó a Kasinka Chica al despuntar el día. Desmontó delante de la taberna y confió su caballo al patrón del lugar, un judío que acudió presuroso en su ayuda. Con presteza entró en la taberna; pero apenas pasó el umbral, Karov y Tabich se abalanzaron sobre él para sujetarlo. Enseguida se agregó Henryka, quien le quitó la daga del cinto y mientras los dos hombres lo reducían, la muchacha le pasó un cordel por el cuello. Dos minutos más tarde ya estaba Zefim atado de pies y manos arrodillado en el suelo. Delante de él tenía a Dragomira, vestida como aldeana, con botas de cuero y un pañuelo rojo alrededor de la cabeza y el abrigo típico campesino de piel de oveja. La cazadora de almas se hallaba sentada en un banco de madera y lo miraba con una expresión de triunfo.

–¡Por fin has caído en mis manos! –exclamó Dragomira, pero enseñada dio la orden a los otros de alejarse.

Zefim permaneció callado.

–¡Aha! ¡Te quedaste sin palabras? ¿Me amas todavía más ahora? Sería triste el caso para ti en este momento, si así no fuera; pues te ha llegado la hora en la que he de hacerte cumplir todo lo que dijiste. Yo estoy dispuesta a tornarme tu esposa y después de ser felices, te invitaría a consagrarte a Dios para que juntos entremos en la ceremonia de la muerte.

–Me puedes asesinar, pero nunca colaboraré en estas acciones que destilan sangre; nunca uniría mi destino a una descastada. Es cierto que te he querido, pero en este momento te desprecio.

–Entonces te sacrificaré a ti y Anita como castigo por la sangre de los justos que fluye sobre vosotros.

–Nosotros no somos los culpables. Tú eres la malhechora, la asesina. A ti te castigará el brazo justiciero de Dios tarde o temprano, pues has sido tú la que lo ofende.

–Eso ha de verse. Por el momento eres mi prisionero; y pronto va a caer también Anita en mis manos. Entonces he de pensar en nuevos martirios para ella que nunca antes han existido. Y no esperes misericordia de mi parte.

–Yo no te temo y no he de rogar que tengas piedad. Tu odio me enorgullece. Si muero, será porque Dios así lo quiere. Y estoy dispuesto a someterme a sus designios.

Dragomira largó la carcajada. Era la fría y cruel risa del diablo, que hasta al valiente Zefim hizo temblar. Un escalofrío recorrió el cuerpo del Oficial ante la maldad de esa muchacha tan bella, tan hechicera que una vez había producido tal excitación en sus sentidos y, luego, había dominado despóticamente su corazón.

–Vamos a ver si eres capaz de resistir –dijo Dragomira con la majestuosa calma de una tirana que no está acostumbrada a que alguien se le oponga–. Primero has de sentir el hechizo que tan a menudo te ha encantado y que tan a menudo te ha vencido. Pero, luego, cuando

estés bajo las dulces torturas y pidas misericordia a mis pies, como un idólatra, como un esclavo; entonces Anita verá cómo me reiré de ti, cómo te despediré con un puntapié y cómo sin piedad te mandaré a la muerte.

–Puedes torturarme y asesinarme, pero no me humillarás, porque yo resistiré a tu poder.

Dragomira se levantó de su asiento y tomó el látigo que se hallaba sobre la mesa. En este momento irrumpió Henryka en el cuarto, gritando: –¡Huye! Ya se acercan. Anita viene a caballo seguida de hombres armados.

Dragomira perdió el color por un momento, pero enseguida se recompuso y de nuevo con sus cinco sentidos atentos, les ordenó a sus secuaces con la mayor energía: –¡Huid! Es vuestra tarea continuar con la obra sagrada. ¡Salvaos!

–Yo permaneceré a tu lado –exclamó Henryka con la mayor decisión.

–¡No! Tú vas a huir, porque yo te lo ordeno. ¡Rápido a los caballos! Yo estaré aquí para afrontar el juicio en nombre del Altísimo.

Henryka se echó a los brazos de Dragomira y la besó. Luego salió como una flecha, montando en el caballo de Zefim y desapareciendo. Karov y Tabich tomaron el camino del jardín, saltaron las vallas y se dispersaron por la espesura del bosque cercano. Dragomira desenfundó el revólver, esperando con la mayor sangre fría la entrada de Anita.

Se oyó el ruido de los cascos de las cabalgaduras, luego pesados pasos que se acercaban, acompañados del choque metálico de las armas, además de una voz clara que impartía las órdenes. Luego se hizo el silencio y Anita pasó el umbral seguida de Taras. Vestía igualmente la falda corta combinada con las altas botas masculinas, la piel de oveja, el pañuelo en la cabeza de las campesinas de la Pequeña Rusia y esgrimía una pistola en la mano. Taras, por su parte, estaba armado con un fusil de caza.

–¡Ríndete, asesina! –gritó Anita–. La taberna está rodeada por mi gente. Estás en mis manos; no tienes escapatoria.

Dragomira alzó la cabeza con orgullo y, a su vez, exclamó: –Te estaba esperando para saldar las cuentas contigo. Esta hora es la dedicada al juicio y al castigo que yo sostendré en nombre de Dios contigo y con Zefim.

–Tú profanas el nombre de Dios cuando lo mencionas. Él no tiene nada que ver contigo y con tu doctrina asesina.

–Dios ha de decidir entre tú y yo.

–¡Que Él decida! –dijo Anita, mirando a su enemiga fijamente a los ojos–. Aquí estamos las dos ante el Juez Eterno. ¡Que Él decida!

Una sonrisa de triunfo se dibujó en el rostro bello y arrogante de la cazadora de almas, mientras Anita se concentró en la plegaria dirigida a Dios.

Ambas mujeres alzaron las pistolas al mismo tiempo. Siguió un momento de tremenda inquietud; enseguida Dragomira apretó el gatillo, pero el tiro no salió.

Enseguida se oyó el sonido apagado del otro gatillo y se impuso el brillo de una luz y el ruido del disparo. Dragomira dio todavía un paso adelante hacia Anita, pero enseguida cayó de bruces.

–¿Ha muerto? –preguntó Anita.

Taras se acercó a Dragomira y giró su cuerpo. –Dios la ha juzgado. Su alma debe presentarse ahora ante su trono.

Anita cayó de rodillas y alzó sus brazos hacia el cielo, llorando. Luego se levantó con rapidez, sacó el puñal que llevaba en la cintura, rompió con gesto brusco las ligaduras con las que su amado estaba atado y abrazó a Zefim, apretándolo contra su pecho y sollozando.

–¡Salvado! ¡Y salvado por tus manos! –dijo Zefim en un susurro.

En el siguiente momento entró como una tromba el ama de cría del muchacho, quien se abalanzó sobre él y lo llenó de besos, hecha un mar de lágrimas. –¡Mi niño! ¡Mi niño querido! ¡El cielo y este ángel te han protegido! –clamaba Kajna.

Enseguida uncieron el trineo del ama y Zefim alzó a Anita encima del vehículo. Taras saltó al pescante. Con la rapidez del rayo el trineo se dirigió a Kiev para detenerse delante del palacio de los Oguinski.

Con un gesto triunfal, Zefim restituyó su amada a sus padres. Los progenitores de Anita lloraban y bendecían ahora a la joven pareja, mientras también agradecían al cielo por el fin de esas peripecias.

Hoy en día se eleva en Kasinka Chica, en el lugar donde una vez estaba la taberna y donde Dragomira había encontrado la muerte, una capilla dedicada a la Virgen; y cada año en el día en que Zefim había sido salvado de tan admirable manera por Anita, un sacerdote celebra una misa por el alma de los desdichados que habían caído como víctimas de una doctrina fuera de toda razón.

Fin de *La cazadora de almas*



Debemos a la genial percepción del filósofo Gilles Deleuze haber rescatado de la ingente producción (olvidada) de Leopold von Sacher-Masoch, en su estudio sobre este autor de 1967, la novela *Die Seelenfängerin*, que los franceses prefirieron traducir como “La pescadora de almas”. Aquí echamos mano, en cambio, en esta primera traducción al español a un sustantivo que sonaría con cierta entidad en nuestra lengua (La cazadora), permitiendo que el lector establezca la relación de la caza cuando Dragomira, la dominadora, se invista de los atributos de señora de su castillo. En verdad, esta novela no solo se engarza con un intento primigenio de crear un gótico en alemán (con sus correspondientes castillos, cámaras de tortura y pasajes laberínticos), sino que, al mismo tiempo, ella sería el sensor de un miedo ante el avance de las figuras femeninas en sociedades dominadas por el hombre. Este momento como bisagra social está representado, además, en este texto singular de Sacher-Masoch (cuyo segundo apellido gestó el sustantivo de “masoquismo”) gracias a su inmersión en el buceo sobre las sectas religiosas herejes que cundían en los territorios multiétnicos de la Pequeña-Rusia (hoy Ucrania), donde parecía posible el retorno a un matriarcado fanatizado.